

Un polvo en condiciones

Irvine Welsh regresa a Edimburgo, piedra angular de su universo literario alrededor de la cual orbitan unos personajes que se van entrecruzando en las sucesivas novelas ambientadas en la ciudad.

Aquí el protagonista es un viejo conocido, Juice Terry Lawson, que ya había asomado la jeta en Cola y Porno. Resumamos sus credenciales: de profesión taxista, pero también chulopiscinas e incansable seductor de tías buenas, traficante de drogas, encargado de una sauna regentada por mafiosos, adicto al sexo y actor porno amateur, que rueda películas cutres para la web de SickBoy.

Y mientras un tremebundo huracán amenaza con arrasar Escocia, Terry se ve envuelto en andanzas de lo más variopintas: se reencuentra con una antigua amante en un funeral; ayuda al simplón Wee Jonty a buscar a su chica desaparecida, la hermosa Jinty Magdalen; lleva en su taxi a una joven dramaturga suicida; le detectan un problema de corazón que le obliga a guardar abstinencia sexual, y hace de chófer para un americano llamado Ronald Checker, rico promotor inmobiliario y presentador de un exitoso reality (sí, el personaje tiene evidentes paralelismos con Donald Trump) que ha venido a Escocia en busca de un exclusivísimo y carísimo whisky…

Lectulandia

Irvine Welsh

Un polvo en condiciones

ePub r1.0
Titivillus 05.11.2018

Título original: *A Decent Ride*
Irvine Welsh, 2015
Traducción: Francisco González & Francisco Peral & Laura Salas Rodríguez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



Para Robin Robertson, por nuestro largo viaje juntos

Un intelectual es alguien que ha encontrado algo más interesante que el sexo.

ALDOUS HUXLEY

Primera parte

Inocencia pre-Tocapelotas

«No te vas a creer quién se montó en el taxi el otro día», dice Juice Terry Lawson con sus recias hechuras embutidas en un chándal verde luminoso. Sus profusos tirabuzones se agitan bajo el vendaval que azota la barrera de plexiglás y que recorre el vestíbulo del aeropuerto hasta una ristra de taxis aparcados. Terry bosteza y, al estirarse, deja ver las muñecas con sus cadenas de oro y dos tatuajes en los antebrazos. El primero es un arpa, o más bien un cortahuevos, con HIBERNIAN FC y 1875 escritos arriba y abajo. El segundo es un dragón que echa fuego, guiña generoso al mundo y reclama, abajo, con letras sinuosas: LET THE JUICE LOOSE, es decir, que corra el zumito.

El compañero de Terry, el Pastoso, delgado y de aspecto asmático, responde con una mirada impasible. Se enciende un pitillo y se pregunta cuántas caladas podrá dar antes de tener que atender a los pasajeros del vuelo que se acercan por la rampa empujando carritos atestados de maletas.

«El mamonazo ese de la tele», confirma Terry y se rasca los huevos a través del poliéster.

«¿Quién?», murmura el Pastoso mientras evalúa las maletas apiladas de una interminable familia asiática. Con suerte, el hombre distraído que va detrás tal vez los adelante en la rampa y así el Pastoso no tendrá que meter tanto equipaje en el taxi. La familia, que se la quede Terry. El hombre lleva un abrigo largo de cachemir abierto encima de un traje oscuro, camisa blanca, corbata, gafas de montura negra y, lo más sorprendente, un corte de pelo a lo mohicano.

De pronto el hombre se desmarca de la manada y al Pastoso se le levanta el ánimo. Pero entonces se para en seco, mira el reloj y la familia asiática lo rebasa y se echa encima del Pastoso, atormentándolo como un sarpullido. «Por favor, por favor, rápido, por favor, por favor», suplica el persuasivo patriarca mientras empiezan a caer chuzos de punta sobre la barrera de plexiglás.

Terry observa a su amigo luchando con las maletas. «El tipo de los monólogos que sale en Channel 4. El que se zumbaba a la pava esa tan buenorra», dice mientras traza una clepsidra en el aire y se apoya en la barrera de plexiglás para resguardarse.

Pero mientras el Pastoso sigue resoplando y batallando con las maletas, Terry saluda al hombre de las gafas, abrigo largo y absurda pelambre al viento que aporrea el móvil con el dedo. A Terry le suena de algo, de un grupo musical tal vez, luego cae en la cuenta de que es mayor de lo que sugiere el corte de pelo. De repente aparece el socio, atemorizado, con el pelo rubio sobre un rostro tenso, y se sitúa solícito a su lado.

«Lo siento, Ron, el coche que habíamos pedido se ha averiado…»

«¡Fuera de mi vista!», espeta con acento norteamericano el empresario punki (así es como Terry lo ve ahora). «¡Cojo este puto taxi y que me lleven las maletas al hotel!»

El empresario punki, sin siquiera establecer contacto visual con Terry a través de los cristales rosa de sus gafas, se monta en la parte de atrás y cierra de un portazo. Su socio, avergonzado, se queda allí plantado en silencio.

Terry se sube al taxi y arranca.

«¿Para dónde tiro, jefe?»

«¿Cómo?» El empresario punki, a través de sus lentes fotocromáticas, inspecciona el cogote de tirabuzones.

Terry se vuelve en el asiento.

«Adónde. Quiere. Que. Le. Lleve.»

El empresario punki se da cuenta de que este taxista con tirabuzones le está hablando a él, el empresario punki, como si fuese un niño. *Me cago en Mortimer, no da ni una. Y ahora a aguantar a este tío coñazo.* Se agarra con fuerza al cinturón y traga saliva.

«Al Hotel Balmoral.»

¡El Inmoral!

«Buena elección, compadre», responde Terry mientras repasa mentalmente la base de datos de encuentros sexuales que ha tenido allí, por lo general durante dos periodos distintos del calendario. Nada como el Festival Internacional de agosto y el Hogmanay de Edimburgo, el fin de año, para aderezar su dieta básica de chochitos de barrio y actrices porno demacradas. «¿Y a qué se dedica?»

Ronald Checker no está acostumbrado a que no lo reconozcan. Es un influyente promotor inmobiliario, además de una figura conocida de la televisión gracias a *El pródigo*, un exitoso *reality*. Descendiente de una pudiente familia de Atlanta y graduado en Harvard, siguió los pasos de su padre y se convirtió en promotor. Ron Checker y su padre nunca estuvieron muy unidos, por lo que el hijo no dudó en tirar de los contactos del viejo, en plan mercenario. Al final, el hijo acabó teniendo más éxito que el padre, no solo en el Sur de Estados Unidos, sino en todo el mundo. Ron decidió hacer un programa de televisión y convertirse en la versión sureña, juvenil y punki de Donald Trump, que se había hecho famoso con *El aprendiz*. Un amigo diseñador le sugirió lo del corte a lo mohicano, y un intelectual de la cadena acuñó su eslogan: «Para triunfar hay que echarle un buen par.» *El pródigo* cuenta ya con tres temporadas y tiene redifusión global; además, Checker sabe que se emite en el Reino Unido. Con inquietud, le pregunta al taxista:

«¿Ha visto *El pródigo*?»

«En directo no, pero conozco el grupo», afirma Terry. «La canción esa de “Smack My Bitch Up” dio que hablar, ¿eh?, pero es que hay tías a las que les va ese rollo. Un poquito de caña y tal. Mira que yo no soy machista ni nada. Pero las señoras están en su derecho. Ellas piden y uno, como buen caballero, les da, ¿verdad que sí, colega?»

A Checker le cuesta entender el acento de este taxista. Se limita a responder un hosco «Sí».

«¿Está casado, compadre?»

Checker, poco habituado a que un extraño como este vulgar taxista escocés le hable con tanto descaro, se queda perplejo. A punto está de responderle con un sucinto «¿Y a usted qué le importa?», pero se acuerda de la petición que le hizo el equipo de relaciones públicas: que intentase ganarse apoyos tras el fiasco de Nairn. Como parte del plan de desarrollo, se cargaron una cala y un par de cabañas protegidas, y reubicaron algunos patos raros que habían anidado. En vez de dar la bienvenida al complejo de golf, los apartamentos y los puestos de trabajo, los nativos tuvieron una percepción bastante sombría del proyecto.

Tras ahogar su sensación de profanación, Checker esboza una sonrisa patibularia y concede: «Divorciado, tres veces», dice y no puede evitar acordarse de Sapphire, su tercera mujer, no sin cierto rencor, y luego de Margot, la primera, con dolor agudo e intenso. Intenta acordarse de Monica, la segunda en oficio, pero apenas consigue evocar su imagen, lo cual al mismo tiempo le alegra y consterna. Su mente solo reproduce el destello de la cara sonriente del abogado y un enorme número de ocho cifras. Teniendo en cuenta que le queda un año para los cuarenta, tres no es una estadística muy cómoda.

«Joder, como yo», proclama Terry, mostrando empatía. «Mire, pillarse una tía y darle lo suyo, eso nunca es molestia», continúa triunfante. «Aquí la Amiga Inseparable», dice dándose una palmadita reconfortante en la entrepierna, «no ha perdido el tiempo, eso seguro. Habrá que echarle de comer, ¿verdad, compadre?» La sonrisa de Terry se agranda mientras Checker apoya la espalda en el duro asiento, lo cual agradece después de tantos aviones ejecutivos y limusinas. «A ver, tener unas cuantas en reserva, vale, pero luego ya se sabe lo que pasa. Lo peor que uno puede hacer es enamorarse. Te engañas creyendo que te vas a follar a la misma tía el resto de tu vida. Pero no somos así, colega. En cuanto pasan unos meses, se te empiezan a ir los ojos y el rabo te vuelve a pedir marcha. ¡Fijo!»

Checker siente cómo se le encienden los laterales de la cara. ¿En qué clase de Tofet moderno le ha metido Mortimer? Primero, un fallo mecánico en el Lear le llevó a la ignominia de un vuelo regular, y ¡ahora esto!

«Yo ya no vuelvo a pisar el altar», comenta Terry bajando la voz y girando levemente la cabeza. «Mire, colega, para cualquier cosa que quiera hacer en esta ciudad, solo tiene que llamarme. Yo soy su chico para todo. Yo le puedo apañar lo que sea, me lo dice y listo. ¿Lo pilla?»

A Ron Checker le cuesta «pillar» lo que le está diciendo este hombre. *Este gilipollas no tiene ni idea de quién soy*. A pesar del desprecio que siente por el taxista, algo más le está ocurriendo: Ronald Checker está experimentando la excitación ilusoria de estar a la deriva, de ser de nuevo un viajero, como cuando estudiaba, algo muy distinto a los privilegios del turista preferente. Y esos asientos

tan rígidos le están sentando bien a su columna. Inexplicablemente, Checker reconoce que una parte de él, la parte liberada tras su reciente divorcio, se lo está pasando bien. ¿Y por qué no? Aquí está él, montándoselo por su cuenta, sin lameculos incompetentes como Mortimer. ¿Por qué iba a dejar que la percepción que tiene la gente de Ronald Checker lo limite y encorsete? ¿Acaso no es agradable ser una persona diferente por un tiempo? ¡Y qué respaldo! Tal vez sea el momento de intentarlo. «Se lo agradezco…, mmm…»

«Soy Terry, colega. Terry Lawson, pero me llaman "Juice Terry".»

«Juice Terry…», Checker deja que sus labios jugueteen con el nombre. «Pues, encantado, Juice Terry. Yo soy Ron. Ron Checker.» Mira al taxista a través del retrovisor en busca de alguna señal de reconocimiento. Nada de nada. *Este payaso de verdad no sabe quién soy; míralo, ahí está, absorto en su vida mezquina y trivial*. Pero esto ya le había pasado antes en Escocia, cuando la debacle de Nairn.

«Ateeeento a eso», exclama Juice Terry ante lo que para Checker no es más que una joven normalita parada en un paso de peatones.

«Sí… Es atractiva», conviene Checker a regañadientes.

«Ese chochito me la está poniendo bruta.»

«Claro… Verás, Terry», comienza Checker a decir súbitamente inspirado, «me encantan estos taxis. Estos asientos me van bien para la espalda. Me gustaría contratarte esta semana. Para que me lleves por la ciudad, a sitios turísticos, y a un par de citas de trabajo algo más al norte. Tengo algunos negocios en una destilería de Inverness, y también me gusta el golf. Pasaré algunas noches fuera, en los mejores hoteles, claro.»

Terry está intrigado, pero niega con la cabeza: «Lo siento, amigo, esta semana ya la tengo pillada.»

Checker, que no está acostumbrado a recibir negativas, se muestra incrédulo: «Te pagaré el doble de lo que ganas en una semana.»

Terry le devuelve una gran sonrisa enmarcada en una pelambrera rizada: «No puedo ayudarte, amigo.»

«¿Cómo?» La voz de Checker cobra un matiz de desesperación. «¡Cinco veces más! ¡Dime lo que ganas en una semana y te pagaré cinco veces más!»

«Esta es la época del año con más movimiento, lo que queda hasta Navidad y el Hogmanay; hay más gente incluso que en el puto festival. Me estoy sacando dos mil a la semana», miente Terry, «dudo que puedas pagarme diez mil a la semana solo por llevarte en el taxi de aquí para allá.»

«¡Trato hecho!», retumba Checker y, tras bucear en los bolsillos, saca una chequera que menea a la espalda de Terry mientras grita: «¿Hay trato?»

«Verás, compadre, no es solo por el dinero, tengo clientes habituales que dependen de mí. Otras actividades, no sé si lo pilla.» Terry se vuelve y se da toquecitos en la nariz. «Dicho en términos mercantiles: uno no puede comprometer la fuente de ingresos más importante por algo puntual. Hay que mirar por los clientes a

largo plazo, colega, el flujo de ingresos estables, y no dejarse engatusar por proyectos secundarios, por muy lucrativos que puedan parecer a corto plazo.»

Terry observa a través del retrovisor que Checker está sopesando lo que acaba de oír. Se siente satisfecho consigo mismo, aunque en realidad solo está repitiendo las palabras de su amigo Sick Boy, el que hace películas porno protagonizadas, en ocasiones, por Terry.

«Pero te puedo ofrecer…»

«La respuesta sigue siendo no, colega.»

Checker no da crédito. Pero sus entrañas le dicen que este hombre tiene algo especial. Tal vez algo que él mismo necesite. Esta idea obliga a Ronald Checker a usar una expresión que, al menos conscientemente, no recuerda haber pronunciado desde que era niño, en el internado. «Terry…, por favor…», jadea al articular estas dos últimas palabras.

«Vale, compadre», dice Terry sonriéndole al retrovisor, «los dos somos tíos de negocios. Seguro que llegamos a algún acuerdo. Pero solo una cosa, más que nada para evitar malentendidos», dice volviéndose por completo, «eso de pasar las noches en hoteles…, ¡yo de mariconeo ni hablar, eh!»

«¿Qué…? Ni loco», protesta Checker, «no soy un puto marica…»

«No tengo nada en contra. Si es lo que te va, estupendo, y no es que a mí me importe meterla por detrás de vez en cuando, pero en un ojete peludo y con dos bolas ahí colgando, no, eso no va con el compadre Juice», dice negando vehementemente con la cabeza.

«¡Que no…! De eso seguro que no tienes que preocuparte», concede Checker con el regusto amargo de quien tiene que tragarse una dosis de orgullo.

El taxi se detiene ante el Balmoral. Los botones, que ya esperaban la llegada de Ron Checker, dejan literalmente todo lo que estaban haciendo —el equipaje de otro huésped, por ejemplo—, y acuden al taxi del que se está apeando el estadounidense. El viento se ha intensificado, y una ráfaga levanta los grasos mechones teñidos de negro de Checker, cual pavo real desplegando su cola, mientras habla con Terry.

Terry Lawson está mucho más pendiente de la presencia acechante de los botones que Ronnie Checker, el cual se toma su tiempo y saborea la lenta marcación de dígitos en su teléfono mientras los dos hombres intercambian sus números de contacto. Se dan la mano, Terry aprieta como si no hubiese mañana, no le deja ni un solo dedo sin crujir, y constata que Checker es la clase de hombre que se esfuerza por ser el que más aprieta.

«Estamos en contacto», dice Ronald Checker con una sonrisa sin gracia, de esas que la mayoría de la gente solo esbozaría reflexivamente y en privado si tuviese la suerte de ver cómo su archienemigo es arrollado por un autobús. Terry observa cómo el estadounidense se aleja con garbosos andares mientras trata sin éxito de aplacarse el pelo en mitad del vendaval, visiblemente aliviado tras dejar atrás al sonriente portero.

Los botones se disgustan al descubrir que no hay ninguna maleta en el taxi, y miran a Terry con recelo, como si él fuese en cierto modo responsable. Terry se indigna, pero tiene asuntos más importantes que atender. Esta tarde es el funeral de su viejo amigo Alec, así que se pone en marcha y vuelve a su piso del South Side, donde se cambia y llama al Pastoso para que lo lleve al cementerio de Rosebank.

El Pastoso llega enseguida, y Terry se acomoda con gratitud en el taxi. Sin embargo, es una versión más antigua, menos conseguida y tapizada de su venerado TX4, fabricado por la London Carriage Company, y su ambiente espartano hace que se sienta demasiado engalanado con su chaqueta negra de terciopelo, su camisa amarilla abotonada hasta arriba, sin corbata, y su pantalón gris de franela. Se ha recogido los tirabuzones con una goma, pero un par de ellos se han soltado y saltan irritantemente sobre sus ojos; mientras, va fichando a las mujeres que andan por la calle según se aproximan al barrio céntrico de Pilrig y a su cementerio, cuyas inmediaciones parecen frías y descuidadas. Al bajarse del taxi, Terry se despide del Pastoso, y una llovizna gélida le asalta. Este es el primer entierro al que acude en su vida, y le ha sorprendido bastante que el oficio por Alec no se celebre en un lugar más habitual, como los crematorios de Warriston Seafield. Al parecer, habían comprado una parcela familiar hace muchos años, y Alec debía ser enterrado junto a su esposa, Theresa, fallecida trágicamente en un incendio. Terry no llegó a conocerla, y era amigo de Alec desde los dieciséis. Alec le contó, años después, durante un extraño y triste episodio de remordimiento y lamentación alcohólica, que había sido el propio Alec quien, en estado de embriaguez, había encendido por error la freidora cuyo fuego provocaría el fatal desenlace.

Tras subirse el cuello de la chaqueta, Terry se dirige hacia un nutrido grupo de asistentes congregados en torno a la tumba. Ha venido mucha gente, aunque claro, era de esperar que el fallecimiento de Alec reuniese a un buen número de pobres borrachuzos. Lo que sorprende a Terry es volver a ver rostros que había dado por muertos o presos, pero que en realidad desde la prohibición del tabaco no habían vuelto a ir más allá del supermercado local.

Aunque no todo es de condición humilde. Un Rolls Royce verde atraviesa asertivo la verja, haciendo crujir la gravilla del camino. El resto de los coches está aparcado fuera, en la calle, pero, para inquietud de los desconcertados trabajadores del cementerio, el Rolls Royce se detiene a escasos centímetros de las lápidas, antes de que dos hombres trajeados y con abrigos se bajen de él con ceremonia. Uno es un mafioso al que Terry conoce como «el Marica». Le acompaña un hombre más joven, de mirada astuta y complexión estrecha al que, a ojos de Terry, le falta corpulencia para ser guardaespaldas.

Esta entrada triunfal, que en efecto ha llamado la atención de los asistentes, no consigue alterar a Terry, que enseguida dirige la mirada hacia otras direcciones. La experiencia le ha enseñado que el duelo afecta a las personas de distintas formas. Junto con las bodas y las vacaciones, los funerales constituyen excelentes

oportunidades de ligoteo. Con esto en mente, recuerda que la concejala Maggie Orr había recuperado su apellido original; su anterior y torpe denominación era Orr-Montague, por cortesía de su marido, un abogado del que se había divorciado hacía poco. Así pues, Terry dispone de dos datos: primero, que a Maggie le han sentado bien los años, y segundo, que las rupturas sentimentales y el dolor por la pérdida entrañan una doble vulnerabilidad. Quizá podría recuperar a la antigua Maggie, aquella chiquilla atolondrada de Broomhouse que nada tenía que ver con la mujer implacable y profesionalmente realizada en la que se había convertido. La idea le estimula.

Casi de inmediato la ve junto a una enorme lápida en forma de cruz celta hablando con un grupo de asistentes; lleva un sobrio traje oscuro y le da suaves caladas a un cigarrillo. Se le puede hacer un favor, piensa Terry mientras se chupa una capa de sal que está cristalizando en su labio superior. Establecen contacto visual y entre ellos media una débil sonrisa, después un triste gesto de reconocimiento.

Stevie Connolly, el hijo de Alec, se acerca a él. Stevie es un tirillas con una carga perenne de semiindignación heredada de su padre. «Fuiste tú el que encontró a mi padre muerto, ¿no?»

«Sí. Murió en paz.»

«Tú eras su amigo», dice Stevie, en tono acusador.

Terry recuerda que padre e hijo nunca habían estado unidos, y en parte empatiza con Stevie, pues él también ha vivido una situación similar de alienación paterna, pero no está seguro de cómo reaccionar ante el reproche de Stevie. «Sí, trabajamos juntos en lo de las ventanas», afirma débilmente mientras recuerda otro azaroso capítulo de su vida.

El ceño fruncido y dubitativo de Stevie parece decir: «Y robando casas también», pero antes de enunciar el pensamiento, una serie de llamadas y señales resuenan por el cementerio, obligando a los asistentes a congregarse despacio alrededor de la lápida. El pastor (Terry agradece a Alec que, a pesar de su origen católico, haya dejado instrucciones para que su funeral sea lo más seglar y breve posible, lo que significa recurrir a la Iglesia de Escocia) hace varias observaciones no controvertidas, centrándose en lo sociable que era Alec y en cómo su amada Theresa le fue cruelmente arrebatada. Ahora podrían estar juntos, no solo de modo simbólico, sino para siempre.

Se procede al canto de un par de salmos, el pastor intenta con arrojo ganarse el entusiasmo del que quizá sea el coro más lánguido y circunspecto de la historia de la cristiandad, sin contar siquiera con el respaldo de la acústica de un recinto cerrado. Le sigue un breve discurso de Stevie. A duras penas consigue encubrir su resentimiento hacia Alec y su papel en la tragedia de su madre, antes de instar a los presentes que así lo deseen a ofrecer su testimonio al micrófono. Prosigue un nervioso silencio y un sesudo escrutinio de las húmedas hojas del césped.

A continuación, por petición del hijo y de la sobrina de Alec, Terry sale a hablar y se sitúa en la tribuna, tras el micrófono. Observa el océano de rostros y seguidamente proyecta lo que él considera una sonrisa victoriosa. Después golpea con el dedo el micrófono tal y como ha visto hacer a los cómicos del Festival Fringe de Edimburgo. «Cuando a Alec le dieron los resultados y supo que ya no había vuelta atrás, decidió darse un señor homenaje, así que cogió y se pimpló medio Lidl él solito. Así era Alec», exclama, esperando que manen carcajadas.

Pero lo que prima mayormente alrededor de la tumba es el silencio. Los pocos que eligen reaccionar alternan entre risitas medio contenidas y resuellos de horror. Maggie hace un gesto de desazón a Stevie, el cual aprieta con fuerza sus blancos puños y, tensando la mandíbula, susurra: «¡Este se cree que estamos en la boda de un puto vago y que él es el padrino!»

Terry decide sacar pecho y alzar la voz por encima de los crecientes refunfuños: «Y luego decidió meter la cabeza en el horno, sí. Pero ya se sabe cómo era Alec…», resopla. «Y el muy capullo llevaba tal tajada que confundió la nevera con el puto horno. Disculpen mi vocabulario. Sí, abrió el congelador de abajo para meter la cabeza, pero entre la cesta de alambre y las patatas McCain no hubo manera, así que al final hincó el pico en el compartimento de plástico de al lado, y allí lo vomitó todo.» La risa de Terry retumba en el frío y húmedo cementerio. «Le pasa a cualquier otro desgraciado y dices "será la medicación", pero claro, tratándose de Alec…»

El rostro de Stevie se descompone al oír esto y comienza a hiperventilar. Lanza una mirada de súplica a Maggie y a los demás familiares. «Pero ¿qué está diciendo? ¿Eh? ¿Qué es todo esto?»

Pero Terry, rizos al viento, tiene el turno de palabra y está en pleno apogeo, totalmente ajeno a la reacción de los asistentes. «Bueno, pues con la puerta abierta y todo, hizo tanto frío aquella noche que cuando lo encontré tenía la cabeza congelada en un bloque de agua rancia que le llegaba desde debajo de la barbilla hasta la parte más alta de la nuca. Dentro del bloque, no sé por qué, había también una puta manzana congelada, como si se hubiese zambullido a por ella antes de perder el conocimiento. ¡En fin, así era Alec!» Terry hace una pausa a la que siguen varios «Vaya, vaya» y gestos de reprobación. Terry mira a Stevie, a quien Maggie sujeta firmemente del brazo. «¡El tío tenía telita! Pero es estupendo ver cómo lo entierran al lado de su querida Theresa…», dice Terry señalando la tumba situada al lado de la que se encuentran. Después señala el trozo de césped que queda entre las tumbas: «Ahí es donde enterraron la freidora, entre los dos», dice con cara de póquer, arrancando auténticos resoplidos de aversión y alguna risotada apenas contenida. «Bueno, yo ya he cumplido. Nos vemos luego para tomar una copichuela en honor al muchacho», y desciende hacia las masas, que se apartan de él como si tuviese una enfermedad contagiosa.

El resto de la ceremonia transcurre sin controversia, aunque pueden verse algunos ojos llorosos cuando suena el inevitable «Sunshine on Leith» en el cascado equipo de

sonido, mientras bajan el ataúd al hoyo. Terry tiene demasiado frío para escuchar el himno hasta el final. Se escabulle y se dirige al pub Guilty Lily, donde tendrá lugar la recepción. Es el primero en llegar a la cervecería, y es un alivio estar resguardado en un día inmundo y deprimente como hoy. Fuera ya es noche cerrada y apenas son las cuatro de la tarde. Una camarera muy seria señala una mesa con un mantel blanco, repleta de vasos de cerveza, whisky y vino, y otra con un bufé típico de funerales: minihojaldres de salchicha y sándwiches de jamón y queso. Terry va al baño y se mete una raya antes de volver a por una botella de cerveza. Mientras se hace un sitio en la barra, el resto de los asistentes va entrando en fila. Terry, que no le quita ojo a Maggie, no se percata de lo tenso que está Stevie. Maggie se mueve con elegancia en dirección a la enorme chimenea al otro lado de la sala, y Terry se pregunta cuánto tardará en ir hacia él.

Maggie, tratando de reconfortar y aplacar a un Stevie a punto de estallar, se lo ha llevado lejos de Terry con la esperanza de que se serene. Al mirar en dirección a Terry, recuerda sus antiguos encuentros con él, cómo ella (perversamente, al pensarlo ahora) prefería a Terry antes que las atenciones y el éxito de Carl Ewart, que estaba coladito por ella. Pero Terry tenía esa confianza grandilocuente que a todas luces seguía intacta. Y hay que admitir que, con su porte arrogante, ahí sentado en el taburete, no tiene mal aspecto. Salta a la vista que se cuida y que aún tiene, por increíble que parezca, esos prodigiosos tirabuzones. Igual de recios y abundantes, aunque sospecha que hay Grecian 2000 encerrado.

De este modo, Maggie decide lanzar una mirada subrepticia a su reflejo en uno de los ventanales, fingiendo observar la oscuridad de la calle. Cuando era más joven, su cuerpecito y sus pequeños pechos nunca le habían parecido una bendición precisamente, pero ahora que se acerca a los cuarenta, Maggie se siente agradecida por ellos. Los ávidos estragos de la gravedad poco tienen que hacer con ellos, y cualquier tracción potencial es anulada por sus cuatro días de gimnasio a la semana, su obsesión por la comida saludable y su disciplinada moderación a la hora de comer. A Maggie también le resulta difícil perderse una sesión de spa, y se consiente lujosos productos cosméticos y tratamientos exfoliantes. A menudo la confunden, y además sinceramente, con la hermana mayor de su hija, lo que suscita una enorme fuente de tácito orgullo para esta mujer menuda.

Se vuelve y comprueba que Terry se ha percatado de este instante de vanidad frente al reflejo de la ventana. El corazón se le acelera al ver que Terry, con una sonrisa en el rostro, se acerca a ella con el dedo extendido en señal de reprimenda. «Aaay, que te he pillado mirándote en el cristal. No te culpo, eh, a mí también me gusta lo que veo.»

Maggie siente cómo una mano invisible le pinta una sonrisa en el rostro.

«Bueno, a ti también te veo muy bien, Terry.»

«Mi trabajito me cuesta, sí.» Terry guiña un ojo de modo exagerado.

No ha cambiado, piensa Maggie. Ni cambiará nunca. Vuelve la mirada a la chimenea. Stevie tiene un whisky en la mano y está dándole las gracias a unos ancianos por haber venido.

«¿Y cómo va todo?», pregunta Terry, y antes de que pueda decir nada, él mismo responde en su lugar: «Muchos cambios, entre el divorcio y la niña en la universidad, ¿no? O al menos eso he oído.»

«Sí, así es, tienes unas fuentes impecables.» Maggie se lleva la copa de whisky a los labios.

«Te han dejado sola», Terry sonríe, dándole un toque de declaración.

Maggie elige responder con una pregunta: «¿Quién dice que esté sola?»

«Ah, ¿tienes un amigo nuevo? Pues es un tío con suerte, eso que lo sepas.»

«Tampoco he dicho eso.»

«Entonces, ¿qué es?»

«¡Mi vida no es asunto tuyo!»

Terry extiende los brazos. «Pero bueno, ¿no puedes consolar a un viejo amigo en un momento de necesidad?»

Maggie está a punto de replicarle que el intento de Terry por ofrecer consuelo en el discurso del funeral casi lo ha convertido en un paria, pero entonces ve a Stevie acercarse a ellos con mirada de asesino. «¿De qué iba todo eso? Ese discurso…» Se enfrenta a Terry, con los ojos llenos de rabia.

«Malabarismo puro y duro», afirma Terry, totalmente ajeno a la fulgente ira de Stevie. «Quería que fuese algo que le gustase a Alec y que al mismo tiempo sirviese a la familia para pasar página, sí», asiente con cierta suficiencia. «Y creo que lo he conseguido», saca el móvil y empieza a buscar fotografías. «Hice algunas fotos con el móvil, como el tío ese, Damien Hirst. Anda, mira», y le planta el móvil en la cara a Stevie.

Stevie nunca ha estado muy unido a Alec, pero ver la imagen de la cabeza de su padre metida en un bloque de hielo, con vómito amarillento saliéndole de la boca, es demasiado. «¡No quería ver eso! ¡Vete a tomar por culo!»

«¡Vamos, compadre! ¡Hay que pasar página!»

Stevie se lanza a coger el teléfono de Terry, pero Terry le da un empujón en el pecho y lo aparta. «Venga, hombre, que estás dando un espectáculo… Ya sé que es el día de Alec, pero como…», amenaza Terry.

«¡QUE TE DEN… QUE TE DEN, LAWSON!», tartamudea Stevie, y dos familiares se acercan para apartarlo. «Este desgraciado está loco de remate… Mirad lo que tiene en el móviiiiiiil…» La voz de Stevie asciende a un nivel estentóreo mientras lo arrastran entre protestas al otro lado de la sala.

Terry se vuelve hacia Maggie. «Uno intenta consolar a esta pandilla de cabrones, a la familia, y no te dan ni las gracias.»

«Estás loco», dice Maggie, y no de forma halagadora, con los ojos como platos de incredulidad. «¡No has cambiado!»

«Intento ser yo mismo», dice Terry con orgullo, pero Maggie se aleja para tranquilizar a su primo. Con lo chica que es, ¡vaya soberbia! No cambia, piensa Terry. Además, Stevie nunca se llevó bien con Alec, ¿a qué juega el muy hipócrita, ahora va de hijo dolido o qué?

En ese momento el Marica lo mira y se acerca a él. Por muchos trajes de diseño caros y camisas con botones en el cuello que lleve, el Marica siempre presenta un aspecto algo sucio. Como si se hubiese dormido con la ropa puesta y acabase de despertarse justo entonces. El hecho de que el Marica esté casi ciego acentúa esta impresión, y sus estropeados ojos de topo resaltan su aspecto soñoliento. Tratándose de un hombre con una sádica afección por la violencia, es paradójicamente aprensivo cuando se trata de sus ojos. De la cirugía láser no quiere ni oír hablar, e incluso se niega a usar lentillas. El Marica suele sufrir también de sudoración excesiva, por lo que enseguida parece que se ha manchado la ropa. Ha hecho perder la paciencia a los mejores sastres de Edimburgo (incluso a algunos de Londres); a pesar de todos sus esfuerzos, cualquier intento de acicalamiento no le dura más de cuatro horas. El joven secuaz del Marica, de rostro tremendamente anguloso, está apoyado en el pilar de ladrillos en el centro de la barra, bebida en mano, lanzando miradas furtivas a las jovencitas del funeral.

Terry se vuelve hacia el Marica. Se acuerda de que a todo el mundo le decían «marica» en el instituto Forrester en los setenta. Por aquel entonces, el único término abusivo capaz de competir en cuanto a frecuencia de uso tal vez fuese «pajillero». Pero el Marica era «el Marica». Víctima de continuos acosos, en vez de seguir la habitual ruta de venganza y hacerse poli para traer justicia al mundo, el Marica decidió ir a contracorriente y convertirse en el mafioso número uno.

Por supuesto, Terry sabe que el Marica, estrictamente hablando, no es homosexual, y que él es uno de los pocos que aún utiliza ese apodo del colegio. Lo cual es peligroso, ya que el Marica ha ido escalando puestos gracias a ser un implacable hijo de la gran puta. Sin embargo, en la conciencia de Terry, Victor Syme siempre será en parte ese chavalillo atontado con un abrigo de lana marrón a quien solía quitarle un panecillo y patatas fritas del furgón del panadero durante los recreos.

Lo que hizo cambiar la vida del Marica fue su insólito ataque a Evan Barksdale con un destornillador afilado. A Barksdale le gustaba acosar a los demás estudiantes y, junto a su hermano gemelo Craig, había puesto en marcha una campaña de crueldad sistemática e ininterrumpida que al final llevó al Marica a protagonizar una carnicería frenética y psicótica que de forma instantánea hizo que el mundo, y el propio Victor Syme, redefiniese su estatus callejero. Evan Barksdale, cual Frankenstein de los barrios bajos, había creado sin querer un monstruo sustancialmente más peligroso de lo que él o su hermano podrían llegar a ser jamás. El Marica tuvo, claro está, sus momentos de dolor y pena en su violento y personal camino de Damasco, pero el acoso de Barksdale le había aleccionado tan bien que

todo lo demás resultó insignificante en comparación con la tortura psíquica que había sufrido.

Al acercarse el Marica, Terry aprieta las nalgas de modo involuntario. Se avecinan problemas. Ha hecho algunos trabajos con el Marica en otras ocasiones, como distribuir cocaína entre los marineros de la base naval de Helensburgh, hasta que el endurecimiento de las medidas de seguridad le hizo perder dinero y lo convirtió en un mercado demasiado peligroso.

«Terry…» Un familiar aliento fétido a repollo le sobreviene.

«Lo siento, Vic. Bien pensado, me doy cuenta de que no fue de buen gusto…, lo del discurso, quiero decir», admite Terry, y de nuevo comprueba dónde está el cómplice del Marica.

«¡Qué coño, si ha sido brillante! Estos cabrones no tienen sentido del humor.» El Marica niega con la cabeza. «Alec se habría partido el culo. Era su día, no el de ellos», y lanza una mirada de reprimenda a la afligida familia.

Terry siente tal alivio que baja sus defensas y muestra más receptividad de lo habitual al discurso del Marica. «Mira, necesito un favorcillo. Me voy a España a pasar unos días de vacaciones, dos o tres semanas, tal vez más.» El Marica baja la voz. «Entre tú y yo, la pasma anda detrás de mí. Necesito que le eches un ojo a la sauna. Liberty Leisure, la que está en Leith Walk.»

Terry siente cómo su exiguo gesto de asentimiento acaba en parálisis. «Pues no te creas que yo sé mucho de saunas…»

«No hay nada que saber.» El Marica hace un gesto de desdén con la mano repleta de anillos. «Además, he oído que aún estás con los vídeos porno del cabrón ese… ¿Cómo se llamaba? El que está en Londres.»

«Sick Boy, sí. De vez en cuando, por puro entretenimiento. No da mucho dinero, pero bueno.»

El Marica levanta una ceja dubitativa. «Es solo echar un vistazo un par de veces a la semana», y mira a su joven cómplice, que ahora se está poniendo un sándwich y un hojaldre de salchicha en un plato de papel. «Más que nada para poner a raya al mamón de Kelvin, el hermano menor de mi mujer, menudo pájaro, y a sus putitas también ponlas a raya…, o, si prefieres, en pompa.» Una sonrisita le cruza el rostro. «Lo importante es que abran los labios de abajo, no los de arriba.»

Terry sabe que debería reírse a carcajadas, sin embargo sus facciones parecen hundirse. Ahora mismo este marrón no le viene nada bien.

El Marica es demasiado astuto para no darse cuenta de que las amenazas son el último recurso para garantizar la cooperación y que es mejor ganarse la simpatía primero. «Por supuesto, hay titis gratis para ti, corren de mi cuenta. Algunas no están nada mal.»

«De acuerdo», dice Terry, incapaz de evitar que las palabras se derramen de su boca, a pesar de que, en parte, se siente ofendido. Es cierto, nunca ha pagado por sexo y así se lo dice al Marica.

«Todos pagamos por sexo en cierto modo», observa el Marica.

Terry recuerda sus tres acuerdos de divorcio y el acoso del que ha sido objeto por parte de la Agencia de Manutención Infantil, y, en efecto, no puede contradecirlo. «No te falta razón. Bueno, ya me pasaré por allí.»

«Sabía que podía contar contigo, tío.» El Marica golpea de forma jovial, aunque no sin cierta fuerza, el hombro de Terry. «¡Kelvin!», grita a su secuaz. Este se vuelve como un perro al oír el silbato y acude de inmediato.

«Terry, este es Kelvin. Kelv, Terry va a echarte una mano en la Liberty Leisure mientras yo estoy fuera.»

«Ya te he dicho que no hace falta.»

«Está decidido», el Marica pone freno a sus protestas. «Compórtate», le avisa.

Kelvin parece reflexionar sobre esto y dispensa a Terry un seco asentimiento de pistolero, al que Terry corresponde en idéntica medida. El Marica, consciente del mal rollo, intenta templar los ánimos y se pone a hablar de trivialidades de fútbol. Terry llevaba un rato queriendo quitarse de en medio, pero ahora está decidido a hacerlo. Le gusta el fútbol, lo ve en la tele y alguna vez va a los partidos del Hibernian, pero como tema de conversación le parece totalmente absurdo. Se excusa y va a buscar a Maggie, decide que es el momento de tender puentes. La encuentra sola junto a la barra bebiendo whisky y parece ensimismada. Coge una copa de la mesa y la lleva hacia ella. «¿Por los amigos ausentes?»

De mala gana, Maggie hace chocar los recipientes.

«Discúlpame por el discurso. Pensaba que era lo que Alec hubiese querido.»

«Y lo que hubiese querido mi primo ¿qué?»

Terry está encantado de que el alcohol haya barrido su refinamiento profesional y de que las formas de Maggie vuelvan a ser cien por cien de Broomhouse. «Admito que me he equivocado. No había pensado en eso», asiente Terry. La verdad es que en parte había ideado el discurso para buscarle las cosquillas a Stevie. Alec era un borracho, vale, pero al menos tenía buen corazón, no como su propio padre, y Stevie nunca había apreciado eso.

«Tú y él estabais unidos», dice Maggie.

«Era uno de los mejores, y hemos sido muy buenos amigos durante años», conviene Terry, y tensa el rostro con coquetería. «¿Sabes cómo nos conocimos él y yo? ¡A través de ti!»

Maggie se sonroja tras el brillo del whisky. «Cierto…», dice, y evoca una versión más joven de sí misma con el toque justo de seducción para que Terry se envalentone.

Tras otro par de copas, prosigue una salida cautelosa del pub, y un paseo por Newhaven Road. Hace un frío húmedo y no se ven taxis por ningún lado. Se arriesgan a seguir por Ferry Road y los únicos vehículos que ven son camiones pesados que se apartan violentamente cuando pasan por su lado, rumbo al puerto de Leith. Terry siente cómo a Maggie se le está pasando el calentón pero, afortunadamente, llega un taxi, con Cliff Blades al volante, un amigo de Terry del

Taxi Club de Powderhall con el que solía irse de copas. «¡Venga para dentro, Terry!», exclama risueño Blades con su acento inglés, antes de reparar en su conducta, indumentaria y ubicación, y sumar dos más dos. «Ah… Venís del crematorio…, siento la pérdida. ¿Alguien cercano?»

«Nah, del cementerio. Sí, ha fallecido su tío.» Terry mira a Maggie con aflicción. «Y un buen amigo mío. Maggie, este es mi colega Bladesey», e introduce un tono más ligero. «Ni se te ocurra hablarle de nacionalismo escocés, que la lía.»

«Independencia escocesa, por favor», matiza Bladesey.

«No, no voy a hablarle de eso», responde ella con énfasis.

Cliff Blades, a pesar de ser inglés, es un gran defensor de la independencia escocesa, mientras que Maggie, aunque secretamente le convence el argumento, aún apoya al Partido Laborista en las cámaras del consejo.

Bladesey, conocido por su discreción, los deja en la casa de Maggie, en Craigleith. A Terry le sorprende lo suelta que está Maggie: lo lleva directo al dormitorio, sin preliminares. ¿Acaso esperaba encontrarse a la adolescente casta y recatada con la que se había visto en este escenario años atrás? Se diría que está encantada de meterse un buen rabo duro, sin tonterías. Al parecer la separación del tío ese, el tal Colin, había durado más de la cuenta. Ahora, con su hija en la universidad, puede soltarse el pelo de nuevo.

Y se lo suelta, con fruición.

Después, tumbados en la cama, Terry mira el reloj y se pregunta cuánto tardará en tener otra erección después de su última descarga (estima que entre tres y cuatro minutos). Entonces, de abajo les llega un sonido de llaves.

«¿Qué…?» Maggie se incorpora y sale de su satisfactoria cabezadita poscoital. «¿Qué es eso…?»

«Han entrado en la casa», dice Terry. «¿Esperas a alguien?»

«No…» Maggie se ha levantado de la cama y se ha puesto un albornoz. Terry la sigue y se pone los pantalones grises. Acostumbrado a la ropa deportiva, el tacto de este material le resulta extraño.

Al bajar, Maggie se dirige de inmediato a la cocina y ve a su hija Amber haciéndose un sándwich. «Pero… Pensaba que estabas en Glasgow, en la universidad…»

«He venido a casa por el cumpleaños de Lacey, cumple veintiuno este fin de semana.» Amber mira brevemente hacia arriba.

«He estado en el funeral de mi tío Alec; y me había echado un ratito en la cama.»

«Evidentemente», resopla Amber, al ver a Terry aparecer con el torso desnudo detrás de su madre.

Maggie se siente dividida. Parte de ella no quiere que su hija la vea de esta manera, mientras otra parte intenta, en vano, convencerse de que no es para tanto. «Yo…, nosotros…»

«Mamá, lo que hagas con tu vida es asunto tuyo. De verdad.» Mira a Terry.

«Soy Terry, un…, mmm, un viejo amigo de tu madre.»

«Eso también es muy evidente», responde Amber. Hay un matiz acusador en su voz, y Maggie no logra distinguir si es porque su hija no aprueba la situación o porque le está recriminando a ella que pueda pensar que no la aprueba. «Bueno, me voy a casa de Kim y así os dejo a vuestro aire.»

«No hace falta, yo ya me iba. Me toca echar unas horas de taxi, sí. Un placer, Scarlett.»

«Me llamo Amber.»

«Disculpa, me he confundido de color», sonríe Terry y se dirige a las escaleras.

Después de un rato, Maggie lo sigue al dormitorio y lo encuentra abotonándose la camisa. «¡Joder!»

«Se la ve buena chica. Seguro que es gracias a ti», dice Terry mientras se pone la chaqueta.

Maggie advierte el destello en sus ojos. «¡Ni se te ocurra!»

«¿Por quién me tomas? Ni se me ha pasado por la cabeza», protesta Terry. Nunca es tan convincente como cuando miente con descaro, y Maggie, a pesar de llevar toda su vida en las cámaras del consejo, casi se lo traga.

Terry llama a Bladesey para ver si aún está por el barrio, pero le ha salido una carrera al aeropuerto. El Pastoso, en cambio, anda cerca, así que lo recoge quince minutos más tarde y lo lleva a su piso del South Side.

Terry se cambia rápidamente y se mete de nuevo en el taxi; hay varios servicios por el oeste de Edimburgo, principalmente en los barrios de Broomhouse, Wester Hailes, Sighthill y Saughton Mains. Tras completar sus tareas, piensa en ir a la Liberty Leisure, la sauna del Marica, pero al final se decanta por la Galería de Arte Moderno y el Dean Village, a ver si da con algún chochito pijo. Se siente encantado cuando dos jóvenes le hacen una señal y se montan en el taxi. «¿Adónde os llevo, chicas?»

«Al Hotel Minto», dice una con acento norteamericano.

«Muy bien. ¿Dé dónde sois?»

«De Estados Unidos.»

«Sí, me lo había figurado», dice Terry. «¿De qué parte de Estados Unidos?»

«De Rhode Island.»

«¿De Rhode Island? Pues os digo una cosa», Terry gira la cabeza y les guiña un ojo. «Si todas son como vosotras dos, debería llamarse “Kiki Island”.»

Me gusta vivir en Oxford Street porque tengo todo lo que necesito aquí mismo, en el South Side. Es una calle tranquila, cerca del centro y de los coños de oficina, cerca de la universidad y de los chochitos estudiantiles, y además es el lugar perfecto para ligarse a las tías del barrio. No es muy elegante: un salón agradable con un buen sofá en L, un dormitorio con cama de matrimonio extragrande y una cocina llena de batidos de proteína… Vivo a base de esa mierda. No tengo muchos muebles en el apartamento; me gusta decir que es de diseño minimalista. Hay una estantería con algunos libros que me ha dejado Rab Birrell y que no he leído ni una puta vez, pero que conservo para impresionar a las nenas de la universidad. *Moby Dick*, *Crimen y castigo*, ese tipo de basura. He intentado leer al Dostoievski ese, pero cada cabrón que sale en el libro tiene al menos cinco nombres distintos, así que paso de todo y me largo del barrio. Ya te digo.

Voy a Hog's Head a comprar música y pelis de segunda mano, pillo wifi gratis en el Southern Bar. La piscina comunitaria está a la vuelta de la esquina: me hago unos largos y adiós a la tripa. Sí, hay de todo aquí en el South Side. En Leith no hay Starbucks. Quizá junto a los servicios sociales del muelle, pero no en el Leith de verdad. Cafeterías hay a patadas, pero paso de tanto bareto, solo voy al Southern por la wifi.

Conducir un taxi es el mejor curro que he tenido en mi puta vida. Fijo. Juice Terry está en su mejor momento; ni siquiera el curro de vendedor de refrescos y zumos en la camioneta puede competir con esto. ¡Aquí me tienes, un puto búho nocturno con la cabeza girando a todos lados, mirando a través de las ventanillas del TX4 y preparado para lanzarse sobre cualquier coñito desprevenido! ¡Y encima te pagan! Lo dice el taxímetro y el taxímetro no miente. Lo mejor es en agosto, con todas esas pijas que vienen a la ciudad, pero esta época también está bien, porque las Navidades están a la vuelta de la esquina y hay coños borrachos por todas partes. El problema de Escocia es que hay buenos chochos, pero somos un poco monoétnicos. Hay un montón de morenas, alguna que otra rubia, pelirroja o castaña…, pero casi todas son blancas. Los taxistas de Londres sí que me dan envidia, los muy cabrones: allí hay un poco más de variedad.

A mí Lothian Road no es que me vuelva loco, pero están las salas Filmhouse, Usher Hall y Traverse, sitios perfectos para pescar chochos pijos. Pero no hay nadie… Deben de estar a mitad de la función. Acaba de empezar a llover, pero a llover con ganas, y veo de pronto una multitud de chavales haciéndome señas; yo piso el acelerador para verlos apartarse de un salto, descojonándome de los muy gilipollas, que gritan y maldicen detrás de mí. No me interesan esos imbéciles: solo

quiero tías. Pero decido pararme, por diversión, por ver el alivio en sus caras, y luego les dejo acercarse antes de gritarles:

«¡QUE OS DEN POR CULO, VÍCTIMAS DE MIERDA!»

Salgo pitando calle abajo y disfruto de la mirada de imbéciles que se les queda por el retrovisor.

Lo mismo me da asaltar cunas (es un decir, en plan límite legal) que perseguir necesitadas; que vengan de una vinoteca o del bingo; que sean gordas, flacas, pijas, indigentes… Dondequiera que haya un buen coño, estaré yo pegado al bordillo en mi bólido negro preparado para metérsela hasta las orejas.

Las dos nenitas yanquis no se portaron ni medio mal la otra noche, ¿verdad? ¡Podemos cantar bingo! Por supuesto, siempre hay que ir a por las chavalas que están de vacaciones, no hay nada como viajar para desinhibirse. Ahora tengo al otro yanqui al teléfono, el puto Ronnie del otro día, el de la cabeza como la cresta del dinosaurio ese que le clava el cuerno en la tripa al tiranosaurio antes de caerse los dos por el precipicio.

«Necesito que me lleves a East Lothian en los próximos días. A un sitio llamado Haddington.»

«Pan comido, amigo. Lo conozco bien.»

«Genial. Había pensado en mañana, pero he oído que se avecina un huracán.»

«Sí, eso dicen, el huracán Tocapelotas.»

«No es para tomárselo a coña. ¡El Katrina hizo papilla Nueva Orleans, y aquí no estáis preparados para esto!»

«Nah, tío, aquí solo hay viento y lluvia, lo de toda la vida, ¿entiendes?»

«Creo que no te das cuenta de la magnitud de la situación, Terry.»

«No te preocupes, amigo, no te muevas del Balmoral hasta que pase. Déjate mimar por el servicio de habitaciones. Y, si quieres compañía, no hables con el imbécil del conserje, seguro que te lleva una puta presumida que te deja desplumado. Yo te llevaré a un par de amiguitas cachondas con ganas de fiesta. No te costará más que la cuenta del minibar, y quizá dos de los grandes. Conozco a una pava con la que he hecho alguna porno que es la supergrupi de la ciudad. Se ha follado a todos los deportistas, estrellas de televisión, jugadores de fútbol y humoristas que han pisado este lugar. Su apodo es “Escenario 69”, porque no para en todo el festival. Le encantará hacer otra muesca en el cabecero de la cama. ¡No es coña!»

La voz del coleguita Ronnie se enciende al rojo vivo.

«Pensé que no sabías quién era.»

Mierda, la acabo de cagar, pero mantengo la calma.

«No tenía ni puta idea hasta que te busqué en Google esta mañana. Me gusta buscar a todos mis clientes por si hay algo sospechoso. En plan sin ofender. ¡Para triunfar hay que echarle un buen par!»

Pues claro que conozco al gilipollas, desde el minuto cero. Un breve silencio, y luego suelta:

«Muy profesional… Hay que ir con mucho cuidado. Te tengo que pedir la mayor discreción.»

«Discreción es mi segundo nombre, amigo. El Juice no puede ir cepillándose a una sí y a otra también sin ser un tipo muy discreto. Bueno, ¿quieres que te presente a ese chochito o no?»

«No será necesario. Ya te llamaré», dice el muy capullo antes de colgar.

Pero es un trato que te cagas… Me va a dar un buen pastón por una semana, y solo va a necesitarme un par de veces para bajar a Haddington. ¿Qué se traerá este tío entre manos? Bueno, eso es asunto suyo, no mío. Eso es, yo a mi puta bola. ¡Si le mola mi taxi, pues por mí cojonudo!

Echo un vistazo al teléfono. Un montón de mensajes de distintas tías. ¡Hasta de la parejita de Rhode Island! Vaya dos, estaban buenas, y, sobre todo, les iba la marcha. Aunque Sick Boy diga que es mejor ir en plan pico y pala, a mí eso de estar todo el día detrás de una pava me parece un coñazo. A veces solo quieres ir al puto grano: ¿quieres tema o no quieres tema? Y estas dos querían. Joder, y tanto que querían. Qué pena que se marchen hoy para seguir su viaje.

Voy por The Bridges a ver si olisqueo algún coño, pero ninguna tía me dice que pare, así que recojo a uno por hacer una carrera: un gilipollas estirado con traje y maletín. No pillo propina ni de coña.

Voy pensando en tías, concretamente en dos: Suzanne Prince e Yvette Bryson. A las dos me las cepillé a pelo aquel fin de semana hace casi diez años, cuando estaba de bajón después del tercer divorcio. De aquellas gestiones salieron un par de bastardos. Me parece genial que Guillaume y el Bastardo Pelirrojo lleven el apellido de sus madres. Es lo que tiene el feminismo. A ver, si hubiera sido por mí, les habría metido a las dos un tubo por el coño, me habría puesto a succionar como un marica de Calton Hill en una orgía y no habría parado hasta sentir el sabor del clarete; luego habría escupido en el lavabo a los bastardos. Pero ellas quisieron tenerlos, así que ahí están, y no me quejo, siempre que el nombre de Lawson no aparezca en los certificados. ¡Y esa es la puta verdad!

Tanto Suzanne como Yvette son mujeres independientes, y aunque creo que ya ha pasado el peligro, la gente y sus circunstancias no paran de cambiar, y la Agencia de Manutención Infantil tiene los dedos muy largos. ¡Pues en estos bolsillitos no van a meterlos!

He dado la vuelta por Princes Street y me dirijo a The Mound. El imbécil del asiento trasero está poniendo mala cara; ya puedo currármelo si quiero sacarle una propina.

«¿A qué se dedica, colega?»

«A la medicina.»

«Médico, ¿eh?»

«Algo así. Soy especialista», dice el capullo mientras mira por la ventanilla. «¿Por qué vamos por aquí?»

«Los tranvías…, las calles de un solo sentido…, los desvíos…, el Ayuntamiento… ¿Cuál es su especialidad? La mía es el amor. ¿Conoce esa canción de Sharon Brown? “*I specialise in love*”… Sabes la que te digo, ¿no?»

«Creo que no.»

Con algunos es como querer sacar sangre de una puta piedra.

«¿Cuál es su especialidad, compadre?»

«Ginecología.»

«¡Qué hijoputa! ¡Ginecólogo!» Casi me salto un semáforo en rojo por volverme a mirar al colega. El tío sale despedido hacia delante. Menos mal que lleva el cinturón; si no, el muy payaso habría atravesado la mampara de seguridad y lo tendría en el regazo hecho trizas. «Lo siento, amigo… ¡Es que estoy pensando que habrá visto más chochos que yo! ¿No andará buscando un asistente?»

El tipo se vuelve a colocar en su asiento.

«No creo que…»

«Mire, colega, que yo sé todo lo que hay que saber sobre coños. ¡No es por nada! Quizá no me sepa los términos técnicos como usted, pero sé que si se aprieta este botón, ¡PIM! ¡Premio! Y si se llena ese agujero, ¡PAM! ¡Qué hijoputa!», digo cuando un camión intenta cortarme el paso de camino a Cameron Toll.

«Gracias. No olvidaré ese excelente consejo», dice el tío, pero entonces suena el móvil, todo normal en principio, pero el nombre de EL MARICA aparece en el identificador de la pantalla. No le hago ni caso, pero más me vale pasar pronto por la sauna del cabrón a echar un ojo.

No me gusta este asunto, porque cuando te etiquetan de delincuente, el delito sale a buscarte. No soy gángster ni chorizo ni traficante, pero nunca le miro el diente a caballo regalado. Si me ponen un caramelito por delante, no voy a decir que no. Pero si hay imbéciles sin un dedo de frente que proponen las cosas más absurdas porque necesitan algo que hacer, un poco de aventura, a estos mierdas se les manda a tomar por culo, de buenas maneras, eso sí. Ser traficante es un riesgo enorme y un follón que te cagas a cambio de muy poco. Conducir un taxi es aburrido y el porno me da para algún que otro capricho, pero no se puede vivir de eso. No me importa hacer negocios de vez en cuando con Connor, pero a Tyrone o el Marica, si puedo, los evito. Lo de supervisar a putas y a chulos no es para mí.

«Ya estamos en el Royal Infirmary. Aparque aquí mismo», dice una voz en la parte de atrás.

«Genial. Ahora a mirar más coños, ¿eh, compadre?»

«Algo así.»

«¡Trabajo duro, pero alguien tendrá que hacerlo! Ahora que lo pienso, yo también veo un montón de chochos en la parte de atrás del taxi. No suelen ser los que uno quisiera, pero qué le vamos a hacer, ¿eh, colega?»

«Supongo… Bueno, pues gracias.»

«Dígame una cosa, amigo, volviendo al plano técnico. Igual que los esquimales tienen mil palabras para la nieve, a los ginecólogos les pasará lo mismo con los coños, ¿no? Fijo que sí», le digo, haciendo el viejo truco de no abrir las puertas hasta que saque la cartera y no dejar de hablar pase lo que pase. El tipo me suelta una pasta gansa. Bingo. Si llego a ser un mierda con cara de amargado, seguro que el cabrón no me deja tanta propina. Como el mamón del Pastoso, que siempre se está quejando de que no le dan propinas. Porque eres un puto amargado, le digo.

Pero este al final se ha rascado bien el bolsillo y se ha ido hasta contento.

«Esquimales…, nieve… ¡Esa me la apunto!»

Pongo rumbo al centro. Recojo un poco más de farla para Rehab Connor y se la llevo a Monny, en Leith. Ahora mismo Connor debe de ser el camello más importante de la ciudad. Eso sí, la mercancía, él ni tocarla. De hecho, trabaja a tiempo completo de orientador sobre drogas en el Departamento de Trabajo Social. Tiene dos números para repartir a cada quisque: uno si estás limpio, pero tienes una crisis y necesitas hablar con alguien, y otro si necesitas pillar. ¡Tiene el mercado cubierto, el muy cabrón! Por lo visto un chaval al que estuvo asesorando le dijo una vez: «Mire, señor Connor, esto de estar sobrio y el asesoramiento no me está funcionando. De verdad, necesito que me pase algo.» Y Connor le da otro teléfono y dice: «No te preocupes, chaval, pero tendrás que llamarme a este número. Tengo que cuidar mi reputación. Hay que ser profesional.»

Luego decido acabar la jornada y volver a la barriada a hacer una visita a mi vieja, Alice Ulrich, que recibió ese apellido de su segundo marido, alemán, ya fallecido. Estoy aparcado frente al Festival Theatre, en The Bridges, cuando un capullo me da un toque a la ventanilla a la altura del semáforo. Me habré olvidado de apagar la señal.

«Ocupado, compadre», le digo al tío.

«La señal de “libre” está encendida.»

«Se me ha olvidado apagarla.»

«De acuerdo con el derecho contractual, está obligado a llevarme.»

«Lo siento, amigo, me encantaría, pero me acaba de entrar un servicio», y le doy con el dedo a la pantalla. «La centralita. Todo informatizado.»

«¡Y una mierda!»

«Tengo las manos atadas, amigo. Me encantaría llevarle, pero soy esclavo de la centralita. Si no pillo sus encargos, me penaliza y me deja sin servicio toda la noche», prosigo, mientras arranco el motor y me largo. Todavía lo oigo balbucear en la calle sobre derecho contractual, hay gente con la que no se puede hablar. En fin, doy un frenazo en un semáforo, pito a una morena con abrigo largo marrón y me devuelve una sonrisa picarona. Qué agradable es agradar.

Me voy para la casa de la vieja, en Sighthill. Siempre está diciendo que nunca sale, pero cuando llego tiene el abrigo, el sombrero y los guantes puestos.

«¿Podrías llevar a tu pobre madre, Terry? No te lo pediría, pero con este tiempo…»

«¿Adónde vas?»

«Al Royal Infirmary.»

Por los cojones de Cristo, está en el quinto coño y acabo de venir de allí. «¿Qué pasa? ¿Estás mala?»

«No, estoy bien», dice. Después me mira con ese aire testarudo. «Ya que preguntas, voy a ver a tu padre.»

Ya sabía yo que pasaba algo.

«Conque en esas andamos, ¿eh?»

«El hombre no está bien, Terry. Tiene cáncer. No le queda mucho tiempo.»

«Qué bien.»

«¡No digas eso!»

«¿Por qué no?», digo meneando la cabeza. «No me puedo creer que vayas a ir hasta allí a verle. ¡Qué cojones! Vas a dejar que te vuelva a joder. Después de tantos años humillándote.»

«Sigue siendo el padre de… ¡Es tu padre y el de Yvonne!»

«¿Y qué coño ha hecho por nosotros?»

Me señala, y los ojos le arden de rabia.

«¡No empieces! ¿Y tú? ¿Qué has hecho tú por tus criaturas? ¡Los tienes a todos desperdigados por aquí, por allí y Dios sabe por dónde más! Donna dice que hace siglos que no sabe de ti, ayer mismo estuvo aquí con Kasey Linn.»

«¿Cómo? ¿Qué coño es un “casi lin”?»

«¡Kasey Linn! ¡Tu nieta!»

«Ah… La cría…», digo. Joder, casi se me olvida que Donna ha tenido una niña… Debería ir a verla, pero odio la idea de ser abuelo. Aunque para las nenas sigo siendo un AQMF, es decir, un «abuelo que me follaría», menos mal…

Ya me está echando esa mirada.

«Todavía no has visto a la cría, a tu propia nieta. ¡Por Dios! ¿A que no?»

«He estado ocupado…»

«La criatura tiene casi un año. ¡Eres un inútil! ¡Peor incluso que Henry Lawson!»

«¡Que te den por culo!», suelto, y me largo de la casa. ¡Que la vieja coja dos autobuses!

«¡Terry, espera! ¡Espera, hijo!»

Así que me voy escaleras abajo, y empieza a llover a cántaros cuando me meto en el taxi. ¿Cómo le ponen de nombre Kasey Linn a la puta cría? Joder, aparece en la pantalla otro mensaje de la centralita. Será el imbécil de Jimmy McVitie; Big Liz me dijo que hoy trabajaba.

SERVICIO EN EL 23 DE WESTER HAILES DRIVE.

Escribo en respuesta:

ACABO DE COGER A ALGUIEN EN SIGHTHILL.

Después:

ERES EL TAXI MÁS CERCANO.

Yo:

QUÉ PARTE DE ACABO DE COGER A ALGUIEN EN SIGHTHILL NO ENTIENDES.

Eso calla al hijoputa. Pero alzo la mirada y le pego un puñetazo al salpicadero en cuanto veo a mi madre bajar las escaleras y dirigirse calle abajo hacia la carretera. Doy una vuelta al bloque de pisos y la veo en la parada de autobuses provisional bajo la lluvia, sin tener siquiera dónde cobijarse por culpa de los cabrones del puto tranvía. Así que me paro y bajo la ventanilla.

«¡Mamá, sube!»

«¡No me importa esperar el autobús!»

«Mira, lo siento. Es que no quiero que mi padre vuelva a joderte. Venga, sube.»

Parece pensárselo, al final cede y se sube.

«Demuestra que eres mejor persona que él», y la tía encima me apunta con el dedo. «¡Haz lo correcto con tus hijos! ¡Ve a ver a Donna! ¡Llama a Jason! ¡Queda con los dos pequeñuelos!»

No pienso volver a discutir del tema con ella. No soy tan malo como se cree. Llamo por teléfono a Jason, que vive en Manchester, cada pocas semanas. Tomo el desvío y avanzamos en silencio hasta que la dejo en el hospital. Me pregunta si quiero subir a verlo o si quiero que le diga algo de mi parte.

«Dile que gracias por nada y que le den por culo.»

Entra en el hospital, claramente disgustada, y eso me hace pensar. Así que me voy, que le den, y llamo a Suzanne y a Yvette, las madres del pequeño Guillaume y el Bastardo Pelirrojo, y quedo en que voy a sacar a los chavalines a dar una vuelta. No se lo pueden creer, pero las dos parecen bastante contentas.

Primero voy hasta Niddrie Mains a recoger a Guillaume, luego voy al barrio pijo de Blackford Hills a recoger al Bastardo Pelirrojo. Mientras el Bastardo Pelirrojo corre hacia nosotros por el acceso de la enorme casa a través de un cuidado jardín, observo a Guillaume, que parece estar pensando: «¿Por qué estos viven aquí y mi madre y yo vivimos en un barrio de mierda?» El Bastardo Pelirrojo, que lleva una camiseta roja que resalta la pura, esto…, rojez del niño, se sube y los dos intercambian un débil «hola». El Bastardo Pelirrojo no es de muchas palabras, pero siempre está observándolo todo. Quizá tenga el cerebro de su madre, porque tiene la cabeza alargada hacia atrás en forma de punta, como un puto alienígena. Como los mierdecillas verdes que aparecen en las historietas de Dan Dare.

Y luego está el pequeño Guillaume. Al principio Suzanne pensaba que era de no sé qué camarero francés. Se lo había follado una noche antes que a mí, pero ni de coña: ¡la cantidad de leche que sale de estos huevos es una puta locura! ¿Leche? ¡Joder, si la tía se hubiese puesto de pie con las piernas abiertas encima de un cubo, habría sacado lefa para empapelar la casa entera!

Pero con leche de esta calidad hay que andarse con un cuidado de cojones, porque las tías quieren niños con personalidad. Si te gusta hacerlo a pelo y estás todo el día empalmado, tienes que tener el doble de cuidado. Hay que asegurarse de que la tipa se esté tomando la píldora. Pero con tanto sida y tanta ETS, mogollón de tías insisten en usar gomita. Aunque, claro, con la goma la pasión se va a tomar por culo, y si además tienes una polla como la mía, cuesta una eternidad ponérsela. Para mí es como destruir la victoria de la píldora y la revolución sexual. Culpa del puto gobierno: si los maricas reprimidos de los colegios privados no se hubiesen puesto a follar como perras, nunca habría habido ni sida ni ETS.

En fin, que luego está el pequeño Guillaume. Un fin de semana de frenesí y aquí estoy, dando una vuelta con él y el Bastardo Pelirrojo. Al principio no me cortaron el rollo, uno se adapta a las circunstancias, y yo me puse a la altura yendo a todas las reuniones de padres. La guardería, infantil, primaria, fui a todas esas mierdas. Les contaba a todas las madres solteras que la madre del pequeño Guillaume había muerto en el parto y que había adoptado al Bastardo Pelirrojo, que era mi sobrino, después de que su padre, mi hermano pequeño, hubiera muerto en Afganistán, y su madre se hubiera hecho drogadicta. Me follé a media docena de ellas como me dio la gana, incluso metí a una en lo del porno, pero eso fue antes de que los críos se hicieran mayores y empezaran a hablar; luego todas se olían el pastel. Después de eso perdí un poco de interés por los capullines, la verdad.

Estoy con los chiquillos en una cafetería, nos estamos tomando un zumo antes de ir a una sesión matinal de cine. Con este frío no hay ningún otro sitio que merezca la pena con los críos. Ahora el Bastardo Pelirrojo levanta esos ojos que tiene y dice:

«No me quieres tanto como quieres a Guillaume.»

¡Joder! ¿Qué se espera el gilipollas este? ¿Se ha mirado el pelo últimamente en el espejo?

«Tengo una pregunta para ti, amiguito, puesto que eres un sabelotodo. ¿Qué es el amor?»

El labio inferior del Bastardo Pelirrojo se pone sobre el superior.

«Es algo así como…, no sé…»

«Vosotros sois hermanos, bueno, medio hermanos, y puede que os queráis. Pero es distinto a cuando, digamos, un hombre quiere a una mujer, ¿verdad?»

«Sí», asienten los dos de inmediato. Qué puto alivio. No quiero un hijo marica, especialmente el rojito. ¡Bastante tiene ya con ser bastardo y pelirrojo!

«Bueno, pues vosotros sois distintos, y yo os quiero a los dos igual, pero de forma diferente.» Les dejo que lo piensen. Es una pena que con el Bastardo Pelirrojo las cosas estén en esa especie de punto en el que le-va-mucho-mejor-sin-mí. En cualquier caso, los he llevado a ver la película *Up*. Hay que joderse, casi me echo a llorar cuando el viejo se pone a hablar de su esposa muerta y de que querían tener críos pero que no pudieron. Me entraron ganas de ponerme a gritar a la pantalla y decirle:

¡quédate con estos dos cabroncetes, que yo no los quiero! Palomitas, perritos calientes, helados, Twix, el puto combo completo, ¡cómo tragan los mamones!

Me quedo en la puta gloria cuando los llevo de vuelta, aunque tampoco ha sido un mal día. Dejo primero a Guillaume en Niddrie Mains. Mientras se dirige al interior de la casa y saluda a su madre, Suzanne, miro al Bastardo Pelirrojo y le digo:

«Tienes suerte de vivir en Blackford Hills. No durarías ni dos minutos aquí.»

«¿Por qué Guillaume y su madre son tan pobres?»

¿Cómo contestas a eso? Así que lo que hago es preguntarle al Bastardo Pelirrojo qué piensa él, y este se queda dándole vueltas de camino a Blackford Hills.

«¿Es porque su madre no tiene estudios?»

«Probablemente tenga que ver con eso. Pero también te tienes que preguntar: ¿por qué no tiene tantos estudios como la tuya?»

El mocoso se baja del coche con el ceño fruncido. Me quedo mirándolo mientras recorre el acceso a la enorme casa, con la gravilla rechinando bajo sus estupendos zapatos negros.

Después, de camino al centro por Oxgangs, doy con un filón. Hay una tía en la parada de autobús frente al pub Goodies. Parece llevar ya unas cuantas copas, y me para. Cuando me detengo, hace señas para que me vaya.

«¿Te llevo o no?»

«Voy a Stockbridge, pero no tengo dinero, lo tiene mi amiga, que me espera allí.»

«Bueno», digo con una sonrisa. «Sube. Ya se nos ocurrirá algo, si te parece bien.»

Me mira fijamente.

«Puede que se nos ocurra algo.»

Y tanto que le parece bien, ni se hace la tonta cuando paramos el motor en el camino al que siempre voy en Marchmont, uno de mis mejores sitios.

«¿No vas a apagar el taxímetro?», pregunta en cuanto abro la puerta de atrás.

«Claro, es la costumbre», digo, volviendo a la parte delantera. «¡Menos mal que me lo has recordado, porque tenemos para un buen rato!»

¡Sí señor, soy un hombre con suerte! Bueno, con suerte, no. Jonty MacKay, ¡el hombre con más suerte del mundo! Ese soy yo, señor, ya te digo. Tengo mi pisito agradable en Gorgie, a mi Jinty, internet en el ordenador, DVD con pelis, y Film Station 4 en la tele. Y además me sale trabajo de pintor de vez en cuando. Sí señor, de pintor.

Si pudiese cambiar algo, sería tener más trabajos de pintor, porque a veces me siento muy mal por Jinty, que está de limpiadora en varios bloques de oficinas de la ciudad, sí señor. Pero para cuando llega siempre le tengo preparada su pizza Findus congelada y sus patatas McCain al horno, de las que le gustan a ella. Y si tiene turno de noche y llega a las tantas, igual: no le falta su pizza, claro que no, señor.

Findus.

A veces creo que sería genial conducir, como mi hermano Hank, que conduce un camión con montacargas. Y Jinty a veces me lo dice: tú tonto no eres, Jonty; a ver, te pasas el día en internet, te manejas con un ordenador, seguro que no te costaría tanto aprender a conducir. Raymond Gittings podría darte más trabajo de pintor.

Y supongo que tiene razón, pero yo no lo veo así. Siempre digo que si Dios quisiera que fuésemos en coche, nos habría dado ruedas en vez de piernas. Sí, ya te digo. Solo soy un simple chaval de campo, de Penicuik. No me pega ir por ahí con un cochazo de esos. No señor, Penicuik. Mira que Hank siempre me lo dice, no digas que Penicuik es campo, porque no es campo y hace ya mucho que no es campo.

Ya, pero para mí sigue siendo campo, ¿sabes? Sí señor, lo es. Desde la casa de mamá se ven las colinas Pentland, y para mí eso es campo. Sí señor, lo es. Y hay que coger dos autobuses.

Pero internet es lo mejor. Me gusta una web genial que te enseña lo que hay que hacer en caso de guerra. Cómo hacer bombas y todo eso. En plan yanqui, ya te digo, se nota porque está escrito raro, sí señor, sí señor. Bengalas de socorro y todo.

Oigo la puerta, es Jinty y está helada. Apago el ordenador para que no se piense que llevo ahí todo el día. Tiene la cara chupada y roja. «Vente aquí al calorcito, Jinty», le digo. «Te he hecho sopa Batchelors, no es sopa de verdad, pero los polvillos le dan sabor al agua.»

«Gracias, guapo», responde Jinty. «Seguro que entro en calor.»

«Claro, un poquito de calor. Eso mismo he pensado. Ya te digo, calorcito bueno. Y después hay pizza y patatas. ¡Findus!»

Y Jinty sonríe amablemente y dice: «Eres un cielo, ¿lo sabes?»

Me pongo colorado, me doy un toque en la manguerita, pero por encima de los vaqueros, y le digo: «También sé qué más te daría calorcito, Jinty, sí señor, ya te digo.»

Pero Jinty de pronto se pone muy triste y dice: «Esta noche no, guapo, estoy cansadísima. Me tomo un té y me voy a sobar. Igual por la mañana» sigue, y luego mira al ordenador y luego a mí con un ojo así como muy cerrado y me pregunta: «¿Te has metido otra vez en internet?»

«Sí, hay una web genial que te dice qué hacer si hay una guerra.»

«Mientras no te pongas a ver guarradas.»

«No, guarradas, no…»

«¡Estoy de coña, Jonty! Me da igual que veas guarradas, mañana por la mañana hacemos guarradas.»

«Sí señor, mañana», le digo. No tiene muchas ganas desde que le han puesto turno de noche en la oficina. Está siempre muy cansada, normal, con ese turno. Sí señor, sí señor, sí señor: turno de noche. Pero no me preocupa, me acurruco en la cama con Jinty y escucho el canal del tiempo y los pronósticos marítimos, que siempre dan lluvia. Y si se me pone dura la manguerita le doy un buen meneo hasta que lo suelto todo y luego me quedo dormido como un tronco. Y si Jinty ve las sábanas manchadas por la mañana y dice: «Pero ¿esto qué es?», yo le diré: «Habré soñado contigo, cariño.» Se reirá y dirá: «¿No te estoy cuidando bastante, Jonty MacKay? Eres un diablillo insaciable.» Y entonces se me echará encima y será chachi piruli.

Ya te digo, es genial estar con Jinty. Jinty y Jonty, Jonty y Jinty. A veces nos peleamos por cuál va primero. Ella dice: «Jinty y Jonty.» Y yo: «Jonty y Jinty.» Y nos echamos unas buenas risas. Ya te digo. Sí señor, sí señor, sí señor. Unas risas. Sí señor, ya te digo. Sí.

He tenido que echar un turno en la Liberty Leisure. A Jonty no le haría mucha gracia, es un poco mojigato, pero para mí no es más que un dinero extra por tumbarte boca arriba o por meterte algo en la boca. Y con algunos clientes la cháchara no está mal. Hay un viejo que no para de decirme que me vaya con él, a Barbados o al sur de Francia. Y yo le digo: «Venga, hombre, para el carro», y le suelto los precios. ¡Menudo descojone!

Trabajo en esta parte de Leith Walk porque nadie me conoce en esta tierra de pordioseros hibs**[1]** ¡y el buenazo de Jonty se cree que estoy limpiando oficinas! ¡Más bien limpiando mangueras! Me pregunta si hay chicas extranjeras, en plan europeas del este o africanas donde trabajo, y yo le digo «¡Por supuesto, Jonty, soy la única escocesa allí!» Y él siempre se ríe, angelito…

Luego está el Terry ese del pelo rizado, que va a estar supervisando todo esto mientras Vic se va a España. Se nota que al cabrón de Kelvin no le hace ninguna gracia. Pero si el tal Terry lo mantiene a raya, yo tan contenta. Aunque tengo entendido que Terry es lo peor que te puedes echar a la cara, porque hace películas porno de esas de internet. Llega justo cuando Andrea le está haciendo trenzas en el pelo a LeighAnne. Entonces Kelvin me mira y dice:

«Es curioso que las chicas os paséis el día haciéndoos mierdas unas a otras. Como putos monos acicalándose.»

Kelvin siempre me da escalofríos. Tiene dos miradas básicas. La primera es una mueca desdeñosa; algo así como si lo congelaran en el acto de apuñalar a alguien. La segunda es una cara estúpida y fruncida, como si estuviera intentando averiguar si es buena idea ir a la policía a delatar a alguien. Con el pelo oscuro cortado como un cabeza rapada y esa frente tan estrecha…, te juro que el tipo desafía la naturaleza, porque parece que el pelo le avanza en vez de retroceder. Un día le va a llegar a esos cejones negros, y con suerte le tapará esos ojos nerviosos y traicioneros que tiene.

«No es por ser sexista ni nada parecido», dice Kelvin, «pero para mí que eso demuestra que nosotros estamos por encima de las tías en la escala evolutiva. Tenemos otras cosas en las que pensar aparte de cómo nos vestimos», prosigue. «¡Por ejemplo, en desvestiros!»

«Fijo», contesta Terry, pero solo para que Kelvin se calle. «¿Recuerdas al tal Desmond Morris? *¿El mono desnudo?* El de la cortinilla que hablaba de rituales de acicalamiento. Seguro que él diría que os estáis haciendo eso porque os gustáis la una a la otra.»

«Vete a la mierda», dice Andrea.

«¡Eh! ¡No matéis al mensajero! El tipo salía en la tele. Menuda cortinilla tenía.»

Miro esa mata de pelo llena de tirabuzones.

«¿Es una peluca?»

«¡Y una mierda! ¡Dale un tirón, venga!»

Se inclina hacia mí, así que lo hago.

«¡Qué suave!», y al ver que va a decir algo, me adelanto: «Suave por aquí, duro por allá», y le guiño un ojo. «Así es como tiene que ser, ¿eh?»

«Fijo», dice con una gran sonrisa, mientras el careto de Kelvin se tensa.

Pero bueno, Terry desvía su atención en cuanto aparece Saskia la polaca. ¡A todos les gusta! De todas formas, me tengo que ir, ya ha terminado mi turno y he quedado con mis amigas antes de volver a casa con Jonty.

Vamos al Haymarket Bar. Fiona C lleva el flequillo ese recto y el pelo electrizado y ridículo. No es que sea una puta gorda, pero delgada desde luego no está. De naturaleza robusta sería la descripción amable. Angie tiene el pelo oscuro y rizado, ojos también oscuros, como la puta gitana que es. Estamos tomando vodka con Redbull y empiezo a hablar del crío de Sandra. Ha nacido con el síndrome de Down ese y les digo a Angie y a Fiona C: «Yo no criaría a un niño mongólico en la vida. ¡No, gracias!»

«Supongo que ya tienes bastante con el pobre Jonty», dice Fiona C. De inmediato se lleva la mano a la boca. «No quería decir eso, o sea, ¡no quería decir que Jonty sea mongólico! Pero es que a veces es un poco lento…»

Y yo aquí sentada, aguantando a esta zorra que me está poniendo negra.

«Pero estoy de acuerdo con lo que dices, Jinty…» Fiona C casi lo está pidiendo a gritos, la muy furcia, sabe que está a nada de que le meta el coño para dentro de un puntapié. «Porque tienes que hacerlo tú todo, y Jonty es un inútil. ¡Como mi Phillip! Lo que quiero decir, Jinty, es que solo te faltaba tener que cuidar de un crío discapacitado.»

La grandísima puta se lo ha buscado. Se lo voy a soltar. ¡Será cerda!

«¡Si me saliera uno de esos del coño, le diría a la matrona que no se molestara en darle en el culo para que respire, que ni de broma me lo llevo conmigo!»

Hay dos tíos junto a la barra. Uno tiene un culazo.

«Pero, Jinty, es distinto si lo llevas hasta el final, si lo sientes crecer dentro de ti», dice Angie.

«Supongo.»

«Hazme caso, Jinty. Cuando tengas tu propio hijo…», y baja mucho la voz. «¿No has pensado en tener uno con Jonty?»

«Con todo lo que trabajo, no estoy yo para críos.»

«Ya tienes treinta y cuatro, Jinty» suelta Fiona C. «Fíjate en Sandra. Es verdad que tiene cuarenta y tres, pero si esperas mucho más, acabas con esa edad en la que pasan cosas malas. Piensa en Moira la Abortona.»

Tiene razón. Moira ha tenido ocho abortos, y seguro que alguno más que no nos ha contado.

Angie se apoya en el respaldo, coge la copa, entorna los ojos y luego mira por la ventana. «Dicen que se avecina un huracán de los buenos.»

Fiona C dice: «¿De los que se llevan coches por los aires?»

«Eso es un puto tornado, pedazo de imbécil», suelta Angie.

Suelto una buena carcajada, porque Angie tiene razón.

«¿Y qué es un huracán?», les pregunto.

«Viento fuerte que te da en la cara, ya está. A no ser que estés en la costa. ¿Qué fue lo que dijo Evan Barksdale el otro día? Solo causa daños por inundaciones. Se lo comerán todos los pordioseros hibs de Leith y Granton. ¡Lo que demuestra que Dios es de los Hearts!»

Fiona C se ríe, pero Angie no dice nada, porque es una puta *hibee*.

Después de ese comentario, llega la hora de despedirse, y me voy calle abajo a ver a mi chico. Hace mucho viento fuera. A una especie de vaca de Jenner pija se le vuela el sombrero y corre tras él, pero es tan lenta y vieja que solo consigue quedar como una gilipollas. Espero morirme antes de ser tan vieja.

Varios años atrás, mientras trasteaba ocioso con el dial de la radio, Jonty MacKay se topó accidentalmente con el pronóstico meteorológico. Se dio cuenta de que al escucharlo, con sus efectos especiales de fuertes lluvias y vientos, le entraba sueño. De modo que a Jonty le encantaba quedarse dormido con los auriculares, acurrucado contra Jinty, imaginándose que estaba en un barco perdido en alta mar a merced de los vientos.

La instintiva expresión de asombro de Jonty había sido coartada por su padre, Henry, mediante repetidos guantazos en la cabeza. Administraba este castigo cada vez que sorprendía al chico con la boca abierta de par en par. La lección fue tan rotunda que cuando Henry se mudó y fue reemplazado por un padrastro, Billy MacKay, no hubo necesidad de infligir tal correctivo, en caso de que este último hubiese querido. Estos castigos sistemáticos habían condicionado a Jonty a apretar los labios con fuerza. Tiene entradas y el pelo débil en la coronilla desde los veintipocos, lo cual, sumado a la boca apretada y los ojos saltones, le otorgaba un aire atolondrado, pero intenso, casi de profesor. De primeras, la gente solía tomar a Jonty por una especie de sabio o visionario excéntrico.

Jonty había oído que una tormenta se aproximaba a la costa este de Escocia. Y de repente había alcanzado el grado de huracán. La cosa pintaba mal. En Escocia no había huracanes. Quizá nos ayude Inglaterra, consideró intranquilo. Sin duda, los ingleses no van a dejar que nos pase nada malo. Después se conectó a internet para seguir buscando, pero sus hallazgos solo consiguieron alarmarlo más.

Jonty se enteró de que la gente le había dado al huracán un mal nombre. El huracán Tocapelotas. Ese es el problema de Escocia, pensó. La gente siempre se lo toma todo a risa. Igual que hacían con él en el Pub Sin Nombre, ahora se reían de este pobre huracán. Era como reírse de la naturaleza, de Dios. Era como llamar a gritos a los problemas. Menos mal que Inglaterra está ahí para poner orden, reflexionó. Nunca se burlarían así de un huracán.

En el programa sale una noticia.

> A la espera de la llegada del huracán Tocapelotas, el consejo del portavoz del gobierno escocés, Alan McGill, de que los escoceses se refugien en hoteles locales durante la tormenta, ha sido tachado de irresponsable. Mathew Wyatt, del grupo de presión PREFE, Plataforma contra la Represión de los Fumadores de Escocia, dijo que ese consejo pone a los fumadores de Escocia en peligro. «Los fumadores escoceses vuelven a ser discriminados debido a este cambio de rumbo claramente erróneo del gobierno. Mejor será que se queden en casa tranquilos, con su copa y su cigarrillo, en vez de enfrentarse a los

> elementos y tener que exponerse a esa carnicería potencial por dar una simple calada.» Pero hoy, Alan McGill descartaba su propio consejo como comentario improvisado que no había que tomar en serio…

Jonty tiene miedo. Le preocupa Jinty, que tiene que salir en mitad de ese huracán. Se mete en internet, en Enfréntate al Futuro, la web que le gusta, la que llevan los supervivencialistas norteamericanos. No sabe qué es un supervivencialista, pero le suena bien. Todo el mundo quiere «supervivir».

Segunda parte

Huracán Tocapelotas

Juice Terry se ha levantado temprano para echar un ojo a las chicas de Liberty Leisure. Big Liz ha vuelto a la centralita, así que sabe que no lo van a molestar con trabajos indeseados. El ordenador le dice que ella ha empezado su turno.

TE RECOJO EN EL SATÉLITE DEL AMOR.

Terry le responde:

TENGO UN BUEN COHETE CON UN ASTEROIDE A CADA LADO.

Liz responde:

MÉTEMELOS EN ÓRBITA.

Terry se acuerda de una canción de Joy Division y teclea:

¡HA VUELTO A PERDER EL CONTROL!

Liz le consigue un servicio de inmediato en la puerta del Parlamento escocés para llevar a un hombre al aeropuerto. A esta hora de la mañana seguro que no tarda en recoger a alguien de vuelta a la ciudad. El cliente es un tipo gordo y rubicundo, como todos los parlamentarios escoceses. Menudo chollazo: según una encuesta, los parlamentarios escoceses elegidos para Westminster engordan unas treinta libras durante el primer año en el cargo.

«¿Trabaja en el Parlamento, compadre?»

«Sí.»

«¿Diputado?»

«Sí. En el Parlamento de Escocia.»

«Al colega que representaba a Edimburgo Sur le leyeron la cartilla por llevarse prostitutas a la oficina de Westminster», dice Terry, mirando hacia atrás con un ojo cerrado. «Espero que no se anden con esas en Hollyrood.»

«No… Bueno, no que yo sepa, vamos.»

«Sí, mejor no mojarse. Si tuviera ocasión, me bajaría pitando a Westminster, ¿sabe? ¿Todo ese puterío parlamentario? ¡Sí, señor!», ríe Terry mientras golpea jocosamente el salpicadero. «Pero preferiría estar en la Cámara de los Lores que en la de los Comunes, amigo, porque tengo cierta experiencia en eso de implantar un pedazo de ley grande y gorda en la segunda cámara, ¿lo pilla?»

El diputado escocés suelta una risita, y Terry piensa que al final va a ser un buen día. Big Liz lo llama desde la centralita para que vaya a recoger a un empresario al aeropuerto y lo lleve al centro financiero antes de dirigirse a la Liberty Leisure.

Por lo general, Terry se muestra extrovertido en compañía de mujeres, pero siente una extraña timidez al entrar en la oficina clandestina que está embutida en los bajos de un bloque en una calle cualquiera que sale de Leith Walk. A pesar de la absoluta

carencia de escrúpulos que ha mostrado en su carrera pornográfica (ha hecho una treintena de películas de calidad variable junto con su amigo Sick Boy y ha protagonizado muchas de ellas), la prostitución siempre ha incomodado a Terry.

Es por los hombres.

Los clientes acuden a todas horas. Los que más le sorprenden son los oficinistas que van a primera hora, antes del trabajo, a echar un rato con una chica de su elección. Muchos son jóvenes con vidas sexuales destrozadas por culpa de los niños o de compañeras con depresión posparto que quieren evitar las complicaciones de una aventura en la oficina. Trata de comprenderlos mientras los observa ir y venir, algunos mostrando culpa furtiva, otros con arrogancia jactanciosa. Terry opina que hacer muestras públicas de desdén hacia el cliente es malo para los negocios, y lo mismo se entera el Marica. A Kelvin, en cambio, no parecen molestarle; es Terry quien acapara toda su hostilidad.

Terry piensa que todo esto es inevitable, dado el papel de supervisión poco específico y vago que le ha dado el Marica, lo cual ha generado conflicto y desconfianza en su relación. Las chicas, tras comprender que está allí para vigilar al abominable Kelvin, se portan bien con Terry, y disfrutan de una taza de té y de unas risas con él.

Kelvin está especialmente tenso hoy, y lo demuestra respondiendo a todos los comentarios de Terry con monosílabos bruscos. Terry, a pesar de disfrutar de la compañía de las chicas, se alegra de salir de allí y volver al taxi.

Hace un día frío y tempestuoso, y Edimburgo se está preparando para el primer huracán oficialmente designado de su historia escrita. Está previsto que llegue a la ciudad esta misma tarde. Mucha gente se prepara seleccionando el pub más oportuno en el que quedarse encerrado, y la ciudad ya está vacía. Terry hace un par de carreras, luego recoge varios recados de su proveedor, Rehab Connor, en Inverleith y se los lleva a clientes en Marchmont y Sighthill.

Para cuando regresa al centro de la ciudad ya es por la tarde. Tras localizar el establecimiento de su elección en una callejuela de New Town, el Bar Cisismo, Terry aparca el taxi en la calle adoquinada justo enfrente. Es un sitio más bien oscuro, lleno de profesionales de aspecto atareado. Terry coge número, el B37, como los que se expiden en las oficinas gubernamentales. Se coloca en un lugar desde donde puede observar todo el bar, bebe un zumo de naranja fresco mientras escruta el mar de mesas ocupadas. Cuando aparece su número, Terry anda tranquilamente hasta una morena de aspecto sano y se sienta frente a ella. Sabe de sobra cómo va a proceder.

«Hola, me llamo Valda», dice ella con una gran sonrisa.

«Terry. Mucho gusto, Valda. Escucha, voy a echar las cartas sobre la mesa ahora mismo», sonríe y arquea una ceja con picardía. Valda lo observa con neutralidad calculada, aunque Terry cree ver un ligero temblor en su ojo izquierdo. «Una parte importante de toda relación es el sexo, y eso es lo que me interesa principalmente en este momento. Como ya sabes, de lo que se come se cría, y yo soy como un potro que

se ha hinchado a nabos, y con esta lengua no hace falta pajita para llegar al fondo del batido, ¿me entiendes? Mi piso está a la vuelta de la esquina. ¿Qué te parece si nos vamos ahora mismo para allá? El apocalipsis ese que los memos de las noticias han llamado Tocapelotas está a punto de caer sobre la ciudad.»

Valda Harkins se siente insultada. Está preparándose la respuesta, pero, para cuando ya la tiene, Terry, que ha leído las señales, ya ha avanzado a la siguiente mesa y le está soltando a otra mujer, Kate Ormond, exactamente la misma historia. Kate está sorprendida.

«Hala… Me parece que vas un poco rápido…»

Terry la corta con un «Vale», se levanta de la silla y avanza hasta Carly Robson.

Se van juntos dos minutos después. Terry se pregunta si le dará tiempo a llevarla al piso de South Side, zanjar la transacción social y hacer unas cuantas carreras con el taxi antes de que llegue el huracán Tocapelotas.

De camino al piso, el viento ha arreciado y la señal del móvil es mala. Terry ve que tiene varias llamadas perdidas de chicas y dos de Ronnie Checker. Intenta llamarlo, pero las barras de la cobertura desaparecen.

«Vuelve pronto a casa, acuérdate, ¿vale? Vuelve pronto a casa, esta noche no se puede salir…» Jonty es peor que un puto loro. Pues no pienso quedarme encerrada por un vendaval de mierda. Eso mismo le digo: «No pienso quedarme encerrada por una ventolera, Jonty.»

Entonces se vuelve y me da una especie de tubo para que me lo lleve. Le pregunto qué es y me dice que es una bengala de socorro que ha hecho consultando una web de internet. «Una bengala de socorro, sí», continúa, «porque tienes que salir con el huracán Tocapelotas.»

Le digo que ni loca voy a salir con eso metido en el bolso. Lo que me faltaba es inmolarme, claro. Total, que me voy y lo dejo ahí, y él venga insistir, que me lleve la bengalita. «Corta el rollo, Jonty. Estás empezando a rayarme», le digo, y me largo.

La de veces que habré oído antes esas tonterías del tiempo. ¿Viento? Viento el que me sale a mí del coño. ¡Aquí siempre hace viento, joder!

Cojo el autobús a Leith, el 22. La sauna está hasta arriba. Clientes conocidos. Hay un tipejo que viene y siempre quiere que se la chupen. También hay otro habitual, un culturista, pero con una pichilla de mierda, supongo que por los esteroides, aunque yo pensaba que solo afectaban a los huevos. Siempre quiere echar un polvo, con él hay que hacer el papelón porque te mira a los ojos en plan todo tenso y raro, igual que el capullo de Kelvin. Por lo demás, un turno fácil.

Justo acabo de lavarme y llega Kelvin y me dice: «Soy el siguiente.»

No hay nada que pueda hacer ya. Cuanto menos te apetece verlo, más cachondo se pone él y más ganas de follarte tiene. Y luego empieza y tienes que fingir que te mola. Puede ser un auténtico cabrón como vea que te da asco. Esta vez no ha ido tan mal, aunque me duele un montón el pezón con esos pellizcos tan fuertes. Lo peor es todo lo que suelta por la boca. Odio tener que hacerlo con él, pero como pagan bien…

Y nada, me alegro de terminar ya y meto las cosas en la taquilla. Luego voy al salón, atravieso la recepción y salgo fuera. Voy por Leith Walk dirección al centro. Se acerca un taxi, aunque yo no lo he llamado, y veo que es Terry. «¿Quieres que te lleve?»

«¿Adónde vas?»

«A Sighthill.»

«Yo voy a Gorgie.»

«Me pilla de camino. Sube», dice con una especie de sonrisa. «Venga, que el taxímetro está apagado.»

Así que me subo y nos dirigimos al centro.

«Mira», continúa Terry, «si ves que soy muy directo me lo dices, pero ¿qué te parece si echamos un polvo?»

Pongo los ojos en blanco. «Llevo todo el día abierta de piernas.»

«Ya, pero no es lo mismo si eres tú la que quiere.»

No entiendo por qué no me lo ha pedido antes. «Si tú puedes follarnos cuando quieras en la sauna… Seguro que tienes pases gratis, como Vic… y el puto Kelvin.»

«Pero eso a mí no me va», dice. «A mí me gusta que las nenas me lo pidan; si no, paso.»

Y, por raro que parezca, me apetece echar un polvo. Más que nada porque no quiero tener toda la noche en la cabeza que la última persona con la que he estado es el capullo de Kelvin, aunque estuviese a kilómetros de aquí. Este trabajo es algo raro, te pasas el día abierta de piernas pero no porque te apetezca. De hecho puede ser frustrante, porque incluso si te pones a pensar en otras cosas, a veces terminas el turno y lo que te apetece es echar un polvo en condiciones. Trabajando no tengo la sensación de echar buenos polvos, pero a veces me hace pensar que quiero echar uno bueno.

Así que miro al Terry este, con ese cabezón de tirabuzones. Tiene ese brillo en la mirada que distingue a los folladores. «He oído que te lo montas bien. Y que encima estás bien dotado.»

«Satisfacción asegurada», dice; se mete por una lateral de Gorgie Road y aparca en un callejón.

Estoy tan preocupado por Jinty que no dejo de correr de aquí para allá: he bajado las escaleras dos veces, sí señor, dos veces, ya te digo. No sé dónde está. He intentado llamarla al móvil y todo, sí señor, al móvil.

Móvil.

Me da mucho miedo pensar que se haya podido quedar aislada por culpa del huracán; el Tocapelotas ese. Además, no me gusta que los huracanes vengan a acecharnos por aquí, deberían quedarse en su propia tierra, en los trópicos y por ahí. ¡Huracanes, volved por donde habéis venido! ¡No os queremos en Escocia! Sí, recuerdo bien que Hank una vez dijo que cuando fue a Florida, Orlando, le pilló un huracán horrible, señor. Los árboles estaban partidos. Yo dije: «¿Partidos?», y Hank dijo: «Sí, Jonty, estaban totalmente partidos.»

Pero eran palmeras, no árboles de verdad. A un árbol escocés de verdad eso no le pasa, haya o no huracanes. ¡No se atreverían con árboles de verdad!

Así que pongo *Coronation Street* y veo a esa chica guapa que se parece un poco a Jinty, y me digo a mí mismo en la cabeza: vuelve a casa, Jinty, o busca un teléfono para decirme que estás bien, sí señor, sí señor, sí señor…

Estoy sentada en la parte trasera del taxi con una palpitación satisfactoria entre las piernas, en perfecta sintonía con la vibración del motor a través del asiento. Vamos bajando por Daly Road, llueve a cántaros y se ha levantado mucho viento.

«Puedes dejarme aquí», le digo a Terry.

«Pero mira qué ventorro», dice.

¡Dios, ni siquiera el pobre Jonty, que puede ser una auténtica máquina sexual, me ha satisfecho tanto como este animal! Pero no le digo nada, porque ya se lo tiene bastante creído; está encantado de conocerse.

Le devuelvo la mirada. «¿Y a ti qué más te da, hijo?»

Terry se mosquea un poco. «A ver, está claro que te vas a meter en el Pub Sin Nombre.» Señala al garito. Veo a Deek McGregor fuera fumándose un pitillo. «Pues resulta que yo también. Tengo que llevarles un recado.»

«¿A quién?»

«No los conoces.»

«Fijo que es uno de los Barksie. ¡Evan!»

Terry mira para arriba como si le hubiera pillado y dice: «Entre otros.»

«¿Tienes farlopa?»

«Sí.»

«Tengo unas ganas mortales de meterme una raya.»

«Aquí no.» Terry mira las calles desiertas por las ventanillas, casi no hay ni coches fuera. «Con esto, y alguna cosilla más, me gano la vida.»

Se mete con el coche por un callejón sin pavimentar justo enfrente del pub.

«Conoces todos los escondites, hijo mío», le digo, porque sé que se pasa el día follando y trapicheando.

Se limita a sonreír y a salir del taxi para volver a la parte de atrás con la pelambrera agitada por el viento.

«Joder, qué puto viento hace», dice. «Toma», y me da una papelina. «Para ti.»

Por supuesto, le lanzo una mirada de mala leche, porque estoy de mala leche. «Hijo, puede que sea puta, pero no estaba trabajando cuando nos lo hemos montado.»

«Oye, Jinty», suelta Terry, «tranquila. Ya lo sé. Es un regalo. Que tengas una blanca Navidad. Escucha», añade acercándose a mí, «piensa en lo que te dije, lo mismo quieres hacer una peli porno. Se gana pasta.»

«¿Crees que podría hacerlo?»

«Pues claro. Tendrías que librarte de la barriguita.» Me toca en la tripa con el dedo, pero con suavidad. «A mí me gusta, me parece sexy, pero para el vídeo tendrías que dejar los hidratos durante un mes e ir al gimnasio del Centro Comunitario. En nada estarías que te cagas, las cámaras se pondrían a rodar…», dice con mirada

seductora. «Toma.» Mira a su alrededor. Después pone un poco de coca de la bolsita en la esquina de su tarjeta de crédito y con un gesto me invita a que me la meta. ¡No tiene que decírmelo dos veces!

Síiii.

Ahora Terry se prepara un tiro.

«Se me está poniendo dura otra vez…, te daba otro repaso ahora mismo…» Me pone la mano en el muslo.

«Venga, hijo, para el carro.» Le aparto la mano. Puedo con otra ración de cipote, no te jode, pero el pobre Jonty podría aparecer en cualquier momento. Además, a los tipos como Terry hay que dejarlos con la miel en los labios. Si te abres de piernas a voluntad, te dan por culo. Te lo digo yo, que ya lo he vivido y he salido escaldada.

«¡Venga, no jodas!», dice riendo.

«Para el carro y métete ahí dentro», digo, y señalo el garito.

Terry sonríe, porque en el fondo es un buen tipo y se le pueden decir las cosas, no como algunos que yo me sé. Como los cabrones de Victor y Kelvin. Pero a duras penas podemos abrir la puerta con el viento de mierda que baja por el callejón. Al final lo logramos, salimos con dificultad y prácticamente nos llevamos el uno al otro hasta el garito.

¡Qué puto alivio entrar! El antro está a rebosar. Terry no suele venir al Pub Sin Nombre, o al menos no lo he visto aquí nunca, pero parece conocer a bastantes parroquianos. Espero que se quede, al menos hasta que baje mi Jonty, pero luego pienso que no, mejor que no.

Terry ve a Evan Barksdale, que tiene la complexión corpulenta de un cervecero, a diferencia de su gemelo Craig, que parece más de beber vodka. Se meten en el servicio, obviamente para meterse una raya y hablar de negocios. Yo estoy hablando con Jake, el dueño del pub, y luego saco el móvil y veo todas las llamadas perdidas de Jonty, así que intento hablar con él.

«Lo mejor es que le diga a Jonty que venga aquí antes de que el Tocapelotas empiece a apretar. No quiero que se quede encerrado en casa», le explico a Jake, pero no tengo cobertura.

«Sí, el Tocapelotas», afirma Jake.

Después de un rato, Terry y Evan Barksie salen del servicio.

«Bueno, pues os voy a tener que dejar», dice Terry sonriendo. «El deber me llama.»

«Quédate, Tez, puto *hibby* de mierda, si esta noche no vas a ganar nada», suelta Evan Barksie.

«Que te den, una piltrafilla de huracán no me va a cortar el rollo. El dinero nunca duerme, compadre», ríe Terry. «Bueno, pandilla de maricones jambos[2], volveré cuando oláis mejor», dice, y después se marcha. Craig Barksie, Tony Graham, Stuart Letal y Deek McGregor están alrededor de la mesa de billar y miran a Terry mientras sale.

«Vaya pedazo de gilipollas», dice Evan Barksie, volviéndose hacia mí. «¿De qué conoces a ese puto pordiosero?»

¡No tenía ni idea de que fuera del Hibernian! De haberlo sabido, me lo habría pensado dos veces antes de abrirme de piernas. Pero a Evan ni le va ni le viene. «Salía con una amiga mía», contesto.

«Sí, eso se le da bien», suelta Barksie; su boca se pone tensa y entrecierra los ojos. «No estarás liada con él, ¿verdad?»

Le miro directamente a los ojos. «¿Y a ti qué te importa?»

Evan Barksie se muestra esquivo y baja la voz, intentando darle un tono más alegre. «No le haría mucha gracia a Jonty.»

«Yo hago lo que me da la gana.»

«¿En serio? Demuéstralo.»

«¿Cómo?»

«Métete una raya conmigo.» Señala hacia el servicio con la cabeza.

«Vale.»

Pues eso, que vamos al servicio de mujeres y hay dos cubículos. Nos metemos en uno y Evan Barksie empieza a preparar una raya enorme. Esnifamos media cada uno. Me lloran los ojos y se me acelera el corazón.

«¿Estás bien?», pregunta.

«Sí.»

«Aquí hay un montón de gente», continúa con una sonrisita que muestra unos repugnantes dientes amarillos, «que cree que tú eres mucha tía para Jonty.»

«Sí… ¿Tú también lo piensas?», pregunto. Joder, me está dando un chungo, venga a sudar y con el corazón como un campanario.

«Solo te lo digo.»

¡Esto no me está pasando! No es bueno esnifar tanta cocaína. Te puedes quedar tiesa. Pero es que me encanta. «Mi corazón…, madre mía…»

«A ver», dice Evan poniéndome la mano en el pecho. Me gusta que la coloque ahí y que ponga esa sonrisita estúpida mientras me mira las tetas. Así que no hago nada cuando me desabrocha los dos botones de arriba y abre la mano bajo la blusa. «Por cierto, buenas tetas», y luego añade, «venga, sácatelas.»

«Primero pon otra puta raya», le digo, aunque estoy chorreando de sudor y el corazón me late como una caja de ritmos. Pero ¡es que la coca me pierde!

Lo hace, y nos lanzamos otra vez sobre ella. Estamos como una moto. Entonces Evan me desabrocha toda la blusa y me descubre los hombros. «Menudo desperdicio…», suelta, y me quita el sujetador. Me agarra las tetas con las manos, se me acerca y se frota contra mí. «Lawson te ha echado un polvo, ¿eh?»

«Sí», contesto, entrando en el juego. «Menudo viaje que me ha dado con ese pollón… ¿Y tú, qué? ¿Me vas a echar otro?»

«Sí…» Evan se lleva las manos a la cremallera. Entonces alguien golpea la puerta desde fuera.

«¡Jinty! ¿Estás ahí dentro? ¡Eh! ¿Qué estás haciendo? ¿Jinty? Sí, estás ahí dentro. ¡Sí señor! ¡Ya te digo!»

Es Jonty. Tenemos los ojos como platos; Barksie me pone una mano en la boca y me manda callar con el dedo.

«Sé que estás ahí dentro, me lo han dicho Jake y Sandra, los camareros, vamos, que me lo han dicho, sí, señor, anda que no…, estás ahí dentro, Jinty…»

«Jonty, solo me estoy metiendo una rayita…», le digo. Ni siquiera me molesto en volver a ponerme la blusa, estoy puestísima.

«¡Jinty! ¡Sal! ¡Sal! No te metas esa porquería, por favor, no lo hagas, Jinty…», y se le quiebra la voz al decirlo.

«Salgo dentro de un minuto, no te preocupes, Jonty.»

Miro a Evan y los dos nos tapamos la boca con las manos para no descojonarnos de risa.

La voz del pobre Jonty es tan aguda que parece que alguien le ha cortado los huevos. «¡Veo otro par de pies ahí dentro! ¡Por debajo de la puerta! Sí señor, ya te digo. ¡Sé que eres tú, Barksie! ¿Qué estáis haciendo? ¿Qué estáis haciendo ahí dentro?»

«¡JONTY, VETE A LA PUTA MIERDA!», grita Evan. Meneo la cabeza y me empiezo a reír.

«¿Qué estás haciendo…? ¿Qué estáis haciendo ahí dentro? ¡Sal de ahí! ¡JINTY!»

«Nos estamos empolvando las narices, Jonty», le digo. «Sé que no te gusta que lo haga, así que ve a la barra y pídeme un Bacardí con cola. Salgo dentro de un minuto…», explico mientras me empiezo a abotonar la blusa.

«¡No! ¡Sal! ¡JINTY! ¡POR FAVOR! Por favor, sal, cariño, por favor, Jinty, anda, anda, anda…»

El rostro de Evan Barksie se vuelve a torcer. «¡JONTY, TE LO ADVIERTO! ¡CIERRA LA PUTA BOCA!»

«SÍ», suelto yo, porque está empezando a ponerme de los nervios que me deje en evidencia así. «VETE A CASA O VETE A LA BARRA DE LOS COJONES. Y PÍDEME UN BACARDÍ CON COLA.»

Entonces suena un golpe, luego otro. ¡Y la puerta cede! ¡Se ha cargado el cerrojo! Me pongo los brazos sobre las tetas para taparme. «¡JONTY!»

«SERÁS…» Me mira, luego mira a Barksie, luego de nuevo a mí. «Jinty, ven a casa. ¡VEN A CASA CONMIGO AHORA!»

Evan Barksie da un paso adelante y echa a Jonty a empujones. «Vete a tomar por culo, Jonty, te lo advierto.»

«Esto no está bien», empieza Jonty, y me mira, luego baja la vista al suelo. Menea la cabeza y añade: «No, no, no…» Da media vuelta y sale corriendo del servicio.

Ya tengo la blusa puesta y voy tras él. Evan Barksie me agarra de la muñeca y dice: «Deja que el pelele ese se vaya.» Intenta besarme, pero lo aparto.

«Vete a la mierda», digo, y voy hacia la barra, pero está petada. Veo que Jake le abre la puerta a Jonty y este sale. Cuando llego hasta allí, Jake grita: «¡SI ALGUIEN VA A SALIR, QUE SALGA AHORA! ¡VOY A CERRAR HASTA QUE ESCAMPE!»

«¡ERES UN PERLA!», grita alguien.

Entonces todo el mundo empieza a corear: «¡TOCAPELOTAS, TOCAPELOTAS, TOCAPELOTAS, TOCAPELOTAS! TOCATOCA-PELOTAS, TOCA-TOCA-PELOTAS…»

No sé qué hacer, pero, cuando me doy la vuelta, veo a Evan Barksie meneando una bolsa bien grande de farlopa y gritando: «¡Que empiece la fiesta!» Yo de aquí no me muevo.

¡Putas señales de alarma! Está lloviendo a mares y veo a una tipa andando por Queensferry Road, más sola que la una. Dice que quiere ir al puente de Forth Road. ¡A esta hora, y con este tiempo! Pero un cliente es un cliente, y, además, los que se tiran de un puente son normalmente tíos: las pavas pocas veces se matan así. Hasta tuvimos que hacer un curso para detectar si alguien es del club del harakiri. Te cuentan todo lo que hay que saber para intentar detenerlos. Terapias y tal y cual. A mí, la verdad, me importa un carajo. Si un tío quiere saltar, que salte. A tomar por culo el estado paternalista, George Bernard Shaw y su puta madre. Si ha tomado la decisión, tendrá sus razones, joder. ¿Por qué iba yo, un completo desconocido, a llevarle la contraria? Yo no lo haría, desde luego. ¿Saltar de un acantilado para que al día siguiente te llame una tía porque al final ha decidido abrirse de piernas? ¡Anda ya! Con todo lo que hay que vivir… Otra cosa es que entienda que los tíos que no follan acaben queriendo tirarse por un puente: yo paso.

Pero una tía es distinto. Nadie en su sano juicio querría ver cómo se desperdicia un buen coño. El coño de una tía tiene que estar calentito, listo para echar un kiki, no helado sobre una mesa de autopsias. Aunque a algún degenerado seguro que eso le pone. La culpa la tiene internet: dejan a los chavales ver porno extremo cuando ni siquiera se han hecho una paja en condiciones. Esa mierda trastorna a cualquiera. Sin duda. Bueno, yo he hecho algo de porno rarete, pero siempre entre adultos y con consentimiento, nada inmoral.

Así que paro y la chavala se sube al taxi. Con la lluvia se le ha pegado todo el pelo negro a la cabeza, lleva un largo abrigo negro empapado, y tiene los ojos totalmente desorientados. «¿Todo bien, guapa? No hace muy buena noche para andar por ahí, ¿no crees? ¿No has oído hablar del Tocapelotas?»

La pava está ahí sentada, como mirando a la nada. Tiene ojos oscuros, seguramente marrones, y una cara redondita. Las luces están encendidas pero ni un alma en casa. «Al puente», dice con acento pijo escocés, o tal vez inglés, no sé.

«¿Y qué se cuece en el puente?»

De pronto me mira muy ofendida. Como si no fuese asunto mío.

«No me mires así», le digo, «con esa cara mustia. Mira, es que si vas a saltar del puente, el que luego tiene que hablar con la poli y responder a sus preguntas soy yo.»

Me mira directamente con ojos de terror, como las tías que salen en *Scream* y en pelis de esas, aunque no del todo como en *Scream*, porque tiene la boca muy apretada, como si la hubiese pillado.

«Pero eso es cosa tuya», digo, intentando quitar hierro. «No es asunto mío. Solo dime si lo vas a hacer para que pueda darle luego alguna versión a la poli, como que me dijiste que ibas a ver a tu hermana a Inverkeithing, te entraron ganas de vomitar y

lo siguiente que vi es que te caías por la barandilla, algún rollo por el estilo. Tengo que cubrirme las espaldas.»

Mete la cabeza entre las manos y murmura algo que no entiendo, luego da un respingo y dice: «Me bajo aquí.»

«Nah, te llevo al puente», asiento con la cabeza. «Tal y como yo lo veo, si estás decidida a hacerlo, lo vas a hacer. Y con la que está cayendo esta noche, mejor que llegues hasta allí en taxi», le digo, pero ella ni pestañea. «Ahora, una cosa te digo», intento captar su atención. «De este taxi no te bajas sin pagar la carrera.»

«No iba a… Tengo dinero…» Coge el bolso.

«¿Cuánto?»

«Setenta libras y algo de cambio.»

«No quiero faltarte al respeto», digo mirando al retrovisor, «pero me lo podrías dar todo a mí… Si estás segura, claro. Es que sería un desperdicio de dinero saltar con todo ahí en los bolsillos. Sin faltarte el respeto, ¿eh?»

La tía parece que se enfada, me mira por primera vez, luego se encoge de hombros y se reclina en el asiento. «Si tenía alguna duda de que ha llegado el momento de dejar este mundo, tú acabas de borrarla», y se vuelve a incorporar y me enseña el contenido del bolso.

Me detengo en un semáforo en rojo, me vuelvo, cojo la pasta y me la meto en el bolsillo. La carretera está vacía, menos mal. «No quiero ser irrespetuoso, y no intento detenerte, en serio, pero tengo que preguntarte: ¿por qué una chica joven y guapa como tú quiere hacer algo así?»

«No lo entenderías», niega con la cabeza, «ni tú ni nadie.»

«Bueno, pues explícamelo», sigo. Porque, según el curso, hay que intentar que hablen. «¿Cómo te llamas? Yo soy Terry, por cierto. Me conocen como Juice Terry porque trabajé hace tiempo en una camioneta vendiendo zumos. A veces también me dicen Terry Sifredi porque…, en fin, no quiero aburrirte con los detalles.»

«Mi nombre es Sara-Ann Lamont», responde, como si fuese un robot. «Me llaman Sal. S-A-L. Sara. Ann. Lamont.»

«¿Eres de por aquí, Sal?»

«Sí, de Portobello. Pero he vivido muchos años en Londres.»

«Lamont has dicho, ¿verdad?»

«Sí.»

Por lo menos no es Lawson, joder, menos mal. Es mejor asegurarse, con ese capullo de padre que tengo, que ha esparcido su lefa por toda la ciudad, como un loco haciendo grafitis en las paredes de un asilo. «¿Qué haces? ¿A qué te dedicas?»

De nuevo, se encoge de hombros con amargura, luego se aparta los mechones mojados de los ojos. «Escribo obras de teatro. Aunque el resto del mundo no parece estar de acuerdo.»

«¿No tienes ningún novio, alguien que se preocupe por ti?»

«¡Ja!», suelta de forma cínica. «Estoy huyendo de una relación emocionalmente abusiva. Vuelvo a mi ciudad natal con una obra encargada ex profeso para su representación en el Traverse. Se suponía que iba ser el retorno de la hija pródiga. Pero las críticas no han sido precisamente alentadoras y yo ya estoy harta. ¿Responde eso a tus preguntas?»

«Entonces, ¿te vas a suicidar por culpa de un pamplinas y de una obra?»

«No lo entiendes.»

«Búscate otro novio. Y si esa obra es una mierda, escribe otra. Una vez hice de prisionero de guerra en una peli porno, *Ellas las prefieren duras*; no era muy buena que digamos, pero yo no me vine abajo.»

«¡No es una mierda!», exclama, cabreadísima, por primera vez. «Tú no lo entiendes. Pero tampoco me extraña.»

A ver, vale que la tía vaya a acabar siendo comida para peces dentro de veinte minutos, pero a mí que no me vacile. «Ah, ya veo, un simple taxista como yo no puede entenderlo, ¿no? Como conduzco un taxi no puede esperarse que entienda la compleja mente de una "artista".»

«Yo no he dicho eso.»

«Para que lo sepas, tengo algo de experiencia como actor, no de teatro, sino de cine, y entiendo el proceso. La gente se cree que el porno es follar a lo loco y ya está, pero, como dice mi compadre Sick Boy, "estamos contando una historia", y hay que aprenderse los diálogos y hacer que sea creíble. No digo que sea Brad Pitt, pero ese cabrón tampoco es Juice Terry. El año pasado estábamos rodando *Doctor Amor: un chequeo profundo*, y tenía que meterle a una tía un termómetro por el coño y otro por el culo, y decir: "El agujero que esté más caliente se lleva este rabazo." Parece una tontería, pero no es tan fácil cuando estás rodeado de cámaras y tienes los focos deslumbrándote, un micro encima de la cabeza y a Sick Boy dándote órdenes.»

Parece alterarse, así que perfecto: hay que hacerles hablar, decía el tipo del curso. «Lo único que quiero es escribir», grita. «He dedicado cuatro años de mi vida a esa obra, pero ¡no la entienden! ¡No me entienden! Me lo podía esperar de esos hombres mordaces, de esas camarillas de reinonas viejas, pero cuando las supuestas "hermanas" me dieron también la espalda… ¡Envidiosas!…», mueve la cabeza haciendo volar sus húmedos mechones. «No, ya estoy harta…»

No hay mucho que pueda decir a eso. La miro por el espejo. Me recuerda un poco a una pava de Liverpool con la que hice *Torpedo anal 3*. En esa hacía de capitán de un barco ballenero tripulado por tías, todas con medias de red. El grito de guerra era: «Mamada a estribor.»

Se ha quedado muy callada; estamos pasando por la rotonda de Barnton, tiene las manos unidas en el regazo, la cabeza inclinada, mirando hacia abajo. Así que pienso: joder, tengo que hacer algo.

«Mira, igual esto suena un poco atrevido, Sal, pero ¿te puedo pedir un favor?»

Levanta la vista y me mira como si fuese un puto tarado. «¿Qué…? ¿Que quieres un favor? ¿De mí? ¿Qué favor puedo hacerle yo a nadie ahora mismo?»

«Bueno, me preguntaba, si no tienes mucha prisa», me encojo de hombros y le lanzo una sonrisa pícara, «si no te importaría echar un polvo antes de tirarte.»

«¿Cómo?» La cara parece que se le retuerce, y luego se queda de nuevo en silencio. ¡De puta madre! ¡No dice que sí, pero tampoco que no!

«Me lo estaba preguntado, Sal, y sé que es un poco atrevido, pero quien no llora no mama. Podrías despedirte de tu última noche en la Tierra con un polvazo», continúo. «¿Sabes lo que te digo? Con perdón, pero te podría meter una follada tremenda ahora mismo.»

«¿Quieres acostarte conmigo? Ja, ja.» Sal la Suicida se ríe con un tono muy agudo, como si no se pudiese creer lo que está oyendo. Pero mira tú, se está quitando el abrigo, y el jersey también. Y ahí se ha quedado en sujetador negro. «Adelante, para el taxi, ¡haz lo que quieras!»

Y eso es exactamente lo que hago, me desvío por un carril antes de llegar al peaje del puente. El viento huracanado es tan fuerte que de primeras no puedo ni mover la puerta. Pero con un polvo esperándome en la parte de atrás, ya podría el taxi estar enterrado en una avalancha de nieve, que por mis cojones abro la puta puerta. «Apriétate el cinturón, nena», le grito, «que te queda viaje para rato.»

Dios misericordioso, eterno salvador, lo siento mucho, muchísimo, pues sé que he pecado contra estos disolutos licenciosos. Señor, acepto que, en tu infinita sabiduría, te pareciese bien crear también a esos seres, al igual que la cucaracha y la mosca común. No me corresponde a mí, tu humilde servidor, cuestionar tus misterios insondables. Pero la prensa liberal sacó de quicio y de contexto mis comentarios a la revista Time *sobre esos desgraciados negros. Me hicieron una pregunta sobre el presupuesto del gobierno y yo me limité a responder que los ciudadanos de Nueva Orleans estaban sufriendo tu ira, y que el presidente George Bush hacía bien en desentenderse de la movida y dejar que predominase tu criterio.*

¿No era lo que había que decir?

Ahora me preocupa haberte ofendido sin querer, y que hayas traído hasta Escocia este huracán para castigarme por mi fatal atrevimiento al interpretar tus caminos misteriosos.

¡Apiádate de mí, Señor!

Dejo la Biblia de nuevo en la mesilla de noche, con la puta esperanza de que me esté escuchando. A veces sí que lo hace, como con lo del complejo del condado de Broward, en Florida, mientras que otras veces mis ruegos caen en saco roto: un buen ejemplo sería la debacle del centro comercial de Sacramento.

Siento que me cruje el espinazo al incorporarme de la cama y apoyar los codos para echarme otro chupito de whisky. Acordándome de las palabras del capullo médico ese de Nueva York, me siento para minimizar la reacción de reflujo, y noto cómo el elixir dorado se desliza hacia abajo, se funde en mis entrañas y me las caldea. Pero, aun con estas comodidades, no puedo quedarme en esta puta habitación de hotel mientras escucho los rugidos del viento sacudiendo las ventanas. Es como el 11 de septiembre, que te imaginas que va llegar un avión terrorista a estrellarse aquí, a lo mejor para cargarse la estación de ferrocarril. Aunque, bueno, esto es Escocia, ¿a quién coño le importa Escocia?

No, lo siento, Padre todopoderoso, ellos también son seres humanos.

Se oye de nuevo el traqueteo de la ventana, y esta vez os juro que veo que se comba hacia dentro. Claro, ¡con esos marcos baratuchos de madera! Cojo el teléfono y llamo a recepción. «Esta puta mierda va a salir volando… ¿Cuáles son los planes de evacuación? ¿Cómo cojones se sale de aquí?»

«Por favor, señor, cálmese e intente relajarse. ¿Desea algo del servicio de habitaciones?»

«¡Que le den por el culo al servicio de habitaciones! ¡Le digo que nos encontramos en una situación de emergencia! ¡Cómo se puede estar tan confiado!»

«¡Señor, intente calmarse!»

«¡Que te jodan! ¡Gilipollas!» Planto el teléfono en la horquilla de un golpe.

Cojo la botella de whisky y me relleno el vaso. Este malta Highland Park de dieciocho años entra como la seda. A los del hotel les importa una mierda… Cojo el móvil, pero sigo sin cobertura para llamar a Mortimer. Ese mamón está más que despedido, vamos. Pero, si Dios quiere, si sobrevivo a esta catástrofe, le diré a la cara lo despedido que está el muy hijoputa.

Otra sacudida salvaje de la ventana; el maldito huracán nos está acorralando, encontrando su fuerza. Edimburgo se halla en la costa. ¡En ese castillo, ahí, en esa elevación, debería estar yo! Seguro que el tío ese, el tal Salmond (por Dios, hasta los políticos están en baja forma aquí), y todos esos lameculos están ahí arriba en este momento, bebiendo whisky del bueno, inflándose de las tripas esas de oveja, a salvo de este puto apocalipsis. Agarro otra vez el teléfono y pillo una línea exterior. Aquí el número de emergencias ni siquiera es 911, es 999. ¡Imagínate! ¡666 al revés! ¡Es una señal! ¡Prácticamente siento el aliento de Satán en la nuca! ¡Perdóname, Señor!

Padre nuestro, que estás en los cielos…

«Policía de Lothian y Borders…»

«¿Es la policía de Edimburgo?»

«Sí…»

«¡Ha dicho algo distinto! ¿Por qué? ¡¿Por qué ha dicho eso?!»

«Se llama policía de Lothian y Borders…, pero cubrimos también Edimburgo.»

«¡Estoy atrapado en la habitación 638 del Hotel Balmoral, aquí, en Princes Street, en Edimburgo, en medio del puto huracán!» El gilipollas del teléfono sofoca una risa, ¡será posible!, como si esto, una cuestión de vida o muerte, fuese de coña. ¿Tan poco valora esta gente la vida humana? «¿De qué se ríe usted?»

«¿Yo? De nada. A lo mejor a usted sí le hace mucha gracia, pero está bloqueando las líneas de los servicios de emergencia y podría meterse en un buen lío…»

«¡Estoy bloqueando las líneas de los servicios de emergencia porque esto es una puta emergencia, gilipollas! ¡Soy Ronald Checker! ¡Hombre de negocios y ciudadano norteamericano!»

Del otro lado de la línea llega un suspiro cansado, como si este soplapollas, este policía de servicio, me estuviera bostezando en la cara, ni más ni menos. «Sí, ya leí en la prensa que estaba usted en la ciudad, señor Checker. Me encanta *El pródigo*, por cierto. Bueno, relájese y tranquilícese.»

«¿Relajarme? Pero ¿cómo cojones me voy a relajar…?»

«Señor Checker, se encuentra en el mejor lugar posible. Si yo fuera usted, me quedaría donde está.»

«¡Ni de coña! ¡Esta torre se desmorona, es una trampa mortal! Aquí corremos peligro. ¡Quiero que una escolta policial me lleve al castillo de Edimburgo!»

«No lo entiendo. ¿Para qué quiere ir al castillo de Edimburgo? Hay un huracán y estamos recomendando encarecidamente a la gente que se quede en casa.»

«¡No, está claro que no me está entendiendo, cojones! ¡Corremos peligro por el huracán! Por eso le llamo: es evidente que ustedes, so gilipollas, no han visto nunca un puto huracán. ¡No tienen dique, ni servicios de emergencia, y no les importa un carajo! Bueno, ¡pues a mí sí! Y si no ven la mierda que se nos viene encima, pues ¡que les den por culo a todos!»

Cuelgo de un golpetazo, y me meto a rastras debajo de la cama. Tengo las tranquilizadoras cuerdas de Mahler puestas en los auriculares. *Sálvame de este tormento. Sálvame, Señor*.

¡El taxista ese, Terry, dijo que podría apañarme lo que fuera! Será capaz de apoyarme en pleno ataque de pánico… Encuentro el número en el móvil. Es una llamada local…, las barras de la cobertura suben…, suena…

«¡Hombre, Ronnie!»

«¡Terry! ¡Gracias a Dios! Tienes que ayudarme. El huracán me ha pillado totalmente en calzones.»

«A mí también, Ronnie. Dentro del taxi, no sé si me pillas…»

«¿Qué?»

«Da igual. ¿Dónde estás?»

«En mi habitación del Balmoral.»

«Estás bien ahí, compadre, imagínate si te hubiera pillado en…»

«¡QUE NO ESTOY BIEN! ¡QUÉ PESADA LA PEÑA CON QUE ESTOY BIEN! ¡NO TENÉIS NI IDEA DE LO QUE PASÓ EN NUEVA ORLEANS!»

«Vale, tío, un momentito. Da la impresión de que estás teniendo un pequeño ataque de pánico. ¿No te habrás tomado algo chungo, no?»

«¡Que no! ¡Que yo no toco las drogas! Bueno, solo unos cuantos whiskies y unas benzodiacepinas…»

«El whisky y los medicamentos no cuentan como droga», dice Terry, cosa que ya sé, en realidad. «Vale, tío, tú tranqui, voy para allá.»

«Gracias, Terry, eres un regalo del cielo… Pero ¡date prisa, por favor!»

He construido más de doscientas torres de pisos, intentando acercarme a Dios en cada urbanización, pero mi vértigo no me ha dejado ni acercarme a la parte superior de ninguno de ellos.

Pongo la tele, porque aún hay señal, pero a ver quién es el listo que pilla los telediarios de Fox en alguno de los canales de aquí, que no hacen más que soltar pura mierda liberal y comunista por la boca de unos soplapollas que hablan raro y visten peor. Menos mal que encuentro una reposición de *Magnum P. I.* Me trago otro par de benzodiacepinas con el whisky. Cojo el teléfono y vuelvo a llamar al servicio de habitaciones. Suena una vez, dos… ¡Me han dejado solo, los muy cabrones! Me han dejado tirado en este puto hotel gótico de fantasmas, que se va a venir abajo en cuanto el huracán lo haga pedazos y…

«¡Servicio de habitaciones! ¡Buenas, señor! ¿En qué puedo ayudarle?»

«¡Súbeme dos botellas del whisky más caro que tengas!»

«El más caro es un malta puro de 1954, pero solo tenemos una botella. Cuesta dos mil libras.»

«¡Súbemela! ¿Qué más tienes?»

«El siguiente más caro es un Highland Park de 1958, que cuesta mil cien libras.»

«¡Súbeme las dos! Y dile al colega que llame tres veces.»

«Lo haré encantado, señor Checker.»

Bueno, pues ya está; me beberé la mierda que ofrecéis y esperemos que salga de esta para poder llevar unas cuantas botellas de whisky de verdad, marca Bowcullen, a Estados Unidos. Pero primero tiene que terminar esta puta pesadilla.

Nueva Orleans… ¡Por favor, Dios, te juro que si paso de esta noche donaré un cheque de siete cifras al fondo para los desastres del Katrina!

El Pub Sin Nombre está sumergido en las penumbras, bajo unos pisos antiguos y un puente ferroviario. La ubicación clandestina y desagradable del pub, junto con su aire esotérico, hicieron del establecimiento el lugar favorito de los bebedores impenitentes de la zona ya desde su fundación, allá por la era victoriana. En días de partido, la proximidad del bar al estadio de Tynecastle le ha asegurado su popularidad entre los forofos del fútbol. Por lo demás, cuenta con una accidentada historia. Ha pertenecido a una larga ristra de desdichados propietarios, y la casa había acabado atrayendo a una clientela mixta formada por facciones rivales de moteros, especímenes del partido conservador, algunos bebedores veteranos que apreciaban sus precios competitivos y varias bandas antagónicas de forofos que lo asaltaban con regularidad, escudándose en la filiación del pub a los Hearts.

Para algunos, la mayoría de los cuales nunca ha plantado el pie en su interior, el Pub Sin Nombre posee una reputación indeseable, por no decir una pésima fama: un antro feo y soez lleno de carcamales que se crujen los nudillos y representan una era siniestra. Para otros, los que frecuentan el bar, es solo un lugar de liberación: un bebedero de los de antes, libre de los cansinos sermones de moralistas y opositores profesionales que ha sabido resistir la insípida pátina de la modernidad.

Ahora se halla bajo otro tipo de asedio. El Tocapelotas silba en el exterior como un acordeón en manos de un Satán asmático, vagamente seductor dentro de su amenaza. Pero en la calidez del Pub Sin Nombre pronto se acostumbran a su frecuencia sonora. Un extraño estrépito, que podría no ser más que un taco de billar que cae al suelo, jalona los sonidos agudos. Los parroquianos intercambian sabias miradas y comentarios aparentemente impresionados en plan no-megustaría-estar-en-la-calle-con-tal-espectáculo. Sin embargo, a los ávidos de nicotina se les está agotando el respeto que inspira el agresivo fenómeno meteorológico, y pronto empiezan a aventurarse puertas afuera, enfrentándose a las ráfagas de polvo, bolsas de patatas fritas y envases de comida para llevar que se les vienen encima en remolinos. Gritos desafiantes de «¡Cagoenlaputa!» se alzan contra un viento que convierte el acto de encenderse un pitillo en una empresa de lo más frustrante.

Luego, a altas horas de la madrugada, alrededor de las dos, todo se detiene. Nadie advierte en qué preciso momento. Muchos, incluso, se han olvidado ya por completo del huracán al salir del pub para perderse en las calles fantasmales y llenas de basura desperdigada hasta llegar a su casa con paso vacilante.

Una de las últimas en dejar la fiesta es Jinty Magdalen, que surca el frío matinal de la calle, temblando, con las fosas nasales destrozadas; le escuecen los ojos y la cabeza le late de modo horrible, como si estuviese mal colocada.



Tercera parte

Pánico post-Tocapelotas

A la mañana siguiente la luz se alza débilmente por las rendijas y Jonty MacKay se despierta con ella, según tiene por costumbre. Pero Jinty no está a su lado. Una ola de pánico explota en el pecho de Jonty al tiempo que lo inunda una marea de recuerdos que lo convulsionan. Sale de la cama de un brinco y corre hacia la puerta, que abre con lentitud. Quiere gritar algo, pero las palabras se le atascan en la garganta seca. Tiembla y suda a goterones allí plantado en la entrada. Después, a través del resquicio que deja abierto la puerta del salón, ve que Jinty ha dormido en el sofá. La maraña de pelo negro se derrama por debajo del edredón de los Hearts con que recuerda haberla arropado la noche anterior. Decide no molestarla; se viste a toda prisa y luego se escabulle de la casa, deja atrás el rellano y baja las escaleras.

En el piso de abajo, una mujer joven que lleva un burka y está luchando con un niño pequeño y un carrito lo mira por el visor. Jonty siente que sus ojos le sonríen y danzan en su alma, así que le devuelve la sonrisa. Entablan la conversación de rigor, él con su incoherencia habitual y ella mínimamente, silenciosa como un ciervo en el bosque. La ayuda a bajar el carrito por las escaleras mientras ella coge al niño. Luego abre la pesada puerta de las escaleras del portal y sale a la luz del día. Observa cómo la mujer, la señora Iqbal, empuja al niño en el carrito a través de la basura que el huracán ha desperdigado por la calle.

Jonty parpadea a causa del pálido resplandor mañanero. Se siente mal largándose a la francesa, pero ¿por qué no iba a hacerlo? No queda más que una bolsa de té, y Jonty recuerda habérselo señalado a Jinty el día anterior. Y no hay pan, se tostó la última parte, la crujiente, ayer. Da lo mismo, porque hoy va a trabajar pintando un piso en Tollcross. Necesita un desayuno contundente, así que se decide por el McDonald’s, y sopesa la posibilidad de un McMuffin con huevo. Pero no le gusta cómo huele; siempre le recuerda al olor de su cuerpo cuando suda después de trabajar y luego le pilla la lluvia de camino a casa. Esta es la segunda gran decisión a la que se enfrenta hoy. La primera era si dirigirse al McDonald’s del West End de Princes Street, que le pilla de camino al centro, o dar un rodeo y bajar la calle en dirección al que hay en Gorgie. Se decide por la segunda opción, ya que le gusta desayunar allí.

En el McDonald’s del cruce de Gorgie Road y Westfield Road hay grupitos de niños y adultos obesos sentados junto a los esqueléticos, que parecen inmunes al asalto de calorías y grasa de la oferta mercantil. El más flaco de todos, Jonty MacKay, entra y mira con la boca abierta el cartel del menú; después posa la mirada en dos comensales, rellenitas como pavos de Navidad, con sus blusas y abrigos de los supermercados Sainsbury’s. Les hace un comentario sobre su comida. Repite el comentario. Admiten la existencia del comentario repitiéndoselo una a otra. Luego se ríen, pero Jonty no comparte la risotada a la que le invitan a unirse. En lugar de ello,

parpadea de nuevo mirando al menú, luego a la vendedora, una chavalita con la cara llena de espinillas. Al final prefiere unos McNuggets de pollo al McMuffin con huevo, aunque los huevos son para el desayuno y el pollo es más para el almuerzo o la cena. Jonty cree que eso responde a la pregunta de ¿qué fue antes, el huevo o la gallina? Pues el huevo, porque es para desayunar. Pero, si es así, ¿no habrá violado algún tipo de ley divina? La incógnita le corroe mientras lleva la comida que le ofrecen a un asiento libre. Cubre de kétchup solo un McNugget, el McNugget de los Hearts, que dejará para el final. *¡Fuera los Rangers! ¡Fuera Aberdeen! ¡Fuera Celtic! ¡Fuera Killie! Y sobre todo: ¡fuera los Hibs!* Jonty canturrea entre dientes mientras roe los McNuggets, despachándolos a toda velocidad uno tras otro. Le preocupa que la gente piense que el rojo es por el Aberdeen y no por los Hearts. «No es por el Aberdeen», les dice a las mujeres del Sainsbury's, esgrimiendo el *nugget* en el tenedor.

Ve por el escaparate a una chica que pasa con un labrador dorado. Jonty piensa que no estaría mal volver en forma de perro, pero uno que tuviese criterio sobre lo que olisquease. Vuelve al mostrador para pedir un McFlurry de After Eight. Al llevarlo de nuevo a su asiento, lo observa unos cuantos segundos: el helado y el chocolate con menta. El vapor que sale, por la refrigeración. Aquellos eran los mejores momentos. Luego lo demuele sistemáticamente y deja un trocito para poder quedarse sentado, pensando, un rato.

Un par de horas más tarde, Jonty se encuentra con Raymond Gittings en el piso de Tollcross. Raymond es un hombre alto y flaco con escaso pelo marrón y una barba desaliñada. Siempre lleva polos, haga el tiempo que haga. Por los polos y la barba se especula con que Raymond tiene algún tipo de marca de nacimiento o de cicatriz en el cuello, pero nadie lo sabe seguro. Raymond tiene una barriga sólida, como un tumor, que sobresale casi tanto como si estuviese embarazado. Eso se considera un fenómeno extraño, ya que no parece acumular peso en ningún otro sitio.

A Raymond le cae bien Jonty, porque trabaja bien y barato. Puede pasarse todo el día pintando y quedarse satisfecho con una propinilla, sin hacer preguntas. Por supuesto, Jonty sería de más provecho si supiese conducir y tuviese sus propios monos, brochas y aguarrás. La ventaja es que al no llevar por ahí esas cosas, Jonty no traiciona el hecho de que trabaja en negro.

«¡Hola, Raymond, qué pasa, colega!»

«Jonty, ¿qué tal? Te he pillado un hojaldre de salchicha del Greggs. He pensado: "No sé yo si Jonty habrá desayunado, así que voy a llevarle un hojaldre de salchichas del Greggs".»

Jonty aún siente el regusto de los McNuggets y el McFlurry de After Eight bullendo en los intestinos, pero no quiere defraudar a Raymond, así que finge estar muerto de hambre. «Gracias, Raymond, ñam, tío, eres el mejor jefe del mundo, ya te digo, tío, sí.»

Una ligera punzada de vergüenza, como una sombra errante, sobrevuela la minúscula alma empresarial de Raymond Gittings. Luego Gittings reflexiona: si Jonty parece tan feliz, seguro que de algún modo sí que es el mejor jefe. «Sí; anda que no nos reímos, ¿verdad, Jonty?»

«Ya ves que sí, Raymond, ya ves… Sí, anda que no…», resuella Jonty.

Raymond sonríe en dirección a la cara resplandeciente y risueña de Jonty, antes de sentirse violento en su interior por la espera silenciosa que sigue. Carraspea, señala el hojaldre de salchicha que Jonty tiene en la mano. «Pues hala, en cuanto te metas eso entre pecho y espalda, a cubrir los muebles del salón y a darle pintura emulsionada a esas paredes.»

Así que Jonty engulle el hojaldre, dándose cuenta de que en realidad vuelve a tener hambre. Eso es lo malo de los McDonald's. Luego se pone a trabajar y saca un buen turno antes de hacer una pausa de hora y media para almorzar: un hojaldre de carne y cebolla del Greggs y una botella de refresco Vimto. A continuación sigue trabajando a buen ritmo hasta bien entrada la tarde. A Jonty se le da bien echarle pintura a una pared, capa tras capa. Cuando llega la hora de largarse piensa en Jinty y en la terrible discusión que tuvieron antes de que él se fuese a la cama. No puede pensar siquiera en ir a casa, así que llama a su hermano, Hank, para ir a merendar con él. Está bien que Jinty no los acompañe, porque no se lleva bien con Morag, la novia de Hank. Así le dará tiempo a tranquilizarse después de la bronca.

Hank y Morag viven en una casa de protección oficial de Stenhouse; la compraron los difuntos padres de Morag, cuando las leyes de Margaret Thatcher impulsaban la compra de la vivienda alquilada. El padre de Morag había muerto de un infarto fulminante, y su madre, afectada de demencia senil, vive en una residencia. La hermana de Morag, Kirsty, había heredado la casa primero, pero había abandonado a su marido y se había llevado a los niños a Inverness a vivir con un tío que había conocido en España. Había resultado una tarea hercúlea para Hank y Morag echar de la casa al marido de Kirsty, amargado y abandonado, pero al final lo consiguieron, y ahora es su nidito de amor. Es un lugar acogedor y limpio, y a Jonty le gusta. Morag ha cocinado rosbif con salsa, puré de patatas y guisantes. «Rosbif», dice Jonty, «qué chachi. Sí señor.»

«La verdad es que sí, Jonty», conviene Hank. Hank es un hombre alto y delgado. Tiene el pelo ralo en la coronilla, como Jonty, pero, a diferencia de su hermano, se lo deja largo en la nuca y en los lados. Lleva unos vaqueros Wrangler y una camiseta de Lynyrd Skynyrd con el motivo de la bandera confederada.

«Qué pena que Jinty no haya podido venir», dice Morag. Es una mujer corpulenta; lleva una blusa lila y una falda negra, y trabaja en una oficina de seguros del centro. «Esos turnos deben de ser mortales.»

«Sí…, sí, sí…», dice Jonty, incómodo de repente. Hank y Morag se echan una mirada furtiva de alarma.

«Piense lo que piense de ella», continúa Morag con cautela, volviéndose de Hank a Jonty y luego de nuevo a Hank, «es una curranta. ¿Llegó bien a casa, con el rollo del Tocapelotas, Jonty?»

«Sí, sí, bien. A casa. Sí. Ha llegado esta mañana a casa», dice Jonty, esforzándose por alegrar el tono. «Se quedó encerrada en el pub. ¡Sí señor!»

Morag frunce el ceño y sacude la cabeza con riguroso desdén, pero Hank se encoge de hombros. «Eso no es necesariamente malo», declara. «Yo también habría esperado hasta que pasase lo peor del Tocapelotas; ese habría sido mi consejo.»

Jonty siente que algo le punza las entrañas. Intenta no removerse en su asiento. Cambia de tema, mirando la salsera. «La salsa es extraordinaria, Morag. ¿Siempre le sale así de buena, Hank? ¿Eh? ¿Una salsa tan rica?»

«¡Morag lo hace todo bien, Jonty! ¡No te lo puedes ni imaginar!» Hank le guiña un ojo a Morag, provocando un ligero rubor en su compañera.

El resto de la comida transcurre en silencio, hasta que Morag, tras contemplar un rato a Jonty, le suelta: «Espero que Jinty te esté cuidando, hijo, porque te estás quedando en los huesos. No te parece mal que te lo diga así, a las claras, ¿verdad?»

«Sí, en los huesos», repite Jonty, «en los puros huesecitos. Sí señor. Echo de menos ir a casa de mamá, en Penicuik, eso es, Penicuik. Ahora todo ha cambiado. ¿Eh, Hank?»

Hank lleva un rato viendo la televisión por encima del hombro de Jonty; los informativos escoceses están catalogando los desastres provocados por el Tocapelotas. «Los daños podrían contarse finalmente en decenas de miles de libras», declara la voz lúgubre del presentador. «Pues sí, Jonty, sí», admite Hank, «ya lo creo que han cambiado.»

«Y tanto, ya lo creo.»

Despachan con gratitud el postre, una tarta de manzana del Sainsbury's y unas natillas de lata. Más tarde, cuando un Jonty saciado y satisfecho hace ademán de marcharse, Hank le da una palmadita en el hombro y lo apremia. «Anda, no te pierdas de vista, a ver si quedamos y te traes a Jinty al pub. Al Campbell's, o al Pub Sin Nombre ese.»

Jonty asiente, pero no tiene intención de hacerlo. No señor, no tiene ninguna intención de hacerlo, porque alberga la firme opinión de que allí, en el Pub Sin Nombre, han empezado todos los problemas.

Así que Jonty se marcha y atrocha por el parque para volver a Gorgie Road; pasa junto al puesto de *fish and chips* de Westfield Road. Es uno que le gusta mucho. Entre ese y el C. Star, Gorgie cuenta con los mejores locales de *fish and chips* que Leith. Eso no se puede negar. Los otros locales no son tan buenos, hay que admitirlo. Pero siempre es un gustazo bajar por Gorgie Road. ¿Dónde más se puede montar una granja? ¡Leith Walk nunca ha tenido una! Más adelante ve a la señora Iqbal de nuevo, la de abajo, con el bebé en el carrito. Qué morena es la criatura, piensa Jonty. No hay

ningún problema con eso; una noche en Pub Sin Nombre había estado diciendo exactamente eso: que nadie puede elegir de qué color sale.

Tony había estado de acuerdo con Jonty. En efecto, no era culpa de la gente no ser blanca.

Evan Barksie había soltado una risita; después llamó terroristas moromierdas a sus vecinos y les dijo que seguro que el piso de abajo era una fábrica de bombas.

Pero Jonty se preguntaba cómo podían ser terroristas una chavala y su criatura. Y eso le soltó a Evan Barksie, Craig Barksie, Tony, Letal Stuart y toda esa peña. Barksie se limitó a largarlo, tras decirle que era demasiado simplón para entender de política.

Jonty se había mostrado de acuerdo: él no era más que un chaval de campo, de Penicuik. Sí señor, sí señor, Penicuik, señor, había repetido cual estribillo hasta convertirse casi en un murmullo. Pero le intrigaba que la gente pudiese hacer bombas en casa. Al final lo había buscado por internet: un cóctel molotov. Qué fácil sería hacer uno.

Evitando la sala de estar, donde Jinty sigue durmiendo, Jonty mira la calle desde la ventana helada del estrecho cuarto de baño y la ve en toda su desolación: el Pub Sin Nombre. No quiere entrar, pero decide hacer de tripas corazón e ir a enseñarles que no pasa nada. Engulle bocanadas de aire, que empuja hacia los pulmones, y cruza la calle para meterse en el pub. Está tan nervioso que le tiemblan las manos al sacar el dinero del bolsillo y se pide una pinta de lager, que Sandra le sirve con una sonrisa.

No ha mirado en dirección a los asientos que hay junto a los dardos, pero sabe que están allí. Lo miran en silencio, hasta que oye la voz estruendosa de Stuart Letal, «¡Ahí está!»

«¡Eh, Jonty!», dice Tony.

Jonty levanta la pinta de la barra y se acerca a ellos. Algo se desploma en su interior al ver la expresión desdeñosa en el rostro de Evan Barksie, que no dice nada pero no aparta la mirada de Jonty.

«Sí señor, he visto a la chavala de mi escalera, la de la máscara y el niño moreno. Ya te digo.»

«Tendrías que juntarte con ella, Jonty. Seguro que no le importaría ser la mujer de un granjero, en una ciudad pequeña y todo eso», dice Tony entre risas.

«Pero ¡si nadie habla como él, ni siquiera en Penicuik! ¡Si ni siquiera es hijo de granjero de verdad! ¿A que no, Jonty?», lo reta Craig Barksie, con la mandíbula inferior asomando.

«Sí señor, sí señor, sí señor, Penicuik, señor.»

Todos se ríen ante el espectáculo que está dando Jonty, pero él se conforma con que no sepan lo que hace. «Pues sí, Gorgie está cambiado, igual que Penicuik», le explica Jonty al grupo, «con todos los morenos y los chinitos y eso, los chavales que venden DVD, *El nombre de la rosa*, sí señor. Qué buena película, ya te digo. Pero Penicuik ha cambiado, ya lo creo.»

Vuelven a reírse, todos menos Evan Barksie, que gira el índice apoyado contra la sien para informar a Jonty de que está chalado.

Jonty pasa de ellos; va hacia la gramola. Hay unas cuantas canciones navideñas chachis en la gramola. A él le gusta una a la que llama «I Will Stop the Calvary», cree que habla de un viaje a Canadá, por el nombre de la ciudad, Calvary, ¿no? Le parece que irse a Canadá debe de ser genial, pero tiene que hacer mucho frío. No es que aquí la vida sea un camino de rosas, y menos después del huracán Tocapelotas. Se quedaron todos en el pub hasta que dejó de soplar. Pero eso también ha causado un montón de problemas. Le ha causado a él y a Jinty un montón de problemas. Y ahora Jinty no está bien. Tendrá que volver con ella pronto, a cuidarla. Coge su cerveza, se la bebe y sale del pub sin mirar a ninguno de ellos ni despedirse.

Cuando Jonty regresa al piso, levanta a Jinty, que dormía en el sofá, y la lleva al dormitorio. La tumba en la cama, la arropa bien, la besa en la cabeza. Va a preparar ponche para los dos, queda un poco de whisky en la botella que trajo Hank hace un tiempo.

La gracia de tener reglas es poder romperlas. Y siempre es mejor si son las reglas de otros y no las tuyas. Pues resulta que yo he roto una de mis reglas al traer a una pasajera a casa. Por supuesto, llevo tías a casa continuamente, pero una pasajera… Joder, eso ya no es tan sensato.

Algunas te ven como un sacerdote o un trabajador social, y a veces es lo que parece, sobre todo desde que nos vinieron con la mierda terapéutica esa. Te dan la chapa con lo de no sobrepasar límites. Pero tiene sentido, claro, porque como te lleves a una tía a casa y te vea alguien que no debe, te puedes quedar con el culo al aire y que se chive a la centralita. Fijo. Mi gran suerte es que tengo a Big Liz, mi espía fuera del taxi. Pero con el Tocapelotas y la chavala en un estado tan vulnerable, que se quería tirar del puente y todo, lo he visto claro: soy el caballero andante. Si nos quitan también los principios básicos de caballerosidad, entonces ya apaga y vámonos. Y además, le he echado un polvazo.

Entonces me llama el yanqui del Balmoral con un ataque de pánico, está cagado de miedo el muy gilipollas. Así que tengo que ir a verlo, no me queda otra: por diez de los grandes a la semana, lo meto en la cama y lo arropo si hace falta. Pero, aunque el polvo que le he echado a Sal la Suicida la ha devuelto al mundo real, no me quedo tranquilo dejándola sola por las calles. No es que parezca tener mucha prisa, no. De hecho, lleva un rato atolondrada después del polvo. «¿No podríamos volver a tu casa…?»

«Claro que sí», le digo cauteloso, «pero antes tenemos que ir a ver a un colega para el que estoy trabajando. Le ha entrado un ataque de pánico tremendo por culpa del vendaval. Cosas de yanquis, creo que estuvo en el Katrina de Nueva Orleans y se quedó traumatizado.»

«Aquello fue terrible», añade Sal.

Cuando llegamos allí, Ronnie lleva puesto un albornoz, está temblando y sudando como una puta hasta arriba de coca cortada con matarratas. Tiene la cresta mojada y peinada hacia atrás. Nos deja entrar y veo que el muy capullo se ha pimplado una botella de Johnnie Walker de dieciocho años y ha abierto un Highland Park, diría que un añejo. También hay una botella entera de Macallan. ¡Al lío, compadre!

Ronnie está cagado; mientras tanto, sirvo bebida y preparo unas rayitas. «Drogas… La cocaína, yo, ni tocarla…»

«Una rayita de farlopa, Ronnie; eso levanta el ánimo a cualquiera. Después de esto no vas a tener miedo del huracán Tocapelotas. Es más, seguro que te dan ganas de salir fuera y plantarle cara.»

«¿De verdad crees que me va a ayudar?»

«Fijo.»

Así que le damos a la farla y al whisky y Ronnie parece que se olvida de todo y dice: «Sabes, es el tipo de cosas que te hace valorar la vida humana. He pensado en hacer una donación a las víctimas del Katrina, en Nueva Orleans, pero… No he recibido ninguna señal de Dios para decidirme a hacer ese gesto.»

«Pero ¡qué huracán ni qué ocho cuartos!», digo señalando a la ventana.

Ronnie sonríe, pero Sal interviene. «Así que ¿hablas con Dios?»

«Siento el espíritu del Santo Padre dentro de mí.»

Sal mira hacia la botella vacía. «No creo que sea ese el espíritu que sientes dentro.»

«Este whisky es cojonudo», prosigo, tratando de contener el punto de mala leche de Sal la Suicida, y llevo la copa a la luz.

«Esto no es nada, Terry. Estoy esperando un pedido que está en camino… Bueno, digamos que, a su lado, esto es aguardiente de pueblo.»

Sal mira fijamente a Ronnie. «Sé quién eres, he visto tu mierda de programa, en el que despides a gentuza que es igual de repulsiva que tú.»

Ronnie suelta una buena carcajada. «Bueno, para ser tan repulsivo, señorita, te recuerdo que estás en mi habitación de hotel bebiéndote mi puto whisky.»

«Vamos, hombre», digo, «todos somos criaturas de Dios.» Miro a Sal. «Hace poco no estabas muy lúcida que digamos.» Y me vuelvo hacia él: «Y hay que decir, Ronnie, que tú tampoco. ¿Quién ha arreglado el día? ¡Juice Terry, claro que sí! Así que relajaos, bebed y dejad que os ponga otra ronda de farlopa.»

«Me parece muy bien, ¡sí, señor!» Ronnie sonríe.

Sal hace un gesto de fastidio, pero se mete la raya doblada. Empiezo a pensar que igual la mezcla de coca y whisky no es lo mejor para una tía que acaba de intentar suicidarse, pero bueno, la Amiga Inseparable le ha puesto la cabeza en su sitio y, además, siempre está a mano para darle las raciones que le hagan falta. Ronnie parece que está más entero, hasta la cresta esa se ha secado y está volviendo a su sitio. La tormenta está pegando fuerte, y aunque Ronnie está muy despierto, está mucho más calmado y contento, así que le digo que nos tenemos que ir.

«Terry, no sabes cómo te lo agradezco. Te debo una, colega.»

«No te preocupes, hombre. Pero la Amiga Inseparable tiene ganas de jaleo.»

Ronnie asiente y mira a Sal. «Está bien, gracias por venir, tíos.»

«Para eso estamos, amigo», y le doy un abrazo; Sal no dice nada, se levanta y recoge el bolso.

Salimos de la habitación, bajamos y nos vamos del hotel.

Andar por The Bridges es una locura; hay basura volando por todos lados. Me entra polvo en los ojos y voy a tener que lavarme el pelo otra vez con tanta mierda flotando en el aire. «Ese tío está loco», dice Sal, «dice que oye voces…»

«¿Hola? ¡Que hace un rato te querías suicidar!»

Ignora mi comentario, la llevo de vuelta al piso y la meto en la cama. La farla ha hecho bien su trabajo, como siempre hace con las titis, con las rayas se ponen muy

cerdas. Así que me vuelvo a cepillar ese coñito apretado que tiene. Y así toda la noche: polvazo, sueñecito, la Amiga Inseparable se despierta y vuelta a empezar.

«¿Nunca paras de…?», dice entre gemidos cuando la despierto por cuarta o quinta vez.

«Seguiré hasta que no quede ni rastro de pensamiento suicida ahí dentro», le digo; además, ella lo está deseando. En nada se pone a pegar botes como una loca, parece un par de rebanadas de pan caliente saltando en la tostadora.

Por la mañana me despierto, me sueno los mocos mezclados con restos de coca, levanto las persianas y miro a la calle. Parece que hace frío. Contenedores volcados, basura volando y gaviotas graznando. ¡Pues vale! Me vuelvo y echo un vistazo a la choza. Es el picadero perfecto; pillarme este sitio en la ciudad ha sido la mejor decisión que he tomado nunca.

Pienso en los polvazos épicos que le he echado esta noche a Sara-Ann Lamont la Suicida. Le he dado toda la terapia que ha querido y más. ¿La cura de todos los problemas del mundo? Un puto polvo en condiciones. ¿De qué coño va a preocuparse nadie después de follar como Dios manda? ¿Política…? A la mierda la política. ¿Relaciones? Una tía que le va mal en una relación lo que necesita es que le metan un buen cipote y ya verás como se acaban los problemas. ¡Es milagroso! Espero que Sal no sea una tarada en busca de un salvador. Aunque decir eso no tiene mucho sentido: está claro que está tarada, ¡anoche se iba a tirar de un puente, coño!

Aparece con mi camiseta de *Sunshine on Leith* y me empiezan a saltar todas las alarmas. Como siempre digo, para quitarle las bragas a una tía no me tiembla el pulso, los nervios me entran cuando quiero que se quite mi puta camiseta a la mañana siguiente. Fijo.

De acuerdo, la tía no está nada mal. Pelo negro a la altura de los hombros, muy maquillada, en plan gótico, pero me pone. Un pelín entradita en carnes, lo justo, y ese punto de flaccidez que empiezan a tener las tías a partir de los treinta que me encanta. A esa edad es cuando las tías follan bien de verdad. Con la cara de amargada que tenía anoche, y mírala ahora, ahí echándose en el sofá con sonrisa de cocodrilo.

La miro. «¿Cómo te encuentras?»

«Bien follada.»

«¿Aún piensas en suicidarte?»

«No», responde, muy pensativa. «Solo estoy enfadada.»

«Muy bien, enfádate con los cabrones que te lo han hecho pasar mal. Pero no la tomes contigo. Si haces eso, ellos se habrán salido con la suya.»

Mueve la cabeza. «Lo sé, Terry, pero no puedo evitar ser yo. He pasado por todo tipo de terapias, consejos, medicación…»

Me acaricio la entrepierna. «Esta es la medicina que te hace falta. Fijo.»

«¡Dios mío!», dice riendo. «¡Eres insaciable!»

«Sí», respondo, «tienes toda la razón. Pero eso es lo de menos.» Le guiño un ojo. «La pregunta que deberías hacerte es si tú también lo eres.»

Nunca fui bueno en el colegio. No señor, no señor, nunca. Y siempre me he sentido mal por ello. Creo que era porque Henry, el padre verdadero, pasaba mucho tiempo trabajando fuera, y porque mamá engordó tanto que no podía salir de casa. Hank fue al colegio, también Karen. Henry, el padre verdadero, me decía: «Eres un poco lento, Jonty, y el colegio no te va a valer para nada, con Hank y Karen es otra historia.»

Nunca dije nada, pero me dolía. Me dolía en el fondo del pecho, como si pudieras abrírtelo y en el interior hubiera arañas. Arañas que corretean con sus patitas y te hacen sentir raro por dentro. Sí, me llenó el pecho de arañas, eso hizo, señor. Tampoco es que les fuera demasiado bien a Hank y a Karen. Bueno, Hank ahora trabaja con la carretilla elevadora, así que no está mal, pero Karen solo cuida de mamá. El curso de cuidadora que hizo ha sido una pérdida de tiempo. Está cualificada, sí, cualificada para cuidar a montones de personas en sus casas, no solo a su propia madre en su propia casa. Una pérdida de tiempo, sí señor. Cuidar solo de tu mamá cuando estás cualificada para cuidar a montones de mamás… Sí señor, anda que no.

Yo solía ir al cementerio a leer lápidas, a no ser que hiciera demasiado frío, porque entonces iba a casa de Bobby Shand a tomar una taza de té y a calentarme un poco. Veíamos las carreras en la tele y apostábamos entre nosotros. Luego dejé de ir porque Bobby siempre ganaba. «Jonty, hijo, es que no pillas las probabilidades», me decía. Bueno, pues acabé pillando que las probabilidades habían decidido que yo no iba a ganar, eso sí lo pillé, señor, ¡¿verdad?! Así que dejé de quedar con Bobby. Era buena gente, un forofo de los Hearts, pero acabaron llamándole puto feniano porque había un Bobby Shand en el IRA. Luego me fui de Penicuik a Gorgie.

Me gusta Gorgie.

Me gusta el McDonald's. Sí señor. Lo que más me gusta son los Chicken McNuggets, ya te digo, así es. Me gusta la textura que tienen cuando los muerdes, nada que ver con la grasa que a veces tienen los de Kentucky Fried Chicken. Aunque a veces también me apetece Kentucky Fried Chicken, sobre todo después de tomarme un par de copas, claro que sí. Jinty prefiere *fish and chips*. Siempre le digo que tiene que ser más atrevida. Tienes que ser más atrevida, Jinty, le digo de broma. Ya te digo, más atrevida. Me gustan los McNuggets de vez en cuando, sí señor, de vez en cuando. Anda, tienen el nuevo McFlurry con After Eight, ¡me gusta el McFlurry con After Eight! Me voy a dar un capricho de martes, porque hay que ahorrar. Lo gracioso es que en realidad el Big Mac no me convence. Un Big Mac te deja llenísimo.

Menuda sarta de gilipolleces lo del Tocapelotas. ¡Eso no ha sido ni huracán ni nada! Un fiasco de cojones, eso es lo que ha sido: el paripé del siglo. Hay un poco de lío en la calle, porque la basura está revuelta y eso, las señales de tráfico se han salido y hay conos tirados por ahí, pero vamos, nada que no hagan todos los fines de semana los borrachuzos.

He ido a soltar un par de recaditos al centro, así que me acerco a la Liberty Leisure a ver qué tal va el emporio del Marica. Está por ahí la tal Saskia, la polaca esa tan sexy que siempre lleva tops ajustados de lentejuelas y una falda corta, como si fuera a salir de fiesta, pero que tiene un aspecto demasiado frágil y perdido para andar metida en esto. «¿No se sabe nada de Jinty?», le pregunto.

«No, no ha aparecido», dice Saskia con un acento entre escocés y europeo del este. «¡A lo mejor se la ha llevado el Tocapelotas!»

Estoy medio riéndome de cómo habla cuando otra chavala, Andrea, me clava la mirada y me dice: «A lo mejor se la ha llevado él.»

Me gusta el estilo de Saskia y de Jinty, pero la mayoría de las chavalas de aquí no parecen muy contentas, y creo que sé por qué: el cabrón de Kelvin las tiene acojonadas. Aparece él y se acaban las risas. A mí eso no me va, hay que estar contento en el trabajo. ¡Especialmente si estás en el ramo del folleteo!

«La cosa está un poco parada», dice Kelvin.

«Sí», dice la tal Andrea, y me deja a cuadros, porque lo dice como con acento inglés; pero ¡si la colega es china!

«Pues hala, para dentro», le suelta, señalando con la cabeza una de las habitaciones, «que te tengo un regalito.»

El muy mamón me mira con una gran sonrisa. Me dan ganas de aplastarle de un puñetazo esa cabeza de pelele enclenque que tiene. Aunque la tal Andrea es un poco borde, se ve que la pobre está acojonada cuando entra en la habitación seguida por ese cubo de mierda. No me gustan esos rollos. Una cosa es sugerirle a una tía que eche un polvo, vale, pero ordenarle a una tía que folle cuando además no puede negarse…, eso no está bien. Cuando desaparecen, Saskia me mira con ojos asustados, como esperando que yo haga algo. ¿Qué voy a hacer? Yo ni pincho ni corto, solo paso por aquí para echarle un cable al Marica, y este es su puto cuñado. Le digo por lo bajini: «Avísame si aparece Jinty.»

«Pero si puedes llamar aquí.»

«Paso de hablar con el risitas ese», y señalo con la cabeza hacia donde seguramente Kelvin está metiéndole una goleada a Andrea. Hablo bajito, porque parece que las chavalas odian a Kelvin, pero en estos sitios siempre hay alguien que se chiva.

Me mira durante un segundo, y garabatea su número en un trozo de papel.

Me vuelvo al coche, pero se me ha cortado el rollo. Guardo el número de Saskia y le mando un mensaje: «Si tienes noticias de Jinty, silba. Terry ;)»

La verdad es que están todas para mojar pan, y el Marica siempre está con lo de «sírvete tú mismo, invita la casa». Pero que le den; aunque sea gratis, a mí me mola acostarme con tías que tienen ganas, como Jinty, no con una que lo hace como quien ficha. Además, con el rabazo que tengo, son ellas quienes deberían pagarme por mis servicios. ¡Fijo! La tal Jinty sí que sabía… A ver cuándo vuelve.

Llega un mensaje, una respuesta de Saskia: «Sí, y lo mismo te digo si te enteras de algo, por favor. S.»

Es una tía maja. Pero yo no estoy para nada a favor de la prostitución. No me parece bien que chavalas como Saskia se vean en la situación de vender sus cuerpos por dinero. Se hace mucha más pasta rodando pelis porno conmigo y con Sick Boy. Pero no quiero mencionarlo, porque si se entera el Marica, igual me acusa de intentar quitarle a las trabajadoras, o peor aún, intenta meterse él también en el negocio. Yo no quiero ni de coña más trato con el cabrón ese, ya tengo bastante.

Voy por Easter Road y veo al tío ese que ha venido de Dublín, el nuevo mánager del Hibernian, saliendo de una tienda con el *Evening News*, así que le pito y lo saludo con la mano. No puede ser peor que el último inútil. Cojo una carrera en London Road. Otro pardillo con cara de amargado, que pronto empieza a preguntar: «¿Por qué vamos por aquí?»

«Los tranvías… Las vías de un sentido… Los desvíos… El Ayuntamiento…»

Suena el teléfono y es Sal la Suicida. Así que quedo con ella en Grassmarket, donde suelto al puto amargado este. El muy tacaño me deja una propina de cincuenta peniques. La centralita empieza a dar el coñazo:

POR FAVOR, RECOJA UNA CARRERA EN TOLLCROSS.

Pero, como no es Big Liz, me van a comer todo el nabo, si es que les cabe en la boca. Contesto:

ACABO DE COGER UNA CARRERA EN GRASSMARKET.

Sal se mete en el taxi, y tiene mucho mejor aspecto. Como si la vida le hubiese vuelto a los ojos. Nada como un polvo en condiciones para recuperar la perspectiva. ¡Fijo!

Lo mejor de zumbarse a una pava en la parte de atrás de un taxi de verdad es que, después de follártela, no puede subir a la parte delantera contigo. Y eso te deja un poco de espacio, claro.

«¿Adónde vamos a ir a follar?», le digo, volviéndome. «Porque te voy a dar a base de bien y por todos los agujeros. Me he traído a un coleguita.» Y levanto el vibrador que llevo normalmente debajo del asiento.

Arquea una ceja con expresión de picardía. No tiene un pelo de tonta: sabe que ese gesto me desencadena un temblor definitivo en los huevos. «¿Qué pasa, que todos los taxistas de Edimburgo sois unos drogatas pervertidos?»

«¡Solo con los que merece la pena hablar!»

Suelta una risita. «Podemos ir a mi hotel. Tengo una habitación en el Caledonian hasta mañana; después tendré que volver a casa de mi madre, a Portobello.»

«Guapo», le digo. «¡Aprovechemos el sitio mientras podamos!»

A mí me gustan los casquetes en la parte trasera del taxi, pero a nadie le amarga un dulce. Algo que he aprendido con los años es que si el destino te ha dado un rabo como un caballo, cuidado, no como el rabo de un caballo, sino como el caballo entero, más te vale usarlo. Si además te ha dado una lengua como la bufanda del Doctor Who, tienes que desplegarla. Así que ahí estamos, en la cama de una habitación elegante. Yo estoy abajo, chupando como si no hubiera mañana, y poniéndome cerdete con el vibrador. Al principio Sal está un poco tensa y alerta, pero es que algunas chavalas necesitan una ayudita para liberarse sexualmente. Todo es negociable. Yo siempre lo digo: «que te den» significa «no», «no» significa «quizá», «quizá» significa «sí» y «sí» significa «anal». ¡Fijísimo!

Pronto estamos sudando como cerdos y ella se vuelve loca: se sube encima de mí y por poco me arranca los pelos del pecho. ¡La leche! Pues sí, al final menuda sesión nos metemos. Pasa «la prueba del arrepentimiento por la cámara ausente», como yo la llamo. Eso pasa cuando echas un polvo muy de peli porno y luego piensas: «Joder, daría cualquier cosa por haberlo grabado.»

Así que estamos tirados en la cama y pido una botella de vino tinto y un sándwich al servicio de habitaciones. Vale, si bebes no conduzcas, pero tengo una raya esperando en el portaequipajes para solucionar el problema. Sal está hablando de irse de Londres y pillarse un piso aquí. «Ya estoy harta de ese sitio», dice clavándome una mirada que me deja con dudas. A ver, yo no digo ni mu, que viva donde le dé la gana. Lo único que quiero aclararle es: ¡ni se te ocurra mudarte por mí! Yo no soy de esos. Las piradas son así; están necesitadas y chaladas, te chupan la energía y te destrozan el alma, sí, pero normalmente también follan de lujo. Siempre es agradable pasar un rato con ellas; siempre es un alivio pirarse a tiempo.

Así que nos pasamos el día con la dieta del cucurucho, y cuando me meto de nuevo en el taxi tengo una sonrisa en el careto que ni una mancha de petróleo en un arrecife de coral. Veo a una chavala con un abrigo rojo y el pelo negro, y por un momento pienso que es Jinty, pero no. Así que le doy un toque a Saskia, la de la sauna, pero todavía no se sabe nada. Luego me llama Ronnie. «¿Podemos ir a Haddington mañana? Quiero decir, ¿es seguro ir en coche?»

«Sí, claro.»

«¿Suspenderán las restricciones de emergencia en carretera?»

«No hay restricciones. El huracán ya ha pasado.»

«Anda que no sois raros ni nada», dice. Quedamos para la mañana siguiente y cuelga.

Tras un par de carreras, en una de las cuales cojo el número de una vieja pija de New Town con pinta de guarrona, me vuelve a llamar Sal, y no puedo resistirme a

volver al hotel a por otra sesión, aún más loca que la primera. No hacemos más que follar, dejar el minibar limpio, meternos unos rayotes, y luego repetir, hasta la extenuación. ¡La suya, por supuesto, no la mía! ¡Fijo!

A la mañana siguiente me levanto y el sitio está todo patas arriba. ¡Ni que fuésemos estrellas del rock, colega! Así que bajamos a desayunar, los dos un poco reventados. Y se nos acerca un capullo en plan portero pijo, como de rollo francés pero cabreado, y con su uniforme de imbécil me dice, echándonos una mirada: «Normalmente los caballeros se afeitan antes de desayunar.»

Valiente gilipollas. Así que le suelto: «Yo es que prefiero esperar a estar bien despierto, no vaya a cortarme el escroto.»

Eso le cierra la boca al pedazo de mamón, y se queda ahí plantado, como si le hubiesen metido un atizador al rojo vivo por el culo. Sal la Suicida se echa unas risas, así que todo bien. Está guapo verla reírse así. ¿Qué hace una tía buena, lista y joven llena de talento intentando matarse? Pero ¡si hasta escribe obras de teatro! Yo a esa edad no podía ni escribir mi nombre… ¿Sabiendo hacer todo eso quiere tirarse de un puente? Debe de estar como una cabra. Pues claro, claro que lo está, ese es el problema, tío.

En fin. El desayuno tiene una pinta estupenda, pero me da por tocarme un poco los michelines y pienso que a lo mejor lo suyo es tomar unas gachas con frutos rojos. Pueden llamarme en cualquier momento al golfomóvil para alguna peli porno: Sick Boy siempre avisa con poco tiempo de antelación. No es como Hollywood, que si sacas dos de los grandes de una película, un par de meses después estás rodando la siguiente. Aquí hay que estar preparado. Así que eso mismo pido para desayunar.

Cuando me lo traen, Sal me dice: «Nunca pensé que fueses de los que comen sano.»

«Me gustan estos copos de avena», le digo guiñándole el ojo. «¿Echamos un kiki después?»

«Eres un monstruo», me dice, sacudiendo la cabeza. «Un adicto total. ¡No puedes pasar ni unas cuantas horas sin follar!»

«Ya.»

«Deberías ir a un grupo de terapia para adictos al sexo.»

«Sí, claro, a lo mejor», le digo entre risas, pero, bien pensado, a eso hay que darle vueltas. Aquí no se descarta nada. Oye, qué gachas, colega, ¡nada que ver! ¡Mi vieja nunca me las hizo así!

El pub ya no está lleno de humo, pero los fantasmas de los efluvios de cigarrillos pasados parecen persistir. En un rincón, junto a la gramola, están sentados los gemelos Barksdale, disimulando una resaca simbiótica junto con sus camaradas, Tony, Stuart Letal y Derek, un poco más animados; el periódico está abierto sobre la mesa que tienen delante. El *Daily Record* contiene un artículo sobre cómo los pandas recién llegados desafiaron al huracán Tocapelotas desde su jaula del zoo de Edimburgo.

«Era impresionante, parecía que se pasaban el fenómeno por el forro», dijo un experimentado vigilante. «Se ve que ya se les ha pegado algo del famoso estoicismo escocés.»

A Evan Barksdale se le tensa la boca cuando Jonty MacKay entra en el bar y pide un vaso de leche. Lo sirve Sandra, la camarera, y muy bien servido, piensa Jonty. «Aquí tienes, Jonty.»

Por supuesto, Jonty es consciente de que los tíos del rincón lo están mirando tomarse la leche. Luego Craig Barksdale le dice a gritos, «¿Te has pillado una gonorrea, Jonty? ¿Vas a una clínica de ETS?»

«De eso nada, nada de nada, solo estoy intentando no beber, nada de eso»; Jonty sacude la cabeza, «es malo beber tanto, sí señor.»

«¡Menuda gilipollez!»

«¡Leche en el Pub Sin Nombre! ¡La correccioncita politiquita se está pasando tres pueblos!», exclama Derek en tono amenazante.

Jake, que está detrás de la barra sacándole brillo a los vasos, mira a Jonty y dice: «La leche corre a cuenta de la casa, amigo.»

«Gracias, Jake, sí, gracias…»

«He oído que se te da bien pintar, Jonty.»

«Sí, pintar, ya te digo, sí señor, anda que no.»

«¿Quieres darle una mano al pub? Tendría que ser por las mañanas, temprano, eso sí, porque no puedo permitirme cerrar. Pero como vives justo enfrente…»

Jonty sopesa la oferta. Un dinerito extra le vendría que ni pintado. «Sí, Jake, me levanto temprano, sí señor, ya te digo.»

Evan Barksdale, que ha oído la conversación, levanta los ojos del *Daily Record* que hay sobre la mesa. Cuando Jonty se une a ellos, oye a Evan afirmar: «Ya sabía yo que algo pasaba con el rollo ese de los pandas. ¡Mira cómo han admitido ya que son unos putos fenianos!»

«¿Que los dos pandas del zoo que han traído de China son irlandeses?», interrumpe Tony.

«Sí.»

«¡Vamos, hombre!»

«¡Que te lo digo yo!»

«¡Anda ya!»

Los ojos de Jonty van de Evan a Tony.

«Deja de hacer eso con los ojos, pedazo de mendrugo», suelta Evan. «¿Este qué se cree? ¿Que está en Wimbledon? ¡Jijijiji!»

Las risas se propagan por la mesa. «¡Jijijiji!»

Jonty se pregunta qué quieren decir con eso. En este pub no hay tenis.

«A uno le han puesto de nombre “Sunshine”, como la película esa, *Sunshine on Leith*, y dicen que es del Hibernian», dice Evan Barksdale. «Putos pordioseros chinos irlandeses. ¡Justo cuando el Ayuntamiento se echa atrás en su promesa de ayudarnos con un nuevo estadio!»

«¡No te falta razón, Barksie!», dice Stuart Letal. «¿No os fijasteis en que ese cabrón de Riordan, el del Hibernian, se fue a China a jugar? ¿Y justo después me entero de que hay dos putos pandas camino de Edimburgo? ¡Y los capullos esos gafapastas de los Proclaimer van a tocar allí!»

«¡Jijijiji!», se ríe Tony.

«Sí, sí, tú ríete, pero la cosa está chunga»; Evan Barksdale sacude la cabeza y mira a Jonty. «¿Tú qué coño dices, Jonty?»

«A mí me molan los pandas, sí señor, anda que no, pero creo que a ellos no les van ni el Hibernian ni los Hearts. Tienen más pinta de ser del Dunfermline o del Saint Mirren, con esos colores. Anda que no, con el blanco y negro. Sí señor. Dunfermline. Sí, claro que sí. Saint Mirren. Ya te digo.»

«Te la ha metido doblada, Barksie», dice Tony.

«Que les den por culo a los pandas», exclama despectivo Evan Barksdale. «Ni siquiera entiendo por qué se monta tal pollo por dos putos osos. No se van a follar el uno al otro para salvarse de la extinción ni van a cambiar su dieta.»

«Un oso políticamentito correctito», dice Derek. «¡Menuda locura!»

«¿Lo mismo?»; Craig Barksdale señala los vasos casi vacíos. «¿Tennent’s?»

«Sí. Tennent’s», dice Tony.

«Sí. Pilla también otra empanada ya que vas, capullo…», pide Stuart Letal. «Yo te doy el dinero.»

«Sí, Tennent’s», dice Evan Barksdale.

Craig Barksdale se vuelve hacia Jonty. «Y tú ¿qué quieres?»

«Nada, nada, estoy perfecto bebiéndome la leche, sí señor.»

Craig Barksdale mira hacia arriba con exasperación, pero se siente bastante aliviado de que Jonty haya rechazado la cerveza. «Sí, no follan, los putos pandas», le canturrea a su hermano.

«Gilipollas», anuncia Tony, «yo sí que echaría un buen casquete ahora mismo.»

«¡Jijijiji!»

«¿Así que no vas a darle una familia a Jinty, Jonty?», pregunta Tony.

«¡Jijijiji!» Todos toman asiento para observar la reacción de Jonty.

«Nah», les responde un desanimado Jonty. «Nada de eso, no.»

«Es un pastón eso de los niños, Jonty», dice Tony con tristeza. «Dejas de tener vida. Pero es bueno darle una criatura a la parienta, así deja de follar con otros; a no ser que sea un putón verbenero, claro. Un putón verbenero seguirá folleteando y no se puede hacer nada. Pero hazme caso, Jonty, dale un niño a la parienta: solo uno o dos, cuidado, porque más les fastidia lo que viene siendo los bajos. Nunca se folla igual después de un niño. Mi Liza se tumba y se deja hacer. Sin entusiasmo», dice sacudiendo tristemente la cabeza. «¿Sigue siendo como al principio cuando te tiras a Jinty, Jonty?»

«No», le dice Jonty, sintiéndose muy triste de repente. Porque antes era distinto.

«Joder, esta conversación está tomando un giro de lo más deprimente», grita Evan Barksdale. «Eso es porque se acercan las putas Navidades.»

«Sí, se supone que es la época de las buenas intenciones», dice Stuart Letal. «¿Nadie tiene farla, joder? ¡Pues que llame alguien!»

Jonty ya no aguanta más. «Me tengo que ir, ya te digo, me tengo que ir», dice levantándose de su asiento.

«Sí, ahí va la pasta.» Jonty oye el contraataque de Evan Barksdale, que alza la voz mientras él abandona el pub. «Mira cómo se escaquea, ¡y encima va a pintar el pub! ¿Cuándo fue la última vez que pagó una ronda? Eso es lo único que pregunto, Tony.»

Jonty empuja las puertas para salir y camina calle abajo, reflexionando sobre lo injusto que sería que él pagase una ronda de bebida cuando solo está tomando leche gratis. Está empezando a hacer frío de nuevo y ha dejado de llover, aunque la acera está negra de agua que se está empezando a helar, formando dibujos que hipnotizan a Jonty. Siguiendo un impulso, planta la suela del zapato sobre uno, destruyendo el complejo ornamento, conmovido casi hasta las lágrimas porque el resultado de sus acciones haya sido la destrucción de algo tan bonito.

Un periódico gratis tirado en el suelo lo distrae de su dolor. Lo recoge.

No lleva demasiado tiempo en casa cuando suena el timbre. Jonty deja puesta la cadena de la puerta, y la abre solo hasta el escaso límite que le da. Una mujer joven le devuelve la mirada, con la nariz arrugada, como si algo apestase, y Jonty tiene que admitir que, como Jinty está enferma, todo está un poco sucio. La casa necesita una limpieza. Tendrá que contribuir un poco más.

«¿Está Jiintyyy?» La chica tiene acento extranjero, quizá polaco. «Soy Saskia, una amiga suya del trabajo.»

«No», dice Jonty, sacudiendo la cabeza, «no señor, no no no… Pero tampoco va a volver al sitio ese», informa a Saskia, pensando en el Pub Sin Nombre. «¡Ya sé yo lo que pasa en ese sitio! ¡Ya te digo! ¡Guarrerías! Sí señor, anda que no…»

Saskia se pone la mano en el pecho, un gesto que Jonty interpreta como de vergüenza. «Lo siento, ya sé que no está bien, pero necesitaba dinero…»

«¡Porque lo que pasa en ese sitio está mal!»

Y Saskia agacha la cabeza y se aleja escalera abajo, pensando en su familia de Gdansk, y en lo destrozados que se quedarían si supieran la fuente del dinero que manda a casa cada semana por giro bancario con la Western Union; al mismo tiempo, Jonty piensa en Barksie, en la malvada cocaína y en el mal que les ha hecho a todos. La rabia borbotea en su interior. Para calmarse, coge la prensa gratuita y lee lentamente.

> Los fumadores de Escocia han recibido halagos por su heroísmo, al haberse enfrentado a condiciones extremamente hostiles encarnadas en el devastador huracán conocido por el apodo desdeñoso de «Tocapelotas» entre los locales. Cuando la tormenta alcanzó su punto álgido, alrededor de la una de la madrugada, grupos de fumadores comenzaron a abandonar de modo espontáneo los bares del mercado de Grassmarket, donde emprendieron una interpretación conmovedora y rebelde del «*Flower of Scotland*». Pero en lugar de rebelarse contra el «ejército del soberbio Eduardo», como en las afamadas letras de Roy Williamson, sustituyeron ese fragmento por «huracán Tocapelotas». El escayolista Hugh Middleton, de 58 años, declaró: «Nunca he visto nada parecido. Simplemente coreamos la canción a voz en grito en medio de la noche. Por sorprendente que parezca, el huracán se extinguió después. Así que mandamos al huracán Tocapelotas, como en efecto dice la canción, "a casa a pensarlo dos veces". Supongo que la moraleja es que si vienes a Escocia y te comportas, te cuidarán. Pero si te pasas de la raya…»
>
> Los políticos se han apresurado a alabar a los valientes «carreteros». El parlamentario local George McAlpine ha dicho: «Los fumadores de Escocia lo han pasado mal últimamente, pero han mostrado gran fortaleza y un coraje que resulta inspirador.»

Jonty se siente a reventar de orgullo; unas lágrimas plateadas le corren por las mejillas al tiempo que piensa que ojalá, pese a los riesgos que conlleva para la salud, fuese fumador.

Ha comenzado de nuevo a llover con fuerza. Unas cortinas de agua helada golpean el suelo. Saskia se sube el cuello, encogiéndose de desesperación, mientras un chorro de agua fría le corre por la nuca. Cuando se acerca a Haymarket suena un pitido y un taxi llega a su lado.

«¡Sube, guapa!»

Saskia contempla la resplandeciente sonrisa y la mata de tirabuzones.

«No tengo dinero…»

«¡Eh! ¡Que estás hablando conmigo! ¡Sube!»

No necesita que se lo pidan por tercera vez.

Mientras circulan por la ciudad, Terry reflexiona sobre el dicho «más vale pájaro en mano que ciento volando». Llega a la conclusión de que poner la mano en el nido de una chavala, sin embargo, es algo a lo que no se puede poner precio…, a no ser que estés en la Liberty Leisure. En ese caso, cuesta unas cincuenta libras. A esa dirección se encamina con Saskia, que le dice: «He ido a ver a Jinty, pero no está, y su novio dice que no va a volver a la sauna. Creo que sabe lo que ella hacía y le ha dicho que pare.»

«Pues es una pena», replica Terry, disfrutando de la afectación edimburguesa mezclada con el acento centroeuropeo de Saskia. «Me cae bien esa chavala. Es más bruta que un arado y le falta un tornillo, pero es buena gente. ¿Adónde habrá ido?»

«No lo ha dicho. Su novio es un tipo raro.»

«Todos lo somos, guapa, y vosotras también», responde Terry con una sonrisa, provocando a su vez otra en Saskia, que la despoja de preocupaciones y cambia su rostro para revelar una belleza intensa y paralizante; a Terry se le encienden las entrañas.

Joder…

En momentos de honestidad interior, Terry admitía que sí, que se le daban bien las chicas heridas. Las que tenían carrera, casa, dinero en el banco y ningún problema mental… estaban bien para un rato, pero tendían a calarlo rápido, en cuanto quedaban saciadas de la Amiga Inseparable. Las chaladas dan más trabajo, sí, pero no dejan de venir buscando más.

«¿A qué hora terminas?»

«Ahora, en cuanto te deje en la sauna. Tengo que ver a un coleguita.»

«Puedo bajarme aquí si te viene mejor…»

«No te preocupes, no hay problema.» Terry mira la hora en el salpicadero. Diez minutos más tarde, se siente un poco triste al verla bajarse del taxi a una discreta distancia de la Liberty Leisure. No ha habido ningún pacto formal, pero ambos saben que a nadie le conviene que Kelvin los vea juntos.

Luego va al Balmoral a buscar a Ronald Checker. Terry observa una expresión abochornada en el rostro de Ronnie. *Mola ver a este cabronazo rico y presumido de la tele con cara de saber que ha quedado como un capullo*.

«¿Adónde vamos, Ronnie?»

«Al sitio ese, Haddington.»

«Conque has sobrevivido al Tocapelotas», le pica Terry.

«Sí… Oye, lo siento. Supongo que me pasé. Es que yo estuve donde el Katrina», miente Ronnie, «como parte de un equipo de trabajo respaldado por el gobierno. La gente no quería ni nuestra ayuda ni nuestro liderazgo. No era culpa de la

Administración; la prensa liberal lo distorsionó todo. Pero vi mucha mierda. Supongo que me esperaba algo a la misma escala aquí.»

«Sí, lo del huracán no fue para tanto, o al menos por lo que yo vi», dice Terry mientras se da una palmadita en la ingle. «Es que yo andaba metido en mi propio tornado en ese momento.»

«Joder, ¡ya lo creo! La chavala era una leona, Terry», declara Ronnie, y luego baja la voz mientras sus rasgos parecen amontonársele en medio de la cara. «¿Sabes que siempre he tenido la fantasía de echar un polvo con una de esas zorras odiosas antisistema? No tendrá alguna colega, ¿no?»

Terry no está del todo seguro de lo que quiere decir Ronnie, pero se ve en la tesitura de reflexionar sobre los encuentros sexuales que ha disfrutado con chochos pijos. Sí, los extremos se atraen, especialmente en la cama. Al menos a corto plazo. «No sé, pero le preguntaré, compadre.»

Se dirigen a East Lothian, que ha salido bastante indemne del Tocapelotas. En una franja de bosque que lleva a la playa se bajan y miran a su alrededor. Ronnie está animado: el viento le agita la cresta a un lado y otro del cráneo, como si lo estuviese peinando. «Imagínate que este lugar fuese un campo de golf puntero… Cortas esos árboles, nivelas la zona de alrededor, la ajardinas, le pones unos apartamentos de lujo… ¡Hombre, podríamos revitalizar este agujero de mierda!»

A Terry le parece que está perfecto tal y como es, pero no dice una palabra. En este juego es prudente tener contento al cliente. Que se obsesionen con lo que les salga de los cojones. Después de todo, cada uno tiene sus obsesiones; sí, admite, incluso él.

«¿Qué te parece?», pregunta Ronnie, aplastando unos helechos mojados con el talón.

«Pues es que aquí la gente no tiene visión, compadre», responde Terry, intentando averiguar si se ha marcado un numerito a lo necesitamos-liberarnos-de-las-cadenas-de-Westminster o del tipo somos-marionetas-incapaces-de-gobernar-estopor-nosotros-mismos. Duda un momento y aventura: «Cuidado, que yo no tengo nada contra nadie. Pero reconozco que me gustan los bosques. Hay que conservar algún sitio para follar al aire libre.»

Ronnie apenas parece percatarse de lo que dice Terry; está respirando profundamente, llenándose los pulmones. «La verdad es que el aire es dulce y fresco aquí», admite.

Su siguiente parada son las cámaras municipales de Haddington. Terry alberga recuerdos agradables de esta ciudad, con imágenes de una muchacha de aquí danzando en su mente. Tras aparcar frente al edificio, un hombre sale a saludar a Ronnie y lo acompaña al interior. Terry los observa mientras entran en el antiguo edificio municipal, se estira y bosteza.

La lluvia ha escampado; el cielo se despeja y las nubes oscuras ponen rumbo al oeste con intenciones amenazantes, dejando un pálido azul tras ellas. Terry sale del

taxi, luego ve el Apple Mac de Ronnie en el asiento trasero; entra y lo abre ociosamente. Aún tiene batería. Se mete en internet para buscar su portal de juegos favorito y siente la tentación de echarle un vistacillo al hipódromo de Haydock. Se resiste y pasa al sitio pornográfico de Sick Boy, X-tra Perversevere, y experimenta el deseo de presumir ante Ronnie de *El búnker del deseo: una bomba sexual a punto de explotar*, película que considera el mejor de sus últimos trabajos. Culmina con él intentando que se corra la agente frígida de Al-Qaeda, interpretada por su amiga Lisette, que está conectada por control remoto a un conjunto de explosivos en las cuevas de BoraBora (filmadas cerca de Dover), por lo cual su orgasmo provocará la detonación y acabará con toda la red terrorista. Le parece que armoniza con las ideas políticas de Ronnie. Luego se queda encantado al ver que Sick Boy por fin ha subido la peli porno de hooligans futboleros que rodaron el año pasado. *Una afición muy dotada* trata de un grupo de ultras sementales que se enteran de que sus principales contrincantes se han ido con las novias a Mallorca. Drogan a los contrincantes y luego graban una orgía desenfrenada con las compañeras de sus rivales, que proyectan al final en las pantallas grandes del estadio en el encuentro siguiente de sus equipos. Esta peli es para verla con tranquilidad, y Terry se alegra de que en el tráiler parece tener las mollas firmes.

Al final decide que igual no es buena idea que Ronnie sepa que ha estado buscando en el ordenador, así que entra en el historial para limpiarlo. Tras completar el proceso, se da cuenta de que la ventana con el correo electrónico de Ronnie sigue abierta. Lee unos cuantos; son de lo más aburrido y anodino, aunque uno, obviamente del abogado de una exmujer, deja un regusto amenazante. Pero el que a Terry le interesa es de esa misma mañana:

Querido señor Checker:

Le confirmo que su reciente oferta de 100 000 dólares por la única botella de la Trinidad Bowcullen que poseemos es de nuestro interés. Sin embargo, me siento obligado a informarle de que hay otra parte interesada, con sede en Europa.

Teniendo todo esto en cuenta, le sugiero que venga a visitarnos a la destilería Bowcullen, donde podrá disfrutar de un almuerzo y de la famosa hospitalidad de las Highlands, y de ese modo podrá examinar más de cerca esta pieza única y preciada de coleccionista.

Le saluda atentamente,

Eric Leadbitter-Cullen
Presidente de la destilería Bowcullen

«¿Cien mil pavos por una puta botella de whisky?», murmura Terry, más alto de lo que quisiera, y cierra el portátil cuando aparece Ronnie, distraído, conversando

animado con un hombre corpulento vestido de tweed.

Terry sale y camina hacia ellos; el hombre le da la mano a Ronnie y desaparece en las cámaras. «¿Todo bien, compadre?»

«Y tanto, Terry», contesta Ronnie con una risita. «Nuestro próximo viaje va a ser a las Highlands. ¿Conoces la destilería Bowcullen, en el condado de Inverness?»

«No, pero pronto la conoceré, compadre», sonríe Terry, preguntándose cómo puede una botella de whisky valer cien mil dólares; ni que fuese dinero del Monopoly yanqui.

Cuando me levanto del sofá, hace frío y hay corriente. Menudo sueño, no veas, muy agitado, agitadísimo, anda que no. Pero no puedo entrar en el dormitorio, porque Jinty no me habla. De eso nada, no puedo. Así que cierro la puerta del dormitorio sin mirar dentro. No se oye ningún ruido, solo huele fatal.

Este frío es como llevar una camisa por la espalda, una camisa fría y blanca que no hay forma de quitarse, no hay forma. Como aquella vez, de pequeño, cuando me caí en el puerto de Newhaven. Mi padre, Henry, el padre verdadero, bajó por la escalerilla de metal y me agarró. Si no llega a sacarme, me habría ahogado. No podía despegarme la camisa helada de la espalda. Mamá, que en aquella época no estaba tan gorda, me desabrochaba los botones mientras yo le gritaba que se diera prisa, sí señor, venga a gritar. Estaba helado. Igual que ahora. Sí. Los pies están bien, ya ves, los pies no me preocupan nada, pero la espalda y las manos…

Levanto los cojines del sofá y encuentro una moneda de una libra, una de cincuenta peniques, otra de cinco peniques y algo más de calderilla. ¡Ya sé adónde voy a ir! Sí señor, ya te digo, ya te digo.

Me voy al Campbell's a entrar en calor. ¡Mejor que en el Pub Sin Nombre ese! Aquí hace calorcito, anda que no, menudo calorcito. Hay un periódico para pijos abierto, el *Scotsman*, y habla solo del Tocapelotas. Pues sí.

> Se podría decir que la vida después del Tocapelotas nunca será igual. El Tocapelotas nos ha recordado a los escoceses que estamos en el centro del mundo, un mundo que espera que demos con la conducta adecuada para responder ante este tipo de desastres naturales, aunque siempre en el contexto de una Gran Bretaña fuerte y libre, y con una presencia militar poderosa que ayude a nuestros aliados norteamericanos en su desinteresado esfuerzo por mantener la paz en el mundo entero.

No se equivocan, de eso nada, no se equivocan. La vida nunca volverá a ser como antes. La culpa no es de la cocaína del gemelo Barksie, ni de los tipos que están en la acera de enfrente, en el Pub Sin Nombre, la culpa es del Tocapelotas.

Ay, Dios… Ay, Dios…

Veo a Maurice, el padre de Jinty, que acaba de entrar, y me vuelvo cuando él parece posarse en la barra. Lleva un forro polar muy chulo de tela amarilla. Parece como si un pollo gigante acabase de entrar en el pub y la barra fuera su percha. Pero me ha visto. Ay, Dios, me ha visto, ya te digo.

«¡Jonty!»

Lo único que puedo hacer es dejar el periódico para pijos y acercarme a él con la pinta en la mano. «Hola, Maurice. Qué forro polar tan bonito llevas, es de color amarillo pollo, sí señor. Parece muy cómodo, señor, anda que no, Maurice. Forro amarillo pollo. Sí. Amarillo pollo.»

Maurice frota la manga del forro entre el pulgar y el índice. «No verás muchos forros polares como este, Jonty.»

«Con eso puesto, no creo que te atropelle nadie, por muy oscura que sea la mañana», dice el camarero.

Maurice parece que se lo va a tomar mal, o eso creo, porque hace una mueca, pero luego sonríe y dice: «No, claro que no va a pasar.» Se vuelve hacia mí y añade: «¡Claro, Jonty! Con esto puesto no me atropella nadie.»

Me río con esa broma. «Claro que no, no señor, en absoluto, con eso puesto no te atropella nadie. Ya ves, Maurice, puedes estar seguro, sí señor, muy seguro.»

Entonces un chico que parece estar un poco borracho en la esquina opuesta del bar suelta: «A no ser que sea una ejecución sumaria por crímenes contra el buen gusto.»

Maurice se agarra a la barra con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos. «Siempre hay ignorantes envidiosos, ¿te das cuenta, Jonty? ¿Te das cuenta?»

El chico sonríe, como si no le importara nada.

«Sí, pero no muerdas el anzuelo, Maurice, no muerdas el anzuelo, de eso nada. No señor. El anzuelo.»

Gracias a Dios, el chico se vuelve hacia su amigo, y Maurice decide pasar de él. «No tengo ganas de volver al talego, Jonty, no a mi edad», y su cara, alegre hace un minuto, se vuelve triste. «Ya no soy joven, Jonty. Ahora ya no aguantaría en la cárcel»; vuelve la mirada hacia el chico que habla con su amigo, un tipo aún más joven, y añade: «Y menos por unos cabrones envidiosos como esos.»

«Envidia, Maurice.»

«Sí, y encima se van al servicio a esnifar la mierda esa», y hace como que sorbe con fuerza, y yo me encojo al pensar en Jinty, «mientras que los fumadores de Escocia no tienen los mismos derechos. No, nosotros tenemos que salir a la intemperie mientras los drogadictos, los envidiosos drogadictos, incumplen la ley en el servicio cuando les da la gana.»

«Sí, señor, anda que no, envidia cochina», digo, «porque es un forro estupendo, Maurice. Seguro que además es calentito.»

«¡Ni te imaginas, Jonty!», exclama Maurice de nuevo con alegría. «Anoche salí cuando el huracán ese, el Tocapelotas o comoquiera que se llame, estaba justo encima de Gorgie Road, y no sentí nada. ¡Absolutamente nada!»

«¿De verdad? ¡Claro! Es un forro estupendo, ya te digo. Podría plantarle cara al Tocapelotas y ponerlo en su sitio. ¡Seguro que sí!»

«Tienes razón, Jonty», ríe Maurice. «Lo único malo», añade, mojando su pañuelo en la pinta de Tennent’s y frotándolo contra una mancha de la manga, «es que se

ensucia muy fácilmente. Esto me lo he hecho con salsa HP al comerme un sándwich de beicon en la cafetería», y se encoge de hombros. «Eso me pasa por ponerme demasiado.»

«Demasiado.»

«Sí, demasiado, Jonty, así de fácil», y sus ojos se vuelven a poner tristes.

«Así de fácil, Maurice, porque la salsa HP con sándwich de beicon es imbatible, sí señor, anda que no, salsa HP, señor, sándwich de beicon, señor.»

«Sí, y tú tienes suerte con mi querida Jinty. Si de algo puede presumir Jinty, es de lo bien que le sale el sándwich de beicon. ¡Hasta le pone las salchichas cuadradas! Los ingleses no tienen salchichas así. ¡De eso nada!»

«¿Los ingleses no las tienen?»

«¡Ni de coña! He trabajado por toda Inglaterra, Jonty… Cambridge, Doncaster, Luton…, y he tomado desayunos ingleses completos por todas partes. Y en ningún sitio tienen salchicha cuadrada. A ver si tomáis nota, joder, les digo a las señoritas que ponen los desayunos en los *bed and breakfast*, os falta la puta salchicha cuadrada. ¡Es perfecta para los panecillos!»

«Sí señor, es perfecta.»

«Mi Jinty hace el sándwich de beicon, el sándwich de huevo y el de la salchicha cuadrada, ¿eh, Jonty? ¡Se lo enseñó su madre!»

«Sí señor, así es.»

Maurice le da un trago a la cerveza. «¿Cómo le va a Jinty? Lleva un tiempo sin venir a verme. Seguro que le ha tocado la lotería o algo.»

Oh no, cuando me pregunta por ella el corazón se me llena de dolor. «No señor, ahí está, ya te digo, muy tranquilita», le digo, pero no quiero que Maurice me cuente historias de su difunta esposa, la madre de Jinty.

«Es que es igual que su madre», dice Maurice con los ojos vidriosos, como si fuera a echarse a llorar.

«Sí señor, igual…»

«Igual que su madre pero no igual que su madre, ¿me entiendes?»

«Sí señor…, sí…, sí…, sí.»

«Su madre era una gran mujer. No pasa un día sin que piense en ella.»

Sí, los recuerdos te entristecen, pero yo tengo los míos propios para entristecerme, así que me acabo la cerveza y me marcho, anda que no, señor. Le digo a Maurice que me tengo que ir. Pero qué forro polar amarillo pollo más bonito.

Sala mugrienta con un ligero olor a vómito; seguramente hubo una boda el otro día. Las sillas están dispuestas en semicírculo, con un capullo delante que se presenta como Glen. Hay unas veinte personas, y quince somos tíos. ¡Mierda, aquí no hay nada que hacer! Y como soy el nuevo *sheriff* del condado, todos se quedan mirándome, sobre todo el tal Glen. Tiene pinta de gilipollas con esos mofletes y ese flequillo rubio; tiene unos ojos muy serios, como les pasa a menudo a algunos yanquis; parece que estuviera implorando con la mirada. Cojo, me levanto para que las titis puedan apreciar el contorno de la Amiga Inseparable —en alerta permanente bajo el ajustado chándal de nailon— y lo digo sin más, con una sonrisa de me-acabo-de-caer-en-un-tonel-decoños: «Me llamo Terry y soy adicto al sexo.»

Comienzan a darme sus más sinceras bienvenidas: «Hola, Terry. Hola, Terry…» y toda esa mierda. Aunque hay una tía a la que parece que se le ha abierto el apetito. Morena, labios finos y apretados y un destello de folladora en la mirada. Cruza las piernas para refregarse descaradamente el coño a través del nailon. Para que se le vaya despertando y se haga una idea de la tremenda salchicha que le espera. Joder, la Amiga Inseparable ha crecido casi tres centímetros. Esta titi me vale.

El capullo de Glen me mira con cara de mala leche cuando me siento, pero a mí me importa un carajo, yo ya he dicho lo que tenía que decir y he enseñado la mercancía. Y ahora a esperar a que algo pique y a recoger el sedal. Me reclino en el asiento y apoyo la pierna derecha sobre la silla que tengo delante para que pueda verse bien a la Amiga Inseparable bajo el pantalón, por la parte del muslo. Al puto Glen no le voy a dejar ni las migajas. «Tal vez quieras contarnos por qué estás aquí, Terry.»

Me encojo de hombros. «Un poco profunda la pregunta. ¿Por qué estamos aquí, colega? He venido a esta reunión porque me encanta follar, sí. Pensé que encontraría alguna alma afín. La sal de…»

«Creo que no entiendes el sentido de este grupo», resuella Glen arrugando toda la cara. Se oyen algunos resoplidos en la sala.

Pero, qué coño, entiendo perfectamente el sentido, he estado observando la reacción de las titis; casi todas tienen la boca torcida, como si les hubiese dado un aire, pero la chavalita que se ha fijado en mi mercancía, esa se lo está pasando pipa. Seguro que me la llevo a casa. ¡Fijo!

El tontaina de Glen sigue soltando la chapa: «La gente de este grupo se ha destrozado la vida por la adicción al sexo y por actuar de forma inapropiada con respecto a esas emociones.» Los mira a todos en busca de refuerzo.

Entonces se levanta un puto gordo. «Soy Grant y llevo sobrio ocho años…»

«Muy bien, Grant», responde Glen, y el resto de los capullos va soltando la misma mierda en plan bien-tío-así-se-hace.

No entiendo nada. «Cuando dices “sobrio”, ¿quieres decir que llevas ocho años sin echar un polvo? Porque si yo llevara ocho años sin echar un polvo, no estaría sobrio, me habría dado de lleno a la bebida.»

Siguen más resoplidos y gestos de desaprobación, pero la tipa a la que le he echado el ojo se tapa la boca con la mano y disimula una risita. El puto gordo, el tal Grant, está a punto de llorar y dice: «Por culpa de mi adicción he echado a perder toda mi vida, mi familia, mis preciosas hijas y el amor de una fantástica…»

Lo interrumpo: «Te creo, te creo, colega. Sin ánimo de ofender, ya eres mayorcito…, pero en el peor sentido posible, no sé si me pillas. Y estás con el rollo de darte pena a ti mismo, pero a ninguna mujer le gusta eso.» Me vuelvo hacia las tías en busca de apoyo. ¡Feminismo en acción!

«No…, no lo entiendes…, estoy sobrio por elección…»

Empiezo a encenderme. «Por “sobrio” quieres decir que no follas, ¿no?»

Glen está que echa chispas: «Terry, parece que has malinterpretado por completo el sentido de este grupo. Estamos aquí para hablar de las devastadoras pérdidas ocasionadas por nuestra adicción. Imagino que tú también habrás pasado por algún divorcio, separación, problemas con hijos…»

Esto me pone en el punto de mira. Entonces veo pasar delante de mis ojos, como en un destello, un océano de caras, tías, críos y coños, muchos coños. Coños afeitados, depilados a la brasileña, pelirrojos, rubios. Pero de pronto son barridos por un bosque de matojos negros, lo que indica que hemos vuelto a los putos ochenta. «Claro, también he pasado por todo eso.» Y no es que sea muy agradable, lo admito, porque no lo es; y encima tienes que andar pasando pensiones. «Pero vosotros solo veis la botella medio vacía. He echado un montón de polvos geniales con chochos de primera», aclaro, «algún que otro polvo de mierda, también es verdad, pero aun así no cambiaría ni un solo minuto de mi vida. ¡He hecho más de veinte pelis porno!»

El capullo de Glen, viendo por dónde va la cosa, intenta cambiar de conversación. «Verás, este grupo intenta asumir su adicción, no jactarse de ella.»

Una tía chunga de cojones (aunque tampoco me importaría darle un repaso) se vuelve y dice: «Típico mecanismo de defensa, no lidiar con la pérdida, el dolor y el sufrimiento que causa la enfermedad de la adicción.»

«Podéis seguir dándole vueltas todo lo que queráis, pero, como dicen nuestros primos italianos: “Tutto se quiti con el triquitriqui…”.»

Bueno, al menos alguno se ríe. Después se vuelve otra vez un coñazo y los muy desgraciados siguen hablando de cómo el sexo les ha jodido la vida. ¡Que les den! Si quitas el sexo y el alcohol de la ecuación, entonces lo que te queda es la raíz cuadrada de «córtate las venas». Y a mí la única vena que me preocupa es la de la Amiga Inseparable, que se está hinchando a base de bien. ¡Tranqui, amiga!

La chavala de pelo negro es una auténtica guarrilla. Me guiña un ojo lentamente y yo le devuelvo una mirada de «cuando tú digas». A esta le voy a dar lo suyo y lo de su prima. ¡Fijo!

Por supuesto, en cuanto llega el descanso para el café salimos escopetados y nos metemos en el taxi, directos al lío del montepío. Aparco en un rincón escondido, nos metemos en la parte de atrás, y al momento estoy golpeando el techo del taxi con las manos y empotrándola bien, con estilo.

Los dos llegamos al orgasmo inesperadamente, como la Santa Inquisición de los Monty Python, y luego nos sentamos un rato, jadeando. Entonces pienso que debería preguntarle cómo se llama. Odio cuando te follas a una tía y te olvidas de preguntarle el nombre, o, todavía peor, se va sin saber el tuyo. Para que pueda hablarle de ti a sus amigas.

«Me llamo Terry, por cierto.»

«Te lo he oído decir en la reunión.»

«Es verdad…, y tú eres…»

Me doy cuenta de que está toda afligida, casi llorando. Parece que la culpa y el remordimiento le han jodido pronto el polvo. «Soy anónima…, o al menos debería serlo, joder.»

«¿Qué te pasa?»

Ahora le brotan las lágrimas y sigue: «¡He vuelto a hacerlo! ¡Me he caído del puto tren! Tengo que llamar a mi madrina.»

La tía tiene pinta de estar bien jodida, menudo careto se le ha puesto. Siempre intento calmarlas en situaciones así. «Vale, guapa, te llevo a casa. ¿Dónde vives?»

«En el South Side», responde, y se vuelve para coger el teléfono. Arranco, pero tengo el micro encendido y puedo oír perfectamente todo lo que dice. «Kerry, soy Lorraine…»

Por lo menos me he enterado del nombre.

«He tenido un incidente, con un taxista… Tenía una polla enorme…» Veo que me mira pero yo sigo con la vista puesta en la carretera; eso sí, mejor bálsamo para mi ego, imposible. «Ha sido en la reunión… Sí, una polla enorme… Sí, nos hemos ido en el descanso… No sé, era grande… Estoy pasando justo al lado de tu casa…» Golpea en la ventanilla. «¡Gira por Rankeillor Street!»

Joder, si vive a dos pasos de mi casa. Giro y aparco. Veo a otra tipa un poco más mayor esperando en el portal. Se queda mirándome cuando salgo del taxi y se fija en el contorno de la Amiga Inseparable, que justo acaba de ponerse algo morcillona. «Hola, soy Kerry. ¿Estabas también en la reunión?»

«Un placer, Kerry. Soy Terry… Terry y Kerry», bromeo, pero la cara de la tipa sigue seria. Así que le digo: «Sí, allí estaba.»

Sus ojos se agrandan mucho y se vuelve hacia Lorraine. «Entonces Terry también es vulnerable…»

Lorraine, con su cabellera negra, me mira muy confusa, y luego la mira a ella.

Kerry se dirige de nuevo a mí haciendo un giro de cuello imposible. «Terry, tú tampoco deberías estar solo.» Después a Lorraine. «Vosotros dos os vais a tomar un café conmigo. Esto tenemos que procesarlo.»

Y tanto que lo procesamos, me cago en la puta. Me pasé toda la noche follándome a las dos. Ojalá hubiese estado Sick Boy, se podría haber traído la cámara y habría salido una peli muy guapa. Pero, por la mañana, a la Doña Perfecta de Lorraine no le hizo mucha gracia cuando, delante del café y las tostadas, le pedí diez libras.

«Lo dice el taxímetro, puedes comprobarlo. Según un viejo dicho en el mundo del taxi, las cámaras pueden mentir, pero el taxímetro, nunca.»

«Pero…»

«Lo siento, guapa, no puedo hacer excepciones, así es como me gano la vida.»

Cogí el dinero y me largué. Comprobé las llamadas perdidas en el golfomóvil. Un buen puñado, y todas de pavas. Estoy que no doy abasto.

El teléfono vuelve a sonar y respondo, porque es Jason.

«Terry, ¿qué tal?»

«Bien, Jase. Todo bien, colega. Me encanta currar en el taxi, me lo paso en grande, ¿sabes? Oye, me haría falta que vieses unos papeles, documentos legales.»

«Mi especialidad es el mercado inmobiliario, Terry, ayudo a la gente a comprar casas, no a proteger a la gente que roba en ellas.»

«¡Oye, que hace años que no robo en ninguna casa!»

«Me alegra saberlo. Verás, tengo pensado ir pronto y darte algunas noticias. Acabo de prometerme con Vanessa. Pero seguramente no nos casemos hasta el año que viene, cuando haya terminado el máster.»

«Enhorabuena, colega. Es una buena tía», le digo; he estado a punto de decir que es una tía buena, pero recuerdo que es mi hijo y que tengo que hacer un esfuerzo.

Nos ponemos un poco al día y luego voy al Southern Bar con Russell el Ordenata a pillar wifi gratis. Me conecto y empiezo a buscar whiskies caros. Me quedo completamente impresionado.

> La Trinidad Bowcullen, una mezcla de variedades exclusivas, incluidas algunas con más de ciento cincuenta años de maduración en destilerías, se produce en Bowcullen, Glencarrock, en el condado de Inverness, y se ha convertido en un whisky de gran renombre entre los clientes más selectos. La primera botella fue adquirida a través del agente de un comprador estadounidense anónimo, descrito como «cliente destacado»; la segunda la adquirió Lord Fisher de Campsie. La tercera se encuentra en el museo de la destilería de Glencarrock, donde habrá de permanecer, pues no está en absoluto a la venta.

Así que por eso está aquí Ronnie. Tiene uno de los tres Bowcullen añejos y el muy capullo quiere pagar doscientos mil dólares por los otros dos. O incluso más. Bueno es saberlo.

Para ir a Penicuik hay que coger dos autobuses, sí señor. Primero uno hasta The Bridges y luego otro; el periódico lo llamó «un largo periplo por la periferia de la ciudad y las localidades mineras que eclosionan a los pies de los montes Pentland». Siempre me acuerdo de eso, porque así Penicuik se hizo famoso por salir en el periódico, como Nueva York y otros sitios. Ya te digo, señor. Me gusta sentarme en el piso de arriba del autobús, en la parte delantera, y mirar por las ventanillas, porque así no me mareo tanto. Ya te digo, pero sigo un poco revuelto, me he bajado un par de paradas antes del centro, para ir al barrio, a casa de mamá.

Ya sé que hace siglos que tenía que haber ido a casa de mamá, porque ella nunca sale. De eso nada, no sale nunca. Cuando yo iba al colegio ya estaba demasiado gorda para salir de casa, y hace años que está demasiado gorda para levantarse de la cama. La pobre Karen cuida de ella. Y ahora Karen también se ha puesto gordísima. Sí señor, gordísima.

Estamos en la planta baja, en la cocina, y Karen me está haciendo una pizza. Una pizza congelada. Chachi. «Chachi», digo.

«Sí, siempre te ha gustado la pizza», empieza Karen, y se come un pedacito. «¿Qué tal está Jinty?»

No sé qué decir. Me mira como si supiera que algo no va bien. No me gusta cuando la gente te mira como si supiera que las cosas no van bien. Porque incluso si saben que algo no va bien, no saben qué es lo que no va bien. Hay que tener eso en cuenta. Sí señor, así es.

«¿Qué pasa, Jonty?»

Yo la miro y suelto: «Jinty me ha dejado.»

Karen abre unos ojos como platos. «¿Por otro?»

«No lo sé. Salió con varios tipos al Pub Sin Nombre durante el huracán, sí…, sí…, sí…»

«Lo siento mucho, Jonty», dice Karen. «Siempre pensé que hacíais buena pareja.»

Eso no me lo trago, porque solo se han visto una vez en casa de Hank y no se llevaron bien, para nada. Fue como si ella y Morag se compincharan contra Jinty, y eso no me gustó, no señor, no me gustó, porque yo he tenido a gente compinchada contra mí montones de veces, y no es agradable, para nada. Todo porque Jinty le dijo: «Qué curioso que Jonty y tú seáis hermanos, porque Jonty es muy delgado y tú eres muy gorda.» ¡Eso a Karen no le gustó nada! No señor, no le gustó. Ahora, mientras me mira, digo: «Volverá. Ya lo ha hecho otras veces, ya te digo. Está claro.»

«Puede ser», dice con un toque de sarcasmo. Pero no pienso discutir, de eso nada, porque me encanta volver a casa de mamá. Sí señor, nuestra casa. Con sus perros de porcelana en la repisa, y no me refiero solo a las típicas parejas de perritos: hay

carlinos, labradores, pastores alemanes, incluso Jack Russell terriers. Siempre he querido un perro, pero, después de que se muriera Clint, nunca me han dejado tener uno. Y Jinty siempre decía: «No seas tonto, ¿para qué queremos un perro?»

Pero aquí tenemos todos los perros de porcelana que mi mamá ha querido. Siempre me acuerdo de cómo estaba la casa cuando yo vivía aquí. «¿Te acuerdas de Robbo y Crabbo?», le pregunto a Karen. «Los dos canarios. Sí señor, Robbo y Crabbo.»

Karen mira hacia el rincón vacío donde solía estar la jaula. Entonces contesta: «Sí, me acuerdo de que tuvimos que librarnos de ellos en cuanto volvió Henry, el padre verdadero, porque se le lanzaban al pecho.»

Sí, fue triste cuando volvió, porque nos obligó a librarnos de Robbo y Crabbo. Billy MacKay sí nos dejaba tener pájaros, porque después de Robbo y Crabbo tuve a uno llamado Stephane. Pero Stephane era un periquito. Y era azul. Me echo a reír al pensar en Robbo y Crabbo lanzándose al pecho del viejo como si fueran pitbulls y picoteándole los pezones con sus picos afilados como cuchillas, sí señor, sigo riéndome, pero Karen no se ríe, porque está como disgustada, y luego empieza a llorar.

«¿Qué ocurre?»

«Se está muriendo. En el hospital. En el Royal. Henry, el padre verdadero.»

«Vaya», suelto, y pienso que para ir al hospital solo hay que coger un autobús. Siempre y cuando sea el Royal Infirmary. Un único autobús. Pero dos desde Gorgie. Billy MacKay no era nuestro padre verdadero, pero era mejor porque nunca nos pegaba. «Sí, el hospital. El Royal.»

«Siento que tengo que ir a verlo», dice Karen. Luego añade: «No sé para qué, nunca se portó bien con nosotros. Creo que es porque ella no puede salir a verlo», y señala hacia arriba, donde está mamá. «Nunca se portó bien con nosotros. ¿Verdad que no, Jonty? Nuestro padre de sangre ni siquiera trató bien a Hank. Nos trataba a todos mal, ¿verdad, Jonty?»

«Ya ves, nunca fue bueno. No estaba bien», contesto. «No señor.»

El rostro de Karen está rojo bajo la melena rubia. Melena rubia, sí, como mamá hace años. «Pero no deja de ser nuestro padre», prosigue Karen, y sigue llorando, cada vez más. «¡Eso tiene que significar algo!» Y me mira como si me estuviera pidiendo que dijese algo.

No me gusta ver llorar a las mujeres. Hay que reconocer que Jinty no es nada llorona. Pero Karen está hecha de otra pasta. Siempre llora. Henry, el padre verdadero, solía decir que hasta el vuelo de una mosca la haría llorar. «¿Qué ocurre?»

«¡Que mi vida está mal, eso es lo que ocurre!», berrea. «Estoy aquí encerrada con ella», y señala al techo, refiriéndose a mamá, que está arriba. «Y yo voy por el mismo camino», y al decirlo, extiende sus brazos grandes y carnosos. «¡Mírame! ¡Estoy hecha una cerda!»

«¡No es verdad!»

«¡Claro que sí! ¡No le gusto a nadie!»

«¡Anda que no!», le digo. Veo que no me cree, así que le pongo el brazo sobre los hombros e insisto: «A ver, si no fuera tu hermano, me gustarías.» No sé por qué he dicho esto, quizá porque Karen es amable. Sí señor, siempre ha sido amable conmigo, y me ha dado un trozo de pizza, ya te digo. Ahora que estoy tan solo, porque Jinty ya no me habla, es agradable que la gente sea amable contigo. Anda que no.

Karen me mira fijamente y suelta: «Pues no dejes que eso te frene… Me refiero a lo de ser mi hermano.»

Su expresión es muy seria, y eso no me gusta. «Pero yo estoy con… Es decir…»

«Nadie tiene por qué enterarse, Jonty. Si haces algo que es un secreto y nadie más lo sabe, realmente no cuenta como malo. ¿Cómo va a serlo si no le hace daño a nadie?»

«No cuenta…»

«No cuenta si nadie lo sabe. ¿Quién se va a enterar? ¿Quién se va a molestar? Mamá no puede bajar las escaleras. Nadie se va a enterar. ¡Eso es lo bonito del asunto! ¡Nadie lo va a saber!»

«Nadie…, nadie, señor…»

«Necesito a alguien. Brian dejó de llamar cuando engordé. Pero eso no le quita a una las ganas, Jonty…»

«No las quita…»

Vamos al sofá y Karen dice: «No podemos hacer ruido.»

«Claro que no», digo. Tengo la manguerita dura. Karen me baja la cremallera y me la agarra. No me gusta, porque no lo hace para nada como Jinty, que es más delicada.

Después exclama con la cara colorada: «¡Dámela, métemela en el coño!»

Ahora no estoy contento, no señor, pero es como si la sucia manguerita tuviera vida propia. Karen se sube la falda y se baja las bragas, y sus enormes muslos se agitan como críos que se pelean. No quiero que monte una escena, porque está mamá en la planta de arriba, así que decido acabar cuanto antes, sí, así que me bajo los pantalones y busco el agujero de su sexo entre tanta grasa. No es fácil, nada que ver con Jinty, mi querida Jinty. Me arqueo hacia atrás y después empujo. Karen dice: «No me beses, eso sería asqueroso; agárrame, agárrame con fuerza… ¡Fóllame, Jonty!»

«Sí…», y miro la colada amontonada en una silla junto al sofá mientras bombeo y agarro…

«Sigue, Jonty… Tienes los brazos fuertes, y menudo pollón para ser tan canijo y flaco…, más fuerte…»

Me preocupan los crujidos que está haciendo el sofá. Oigo a mamá gritar: «¿Qué estáis haciendo ahí abajo?»

«¡ES JON-TY!», chilla Karen.

«¡QUE SUBA! ¡QUE SUBA A VERME!»

«SÍ… ¡UN MINUTO!»

«¿QUÉ ESTÁIS HACIENDO AHÍ ABAJO?»

Karen se está poniendo colorada igual que muchas otras mujeres cuando están llegando a la meta, según palabras de Jinty. «Sigue, Jonty, hasta que llegue a la puta meta», solía decir. Jinty a veces decía palabrotas. No me gusta esa forma de hablar, y es peor si viene de una mujer, ya te digo, porque trae problemas. Pero yo suelo decir: «Sí, Jinty, ya voy, sí, sí, sí…» Pero ahora estoy con Karen, que hace un sonido largo, agudo y chirriante. Eso hace. Ya te digo. Ya te digo.

Después todo se queda tranquilo. Incluso mamá ha dejado de gritar. Karen me susurra al oído: «Papá solía hacerme esto. Henry, el padre verdadero; Billy MacKay nunca me tocó. ¿Recuerdas cuando Henry volvió? Yo tenía unos doce años. Se levantó una noche y se metió en mi dormitorio, Jonty. Dijo que ya no podía dormir con mamá. Dijo que yo ya era una mujer, porque iba al colegio de mayores. Me hizo sentir mayor, a pesar de que en realidad no lo fuera.»

«Vaya…», digo, pero todo esto está mal, todo, todo está mal. Me estoy poniendo tenso, muy tenso, y eso que después de disparar la baba de la manguerita suelo quedarme muy tranquilo.

Karen prosigue: «Ella le daba asco, él mismo me lo dijo», y pone la mala cara, la misma mueca que ponen todos en el Pub Sin Nombre cuando se burlan de alguien. «Por eso se fue la primera vez, y también la segunda, cuando volvió.» Mira hacia arriba y pone lo que yo llamo «cara de mal corazón» hacia el cuarto de mamá, como si la culpa fuera de ella. Pero no lo es. No señor. Porque no es culpa de ella. Es de Henry Lawson. Sí señor. Entonces la voz de Karen vuelve a suavizarse hasta tal punto que, aunque sigo con ella en el sofá, tengo que acercar la oreja. «Por eso se acercó a mí. Cuando lo hacíamos, me metía un calcetín suyo en la boca. Según él, era para que no hiciera ningún ruido, pero me costaba mucho respirar. Yo creo que le ponía aún más cachondo…» Karen cierra los ojos con fuerza y luego los vuelve a abrir.

No me gusta esto, me siento sucio.

«Algunas veces la oíamos llorar y decir su nombre a través de las delgadas paredes. Creo que sabía lo que hacíamos…»

«Yo no lo sabía…»

«En aquella época estaba delgada, no me sobraba nada. Pero ahora se ha vengado.» Karen mira al techo y hace un corte de mangas hacia mamá. «Soy como su prisionera. No puedo hacer nada. ¡Apenas salgo! No salgo más que una hora a la semana a comprar.»

«Ya…», digo. Karen se mueve y siento que su enorme cuerpo me aplasta contra el respaldo del sofá.

Se queda con la cabeza como apoyada en el codo y se vuelve hacia mí. «Oye, ¿y si Jinty no vuelve? En fin, que digo yo que podrías volver aquí, ¿no crees, Jonty? ¿Me ayudarías a cuidar a mamá? ¡Tendrías tu antiguo cuarto, Jonty!»

«Quizá», digo. «Pero Jinty va a volver.»

«Quizá», dice, y nos levantamos del sofá y subimos a ver a mamá. Karen le lleva pizza para que coma algo. La ha cortado en muchos trocitos. Hay un olor dulzón en el dormitorio, y cierto tufillo a rancio, como en el Pub Sin Nombre por las mañanas. Fuera es de día, pero las cortinas están echadas. Encima de la cama se distingue una mole. Eso mismo, señor, una gran mole. Solo se puede saber que es mi mamá porque tiene dos ojos azules y el pelo rubio y canoso. Es como si una babosa grande se la hubiera tragado hasta los ojos. Está aún más gorda, sí señor, más gorda.

«¡Hola, mamá!», y le beso un lado de la cara.

Lo cierto es que mamá no puede ni girar la cabeza, pero su mirada parece volverse hacia mí. «¿Qué estabais haciendo?»

«Nada», responde Karen. «Le he dado a Jonty un trozo de pizza. Te he traído un poco, bien cortadita.»

«Pues hacíais mucho ruido.»

«¡Sí, ya sabes cómo es Jonty! Siempre está tonteando. Me ha hecho cosquillas.» Me mira y se ríe.

«Pensaba que ya habíais dejado atrás esas cosas», dice mamá, sin apartar la enorme cabeza de la almohada. «Bueno», jadea, perdiendo el aliento, «todavía guardamos las bolsas de plástico de la tienda amontonadas debajo del fregadero.» Luego añade: «¿Sabes cuáles digo, Karen?»

«Sí.»

«Que Jonty se lleve las bolsas de debajo del fregadero, Karen. Pero solo algunas, no todas, ¿entendido?»

«No las querrá para nada, mamá», protesta Karen.

«¿Por qué no?» Mira a Karen, y luego los ojos de su rolliza cabeza giran hacia mí. «¡Llévatelas, hijo! Te pueden servir.»

«Vale, mamá», digo. «Tienes razón. Me las llevaré. Sí señor, lo haré. Sí señor. Sí señor.»

Karen pone la bandeja con el plato cerca de la cabeza de mamá. Mamá saca el brazo grande y carnoso de debajo de las mantas y lo agarra. Karen la ayuda a incorporarse, poniendo más cojines detrás de ella. Mamá empieza a coger los trocitos de pizza y las patatas al horno y se las mete en la boca. «¡Qué ricas y crujientes!», dice, y no se equivoca: Karen las hace muy crujientes.

«La pizza, sí, sé que te gusta finita y con corteza», dice Karen. «Así es más crujiente.»

«Sí, rica y crujiente…», murmura mamá.

Mamá come muy despacio para ser una persona gorda, pero la lentitud y la constancia deben de ser la clave, porque está muy muy gorda. Hay que reconocerlo, anda que no. «Dime, ¿qué has estado haciendo, Jonty querido?», pregunta. «¿Cómo está Hank? ¿Sigue con la pija esa? ¡Nunca viene a ver a su pobre madre! ¿Qué pasa, que Penicuik no es lo bastante bueno para ellos?»

Yo estoy hablando con ella, pero Karen empieza a hacerme muecas desde detrás de mamá y me hace reír.

«¿De qué te ríes?», pregunta mamá. «¿Me estás haciendo burla, Karen?»

«Claro que no», responde Karen.

Pero lo está haciendo, y tengo que pensar en lo de haberle metido la manguerita dura para sentirme lo bastante avergonzado y así no reírme. Y quiero marcharme, porque esto no está bien. Algunas personas, como los tipos del Pub Sin Nombre, dirán que un polvo es un polvo, ya te digo. Pero un polvo no es un polvo, porque con Karen no es igual que con Jinty. Jinty es suave y huele bien. Sí, tiene la piel muy suave. La mejor parte era quedarme abrazado a Jinty después de hacerlo y decirle que no dejaría que le pasase nada malo. «¿Hablas en serio, Jonty?», me preguntaba.

Y yo contestaba: «Claro que sí.»

«Lo sé», susurraba ella y me daba un beso. Sí, una piel muy suave y cálida. Era chachi piruli.

«¿Te acuerdas cuando empezaste a hacer pizzas congeladas, Karen?», dice mamá.

«Sí», replica Karen, y se pone un poco colorada.

«Nunca las sacabas de la caja de plástico antes de meterlas en el horno.»

«Caja de plástico», digo yo. «Plástico.»

«¡De eso hace siglos! ¡Era una niña!»

«Sí», dice mamá, y su cara se ha puesto tensa y es como si volviera a parecerse a mamá. «Intentaste convencerme de que se hacía así. Me preguntaba: ¿qué es esto? ¡Y es que no las sacabas de la caja! Jonty sí sabía sacarlas de la caja.»

«Sí, pero ella también las sacaba de la caja. Solo que se le olvidaba quitar el plástico, ¿verdad, Karen?»

«Ya te digo», casi canturrea mamá.

«Oh, sí, soy la inútil de siempre, sí. No puedo hacer nada bien, claro», dice Karen enfadada, y después se va.

«Karen…», llama mamá. «Ve a por ella, dile que estábamos bromeando. Qué risas nos hemos echado siempre, ¿eh, Jonty? Sí, qué risas, ¿eh?»

«Sí, mamá», y le doy un beso.

«Come bien, Jonty. Y que la tipa esa cocine para ti. La tipa esa que te has buscado en la ciudad.»

«Sí, mamá, sí, mamá», suelto, y bajo las escaleras.

Pero hace mucho que aquí no nos echamos unas risas. Todo ha cambiado. Que no me malinterprete nadie: la pizza congelada es estupenda, pero me alegro de irme con las bolsas de plástico de vuelta a la ciudad. Anda que no.

Karen está fuera meneando los brazos para despedirse de mí mientras voy calle abajo. «¡Si no vuelve, podrías quedarte con tu antiguo cuarto!»

Pero sigo y no me doy la vuelta hasta que llego a la parada del autobús. Karen ha entrado en casa porque se le estaban poniendo los brazos muy rosa del frío. Sí señor, muy muy rosa. Veo a Phill Cross, del colegio, allí mismo.

«Tengo entendido que ahora vives en la ciudad, ¿eh, Jonty?»

«Sí señor, sí señor, en Gorgie, señor», respondo. «Ahora soy un chico de ciudad.»

«¡Todo un urbanita, amigo Jonty!»

«Sí señor, urbanita, señor, eso es lo que soy», suelto. Entonces veo el autobús granate acercándose y parece que no hay nadie sentado en los asientos delanteros superiores. ¡Estupendo! Y Phill se sienta al fondo, lo cual está bien, porque no quiero hablar con nadie, porque necesito pensar en todas estas cosas malas. Es horrible, ya te digo, cuando pasan cosas malas. Eso pasa porque Jinty y yo hace tiempo que no lo hacemos. Por eso la gente se acuesta con lo que sea. Por eso desvarían. Jinty solía decirlo: tendré que hacértelo esta noche, Jonty MacKay, o acabarás persiguiendo a otras chicas por todo Edimburgo.

Pero nunca he hecho eso. Solo lo hacía en el colegio, en el patio. Pero eso no cuenta. Claro que no.

Sigo en el autobús cuando uno de los teléfonos en mi bolsillo empieza a sonar. Suele ser el de Jinty, porque la llama alguna amiga suya. El suyo lo tengo ahora en modo vibración y no le hago caso. Pero esta vez es el mío, contesto y es Hank. Me dice que mi primo Malky ha conseguido meternos a él y a mí en la sala VIP de Tynecastle para el partido de mediados de la semana. ¡Estoy muy emocionado! ¡Yo! ¡En la sala VIP!

Para cuando vuelvo al piso, a pesar de que estoy muy cansado, no puedo dormir. Jinty no va a despertarse, así que veo viejas películas en Film Station 4 hasta la madrugada, como solíamos hacer. Pero me resulta aburrido sin ella, y me da demasiado miedo entrar en el cuarto a dormir con Jinty. Sí señor, anda que no. Así que cojo el edredón de repuesto, me lo echo encima y me quedo así viendo la tele en la silla.

Antes de que quiera darme cuenta, es de día, tengo la boca seca y hay mujeres en la tele enseñando a preparar tartas, ya te digo. Las tartas tienen buena pinta, es cierto, pero es que no dejarían salir en la tele a mujeres que no supiesen hacer tartas. No señor, no lo harían. No tendría sentido. Tendrían que hacerles pasar una prueba antes de dejarles cocinar. No querrían mujeres que no supiesen cocinar. No en la tele. De ninguna manera.

Me incorporo y me quito de encima el edredón. Tengo un sabor pegajoso en la boca, estoy temblando, los cajones de la nevera están vacíos y las ventanas están tan heladas que no puedo abrir para que salga un poco del olor de la casa. Pero tengo hambre, como si tuviera gusanos comiéndome las tripas. No vale la pena molestar a Jinty, porque no nos hablamos, así que salgo rumbo al McDonald's a desayunar. Sí señor, quizá así deje de temblar.

La gente dice que todos los McDonald's son iguales, pero yo creo que el de Gorgie es el mejor de todos. Sí. Los del centro no son tan buenos: la gente es muy pija, no te habla, nada que ver con Gorgie. Así que bajo a la calle a por mis Chicken McNuggets. Estupendo. ¡Y encima ya no estoy temblando! ¡Ya te digo! Creo que

incluso me cabe un McFlurry con After Eight, pero no les queda, solo tienen los McFlurry de siempre.

«¿Cómo puede ser que no queden McFlurry de After Eight?», le pregunto a la chica con granos.

«Ha sido una promoción», contesta, «durante un tiempo limitado.»

«Pues a mí me ha gustado mucho. El McFlurry de After Eight mentolado.»

«Ya, pero no era más que una promoción. Ya ha terminado.»

«Sí…, sí…, sí, el McFlurry de After Eight mentolado.»

«Ya ha terminado.»

«McFlurry de After Eight mentolado. Sí, a mí me ha gustado», le digo. «Anda que no.»

«Pero es que ya ha terminado. Ha durado un tiempo limitado. Querían venderlo un tiempo limitado para ver si hay demanda. Un tiempo limitado.»

«¿Volverán a estar en venta?»

«Supongo. Si hay demanda.»

«¿Cómo se demanda?»

«No lo sé… ¡Grace!», grita para que venga otra chica que tiene los dientes muy grandes y blancos. Sí, señor, dientes muy blancos. «El caballero quiere saber cuándo volverá el McFlurry After Eight. Le he dicho que ha estado un tiempo limitado, pero que, si hay demanda, probablemente traigan más.»

«Así es», suelta la chica nueva, la supervisora. La otra mujer se va y atiende a un tipo gordísimo que pide una doble con queso y una Coca-Cola. Pero de patatas fritas para el gordo, nada. Habría imaginado que pediría patatas, como está tan gordo… Pero no hay que decirle nada al chico. Alguien como Jinty le habría dicho: «¿No te pides las patatas? Pensaba que alguien como tú querría patatas.» Sí, eso haría. Pero si abres el pico y dices cosas malas a la gente, te buscas problemas. Miro a la supervisora.

«¿Tengo que firmar algún papelito?»

«¿Cómo?»

«Para que sepan que me ha gustado. Es decir, ¿cómo si no van a saber que me gusta?»

«Se enteran.»

«Pero ¿cómo?»

«Lo siento, señor, pero no tengo tiempo para hablar de eso», dice. «¡Siguiente!»

Supongo que están muy ocupadas. ¡Y yo tengo que pintar hoy, que casi se me olvida! ¡Ya puedo darme prisa! Como rápidamente y voy hacia la puerta. Paso junto al chico de la hamburguesa doble con queso y la Coca-Cola. Ni ha tocado la hamburguesa. «No has tocado la hamburguesa», le digo.

«Nah, me gusta beberme la Coca-Cola primero.»

«¡Pensé que tomarías la Coca-Cola para bajar la hamburguesa!»

«Nah, me gusta beberme la Coca-Cola primero.»

«Ah.»

Pienso en esto mientras salgo del restaurante. Vuelvo la vista hacia el chico, que en ese momento está llevándose la hamburguesa doble con queso a la boca. Se detiene con la boca abierta y me mira. Me doy la vuelta porque no está bien quedarse mirando a la gente gorda.

Voy al piso, que está puerta con puerta con el anterior. Raymond Gittings me espera allí y dice: «Bueno, amigo Jonty, hoy te encargas de los rodapiés de aquí.»

Me enseña el cuarto, y hay una chica joven, una chica estudiante que está escribiendo en un escritorio. «Jonty, esta es Scarlett, es la inquilina. Pinta por donde no molestes.»

«Hola, Scarlett. Sí, eso haré, ya te digo, señor.»

La chica alza la mirada y sonríe. Tiene los dientes blancos muy bonitos y el pelo negro, pero luce unas pecas que le pegarían más a una pelirroja. Parece amable, sí señor, amable.

Raymond sale y yo empiezo a pintar. Me tumbo boca abajo y pinto los rodapiés. Así que mientras doy brochazos le cuento a la chica todo lo que ha ocurrido en el McDonald's. Ella dice: «Tiene que ver con la demanda agregada. Elaboran cierta cantidad y si el producto vende bien durante un periodo, lo sacan al mercado.»

Eso me hace pensar, sí señor, anda que no. «Demanda agregada. Como con los resultados en fútbol. Pero en Europa, eso sí. No sirve de nada empatar fuera si antes has perdido cinco cero en casa. Nada de eso.»

La chica aparta la mirada de sus libros con una sonrisita. «Sí, supongo que es exactamente eso.»

«Entiendo lo que has dicho», digo, levantando la mirada del suelo, «pero yo creo que After Eight y McDonald's están discutiendo por los beneficios.»

«¿Cómo?» La chica vuelve a quitar los ojos de los libros. «No sé a qué te refieres…»

«Discuten para saber quién se lleva más dinero. McDonald's o After Eight. Verás, si dependiera de mí, le daría la mayor parte del dinero a After Eight, porque es lo más justo, puesto que McDonald's tiene más dinero. Sí, eso haría.»

«Ya…»

«Lo que quiero decir es que te hace falta comida de verdad, pero de After Eight no se vive. Es como un capricho. Pero de una hamburguesa, sí señor, sí puedes vivir. O de McNuggets. McDonald's tiene el McFlurry, el McFlurry normal. Pero los pobres de After Eight no tienen nada como Big Mac o Chicken McNugget.»

«Sí… Tienes razón», dice la chica, levantándose y metiendo sus papeles en un bolso. «Voy a salir un rato.»

«De acuerdo», suelto. Imagino lo que siente, porque estudiar debe de ser durísimo. Como cuando yo iba al colegio. Me parecía dificilísimo concentrarme, sobre todo cuando asistía a clase. Solían decirme: deja de mirar por la ventana, John MacKay, y empieza a mirar los libros. Pero lo decían educadamente. Sí señor, eso

hacían. La chica Scarlett debe de ser igual. Scarlett es un nombre genial. Si tuviera novio, podría decirle: «¡Tengo la fiebre escarlata!» Ojalá estuviera aquí para contarle el chiste: ¡seguro que tu novio tiene la fiebre escarlata! Ya te digo.

Pero tengo que concentrarme en los rodapiés. A muchos les disgusta hacer los rodapiés, pero a mí no me importa. Me gusta tumbarme en el cálido suelo e ir dando la vuelta a toda la habitación, anda que no, daría la vuelta a toda la casa si me dejaran, eso me dijo Raymond Gittings una vez. Dijo: «Si nos descuidamos, terminas la casa, Jonty.» Y yo le contesto: «Sí, Raymond, lo haría, sí señor, sí señor, anda que no.»

Un buen día de trabajo por un buen jornal, ya te digo, así que decido que me he ganado una pinta. Cuando vuelvo a Gorgie, estoy a punto de ir al Campbell's, pero al final no lo hago, no, de eso nada. Me meto en el Pub Sin Nombre, aunque no me guste, y entro con la cabeza bien alta, porque no quiero que piensen que escondo algo. ¡De eso nada! Además, tengo que hablar con Jake de lo de pintar. Sí.

Pero no está en la barra, así que voy al baño y me saco la manguerita para hacer pis, porque además me pica mucho. No está bien hablar mal de tu propia hermana, pero con eso de que Karen está tan gorda, creo que no se limpia tanto ahí abajo como Jinty, para nada. Entonces lleno el lavabo con agua caliente y meto dentro la manguerita. Me la estoy limpiando bajo el grifo cuando Stuart Letal y Tony entran y me pillan.

«¿Qué estás haciendo, Jonty?», pregunta Tony con los ojos muy abiertos.

«Me estoy lavando la manguerita porque me pica. Sí señor, me pica mucho, sí sí sí…»

Se ríen y entran en el cubículo a meterse la porquería esa. No hay toallas de papel, así que pongo el pito bajo el secador de manos. ¡Qué locura! ¡Se está secando rapidísimo! Qué gusto que me sople aire caliente sobre la manguerita, se me está poniendo muy dura.

Entonces los hermanos Barksie, Evan y Craig, entran. Evan Barksie suelta: «¿Qué cojones haces, sucio hijo de puta?»

La polla se me vuelve a ablandar y Stuart Letal y Tony salen.

«¡Menudo ejemplar tienes, Jonty!»

«¡Se estaba follando la puta máquina!», dice Evan Barksie señalándome.

Me subo la bragueta y me voy, y ellos cruzan la puerta detrás de mí, riéndose y diciendo cosas. Pero no pienso huir, no de ellos, así que me pido una pinta. Luego me siento, y ellos vienen conmigo.

«Bueno, Jonty», empieza Evan Barksie, dirigiéndose a mí como cuando finge ser tu amigo, pero sabes que no es tu amigo, en realidad no. Para nada. «¿Dónde anda Jinty últimamente? No la hemos visto por aquí desde la noche loca esa en la que nos quedamos encerrados.»

Siento que se me está poniendo la cara roja. Le doy un trago a la Tennent's Lager, que está fresquita. Sí señor, algunas veces es genial tomarse una Tennent's Lager.

Tiene esa especie de sabor a cigarrillo tan agradable, y está bien por la prohibición del tabaco: todavía se puede juntar el sabor del cigarrillo y el de la cerveza.

«Yo creo que la ha estrangulado», dice Tony.

No es verdad, no es verdad y no puedo hablar, mis oídos están pitando y quiero echar a correr por la puerta, pero me tienen atrapado y no puedo moverme.

«Jonty, ¿no le habrás metido ese pedazo de polla que tienes por la garganta?», ríe Stuart Letal. «¡Muerte por mamada!»

Todos se ríen, salvo Barksie, que me pone mala cara. No señor, esto no me gusta nada.

«No me gusta que habléis así», les digo. «No señor, nada de nada.»

Todos vuelven a reír, luego Tony dice: «Venga, Jonty, no te mosquees. Estamos de broma. Venga, tío, lo que pasa es que les da envidia.»

Pero no no no, no voy a aguantarlo. «¡Para algunos no es una broma!» Me levanto, me abro paso entre ellos, dejo la mitad de la pinta de Tennent's Lager y salgo por la puerta.

«Menudo bicho raro. Puto pervertido», oigo decir a Barksie justo antes de salir.

Entonces Tony dice: «Bah, el Jonty es buena gente. Es un capullo inofensivo.»

Cruzo la calle y voy a casa. Veo la tele un rato, luego vuelvo al McDonald's a merendar. Es mejor que escuchar tonterías en el pub, sí señor, sí señor. Y encima Jinty, que estará todavía en el dormitorio, no me dice nada. Bueno, pues si ella no me habla yo no le hablo a ella. De eso nada.

Tenía hambre. Los rodapiés me dan hambre, es por el olor de la pintura, de haber estado dándole al rodapiés y a los bordes de revestimientos y puertas, así que me digo a mí mismo que quizá debería pedir una hamburguesa con queso en vez de los Chicken McNuggets, para variar. Sí señor. Hay que variar de vez en cuando. Sí señor, ya te digo.

Estoy con los chavalines, Guillaume y el Bastardo Pelirrojo. Hemos ido al cine a ver *¡Rompe Ralph!* No está mal para ser una peli de críos. Salimos del Vue Cinema por Leith Walk y nos dirigimos al *fish and chips* de Montgomery Street a comer. Guillaume me mira y dice: «¿Ralph quiere a Vanellope?»

Entonces me quedo un poco sin saber qué decir. «Mmm, sí, pero como a una hija, o quizá como a una hermanita o una amiguita. No para echarle un polvo ni nada de eso, porque es demasiado joven.»

Guillaume se queda boquiabierto, mira al Bastardo Pelirrojo, y este pone cara de «a mí no me preguntes».

No se están enterando de nada. «Quiero decir, que Ralph no es un pederasta ni un pervertido sexual», explico. «No es más que un tonto grandullón que vive solo y trabaja en la construcción», continúo, pero luego pienso: *Mira, mejor me callo la puta boca*.

Los cabroncetes se quedan ahí pensativos. Entonces, el Bastardo Pelirrojo dice: «¿A qué mamá querías más, a la suya o a la mía?»

¡Por los cojones de Cristo! Los dos se quedan mirándome en plan Oliver Twist mientras cruzamos el semáforo de London Road. Bueno, ahora sí que me quedo mudo. Intento recordar con cuál de las dos eché el mejor polvo, aunque hace ya tanto que me las follé… Es lo que tiene estar tan solicitado. Quizá con la del Bastardo Pelirrojo. Porque es más feúcha y se la han follado menos, y entonces se esmera más cuando le sacan un rabo. «He querido a las dos hasta donde mis habilidades, en absoluto desdeñables, han llegado», respondo, y los dejo que se coman la cabeza.

«Pero estás hablando de sexo, no de amor», dice Guillaume cuando llegamos al Montgomery y nos sentamos. Pido tres menús de pescado a la chavala del mostrador. Pienso: *un poco gorda, con esas varices y todo,* pero la cabrona de la Amiga Inseparable vuelve a mandarme una señal en puto código morse. *Dame un respiro, joder*.

«Solo tienes nueve años», increpo a Guillaume, «no deberías pensar aún en polvos y esas cosas.»

«Tiene novia», dice el Bastardo Pelirrojo, riéndose y señalándolo con el dedo.

«No, no tengo novia.» Guillaume agarra el dedo del Bastardo Pelirrojo y se lo dobla hacia atrás. Este se pone a gritar.

«¡Basta ya!», digo, y se tranquilizan al tiempo que llega la comida. ¡Por los clavos de Cristo! ¡Joder con los críos! ¡No veas con la sexualización prematura! A saber la de pederastas que tiene que haber en el colegio pervirtiéndolos a los pobres… ¿Qué está pasando aquí? Que alguien me lo explique. «Aún os quedan un par de años para pensar en esas cosas», les digo. «Yo me desvirgué a los once años»,

aclaro. Aquellos eran tiempos más inocentes. Los niños de hoy son unos putos animales.

Jonty entra en la iglesia católica. Mira con admiración las estatuas de Jesús y la Virgen María. Se pregunta quién tendrá más dinero, el Papa o la reina: la Iglesia católica con sus feudos o la monarquía y la aristocracia británicas. Sopesa si, en cuanto pintor y decorador, es más conveniente ser católico o protestante.

Al principio está asustado. Henry, el padre verdadero, le decía de pequeño: «No te metas ahí, hijo, o te engancharán esos tíos raros de las faldas.» Pero era un sitio muy fino, no como la vieja iglesia de Penicuik, con el reverendo Alfred Birtles, el pastor, al que le salía pelo de la nariz y desprendía un extraño tufillo a humedad que Jonty siempre asocia a la iglesia.

Ve el confesionario, entra y se sienta, como hacen en la televisión. Nota que el otro lado está ocupado, y así es, pues la ventanilla se abre. A través de una rejilla se distinguen parcialmente las finas manos de un hombre. Hay un olor fresco, a loción para después del afeitado y a la madera pulida de la cabina, nada parecido al olor a moho y humedad del reverendo Freddie Birtles. «Hola, hijo mío», dice la voz del sacerdote. «¿Qué te preocupa?»

Jonty se aclaró la garganta. «No soy católico, padre, y no estoy de acuerdo con tener a un papa, no señor, no señor, para nada, pero quiero confesar mis pecados.»

«Me parece que lo mejor sería que vieses a alguien de tu confesión, si sientes la necesidad de desahogarte», dice el sacerdote. Habla en un tono muy profundo, piensa Jonty. Eso le incomoda, como si fuese la voz de un profesor antipático.

A Jonty no le gusta lo que oye. «Pero se supone que su labor es ayudar, ya lo creo, así es, ayudar, porque todos somos hijos del Señor. Todos somos hijos del Señor, padre, eso dice la Biblia, ya te digo, la Biblia.»

«Pero el acto de confesión es una alianza sagrada. Para que funcione necesitas tener fe. Tú debes de ser de confesión protestante, si no me equivoco.»

«Sí, ya lo creo, protestante, señor, ese soy yo, un escocés protestante, de la Iglesia de Escocia. Sí sí sí.»

«¿Y qué haces aquí?», dice el sacerdote. «No tienes ninguna conexión, ni creencia común, con la doctrina y las enseñanzas de la Iglesia católica.»

«Bueno, normalmente no me gusta el rollo ese del Papa, pero lo de la confesión me va. ¡Está chachi! Me gusta la idea de poder confesar mis pecados. Es bueno para el alma, ya lo creo, señor, bueno para el alma.»

Oye que el sacerdote resopla con fuerza. Luego la voz dice, lenta y deliberadamente: «No lo entiendes; no puedes ir eligiendo cualquier artículo de fe en particular que te interese. ¡Una iglesia no es un supermercado!»

Jonty piensa en Tesco, Sainsbury’s y Morrisons. En que algunas cosas salían mejor si las comprabas de sitios distintos. «¡Pues a lo mejor debería ser así! Sería

estupendo poder elegir los mejores trozos de cada religión, ya lo creo. Así no tendrías que ir a la iglesia para nada, solo para bodas y funerales, como hacemos nosotros, los protestantes, y te podrían confesar de los pecados, como hacéis vosotros, los papas, y luego vestir a las chicas como hacen los musulmanes, para que no las miren otros hombres.»

«Creo que no…»

«Porque ahí está el problema, padre, de eso quería yo hablar, de cuando otros tíos se ponen a mirar a tu chica.»

«Me parece que deberías marcharte…»

«Pero si somos todos criaturas de Dios…»

«¡Márchate, por favor, antes de que llame a la policía!», dice el sacerdote, y Jonty lo oye levantarse.

«No hace falta, ya lo creo, ya lo creo que no hace falta, me voy, señor», y Jonty se levanta, pero cuando sale se encuentra a un hombre más joven de lo que había pensado, un cachorro de sacerdote. Jonty se queda boquiabierto; ese tipo de hombre podría tener novia si quisiese, no le hacía falta molestarse con los niños. «Pues me marcho entonces…»

«¡Vete!» El sacerdote señala la puerta.

Jonty sale corriendo a toda prisa de la iglesia. Sabe que el sacerdote nunca lo alcanzará con esas faldas, por muy joven que sea.

Fuera ha refrescado. Jonty ve su aliento de dragón, pero no deja de correr hasta llegar a su portal, sano y salvo. La señora Cuthbertson, que vive al otro lado del rellano, llega en sentido contrario, luchando con la enorme bolsa de la compra. «Hace un frío horroroso, Jonty, hijo.»

«Así es, señora Cuthbertson, así es. Mucho frío. Deje que le lleve la bolsa de la compra. Sí. Deme la bolsa», dice Jonty sujetando la pesada puerta del portal mientras la enclenque anciana se cuela en el interior, ansiosa por refugiarse del viento.

«Que Dios te bendiga, Jonty, hijo; ya no me apaño como antes.»

«No se preocupe, no, no se preocupe», dice Jonty, cogiendo la bolsa. «Anda si pesa, señora Cuthbertson, sí, pesa un montón», repite, pero a él no le importa. A pesar de su delgadez, Jonty es nervudo y tiene fuerza.

«Vaya que sí, hijo», replica la señora Cuthbertson, que siente cómo el hombro y el brazo, doloridos, laten en señal de alivio y agradecimiento. Camina despacio junto a él mientras suben por las escaleras. «Eres un buen muchacho, Jonty, hijo. Uno de los mejores.»

«Un simple chaval de campo, de Penicuik, sí señor, sí señor, Penicuik.»

La señora Cuthbertson sacude la cabeza. Los ojos le centellean llenos de fervor. «No dejes que nadie te diga que eres simple, hijo, porque no lo eres», afirma señalándole al pecho. «A lo mejor eres más lento porque no eres un muchacho de ciudad, pero de simple nada. Tienes buen corazón, Jonty.»

«Pero un buen corazón no sirve para nada», replica Jonty, y, pensando en la desafortunada situación con Jinty, prosigue: «No te da la felicidad, no señor, para nada.»

La señora Cuthbertson se siente dolida; se planta la mano en el viejo pecho huesudo. «No digas eso, Jonty, hijo. Si no tiene uno buen corazón, no tiene nada.»

«Ah, bueno, a lo mejor», asiente Jonty al llegar al rellano. «Pero tener buen corazón solo sirve para que algunos quieran clavarte un cuchillo en él. Lo consideran un objetivo, como si fuera la diana de los dardos. Dicen: "Vamos a por ese buen corazón." Sí señor, eso hacen. Sí señor.»

La señora Cuthbertson responde a eso con una cara larga. Jonty sabe que lo que dice es verdad, pero la obvia melancolía de la señora le impide seguir hablando. Se separan y entra en el piso. Se da cuenta de que está temblando de nuevo, por haber caminado bajo la fría llovizna con el cuello mojado subido. Echa un vistazo al dormitorio, ve a Jinty, con el contorno de ojos azul como si llevase sombra de ojos, en la cama, como la dejó, con la cabeza apoyada en la pila de almohadas. Piensa en entrar, y está a punto de llamar a la puerta, pero aleja la mano y se dirige al salón. Mira hacia Gorgie Road, en dirección al puente, y hacia el Pub Sin Nombre. Pasa un taxi.

Juice Terry se dirige al centro. Ha ido a ver a su madre a Sighthill y a dejar un par de recados en Broomhouse y en su viejo «territorio», Saughton Mains. Mira hacia el Pub Sin Nombre y piensa en pasarse por allí a preguntar por Jinty. Sin embargo, siente un tironcillo familiar en la zona de la ingle. «Ya toca», dice para sí, y, tras responder a uno de los dos mensajes que Sara-Ann le ha dejado, pone rumbo al Hotel Caledonian.

Sara-Ann está recogiendo sus cosas, preparándose para ir a casa de su madre. Le pregunta algo a Terry sobre su piso del South Side, y a él no le gusta un pelo la mirada esperanzada que le echa. Terry cambia de tema de la manera que mejor sabe hacerlo. «¿Nos despedimos de la habitación con un buen casquete?»

Ella lo rodea con los brazos, le agarra la melena rizada y van trastabillando hasta la cama. Es una sesión intensa y salvaje, de esas en las que Terry acaba deseando que aparezcan un par de cámaras de vídeo y un micrófono con brazo por encima de la cabeza, y hasta la presencia embaucadora y dominante de Sick Boy sujetando una carpeta con expresión estoica. Sería un precio que merecería la pena pagar con tal de haber grabado el polvazo.

Después, con la cama convertida en un naufragio sudoroso, Terry dice, sintiendo el pellizco del romance en el corazón: «Como se nota que no has tenido hijos. ¡Tienes el chocho más tenso que un tambor!»

«¿Se supone que eso es un cumplido?»

«¡Hombre, pues claro, el mejor que se le puede hacer a una tía! A nadie le gusta oír que tiene el higo como el Gran Cañón. ¡El tuyo está más tieso que Rod Stewart después de la declaración de Hacienda!»

Hablan sobre amores del pasado. Sara-Ann le cuenta a Terry que ha tenido relaciones con hombres y con mujeres. Terry, o, mejor dicho, la Amiga Inseparable, oye solo la segunda parte, y manda una señal a su cerebro. «Tenemos mucho en común.»

«¿Qué?»

«Bueno, a ti te gustan las tías y a mí me gustan las tías.»

«Sí», admite Sara-Ann. «Había acabado por completo con los tíos. Y luego llegó Andy, y eso fue un error tremendo», sacude la cabeza y se pregunta en voz alta: «Entonces, ¿por qué coño me he metido en esto?»

«Si sirve de algo, piensa que yo soy una lesbiana, solo que con polla y huevos.»

Sal le echa una mirada cortante. «Ese comentario no es muy original, Terry. De hecho, todos los tíos con los que he estado han soltado algo parecido.»

Terry se encoge de hombros ante tal declaración, pero toma nota mental de no volver a usar la misma frase con una mujer bisexual. «¿Tienes internet en la habitación?»

«Sí», responde ella señalando el portátil. «Tú mismo.» Sara-Ann se reclina en la cama contemplando a Terry mientras él se aparta los tirabuzones y fija la mirada en la pantalla. «¿Y tú? ¿Has estado alguna vez con algún tío?»

«No es lo mío. No me malinterpretes, lo he intentado», alega Terry, y luego levanta la vista de la pantalla. «Pensaba que debía de tener su punto, e intenté pasarme por la piedra a un chaval una noche. Pero en cuanto la Amiga Inseparable vio aquella raja peluda», cuenta dándose unas palmaditas en la polla que le provocan un agradable tironcillo, «se le pasó la inspiración. Y a mí se me levanta así», dice chasqueando los dedos. «Bueno, como soy actor de cine para adultos, así debe ser, claro. Luego pensé que igual era porque el chaval era muy machote, así que otra noche me lie con una travesti. Y te digo una cosa: muchas de las tías a las que me he tirado, mejorando lo presente, parecían más machos que ese chaval. Con la rajita del culo afeitada entre unos cachetitos de terciopelo y todo, así que pensé: allá vamos», explica Terry; después clava los ojos en la pantalla.

Sara-Ann se incorpora hacia delante: «¿Y qué pasó?»

«Se jodió. A la amiguita esta le cortan el rollo las pelotas», dice, volviéndose en la silla hasta quedar completamente a la vista de Sara-Ann, y se da unas palmaditas en el pene. Terry se encoge de hombros. «Hombre, en un mundo ideal, todos los demás tíos serían célibes y yo sería bisexual: para incrementar las posibilidades. Pero nada, he tenido que reconciliarme con mi heterosexualidad.»

Sara-Ann se sienta con las piernas cruzadas en la cama y se echa el pelo hacia atrás. «¿Y si alguien intentara follarte?»

«No, que soy de los que sufren en silencio, por las putas almorranas; me dan ganas de llorar solo de pensarlo.»

«Vi que te ponías tenso cuando intenté meterte el dedo…»

«¡Pues claro! ¿Con las uñas que tienes? ¡Me pasaría una semana con un *Evening News* metido en el agujero del culo para cortar la hemorragia!»

«Mierda.» Sara-Ann mira su reloj, que está en la mesilla de noche, y se lo pone. «Deberíamos marcharnos.»

Bajan y dejan el hotel; después conducen por las lluviosas calles de Edimburgo. Terry se da cuenta de que lo han enmarronado, pero a una parte de él le gusta jugar al buen samaritano, y lleva a Sara-Ann con sus cosas, no al barrio de Portobello, sino al de Joppa, que es más pijo, tal y como había sospechado.

«Espera», dice. «Solo voy a soltar esto. Llévame de nuevo al centro y nos tomamos una copa.»

Terry lucha por vencer su incomodidad. «¿No quieres quedarte?»

«No. Pasé diecisiete años en esta casa y estaba impaciente por salir pitando. No ha cambiado nada.»

Terry pronto ve por qué. Aparece la madre de Sara-Ann, una mujer delgada y suspicaz de pelo gris que echa una mirada desdeñosa al taxi. El primer pensamiento de Terry es que le gustaría echarle un tiento. La saluda amistosamente, pero ella lo despacha poniendo unos morros llenos de amargura y se vuelve hacia su hija. «Esa chimenea necesita que la desatasquen», dice Terry con suavidad, mirando el contorno morcillón que su polla dibuja en el chándal. La intensidad de las voces le dicen que madre e hija están intercambiando palabras duras.

Entonces la madre se mete en la casa, y Sara-Ann la sigue, dando un portazo tras ella. Pensando que quizá no vuelva, Terry se pregunta si debería llamarla, pero, mientras delibera, vuelve a aparecer Sara-Ann. Tiene la cara tensa y blanca, y el maquillaje de los ojos algo emborronado. Es obvio que ha estado llorando.

«Quiero cogerme un cebollón de los buenos», declara Sara-Ann, subiéndose al taxi. «Lo que se ajusta a mi humor ahora mismo es un sitio barato y cutre.»

«Te llevaré al Taxi Club de Powderhall. ¡La pinta más barata de la ciudad!»

Ponen rumbo a Leith, luego a Pilrig; Terry va explicando las obras del tranvía mientras se mete en Powderhall a través de las callejuelas de Broughton. Cuando entran en el pequeño club, está prácticamente vacío, pero el Pastoso está jugando a los dardos con Cliff Blades bajo la supervisión de Jack Muñón, un veterano de la guerra de las Malvinas con una pierna protésica aficionado a la sidra.

Terry les presenta a Sara-Ann. «Este es mi colega el Pastoso. Lo llamamos así porque no es que sea el autobús más rápido de Lothian que digamos.»

El Pastoso lo mira con el labio inferior colgando. «Pero ¿no me llamabais así por la pasta que iba a ganar algún día?»

«Era mentira, compadre», admite Terry, y deja que el Pastoso sopese las implicaciones sociales de esta revelación mientras él le hace un gesto con la cabeza a

un hombre de gafas gruesas. «Este es Bladesey, y el de la pata de palo al que se le cae la baba es Jack», dice Terry moviendo el brazo para presentar a sus amigos con un gesto teatral. «Este bellezón imponente es Sara-Ann Lamont, más conocida como Sal, y me agrada decir que no puede sacarme de encima sus garras ansiosas.»

Sara-Ann siente que una extraña reserva la inunda, y se odia a sí misma por no poder ofrecer más que una réplica débil y mojigata: «Ya te gustaría…», antes de corregirse a sí misma: «Joder, acabo de volver a ese sitio y ya me he convertido en la señorita Jean Brodie.»[3]

«¿De dónde eres?», pregunta Bladesey con acento inglés.

«Por tu acento diría que del mismo sitio que tú. De Londres.»

«En realidad soy de Newmarket.»

«¿Te ha dado la coña la centralita últimamente?», pregunta Jack a Terry.

«Qué va; mientras me siga beneficiando a Big Liz, se encargará de tenerme contento. McVitie es el que porculea de verdad, pero se jubila pronto.»

«Sí, a mí me han estado jodiendo», sonríe Jack, llevándose el whisky a los labios.

«Los capullos de la centralita te ponen de los nervios», conviene Terry. «La semana pasada me tuvieron fuera de servicio toda la noche porque no recogí una carrera para el ferry de Granton. Y empezaron: "Tú eres el taxi más cercano", y yo les solté: "Que estoy en Queensferry Road, no en Ferry Road, sordo gilipollas. A ver si aprendes a leer un puto mapa." Y el cabrón de McVitie, al que le reconocí la voz, se pone: "Pues a mí el radar me dice que eres el taxi más cercano." Y le digo: "Pues tu radar es una puta mierda. ¿De dónde coño ha salido, del espacio exterior?"»

Jack se ríe. «Sí, es verdad. Menos mal que Big Liz te tiene al corriente de todo.»

Terry mira de reojo y ve una leve reacción de Sara-Ann cuando mencionan el nombre de Liz. «Pero casi no he tenido contacto con la centralita últimamente, porque estoy trabajando para el tío ese, Ronnie Checker, ¿os suena? ¿El yanqui que sale en la tele?»

«Para triunfar hay que echarle un buen par.»

«A mí me da la pinta de ser un tirano si trabajas para él», dice Bladesey.

«Qué va, si en realidad es un puto gallina, ¿a que sí, Sal? ¡El miedo que pasó con el Tocapelotas! ¡Se cagó en los pantalones! Tuvimos que pasarnos la otra noche para cogerle la manita al muy capullo, ¿a que sí?»

«Se creía que era una movida en plan huracán Katrina, como en Nueva Orleans», se ríe Sara-Ann.

«Bueno», responde Jack Muñón, «los huracanes de mierda me dan igual, te voy a decir quiénes me tocan las pelotas de verdad: ¡los hijoputas de la centralita! ¡Ahora quieren que haga un examen! ¡Y me dicen que no reúno las condiciones para conducir un taxi! ¡Si llevo años de taxista!»

«Te veo de chófer privado dentro de poco, Jackie», observa el Pastoso.

«¿Chófer privado? ¡Nunca he visto a ninguno que no tuviese una lista de antecedentes más larga que tu brazo!»

Terry va pitando al lavabo para mear y meterse una raya, y a su regreso se alegra de ver a Sara-Ann trayendo una ronda de bebidas a la mesa. «Toma ya», dice asintiendo en dirección a los demás, «me gusta eso en una chavala.»

Sara-Ann les echa a los hombres que ocupan la mesa una mirada profunda y socialmente antropológica. Piensa que, aunque creció en esa ciudad, nunca se había visto en compañía de hombres así.

«A ver, yo soy un tío de la vieja escuela en muchas cosas», afirma Bladesey, «pero el ser voluntarioso a la hora de pagar una ronda es un rasgo atractivo en cualquiera.»

Sara-Ann le esboza una media sonrisa. «Bueno, entonces, ¿qué es lo que te atrae a ti de una mujer, Cliff?»

Bladesey se sonroja ligeramente. «Creo que… los ojos. Dicen que son el espejo del alma.»

«¡Pues las que se fijan en ti los tendrán de adorno! ¡Seguro que son de las que llevan bastón blanco, compadre!», dice Jack Muñón.

«¿Y a ti, Terry?», le pregunta el Pastoso. «¿Qué te atrae en una mujer?»

«A este salido le basta con que sean mujeres», ruge Jack, y luego mira avergonzado a Sara-Ann. «Lo siento, guapa, no quería decir eso…»

«Cállate ya, lisiado», vocifera Terry, y luego se vuelve a Clifford Blades para rodearlo con el brazo. «Yo estoy contigo, Bladesey, es como has dicho; no hay nada más sexy en una chavala que los ojos. El ojo del culo y el ojo del coño.»

Cuando estalla la risa ebria, entra el encargado del karaoke y empieza a colocarlo en la esquina.

«Parece que va a ser una de esas noches», exclama Bladesey.

«No puedo acabar demasiado perjudicado», dice Terry, mirando a Sara-Ann en una especie de súplica, «porque tengo que llevar al tontaina yanqui a las Highlands por la mañana.»

«¡Quiero más bebida!», anuncia Sara-Ann.

«Solo si accedes a cantar en el karaoke conmigo», declara Terry.

«¡Hecho!»

«Empieza el juego.» Terry se dirige al encargado y le pide que ponga «Small Town Girl», de Journey.

¿Te acuerdas, Jinty, de cuando nos conocimos en el pub de Lothian Road? Sí señor, Lothian Road. ¿Te acuerdas, Jinty? ¿Te acuerdas de lo que me dijiste? Dijiste: «No tienes muchas luces, ¿verdad, Jonty?» Yo quería contestar: «Bueno, quizá tú tampoco tengas muchas luces, Jinty; tienes más luces que yo, pero tampoco tienes tantas.» Pero no dije nada, porque acababa de conocerte, sí señor, acababa de hacerlo, y entonces dijiste: «Bueno, da igual, porque eres un tipo agradable y me gustas.» Luego fuimos a casa y lo hicimos. Después te mudaste conmigo porque decías que el chico con el que estabas te había echado y no querías volver a casa de Maurice.

¿Te acuerdas de la primera vez que lo hicimos? ¿Del principio? Me dijiste: «Hala, Jonty, pero qué portento, no pensaba que fueses tan hombretón; quizá no seas alto ni tengas muchas luces, pero se te ha ido la fuerza a la polla.» Y te la di bien dada, ¿verdad, Jinty? ¡Te partí por la mitad y te gustó! ¡Anda que no! Sí señor, sí señor, sí señor. Pero me siento mal al pensar en todos esos del Pub Sin Nombre burlándose de mi manguerita. Sí, seguro que quieren que vaya a pintar allí para seguir atormentándome. Pero tú nunca te burlaste de mi manguerita, Jinty.

Sí señor, eras mi chica, Jinty. Excepto cuando te emborrachabas. Te volvías distinta, Jinty, ya te digo, muy distinta. La bebida del demonio, sí señor, la bebida del demonio. Y esa porquería blanca, no no no, no quiero hablar de eso… Te pueden meter en la cárcel… y no quieres ir a la cárcel. Porque tu padre se echó a perder, Jinty, Maurice se echó a perder en la cárcel, sí señor, anda que no…

Ya te digo, Jinty, cuando volviste y tuvimos aquella bronca y dijiste que volvías a salir, te dije: «¡No salgas hasta que pase el Tocapelotas!» Eso te dije. Anda que no. Aquella noche con el viento soplando por Gorgie Road a doscientos sesenta y cinco kilómetros por hora. Pero no me escuchabas, querías volver al pub, con ellos, habrías ido con ellos a por más porquería blanca, así que tenía que pararte. Jinty, sí, tenía que hacerlo, sí señor, sí señor, sí señor, sí señor, sí señor, sí señor, sí, sí, sí, sí, sí señor, sí señor, sí señor, sí señor, sí señor, sí señor, sí señor, sí señor, Penicuik señor, sí señor, sí señor, sí señor, sí señor, sí, sí, así es, sí señor, sí señor, sí señor, sí señor, sí señor. Sí.

No tenía que haberme ido de Penicuik.

No señor.

No.

Joder, menuda noche nos pegamos ayer en el Taxi Club. Hay quien dice que el Taxi Club ya no es lo que era, y es verdad, pero sigue siendo uno de los sitios con las pintas más baratas de la ciudad, y digo yo que eso algo debe de contar. Aunque Sal la Suicida se cogió un ciego que te cagas y estaba toda suavona intentando convencerme para venirse a mi casa. Yo le estuve dando largas hasta que se desmayó; luego la llevé de vuelta al barrio de Joppa. De camino hasta allí se despertó, empezó a quitarse la ropa y a decirme que parara en algún sitio. ¡Joder! Busqué un rincón y me la follé hasta que se quedó dormida, aunque me costó la misma vida. La tía es cañera como ella sola y tiene un polvazo, pero a ese coño afeitado le hace falta un recorte o que le crezca un poco el vello, porque casi me arranca el puto escroto. El saco de los huevos ahí tirado como una rueda pinchada en la carretera. Pero al final misión cumplida: se quedó molida después del polvo y de todo el alcohol. Tuve que sacarla del taxi y llamar al timbre de su casa. Su vieja salió y la metió dentro a rastras. Y allí se pusieron las dos a grito pelado. Pero a mí, plin.

Me levanto temprano esta mañana para acercarme a la sauna; primero me paso por un sitio del Walk a desayunar donde ponen unas gachas de avena que te cagas. Carbohidratos complejos: perfectos para un largo día de fornicio. Cuando las tías me preguntan cuál es mi secreto, yo siempre les digo que gachas de avena. Se piensan que lo digo en broma, pero no: la mejor fuente de carbohidratos complejos, sin duda.

Jinty fue un poco perra el otro día, pero ¿quién no lo es en algún momento? Lo importante es que tiene un buen polvo. No me sorprende el mal ambiente de la Liberty Leisure, y no me gustaría pensar que le haya pasado algo. Hasta en un sitio así, las tías no deberían tener problemas: los coños hay que respetarlos.

Echo un vistazo en la sauna, pero solo veo a Andrea, con un ojo morado, y a Kelvin con esa sonrisa de capullo. No veo a Jinty ni a Saskia, y empiezo a preocuparme un poco. Así que decido no quedarme demasiado y volver al taxi. Llamo a Saskia, pero sale el contestador. Hace mucho frío fuera, todo el mundo lleva ropa de invierno, hasta los tipos más duros se han puesto una chaqueta o un jersey.

Vuelvo a Gorgie y miro en el Pub Sin Nombre. Los Barksie están allí, y Evan (si no me equivoco, es Evan) está en la mesa de billar con algún desgraciado. «Barks.»

«Tez.»

Evan puede ser un buen tío; si lo pillas en un buen día, hasta te ríes con él. Pero en el fondo es un amargado de mierda que siempre quiere amargar a los demás. Ha sido así desde el colegio, con ese rollo chungo de «¿por qué has conseguido eso y yo no?». Resulta raro pensar en cómo acosaba al Marica por aquel entonces. Todos lo hicimos, supongo, pero Evan lo llevaba al extremo. Hasta yo tuve que decirle varias veces que parase un poco el carro. «¿No has visto a Jinty por aquí?»

«Nah, el puto Jonty no la deja salir. La pilló zorreando conmigo en el baño. Jijiji. La noche que viniste. La dejaste aquí, ¿recuerdas?», dice, y su colega, un tirillas con jersey de cuello de pico, se descojona. El Stuart Letal ese. Evan se prepara para tirar y mira hacia la mesa. «La noche del huracán, ¿te acuerdas?»

«Sí. Menuda noche. ¿Y dónde está el tal Jonty?»

El gemelo de Evan Barksie señala hacia una esquina separada de la clientela, a un atontado que está pintando las paredes del rincón. Parece que está como mirando a la nada mientras da suaves y continuados brochazos.

¡JODER!

¡NOOO!

¡Conozco al ceporro este! Es el hermano de Hank; lo que quiere decir que es hijo del cabronazo del hospital. Así que, técnicamente hablando, es mi hermanastro, aunque no haya cruzado ni una palabra con él en mi vida. ¡Y encima me acabo de follar a su parienta!

¡POR LOS MUERTOS DE CRISTO!

Aunque peor fue lo que me pasó hace tiempo, que me follé a una pava que estaba de vacaciones en Tenerife y resulta que era hija del cabrón de Henry. Joder, tuvo que pasar una hora hasta que se me volvió a poner dura. Así que ahora tengo una regla de oro en cuanto a coños se refiere, incluso si los conoces fuera de la ciudad, por ejemplo, de vacaciones: preguntarle quién es su puto padre.

El chaval me mira y parece que me sonríe, y pienso en ir hacia él, pero no, qué coño, le devuelvo un saludo de parroquiano. Me vuelve a sonreír, muy tímido, y luego mira hacia la pared. Así que me siento junto a la barra con una botella de Beck’s y lo observo.

«No está bien de la cabeza», dice Craig, el otro Barksie. «Se metió en el baño y se lavó la polla en el lavabo, y luego se la secó en el secador de manos. ¡Puto retrasado!»

«Ahora, que menuda polla tiene el chaval», sonríe Tony. «¡El cabrón es un puto trípode!»

Tiene sentido: si el tío se está zumbando a Jinty, con lo viciosa que es, algo tiene que tener, y lo más probable es que sea un buen pollón. Directamente de la reserva genética de los Lawson, lo único decente que el cabrón de Henry nos ha dado a los dos. Pero no puedo hablar con él, a ver si al final se va a enterar de que me he follado a su parienta. El pobre tiene una pinta de lerdo que no es ni normal, seguro que no sabe lo que hace Jinty para ganarse las habichuelas.

Me meto en el taxi y me dirijo al campo de golf para recoger a Ronnie, que me dijo que nos viésemos allí. Está con ese cabrón estirado, Mortimer, así se llama, sí, y se ve que han tenido gresca. «¡Esta debe ser tu prioridad!», espeta Ronnie, y le manda a tomar por saco con muy mala leche. El otro gilipollas se vuelve y me mira con cara de rancio mientras se dirige a su coche. Ronnie parece cabreado, pero enseguida me sonríe. Lleva una gorra de los Atlanta Braves; debe de haberse aplastado la cresta.

Llegamos al Balmoral y sube a recoger sus cosas. Mientras lo espero en el vestíbulo, vuelvo a llamar a Saskia. Esta vez sí responde, lo cual es un alivio. «Terry…»

«Sí, soy yo. ¿Estás bien?»

«Sí, es que he estado con gripe. ¿Aún no se sabe nada de Jinty?»

«No», le digo, y la oigo estornudar. «Mejor será que vuelvas a la cama y te tomes algún antigripal. Te veo luego y te aviso si hay alguna novedad.»

«Vale… Yo también te aviso si me entero de algo. Gracias…»

«Hasta luego.» Cuelgo y me llama mi compadre Johnny Cattarh, y me cuenta sus mierdas con la ketamina; sinceramente, preferiría que no me las contase, y me alegro cuando se acaba la llamada. Las historias de drogas son como las historias de sueños o de polvos: solo te interesan si son tuyas. La única razón por la que veo porno es para hacer una lista de tías con las que me gustaría trabajar. Que básicamente son todas, la verdad. Estaría bien ir a Tufnell Park y volver a ver a Camilla y a Lisette. Titis de primera. Y entonces me acuerdo de que quiero llamar a Sick Boy, que responde enseguida, lo cual es inusual. «Terry.»

«¡Simon! ¿Cómo va eso?»

«Ocupado. ¿Me has llamado para…?»

«Me gustaría hacer algo de porno. ¿Ningún guión a la vista?»

«De momento nada, excepto *Fornicator 3*, que, como sabes, es la película de Curtis.»

El cabrón tartamudo. Yo le enseñé al muy capullo todo lo que sabe. «De acuerdo…»

«Me estoy tomando un descanso, ahora estoy más con la distribución. Estamos renovando la web, lo que requiere una inversión importante de tiempo y dinero. Pero las descargas y el proceso de pago con tarjeta van a ser mucho más fáciles, así que con suerte conseguiremos amortizar las ventas. Quiero que Perversevere Films sea cine erótico de calidad, Terry, y el desarrollo de guiones lleva más tiempo en el mercado Premium. Ni siquiera nos pueden ver rodar *Fornicator 3* hasta que se acerque la primavera. ¿Has seguido con las clases de actuación?»

«Sí», miento. Las dejé el año pasado. Solo había tres tías en el grupo, y una vez que me las zumbé a todas, la cosa ya no tenía sentido.

«Bien, bien, pues paciencia y mantente en forma.»

«Hecho. Entretanto, seguiré buscando nuevos talentos.»

«Seguro que sí. Hasta luego», dice, y cuelga. Es un puto borde, pero para cuando Ronnie sale del ascensor ya ni me acuerdo. Ya no lleva la gorra, pero la cresta sigue peinada hacia atrás.

«Aquí estaba zanjando negocios de fornicio», sonrío y meneo el golfomóvil.

«Eres de ideas fijas, ¿eh, Terry?», dice Ronnie y arruga los ojos. «¿Y cómo va la antisistema?»

«No estoy seguro de que sea una antisistema», le digo, y compruebo el correo del golfomóvil. «Escribe obras de teatro y tal.»

«¿Teatro? El teatro no es lo mío», apunta, pero se le nota que se queda pensando en ello.

Estamos en mi puto bólido, tan a gusto, recorriendo la ciudad en dirección a Forth Road Bridge, y le empiezo a hablar de Johnny. «El cabrón me cuenta no sé qué movida con la ketamina. Me dijo que no sabía lo que hacía, y que era como viajar en el tiempo, volver atrás. Le digo, mira, capullo, yo con mi rabo ya estoy servido, no me hace falta nada más. Total, ¿para que te dé un jamacuco, te despiertes horas después en vete tú a saber dónde, llegue la poli y acabes en el trullo, en Peterhead? ¿Viajar en el tiempo? ¡Mi polla sí que es como la Tardis, una puta máquina del tiempo!»

«Interesante…»

«Estoy hecho polvo de anoche, tío. Demasiado alcohol y sexo», digo y me saco una papela del bolsillo. «¿Te hace una rayita, compadre?»

Ronnie me mira, intentando procesar lo que estoy diciendo.

«Coca. Farla. Farlopa. Perico. Blanca.»

«Ah…, te he dicho que no tomo drogas, Terry.»

«Hoy día un poco de farla no puede catalogarse como "droga", colega. Además, la otra noche, cuando te jiñaste vivo con el Tocapelotas, ¿qué fue lo que te metiste?»

«Eso era una emergencia… No, odio las drogas, aunque creo que son instrumentos de Dios cuyo fin es cazar y erradicar a los inútiles habitantes de los guetos, y de este modo disminuir la carga fiscal. Prefiero seguir la dieta de un buen nutricionista, diseñada para aquellos que aspiran a la longevidad.»

«Para gustos los colores. No sé qué dirán esos supuestos expertos, pero, colega, todos son parte de una industria que está ahí para desplumarte.» Intento meter al imbécil en situación: «¿A que les pagan por dar consejos?»

«Sí. Considerablemente.»

«Pues mira, yo te doy el consejo gratis. Puedes decir que no tiene valor, que yo no soy un experto. O igual ves la luz y dices: "Este capullo no tiene ningún interés oculto, así que tal vez me sirva de algo lo que dice." ¿A quién pagas para que te aconseje? A cabrones como Mortimer, que solo te dicen lo que crees que quieres oír. ¡Eso no es bueno para ti!»

«Vale, vale… Dios, Terry, no te enrolles. ¿Qué coño quieres decirme?»

«Imagínate los órganos del cuerpo: hígado, riñones y todo eso. Su función es procesar toda la mierda que les metemos, ¿verdad?»

«Sí…»

«De modo que si no les metes de vez en cuando un poco de mierda, y solo les metes mariconadas, no se ponen a prueba. Y así nunca llegan al nivel de resistencia que necesitan. Piensa en los equipos escoceses en Europa. En cuanto les ataca un virus jodido, del estilo del Real Madrid, se van a tomar por culo, porque nunca han jugado en serio. Es ciencia, tío, así funciona la medicina de la vieja escuela, de las tribus… Los hombres se tomaban venenos de todo tipo y se iban al bosque o al

desierto. Allí tenían sus viajes, les entraban vómitos, cagaleras, y luego volvían totalmente purgados. Y los cabrones vivían más años que su puta madre.» Agarro la papela. «Ponlos a prueba, joder. Un tirito de riguroso entrenamiento, así lo llamo yo. Sin pasarse, solo un pequeño entrenamiento.»

Por supuesto, Ronnie se queda pensando; empieza a peinarse la cresta. «¿De veras crees eso, que poner los órganos ocasionalmente a prueba es la mejor forma de mantenerlos sanos?»

«Claro que sí. Todo tiene una función. Deja que hagan su puto trabajo. No digo que te pongas hasta arriba, pero un tirito de vez en cuando no va a hacerte ningún mal.»

«Joder, Terry, no tomaba drogas desde la universidad, y luego con el huracán ese Tocacojones…, y ahora…, eres una mala influencia», dice con cara de fingido disgusto, pero el muy capullo coge la papela, echa un poquito en su llave y se la mete doblada.

¡Joder, hasta parece que se le ha enderezado la cresta!

«Mira, has confiado en mí con respecto a tus actividades. ¿Puedo atreverme a hacer lo mismo?»

«Claro, Ronnie, somos colegas», le digo al capullo, cosa que no se traga ni mi abuela. Esto son negocios, y en los negocios no hay amistades que valgan: el gilipollas debería saberlo mejor que nadie. Según nos acercamos al lago Leven, el paisaje es cada vez más guapo.

«El rollo de comprar terrenos es importante, pero no son más que acuerdos inmobiliarios. Una cuestión de patrimonio, y eso es lo que tipos como Mortimer no entienden. Estoy aquí para conseguir algo que solo posee otro hombre más en el mundo, porque solo existen tres. Yo ya tengo una, y quiero las otras dos. Ambas están aquí, en Escocia, y estoy cerca de conseguirlas.» Se da un golpecito en la napia. «De esto ni palabra, ¿entiendes? No quiero rivales.»

El capullo está hablando de las botellas de whisky de la destilería de Bowcullen, pero obviamente no le digo que sé en qué anda y lo que está dispuesto a pagar. La web de la destilería dice que la tercera botella no está en venta, pero seguro que eso es un mojón para hacer subir las apuestas. Todo está en venta si el precio es correcto.

Atravesamos la ciudad y me detengo en el semáforo mientras Ronnie se mete un rayazo. Pero miro alrededor y veo que hay un coche de policía justo al lado.

¡ME CAGO EN LA PUTA!

Los policías se han coscado y nos dicen que paremos, así que paro en un lado. Ellos detienen el coche varios metros detrás y vienen hacia nosotros.

«Mierda…, es la policía», digo, mientras Ronnie se guarda la papela en el bolsillo. «No me delates o me quitan la licencia.»

«No soy un puto chivato», grita Ronnie. «Deja que me ocupe de esto», sigue gritando, mientras el agente golpea en la ventanilla. Ronnie la baja, tiene restos de coca en la napia y está puestísimo. «¿Algún problema, agente?»

Los policías miran a Ronnie, y luego a mí. «¿Adónde lleva a este señor?»

«A la destilería Bowcullen. Tiene una reunión.»

«¿Por qué le preguntas a mi chófer, joder?», berrea Ronnie.

«Señor, le rogaría que se calmase…, está claramente bajo los efectos de alguna droga.»

«¡¿Qué?! ¿Sabe quién soy yo?»

«Voy a tener que pedirle que me acompañe a comisaría, señor, puede darnos esos datos de camino…»

«¡De ninguna manera! Tengo una reunión de negocios. Algo importante está en juego. Algo que tú, poli escocés de mierda, nunca conseguirías ni en un millón de años con tu puta mierda de sueldo.»

«Acompáñeme», replica el poli y empieza a dar voces a la radio.

«¡Puto gusano de mierda! ¿Sabes quién soy? Si quisiera, podría crujirte a ti y a toda la brigada de policía de Lothian con solo una llamada.»

«Y podrá hacerlo en comisaría, señor. Ahora, por favor, si es tan amable de acompañarme.» El policía se acerca y abre la puerta.

Ronnie sale y el policía lo sujeta de la axila. Ronnie empuja al policía y este se cae de culo. «¡Que os jodan, cabrones! ¡Soy Ronald Checker!»

Un segundo policía sale del coche y ataca a Ronnie con una pistola eléctrica. Ronnie y su cresta parecen ponerse un segundo de punta, luego se desploman y Ronnie se mea encima de sus claros pantalones de golf.

El policía de la pistola eléctrica parece preocupado y dice: «Ha asaltado a un agente de policía, no he tenido opción», mientras meten a Ronnie semiinconsciente en la parte trasera del coche.

«Por favor, síganos, señor», dice el otro policía.

Así que sigo al coche de policía hasta la comisaría de Kinross. Es un puto edificio de dos plantas, como dos viviendas sociales juntas. Mientras están tomándole declaración al muy gilipollas, le cojo el portátil y echo un vistazo. Me voy a la ventana del correo, que sigue abierta. Rastreo la mierda habitual, pero hay uno que es interesante.

Para: rchecker@casasdeverdad.com

De: lsimonsen@mollersimonsen.com

Querido Ronald:
Espero que estés bien.
Tal vez sepas que también he pujado por la botella especial de Bowcullen, una de la colección Trinity. Tú, por supuesto, ya tienes una de las botellas.
Iré al grano: creo que la destilería está jugando con nosotros para que pujemos cada vez más. Lo deportivo y caballeroso en este caso sería que comprásemos a medias la botella de whisky y que después zanjásemos la cuestión de la propiedad con un partido de golf.

¿Qué te parece?
Saludos cordiales, Lars Simonsen

Para: lsimonsen@mollersimonsen.com

De: rchecker@casasdeverdad.com

Querido Lars:
¡De puta madre!
Checker

Así que cojo y guardo el contacto del tal Lars Simonsen, pero en el golfomóvil. ¡Este capullo está forrado! Bueno, creo que cualquiera que tenga algo que estos imbéciles quieran está en posición de poder. ¡Fijo!

Voy a la ciudad y compro un par de pantalones, estimando que Ronnie debe de tener una talla 44. Se los dejo a los polis en el mostrador. Lo dejan libre aproximadamente una hora más tarde, parece un poco confuso mientras habla con el abogado, que ha debido de limar asperezas con los agentes.

Sale y parece que los pantalones le quedan bien.

«¿Qué tal ha ido?»

«¡Unos gilipollas! Pero hice una llamada y se acojonaron vivos.» Mira al abogado. «Les va a caer una buena denuncia.»

«Gracias por no decir que la coca era mía…»

«Por supuesto. Pero tengo que pedirte la más absoluta discreción sobre este episodio.»

«Claro, colega. No se puede ir de cama en cama como Juice Terry y no saber lo que es la discreción. Yo escribí el manual», le digo. «¿Puedes andar bien?» Le miro las piernas. «¿Van bien?»

«Están bien, Terry, pero estoy un poco tocado. Esas putas pistolas inmovilizadoras… ¡Qué cabrones!», grita.

«Tranquilo, colega», le digo. «Seamos discretos», y lo guío hacia la puerta. Mejor salir de aquí cagando leches.

El viaje hasta Inverness no va mal. Ronnie tiene náuseas y tenemos que parar el coche un par de veces. La primera vez, en Perth, sigue un poco tocado, pero la siguiente vez está bastante hablador, y hasta parece que no le molesta vomitar. Sé qué es lo que lo tiene tan estimulado, claro.

Salimos de la autovía y nos metemos por una carretera secundaria justo al norte de Inverness. Hay una señal de la destilería Bowcullen, pero si no sabes dónde está el desvío, seguro que te lo pasas. Entramos por un camino sin asfaltar en una zona boscosa que da algo de miedo. Tengo que echarme a un lado cuando me encuentro de frente con un capullo en un Land Rover. La destilería está a la derecha, una antigua y enorme villa de arenisca roja y un edificio moderno en la parte de atrás. Si fuese primavera, las hojas de los árboles lo ocultarían todo. Oímos el crujir de la gravilla de

la entrada a nuestro paso y abrimos las puertas del taxi para salir al aire frío y punzante.

Dentro del edificio todo es enorme, con paneles de madera y un mostrador de recepción. Una madurita buenorra con pinta de pija a la que empotraría sin miramientos contra el mostrador nos brinda una leve sonrisa. Luego llama por teléfono a un tipo que aparece y saluda a Ronnie. Yo me retiro y finjo que estoy leyendo un folleto colorido del estante. Salen todos sus productos de whisky, pero no menciona en ningún momento la Trinidad Bowcullen.

El capullo engominado habla en susurros, así que no puedo oír nada de lo que dicen, pero luego Ronnie viene con los ojos encendidos. «Terry, por favor, ven con nosotros. Quiero enseñarte algo bello», añade, y después me presenta al tío. «Eric, Terry. Terry es amigo mío, y Eric es el dueño de la destilería. Un negocio familiar, ¿verdad, Eric?»

«Durante más de cuatrocientos años», dice el muy pedante, y nos acompaña a través del mostrador de seguridad hasta llegar a una enorme bodega con una bóveda de ladrillo del tamaño de un puto hangar. Parece antigua y, de hecho, lo es, pero se oye algún sistema de ventilación moderno. Hay más botellas de whisky de las que podría pimplarse mi compadre Post Alec. Llegamos a un pasillo, y al fondo hay una puerta cerrada. El tal Eric saca una llave enorme y la abre. Se trata de otra sala con paneles de madera, pero llena de urnas de cristal iluminadas que muestran distintos tipos de whiskies añejos. Parece que todos tienen una fecha y una notita. La que está en el lugar más prominente, en la pared de atrás, es una botella de la Trinidad Bowcullen.

Es de color rojo oscuro, más como de vino que de whisky, pero en una extraña botella ondulada que me recuerda un poco al edificio Gherkin de Londres.

«La Trinidad Bowcullen», dice Ronnie, casi sin aliento. «Una de las tres botellas existentes.»

«Sí», continúa Eric, «nuestro plan en principio era quedarnos una de modo indefinido, y vender las otras dos. Pero…», sonríe a Ronnie, «tanto usted como la otra parte han realizado ofertas competitivas; los costes de mantenimiento de este lugar son altos y la recesión, lamentablemente, nos obliga a considerar todas las fuentes de ingresos posibles. Este whisky tiene un precio realmente elevado, pero esto es debido a la escasez y rareza de las variedades de su mezcla. Algunas han estado madurando en la destilería durante más de un siglo y medio.»

Ronnie se relame. Sigue charlando con el Eric este mientras subimos. Después saca el teléfono. «Mortimer. Prepara la puja formal. Déjalo todo y procede a cerrar el trato.»

Así que nos vamos y regresamos al taxi. En teoría tendríamos que haber llegado allí para el almuerzo, pero con la detención de Ronnie se nos ha complicado un poco la cosa. Yo sé lo que vale el puto whisky, pero me hago el tonto. «Seguro que es un gran whisky, pero me parece un montón de pasta por una botella de alcohol, colega.»

«¡No es para bebérsela, Terry! Es un objeto de coleccionista. Una inversión. Su valor no hace más que aumentar.»

«Una lástima que el otro pájaro ande también detrás de ella.»

«Siempre hay que hacer alguna concesión, Terry, recuerda eso.»

Llegamos al Hotel Highland y es una puta pasada. Nos tomamos unos whiskies en el bar, y Ronnie sigue hablando sobre ellos. «No puedo creer que tú, siendo escocés, no sepas nada de whiskies.»

Tengo un hambre canina y me pido un filete con patatas fritas y champiñones, aunque intento no pasarme con las patatas, pensando en los michelines y el porno *online*. Ronnie está luchando con un bol de caldo escocés; la pistola eléctrica le ha jodido el apetito, así que decide irse pronto a la habitación y hacer algunas llamadas. Yo me quedo un rato viendo un partido de la Champions League con el camarero. Es temporada baja y el hotel está prácticamente desierto, ningún coño a la vista. Así que me voy a mi habitación, apago el teléfono y me tumbo en la cama desnudo de cintura para abajo. Hago el viejo truco de llamar al servicio de habitaciones, pedir un sándwich, y luego fingir que me he quedado dormido.

Por desgracia, es un puto tío el que entra, se pone colorado y se disculpa. «Lo siento, señor…»; deja el sándwich y sale por patas. Llamo a Big Liz de la centralita, un poco de sexo telefónico estaría bien. Es menos arriesgado que follar con ella en persona; cuando se te sienta en la cara, tiene las aletillas del coño como un guante de la Gestapo. Así que me casco una paja, y luego más de lo mismo con Sal la Suicida. Tras la segunda corrida tengo el capullo dolorido de cojones, casi me lo arranco. Total, que a dormirla se ha dicho.

Por la mañana vamos a un restaurante junto a la orilla del lago. Llegamos y hay dos tíos: un gilipollas alto y flacucho, muy rubio, con acento escandinavo. El otro es un gordo con pinta de retrasado que me mira con cara de pocos amigos. Y yo lo miro igual. Los buenos modales no cuestan nada.

Entonces Ronnie y el larguirucho se sientan a una mesa, piden el desayuno y se ponen a charlar; yo y el retrasado nos quedamos en otra mesa un poco alejada. Una chavala viene y nos toma nota. «A esta le hacía yo un favor», le digo al chaval cuando la camarera se va. «Y dos o tres, si se pusiera tonta.»

El capullo sigue sentado ahí con el careto.

«Mira, colega», le digo, «puedes estar ahí sentado con ese careto todo lo que quieras, pero yo no lo voy a mirar. O te animas un poco o me voy a otra mesa.»

Me mira como si fuese a echarse encima, y luego alarga la mano. «Jens», dice, con una sonrisita en los labios.

«Terry», le digo, y el colega me da un buen apretón de manos. «Pero me llaman Juice Terry.»

«Juice Terry…»

Y viene la chavala con el desayuno; sé que es decadente pero me he pedido un Bloody Mary con ostras y arenque ahumado, y Jens se ha pedido salmón ahumado.

«Cómo huelen las mamonas», le digo al chaval, «¡parece que estamos en mitad de un fiordo, joder!»

Entonces nos reímos un poco, y Ronnie y el otro tipo están todavía dale que te pego inmersos en la discusión. Luego lanzan una moneda al aire. Ronnie está que se sale, al capullo le ha debido de salir bien la jugada. Después todo son apretones de manos.

En el camino de vuelta a la ciudad, Ronnie parece pletórico, aunque un poco pensativo. Está hablando con Mortimer; por supuesto, tengo encendido el micro de la parte de atrás y me entero de todo.

«El acuerdo es poner cincuenta mil dólares cada uno y comprar la segunda botella de la Trinidad Bowcullen por cien de los grandes. La gente de Lars va a poner cincuenta mil dólares en la cuenta número dos. Hacemos la compra de la botella y se queda bajo nuestra custodia hasta que Lars y yo juguemos una partida de golf. El ganador se lleva la botella como premio…»

Miro por el retrovisor el careto de Ronnie, que se está empezado a encender a lo bestia.

«¡No pienso discutir sobre esto, Mortimer! Me ha quedado clara tu postura… Y sigo teniendo muy claro lo que quiero. ¡Haz lo que te pido, joder!»

Mortimer se está poniendo tontorrón, ¡valiente capullo!

«¿Qué quieres decir? ¿Qué pasa si pierdo? Si pierdo cada uno se queda con una botella, jugamos otro partido y el ganador se lleva las dos botellas. ¡Y ahora haz lo que te he dicho! ¡Joder!»

Ronnie apaga el móvil y yo finjo que estoy encendiendo el altavoz. «¿Todo bien, Ronnie?»

«Un gilipollas que no hace su trabajo, Terry. Mortimer no entiende ni de whisky ni de golf. Lo único que le preocupan son los rollos inmobiliarios y su comisión», se mofa Ronnie. «Vale, es una pasta; pero él no deja de ser un puto niñato de Yale estirado y sin alma.»

«Entonces, ¿has cerrado el trato, Ronnie?»

«Sí, pero, por favor, es confidencial.»

«Ya te lo dije antes, colega, yo escribí el manual de la discreción. Oye, a todo esto…, deberíamos celebrarlo. ¿No te gustaría pillar un buen chochito?»

«¿Prostitutas? ¡Yo no pago por follar!»

«Eso no es verdad», le digo, acordándome de las sabias palabras del Marica. «Si le preguntara a tus ex, seguro que me dirían que les has soltado pasta para aburrir. Ropa, coches, casas, joyas…»

Se queda pillado con lo que le digo. «No te falta razón, joder, podría llamar a alguna chica de alto *standing* ahora mismo», y saca el teléfono. «Pero esa mierda no es para mí.»

«Ni para mí, colega. No me refiero a una puta. Yo me sé un montón de formas de conseguir una titi.»

«¡Joder, Terry, es que estoy demasiado ocupado para líos de faldas! Tengo que llamar al maldito sueco para hablar de nuestro trato.»

«Danés, colega, el tío es danés», le digo al muy ignorante. «Y nunca se está demasiado ocupado para un polvo, compadre. ¿Para qué cojones te pasas todo el día currando si luego no puedes echar ni un casquete? Lo que eres es un puto adicto al curro. Deja que Mortimer se encargue. Yo lo que digo es: ¿para qué le pagas a un fulano si al final tú acabas haciéndolo todo?» Y se ve que el tío se queda dándole vueltas. «¡Venga, vamos a un club de citas exprés que conozco, especial para profesionales ocupados como nosotros! ¡Y en diez minutos pillamos!»

«Bueno, qué coño…» El capullo sonríe y todo. «¿Sabes, Terry? La verdad es que me gustan estas aventurillas nuestras.»

Y a mí también. Volvemos a la ciudad tranquilamente, aparco y nos bajamos en el Bar Cisismo. Enseguida veo que hay almejitas frescas en el menú. Guapas de verdad, hasta una pelirroja y todo. Me pongo como una moto y vamos directos al lío. Me muero de ganas de saber si también tiene el felpudo pelirrojo. Mientras charlamos, con el rabillo del ojo veo a Ronnie, que está sentando hablando con otra tía. Y la oigo decir: «¿Por qué llevas el pelo así?»

A Ronnie no le hace ninguna gracia y se va a otra mesa. ¡Puto tarado!

Que le den. Yo me lo estoy currando con la pelirroja. «Para ser sincero, no estoy buscando una relación. Y si soy aún más sincero, ni siquiera un polvo esporádico. Solo busco para ahora mismo. No tiene nada que ver contigo, pareces una tía de puta madre, pero es que me esperan meses de muchísimo trabajo.»

«Eso es lo único que busco yo», dice la chavala, «también estoy ocupada. ¿Vives por aquí cerca?»

«Su carruaje la está esperando. Un segundo, por favor», le digo, y pienso ¡bingo! mientras me acerco a Ronnie, que está hablando con una pijorra sobre golf. «Ronnie, tengo que salir un rato. Hay un coño por aquí que está pidiendo guerra.»

«No puedes dejarme aquí», mira a la chica de enfrente que está mirando algo en el móvil. «¡Está al caer!»

«¡Bien por ti!»

«Pero eres mi chófer.»

«No tengo tiempo, amigo, ese chocho quiere guerra», le repito para enfatizar que no estoy de coña. «Como tú dices: cierra el trato, para triunfar hace falta un buen par», y le lanzo un guiño a la pelirroja. «El hotel queda a un paseíto, solo hay que cruzar la calle. Te veo en recepción dentro de una hora. Los yanquis tenéis que andar más, ir en coche a todos sitios no es bueno.»

«Bueno, habrá que adaptarse, supongo», dice Ronnie mirando a la chavala del teléfono y bajando la voz. «Parece que ninguna de ellas ha visto mi programa, pero se quedan muy impresionadas cuando les digo que me alojo en el Balmoral.»

«Claro que sí», le digo, porque todas las tipas saben perfectamente quién es y quieren desplumarlo.

Problema suyo. Yo estoy ocupado con la pelirroja. Tiene tantas pecas que parece que le hubiesen rociado la cara con zumo de naranja. Lo malo es que tiene el pelo un poco corto. La gracia de las pelirrojas es que se dejen el pelo largo. Hablo de tías, claro. En el caso de tíos, como el Bastardo Pelirrojo, lo mejor es que se rapen la puta cabeza. La tía está igual de obsesionada con mi pelo que yo con el suyo. Al salir empieza a tocarme los rizos. «Me gusta tu pelo.»

«A mí también el tuyo», le digo cuando salimos a la calle.

«Tú lo que quieres saber es si tengo el felpudo a juego con las cortinas», sonríe.

«Bueno, ahora que lo mencionas, no voy a mentirte…»

Así que cuando llegamos a mi casa nos desnudamos (no tiene nada de tímida) y me encuentro el mejor felpudo pelirrojo que he visto en mi puta vida. Lo tiene bastante poblado pero recortado en una V muy bonita, a modo de flecha indicadora, ¡como si a mí me hiciese falta un controlador aéreo para aterrizar! Ojalá Sick Boy no se hubiese decantado por Londres, podría traerse la cámara digital para incluir a esta en el catálogo. En fin, ha llegado el momento de que el Doctor Who saque la bufanda. «¡Te tienen que comer ese chocho a base de bien!», le digo.

«No me va mal.»

«Te va a ir de puta madre», le guiño un ojo. «Esta lengua es capaz de sacar las migas de patatas de un bote de Pringles», le digo, y suelta una risita. Se queda mirando a la Amiga Inseparable, con mucha atención, como un zorro acechando una suculenta gallina. «Sí, la primera tía que me follé era epiléptica y asmática, y tuvo un ataque doble justo en mitad de la faena. Me dije a mí mismo: "Terry, no dejes que baje tu listón." Y desde entonces no ha bajado. En cualquier caso, menos charla y más rabo.»

Total, que le estoy comiendo el coño y ella se vuelve para hacer lo mismo con la Amiga Inseparable. Y la tía es una experta, la humedece, le pega lametones, juguetea con ella, la pone a mil y después se la mete hasta la campanilla. Encontrar a tu equivalente en tía en este mundo es un puto triunfo. Los dos admitís que os gusta lo que os gusta y no hay necesidad de fingir nada. Momentos así no tienen precio.

Después podríamos hacer algo con la cámara…, ya te digo… Pero entonces empieza a jadear y se saca la polla de la boca, yo me pongo encima de ella, la acorralo y se la meto, le doy caña de la buena. La cara se le enciende y se pone del color del pelo, pone cara de zorrita y los dos gritamos y nos agitamos como si nos hubiesen echado gasolina y luego una cerilla encendida, y el tiempo se ralentiza, como en un accidente de tráfico, y llenamos la habitación, el piso, las escaleras, la calle, la ciudad, el país y el mundo con nuestros gritos, y un pervertido verde espacial con cincuenta pollas y coños nos oye y se viene flechado a la Tierra a ver si pilla también… Lo que viene siendo un polvo en condiciones, vaya.

En cuanto nuestras cabezas vuelven a su sitio, le propongo lo de la peli porno, pero no le interesa. «Trabajo para el Royal Bank of Scotland. Lo último que quiero es que todo el mundo de la oficina me vea follando por internet.»

Tenía que ser una pava del Royal Bank. Después de todo, estos cabrones son expertos en joder. Al poco rato se va, y eso me gusta. Es el tipo de tía que quiere rabo, pero rabos distintos, a cada hora. Cuando se va, compruebo el teléfono. Ronnie ha dejado dos mensajes, así que me voy para el Balmoral, todavía un poco aturdido. Pero en cuanto veo pasar chochitos me recompongo, son como una raya de coca, y para cuando llego a The Bridges, la Amiga Inseparable tiene otra punzada, quiere más carnaza. Entonces me entran ganas de farla, así que paro en un callejón que conozco, en un cruce de Chambers Street, me pongo dos rayas enormes en el salpicadero y me las meto como si no hubiese mañana.

Estoy como en una nube cuando aparco y llego a la recepción del Balmoral. Veo que Ronnie está esperando, pero el teléfono vuelve a sonar, esta vez aparece EL MARICA en pantalla. Es una tontería, lo único que tengo que hacer es cambiarlo por VICTOR, pero me da pereza y en realidad me gusta verlo así cuando llama. Saludo a Ronnie, que está atendiendo una llamada, y el Marica me está echando un rapapolvo bueno por lo de Jinty. «Una de las zorritas ha desaparecido, Terry.»

«Sí, Jinty; aún no se sabe nada. Ninguna de las chavalas la ha visto.»

«Cierto… ¿Ella no te ha dicho nada… sobre mí?»

«No, nunca me ha hablado de ti ni de la sauna», le digo, porque además es verdad. Y, si me hubiese dicho algo, no me iría de la lengua con este cabrón.

Silencio en el móvil mientras miro al espejo, veo que Ronnie me está observando impaciente, porque ya ha terminado su llamada. Me mira como si yo fuese de su propiedad, y el Marica al teléfono seguramente está jodido porque Jinty nunca lo ha mencionado. Los capullos como el Marica y Ronnie se creen el ombligo del mundo, se molestan muchísimo si la gente los ignora, y se vuelven paranoicos si todo el mundo habla de ellos. Famosos, mafiosos, empresarios, políticos…, todos la misma mierda. Yo paso de ese rollo, a mí lo que me va son los polvos. Intento mantener la boca cerrada, pero con toda la coca que me he metido…

Entonces la voz prosigue. «Vale, Terry, tú mantenme informado. Si sabes algo de Kelvin me lo dices, en plan confidencial. Y sigue buscando a Jinty.»

Cuando termino la llamada veo que Ronnie sigue sin estar muy contento. El capullo se da cuenta del puestazo que llevo y sabe que algo va mal. Le pregunto primero: «¿Qué tal ha ido con la pava? Te la has zumbado, ¿no?»

«¿Qué…? No, nos hemos dado los teléfonos y dijo que iba a pasarse, pero ha llamado para cambiar la cita.»

«¿Cambiar la cita? Eso suena a que te está dando largas, tío. Superconsejo de Terry: nunca corras detrás de un autobús ni de un coño, siempre llega otro.»

Ronnie sigue sin sonreír. Igual ahora va de capullo formal por la vida, pero seguro que a los veinte se hizo más rayas que el Pastoso en la oficina de apuestas. «¿Qué te pasa?… ¿Estás bien? ¿Te has metido más coca? ¿Después de la que hemos tenido con esos polis cabrones?»

Decido contarle mi dilema: «Verás, hay una chavala, buena amiga mía», le explico (si no puedes referirte a alguien a quien te has follado de todas las formas posibles como una buena amiga, entonces nuestra situación como especie sería muy lamentable), «que parece que se ha esfumado de la faz de la Tierra. Y, como ha desaparecido bajo mi supervisión, me siento un poco culpable.»

«¿Tu supervisión?»

Total, que le hablo del Marica, le cuento que le estoy cuidando el negocio en el que ella trabaja, y que quiero encontrarla antes de que él regrese de España, no se le vayan a cruzar los cables.

«Deberías hablar con la policía», dice Ronnie, y luego parece que se lo piensa.

«No quiero que tengan nada que ver con esto. Mejor dejar al Estado y sus agentes fuera de los negocios personales», continúo.

«Joder, es verdad», conviene Ronnie. «Son unos gilipollas. Los policías de aquí ni siquiera llevan una puta pistola. Igual por eso van por ahí acosando a ciudadanos decentes en vez de encerrar a la escoria de los guetos y a los mafiosos.»

De pronto me doy cuenta de que me encuentro algo pesado, estoy sudando, mareado, así que me siento. Me está dando un chungazo, intento controlar la respiración mientras todo me da vueltas. A saber qué mierda llevaba esa coca…

Oigo la voz de Ronnie: «Terry, ¿estás bien? ¿Qué te pasa?»

«Sí…» Me apoyo sobre la chimenea y veo a la gente que va llegando al hotel. La cosa no pinta bien.

Ronnie me pone la mano en el hombro. «¿Estás bien, colega?», le oigo preguntar, pero todo suena confuso y lejano, y después grita: «¡LLAMEN A UN MÉDICO!»

Y estoy en el suelo, no sé cómo me he caído, pero estoy en el puto suelo, mirando la lámpara de araña del vestíbulo. «Joder, me he desmayado un minuto», digo, e intento levantarme.

«No te muevas», dice Ronnie sujetándome. «Hay una ambulancia en camino.»

«No hace falta…»

«No estás bien, Terry. Tienen que verte. El seguro de salud que tengo cubre también a mis socios.»

Y pienso: con el capullo de Henry en el hospital y esas enfermeras con faldita corta, quizá debería relajarme y dejar que me examinen bien. Los genes y todo eso, sí. Hay una puta ambulancia fuera, los tíos entran, me meten en una camilla y me sacan del hotel…

¡Vamos a la enorme sala VIP que hay debajo de las gradas! Dicen que las paredes están revestidas de madera, sí señor, de paneles de madera. ¡Yo! ¡Jonty MacKay de Penicuik! Hank y yo entramos directamente en busca del primo Malky. Cruzamos la entrada como si fuéramos muy importantes. Si se lo contara a Jinty, me diría: «¡Estás subiendo como la espuma, Jonty! ¡Vas a dejar de hablarte con gente como yo!»

Pero yo siempre hablaría con Jinty, sí señor, ya te digo; aunque primero tiene que hablarme ella. Eso es así. Mejor no pensarlo, porque estoy entusiasmado y feliz, aunque Hank no parezca tan contento.

«Seguro que piensan que somos demasiado buenos para ser de Penicuik, ¿eh, Hank?», digo, porque seguro que lo pensarían. Si nos vieran aquí, claro.

«Penicuik no tiene nada de malo, Jonty», responde Hank. «A las personas como Malky se les olvida. No seas como ellos.»

«Pero ha sido muy amable al invitarnos, Hank, muy amable, ya te digo.»

«Sí, supongo.» Hank me mira de esa forma suya, directo a los ojos, como solía hacer cuando éramos pequeños. «Espero que no empiece a echárnoslo en cara. Se le olvida que somos igual de buenos que él.»

«Igual de buenos, Hank, sí, igual de buenos. Eso es lo que somos, sí, sí, sí», digo, mientras avanzamos hasta la siguiente puerta. Nos recibe un tipo con una chaqueta granate y una sonrisa muy agradable. Tiene pinta de azafato. Yo también quiero una chaqueta granate como esa. Estaría muy guapo. Sería un trabajo genial dar la bienvenida a la gente en la sala VIP los días de partido. Pero ¿qué pasaría si alguien que conozco quiere entrar, pero no está en la lista? Mi trabajo sería decirle que se vaya. Yo no tengo el valor para hacer eso, no señor, no lo tengo. Quizá este trabajo no sea para mí, porque a mí me gusta pintar con Raymond. Rodapiés. Cuando llegamos hasta el tipo de la chaqueta granate, nos dice: «Bienvenidos a la sala VIP de Tynecastle.»

Y nos deja entrar porque le decimos nuestros nombres. Sí, nuestros nombres están en la lista.

«Qué educado el azafato, cómo nos ha sonreído, ¿eh, Hank?», digo a medida que avanzamos por la sala, y las paredes están paneladas, tal y como dice la gente. «¡Qué agradable es agradar! Con paneles de madera y todo.»

«Se está volviendo todo muy yanqui», dice Hank. «No queremos tanta mierda *fashion* en el fútbol escocés.»

«Pero la palabra *fashion* es muy yanqui, Hank, o sea, que a lo mejor tú te estás haciendo yanqui también, ¿eh? ¡Te he pillado! Sí señor, anda que no.»

Pero Hank no me escucha porque está buscando a Malky, que está por ahí con una copa en la mano y hablando con gente. Hank tiene cara como de mal corazón.

«Se cree que tener una empresa de radiotaxi lo convierte en un pez gordo. Pues tampoco es para tanto, creo yo», suelta Hank.

Entiendo perfectamente a Hank, pero tener una flota de taxis es mejor que llevar una carretilla elevadora o pintar una casa, o incluso un pub, está clarísimo. «Sí…, sí…, total…, anda que no», le digo a Hank, mirando a mi alrededor. «Hay manteles blancos y tipos con traje.» Me acerco a los paneles de las paredes y empiezo a olerlos, ya se sabe, por el barniz.

Siento la mano de Hank en el hombro.

«¡Deja de oler la madera, Jonty!»

«Es que me encanta el barniz, Hank…»

«¿Qué te tengo dicho de oler la madera? Nos pones en evidencia», protesta Hank, justo cuando llega otro azafato, y Hank le enseña nuestras entradas. El azafato asiente, y ahí está Malky hablando con dos hombres en traje. Punto positivo para él, porque en cuanto nos ve viene directamente a darnos la bienvenida. «Pero ¡si son mis primos Hank y Jonty!»

«Qué guay es esto», digo, porque es verdad. «Hay paneles de madera y por encima las paredes son de color crema. Ese tipo de pintura se llama Magnolia. Sí, lo sé todo sobre pintura, anda que no», le digo. «¡Esto es vida!»

Malky saluda con la cabeza a un tipo con un traje azul. «Keith Fuller», murmura. «Dio con un auténtico filón en los ochenta. ¿Sabéis lo que hizo? Reinvirtió en seguros privados, cosas de medicina y tal.» Se da un golpecito en la nariz y añade: «Se ha hecho de oro.»

Pienso en esto porque el tal Vladímir, el fulano lituano de Rusia, ya no puede seguir invirtiendo en el club. «¿Y por qué no ayuda más al club?»

Malky está a punto de decir algo, pero al final no es capaz.

«Parece que Jonty te ha pillado», dice Hank. «Si tiene tanto dinero, ¿por qué no ayuda al club?»

Malky menea la cabeza. «Nadie se hace rico invirtiendo en clubs de fútbol, más bien se pierde dinero», contesta. «Digamos que Keith es parte de un consorcio pequeño, en el que aspiro a participar, que está pendiente de cómo se desarrollan ciertos asuntos», y vuelve a darse un toquecito en el lado de la nariz.

«Y una mierda», suelta Hank, y Malky le oye, pero hace como si nada.

Entonces un chavalillo se acerca a nosotros y dice: «Hola, Malcolm.»

«Pero ¡si es mi buen amigo, el señor Deans!»

Se ponen a charlar sobre las posibilidades de los Hearts en el partido de hoy. Si yo fuera Paulo Sérgio, les diría a todos que le pasaran el balón a Ryan Stevenson. No les diría nada más, solo eso: pasadle el balón a Ryan Stevenson. Sí señor, Ryan Stevenson.

El chavalillo se va, y luego se acerca un tío muy alto y fuerte. Parece un pijorro. Un niño bien, como habría dicho mi madre. Malky nos presenta al niño bien: «Este es mi gran amigo Donald Melrose, consejero de Su Majestad.»

El niño bien, conserje de no sé quién, dice: «Malcolm, ¿qué tal?»

«Justo les estaba contando a mis primos Hank y John…»

«Jonty», le corrijo, y parece que Malky se mosquea un poco, pero es que siempre me han llamado Jonty, desde que vivía en Penicuik, y él debería saberlo, sí señor, debería saberlo.

«Jonty…», dice el chico, y luego mira a Hank y asiente. Después se vuelve hacia Malky con una sonrisa. «Si asumimos que el supuesto consorcio, el mito ese de las Publicaciones Scotsman, que podría o no existir, existe realmente, y que yo soy de hecho miembro, a pesar de que, como sabes, no existe ningún documento verificable que demuestre la existencia o no de la susodicha organización llamada consorcio…»

Estoy intentando entender al tipo, a Donald el niño bien, pero habla muy rápido y muy pijo y no le oigo bien.

«Así que…», y el chico vuelve a sonreírme, «bien podría ser fruto de la imaginación de algunos de los miembros más obtusos del cuarto poder local.» Se vuelve hacia Malky y prosigue: «No se puede probar la existencia de actas de reuniones, ni documentación, ni correos electrónicos entre empresarios prominentes de la comunidad, oficiales o concejales locales de alto rango», continúa el tío, y uno sabe que sería un buen abogado, porque nadie entendería lo que dice, al menos hasta que acabases en la cárcel. ¡Entonces lo entenderías de maravilla! Sí señor, ya te digo. Sí.

Pero lo que dice me hace pensar, así que me vuelvo hacia Hank. «Hank, es lo mismo que Clint, el perro. ¿Te acuerdas de Clint, el perro?»

Hank aparta la vista, como si no me hubiera oído. Yo le tiro de la manga.

«¿Qué, Jonty?»

«Perdona, ¿cómo te llamabas?», dice Donald, el niño bien.

«Es mi primo Jonty», responde Malky.

«Sí, Jonty», digo. «Sí señor. Jonty. Jonty MacKay.»

«¿Qué es eso de Clint, el perro, Jonty?» dice Donald Melrose, el niño bien, imitando mi forma de hablar. Pero, con ese acento tan pijo que tiene, no suena bien.

«Pues el caso es que tuve un perro llamado Clint, ¿verdad, Hank?», le digo a Hank, pero él se encoge de hombros como si no se acordara, así que me vuelvo hacia Donald, el niño bien. «El caso es que Clint tenía algo en la garganta. Pero yo había ido al colegio y les había contado a todos que tenía un cachorrito llamado Clint, y todo el mundo quería verlo», explico. Donald mira a Malky y este mira a Hank. «Después volví a casa y habían sacrificado al perro. Tenía algo en la garganta. Me acuerdo que mamá», prosigo con los ojos puestos en Hank, «estaba mirando al otro lado de la habitación, y ella y Henry, el padre verdadero, me dijeron: “Clint se ha puesto malo, no podía tragar bien.” Así que tuvieron que sacrificarlo.»

«Fascinante», suelta el pijo de Donald, y luego pregunta: «Pero ¿qué quieres decir?»

«Pues que todo el mundo decía: “¿Dónde está Clint, el cachorro?” Pero cuando conté lo que había ocurrido, todos dijeron: “Eres un mentiroso, Jonty, no hay ningún perro, te lo has inventado todo.” Yo no podía demostrar que sí existía, pero ellos tampoco podían probar que no existiera. No señor, para nada. Eso significaba que yo tenía que demostrarlo, porque le había dicho a todo el mundo que Clint, el perro, existía. Pero ¡es que de verdad existía! ¿Verdad, Hank?»

Pero Hank sigue mirando para otro lado.

«Jonty», dice Malky en voz baja.

La verdad es que el pijo de Donald tiene pinta de sabueso con esos ojos caídos y enrojecidos. ¡Sí, lo parece! Quizá por eso me he acordado de Clint, pero Clint no era un sabueso.

«Mmm. Así que estás haciendo una analogía, Jonty…», empieza Donald el pijo, «una analogía entre la existencia de este desafortunado can… Clint…»

«Sí señor, Clint, el perro, el mismo…»

«Y el consorcio cuya existencia hasta ahora ha sido tan discutida y que ha generado tanta especulación…»

Yo sé qué es una alergia: lo que el perro tenía en la garganta. «Sí señor, sí señor, sí señor. La garganta. Ya te digo.»

«Tu primo es un tipo fascinante, con una visión de la vida bastante interesante y especulativa, Malcolm», dice el pijo de Donald, y luego me suelta: «Jonty, tenemos que hablar de esto en otra ocasión.» Mira al reloj. «El partido está a punto de empezar, deberíamos ir a nuestros asientos.»

Entonces salimos al palco a sentarnos, y desde allí se ven las gradas de Wheatfield, donde nos poníamos antes. ¡Ya no necesitamos nuestros viejos asientos! ¡Ya no! Malky me susurra al oído: «No llames demasiado la atención, Jonty, e intenta no ponerme en evidencia, al menos no delante de un miembro del consorcio.»

El equipo sale entre una gran ovación.

«Pero si acaba de decir que no existe el consorcio…»

«¡Shh! Están saliendo los jugadores.»

Empiezo a agitar la bufanda para intentar crear un poco de ambiente, porque es importante crear un poco de ambiente, pero aparece un azafato y me dice: «Aquí no se agitan las bufandas, amigo. Si quiere hacer eso, váyase allí», y señala hacia nuestros viejos asientos en las gradas de Wheatfield.

«Solo estaba intentando crear un poco de ambiente. Sí señor, ambiente», le explico al tipo. Porque por aquí nadie está cantando «Hearts, Glorious Hearts» o «The Gorgie Boys.»

«¡Si quiere agitar la bufanda, váyase allí!»

Bajo la bufanda y echo un vistazo a mi alrededor. ¡Soy el único con bufanda en el palco! Malky se inclina hacia mí y dice: «Aquí eso no se hace, Jonty. ¡Ya no estás en Wheatfield! En la sala VIP hay que comportarse según otras reglas, Jonty. ¡Aquí no puedes hacer lo que te da la gana!»

«Lo siento, Malky…»

«Mira que ponernos en evidencia así ante los miembros del consorcio…», insiste Malky, que no parece demasiado contento. «No todos los días alguien como yo, un tipo cualquiera de Penicuik…»

«Sí señor, Penicuik, Cuik, Cuik, Cuik…»

«¡Podrían haberme invitado a unirme al consorcio!»

«Pero si no hay consorcio, nos lo ha dicho el tipo ese.» Me doy la vuelta hacia Donald, el niño bien, que está sentado detrás de nosotros. «Oye, Donald, amigo, ¿verdad que no hay…?»

Malky me tira de la manga. «¡Jonty! ¡Ya basta! ¡Compórtate! Es increíble…», suelta, meneando la cabeza.

«Lo siento, Malky…»

Malky está enfadadísimo conmigo, con cara de estar dolido. «Mira, Jonty, pensé que si te traía aquí podría educarte. Ayudarte a ser mejor.» Menea la cabeza otra vez. «Pero me he equivocado.»

Ahora es Hank quien se muestra ofendido y le dice a Malky: «Bueno, pues si eso es lo que piensas de nosotros, nos vamos. ¡Venga, Jonty!»

«No, cinco minutos más, por favor, Hank, cinco minutos», imploro, tirando de él para que se siente porque Templeton le acaba de pasar el balón a Ryan Stevenson y aquí todo es chachi piruli, porque me ha sonreído una chica que está sentada delante de mí y que tiene el pelo rubio y una especie de abrigo de piel marrón, y dicen que en el descanso sacarán empanada. «Quédate hasta la empanada del descanso», le insisto a Hank, que se encoge de hombros y vuelve a sentarse, y Malky parece conforme, y todo vuelve a estar genial, porque ¡el balón sale volando! ¡Directo a la red! Y volvemos a ser amigos, nos abrazamos unos a otros, y yo le digo a la rubia: «Ryan Stevenson. Sí señor, anda que no. Ryan Stevenson, si ya lo decía yo.»

«¡Así es, Jonty, lo dijiste!», exclama Hank.

«¡Jonty lo predijo!», dice Malky dándome una palmada en la espalda.

Donald el abogado se inclina hacia delante entre Malky y yo. «Malcolm, tu primo Jonty parece ser un Nostradamus moderno.»

Y yo cierro el pico porque ese era el chico con joroba del pueblo aquel, y todos los aldeanos se burlaban de él porque era un poco lento, como me pasa a mí en el Pub Sin Nombre, sí señor, igualito. Y este abogado pijo con estudios se ha dado cuenta, porque está acostumbrado a investigar la culpabilidad, y no quiero volver a pensar en el Pub Sin Nombre, no señor, en absoluto. Para nada.

Me quedo callado el resto del partido. Ya te digo. Sí. Sí. Sí.

Menuda noche de mierda después del hospital, no me encontraba nada bien, estaba hecho un asco. El corazón me iba a mil, supuse que me había pasado con la coca, que sería demasiado buena o demasiado mala. ¡La de pruebas que me hicieron! Sangre, meados, cagadas, radiografías… El puto lote completo.

Ahora estoy ansioso por saber los resultados.

Al día siguiente me paso por el puto hospital para ver qué me pasa. Mientras espero, me distraigo fichando a la tía de recepción. Una madurita (bueno, probablemente más joven que yo, lo que pasa es que yo siempre he sido una especie de capullo atemporal) me mira y me sonríe. Tiene el brillo de folladora en la mirada y una boquita apretada que está diciendo: «GUERRA». Miro si lleva anillo de casada, aunque no la descartaría si así fuese. Es solo información útil para elaborar su perfil, como si fuese el puto *CSI: en la escena del crimen*. O más bien, *CSI: en la escena del polvo*.

Estoy a punto de decirle algo cuando un tío asoma la cabeza por la puerta de una consulta. Es el mismo de anoche, cuando casi no sabía ni dónde estaba; el que me hizo todas las pruebas. Prácticamente lo único que recuerdo es al tipo metiéndome los dedos en el culo para comprobar la próstata, y yo con dos lagrimones por lo de las hemorroides. Le dije al muy capullo: «¿Siempre hace esto en la primera cita? ¿Qué fue de la música romántica y de las velitas?»

Al cabrón no le hizo gracia, puso cara seria, la misma que tiene ahora mismo. «¿Señor Lawson? Pase, por favor.»

Bueno, yo creo que está bien reírse en el trabajo. La verdad es que no me gustó el careto del tío desde el primer momento. Ni pizquita.

«Por favor, siéntese.»

«Entonces, ¿qué me pasa, doctor? ¿O debería decir Doctor Who? Esa es buena, sí. He tenido que volver atrás en el tiempo para pillarla. Atrás en el tiempo, con la máquina, la Tardis… ¿No lo pilla?»

El muy capullo se limita a mover la cabeza. Esto no me gusta un pelo.

«Lo siento, señor Lawson. Debo informarle de que los resultados iniciales de las pruebas de ayer han detectado un latido cardíaco irregular. Es algo bastante común.»

«¿Cómo? ¿Eso qué quiere decir?»

El cabrón parece que no me oye. Me entrega una receta con dos tipos de pastillas. «Es importante que tome estos medicamentos y evite cualquier tipo de estrés. Nada de alcohol y, sobre todo, nada de actividad sexual.»

¿QUÉ?

No me puedo creer lo que está diciendo. «Pero… eso es…»

«Le repito que cualquier tipo de excitación sexual podría resultar fatídica», dice.

«¿CÓMO? ¿ESTÁ DE COÑA?»

«Me temo que no, señor Lawson. En cualquier caso, estos anticoagulantes le diluirán la sangre, por lo que le resultará muy complicado tener una erección. Y, para estar del todo seguros, las otras pastillas contienen un compuesto que suprime la libido.»

«¿Qué cojones…?»

«Sé que esto es un jarro de agua fría, pero su afección cardíaca es muy grave. Debe empezar a tomar estos medicamentos de inmediato, e iremos controlando el efecto que tienen en usted cuando vuelva en una semana. Quiero enfatizar que es esencial que las tome; le ayudarán a prevenir infartos, aunque no será posible revertir el daño que ya ha sufrido su corazón.»

«¿Qué daño?»

«Ha tenido un leve infarto, señor Lawson. Por desgracia, es común que a este tipo de ataques le siga uno más severo.» El cabrón me está mirando como si estuviéramos en un duelo de pistoleros. «Y con eso me refiero a un infarto letal. De modo que empiece con la medicación cuanto antes y deje que vaya haciendo su efecto.»

JODER.

Quiero decir algo pero no puedo. No hay nada que decir.

«Entretanto, necesitamos pruebas más detalladas. Así que tome este formulario», me da una hoja, «y vaya a Radiología, al final del pasillo, allí lo pondrán todo en marcha.»

Salgo de allí mareado y reviso todas las putas pruebas; algunas se parecen a las que ya me he hecho.

Estoy destrozado. Vuelvo al taxi, me siento, y miro los dos putos botes de pastillas. No puedo creer cómo te puede cambiar la vida en un momento, y la mía se acaba de ir a la mierda.

Suena el teléfono. Es Sal la Suicida. Lo apago.

Golf. La mayor libertad personal que puede disfrutar un hombre es moverse por el campo de golf con un amigo o un socio. Por supuesto, tengo que vencer al gilipollas de Lars, y es bastante bueno. He invitado a Terry para que me haga de *caddie*, pero ha decidido quedarse sentado en el coche, todo triste, lo cual no le pega nada. Supongo que la señorita antisistema debe de estar tocándole las pelotas.

Soy consciente de que tengo que entrenar para ganarle el whisky a ese gilipollas sueco, así que he contratado a un especialista, el entrenador del club local. El tío este, Iain Renwick, es un fracasado; una vez fue en cabeza en el segundo día del British Open, para derrumbarse luego y colarse de milagro en los diez primeros puestos. Pero eso aquí lo convierte en un héroe para la eternidad. Esta gente y su celebración de la mediocridad; joder, es casi pintoresco, y ellos tan felices. Por eso tenemos que ayudarlos nosotros, tenemos que hacer que se esfuercen y, sí, que sean infelices, porque esa es la única manera de triunfar. Estamos aquí para ayudarlos.

Estamos aquí para ayudarlos, Señor.

Yo y el tal Renwick, con su baja forma, sus veinte kilos de sobrepeso, su cara sonrosada y su sudor, vamos tres por encima del par, luchando en medio de las repentinas ráfagas de aire que llegan procedentes del mar del Norte. Son capaces de convertir cualquier partido de golf en una puta lotería frustrante. El capullo de mi entrenador dice que mantengo una postura demasiado tensa y que «necesito abrir los hombros» para el *swing*. Me dan ganas de decirle al muy soplapollas que él también estaría rígido si se estuviese jugando lo que yo.

Me siento aliviado cuando me llega una llamada al teléfono y es el puto vikingo: «Lars.»

«Ronald… ¿Todo en orden en lo que respecta al whisky? Lo tienes, ¿no?»

«La venta ha concluido.»

«Obviamente, entenderás que quiera verlo.»

«Qué suspicaz eres. Pero supongo que yo también lo sería. Mi empleado, Mortimer, va ir a recogerlo, y el plan es llevarlo a una caja de seguridad del Royal Bank of Scotland.»

«Mi gente deberá examinarlo primero para confirmar que se trata del artículo genuino y no una falsificación. Tenemos algo en común, señor Checker: los dos tenemos claro lo que queremos.»

«Por supuesto. No hay problema en que veas el whisky. Llamaré a Mortimer, va a reunirse con nosotros dentro de muy poco.»

Se oye una risa gélida al otro lado de la línea. «Bien. Y tú y yo sabemos que hay una tercera botella que ha comprado un coleccionista privado, y que se encuentra aquí en Escocia.»

«El de sangre azul… Pensaba que estaba en el Caribe», digo, demasiado rápido. Contemplo el lanzamiento de Renwick desde el quinto. El viento incomoda a ese capullo gordo y colorado, como si le obligase a tragarse el aire y devolverlo a los pulmones.

Lars me sonríe, burlón, al otro lado del teléfono. «No nos insultes a ambos, Ronald. Sé que sabes dónde está y que tu gente se ha puesto en contacto con él. Igual que la mía. Tengo un *broker* que…»

«Vale… ¿Qué sugieres?»

«El mismo acuerdo. Unimos nuestros recursos y abordamos al comprador; luego efectuamos una adquisición conjunta y nos jugamos la tercera botella en otro partido.»

Este noruego será un soplapollas de mierda, pero está claro que le gustan las apuestas deportivas. «¡Venga, vale, qué coño! Al final nos vamos a montar un campeonato. ¡Te llamaré cuando tenga en mis manos la segunda botella!»

Cuelgo y pillo a Renwick mirándome de reojo mientras llamo a Mortimer, que sigue mareando la perdiz y hablando de la venta de tierra para el puto hotel y los apartamentos. Se lo digo claramente: que le den por culo al hotel, esto tiene preferencia. Esa venta de tres al cuarto es solo una tapadera para adquirir la dulcísima Trinidad Bowcullen. ¡La Trinidad más sagrada después de la del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo!

Echo otro vistazo al caraculo ese de Renwick: el muy hijoputa luce una sonrisita babosa en su cara de campesino creído-pero-más-tonto-que-un-huevo, como si supiera algo que tú no sabes. ¡Pues no será del golf, eso está claro!

Estamos empatados a 74 y vamos a por el último hoyo, que es un par cinco y el más largo de la partida, con casi 450 metros; rezo para vencer a este charlatán escocés que no puede ni respirar.

Si estás ocupado, Señor, por favor, ignórame por buscar ayuda en lo que parece una cuestión tan manifiestamente frívola. Solo elevo la petición a sabiendas de que Tu energía y visión son infinitas. Como mencionaba en Liderazgo II: El paradigma empresarial, *«Esfuérzate por llegar a la altura de los ojos de Dios en tu búsqueda de negocios, por verlo y saberlo todo. Es obvio que nunca alcanzarás tal nivel de perfección, pero Él ama a las personas de altas miras.» (Con eso no pretendo insinuar que seas susceptible a los halagos; qué coño, ese nauseabundo retoño de la vanidad es un pecado mortal.) Pero, por favor, concédeme el poder y la visión para liquidar tanto al escocés alcohólico como al escandinavo infiel, desalmado y socialista-materialista. Pues Tú eres el poder, el Reino y la gloria, por siempre. Amén.*

Y en esta tierra oscura, con sus cielos mortecinos y magullados, Él responde a mis plegarias. Un *drive* descomunal calle abajo, un *pitch* hábil y fuerte por el *green* con el hierro 6, un *putt* corto contra un viento de justicia, ¡y al hoyo! ¡Un *eagle* cojonudo en el último! El puto payaso de Renwick mete la bola con un golpe más. Siento que en

mi pecho se alza un tumulto de gloria divina, hasta que me doy cuenta de un detalle: la cosa es que le estoy pagando a este caraculo incompetente para que me enseñe golf a mí.

«Sí… Buen juego», dice renuente la pérfida criatura ataviada con jersey de la marca escocesa Pringle con un silbido que le sale del pecho mientras yo me vuelvo para buscar a Terry.

Lo veo apoyado en la pared de la casa club, con las manos en los bolsillos, el ceño fruncido y los ojos desanimados y vacíos. Ni siquiera reacciona cuando la mujer del aparcamiento se inclina sobre el asiento trasero para buscar algo, mostrándole al mundo un culo estupendo. Lo que es peor, rezonga lleno de indignación cuando Renwick, con cara de violador, realiza un comentario lascivo. ¡Eso no le pega a Terry! Pero ¡si al mirar esa cara se diría que el mundo llega a su fin!

Jonty sabe que ahora ya no podrá llevarse a Jinty al Pub Sin Nombre. Y tampoco al Campbell's. No; con ese olor, imposible. Se lamenta por la injusticia de todo el asunto, porque Jinty era muy limpia. Siempre se estaba duchando, y no solo por la mañana, sino también cuando llegaba a casa del trabajo, de esas oficinas sucias y polvorientas; era lo primero que hacía. Y cómo se lavaba, con lo que se ponía, no el jabón, sino aquello que venía en tubo y que tenía trocitos ásperos. Jonty lo había probado alguna vez, pero siempre le raspaba. Todas aquellas cremas y perfumes le daban a Jinty buen olor y le dejaban la piel suave. No como ahora: está fría al tacto y exhala un olor fétido.

Y no se despierta; no hace más que permanecer tirada en la cama. Jonty ha intentado quitarle la mayor parte de la sangre de la boca y la barbilla con la esponja. Pero está empezando a oler mal. Pronto empezarán a quejarse los vecinos, como suele ocurrir. Le preocupa lo que dirán: «Ese Jonty ni siquiera debería estar en la ciudad, no es más que un simple chaval de campo, de Penicuik, no es capaz de valerse por sí mismo.»

Pero él sigue queriéndola mucho, aun después de aquella discusión terrible. Hace mucho frío y hay humedad, y Jinty ha cambiado drásticamente, se da cuenta, pero cuando la mira ve que se pone tan tieso como siempre. Sí, aún la quiere. Pero será mejor para los dos que se ponga algo. Hay lubricante en la mesilla de noche. Y de repente está mirándola y tocándose y embadurnándose la erección.

El piso está hecho un asco. La ropa de cama apesta a Jinty; no a como era de verdad, sino a como es ahora. Jonty aparta el edredón, y la contempla, allí tirada, toda fría y diferente. Se echa en la cama junto a ella y le arregla el flequillo para que le caiga sobre los ojos, como pasaba a veces.

Es fácil quitarle los vaqueros y después sacarle la blusa y las bragas de seda. Le deja el sujetador, porque no quiere tener que buscar el cierre en su fría espalda y enredar con él, no hasta que la caliente un poco. «Ay, Jinty, ya está, Jinty, no te preocupes, Jinty, no estás sola, ya voy, estoy contigo, sí señor, ya te digo…»

De repente, la boca de Jinty, al caerle encima el peso de Jonty, expulsa gases. El aire fétido apesta aún más. «Ay, Jinty…»

Jonty empuja y rebusca en su apertura con la polla resbaladiza. ¿Por qué Jinty les había hecho esto? ¿Por qué había ido al Pub Sin Nombre?

«Ay, Jinty…»

Parece que le tiene bloqueada la entrada, pero de repente un impulso gélido y punzante le agarra el rabo cuando se desliza en su interior. No es una sensación del todo desconocida. Cuando Jinty entraba y tenía las manos frías (ella siempre decía «manos frías, corazón caliente») y le agarraba el nabo, era como un juego: era así.

Ella decía: «Lo siento, Jonty, tengo las manos heladas», y él contestaba: «No importa, porque tengo la polla todavía caliente.» Pero tiene hasta los bajos fríos. «Como a ti te gusta, Jinty, como a ti te gusta, pero ahora tienes que despertarte. Tienes que despertarte y moverte», gruñe Jonty mientras empuja. Esto la despertará, era como la Bella Durmiente… Si alguien se despertaba con un beso, ¿no habría más posibilidades con un polvo? Y Sting lo había hecho. Sting, sí señor. Jonty lo había visto una vez en una peli de la tele que había visto solo porque salía Sting. Y Sting resucitaba a una chica de un polvo.

DESPIERTA, JINTY…

DESPIERTA…

Casi se detiene cuando le sale una mosca de la boca abierta. Revolotea despacio por el aire y luego le aterriza a Jinty en la cara, recorriéndola antes de perderse de vista. Las moscas, cuando se cansaban, eran como helicópteros. Así que Jonty aprieta los dientes y empuja. No dejará de empujar hasta que vuelva a la vida. Pero no pasa nada. No deja de empujar. «Lo hice con Karen, Jinty, ya sé que no estuvo bien, pero tenía miedo, Jinty, tenía miedo de que no volvieses a hablarme nunca más… ¡Háblame, anda!»

Durante un rato parece incluso que Jinty está disfrutando, como siempre hacía. El pelo le cae hacia atrás, y la cara casi parece dibujar una sonrisita retorcida. Jonty sube los dedos y tiene que apretar fuerte la boca contra los labios helados de Jinty para poder soportar su mirada fría y vidriosa. Así está mejor. Así, como cuando la machacaba por dentro y ella siempre quería más. Pero ahora no es lo mismo, ahora está fría y rígida, con los labios duros y azules, no suaves como antes. Apenas parece Jinty. Pero él la sigue queriendo y al menos puede seguir haciéndole el amor a su amada Jinty, no como el tal Barksie, del Pub Sin Nombre. Él ya no se dignaría siquiera mirar a Jinty, arrugaría la nariz, porque la gente así no tiene ni idea de lo que es el amor, y Jonty nunca dejará que Jinty se marche porque la quiere muchísimo.

Pero no es lo mismo.

Y él lo sabe: no está bien.

Sigue empujando, pero no está bien y está tan fría y todo le aprieta y le escuece pero él entra más adentro pero qué frío, y el peso se desplaza por debajo de él, y la boca se queda de nuevo colgando y sale ese olor como a azufre de su interior, y Jonty empuja más adentro para intentar traerla de vuelta, pero ese olor de su boca… *Cierra la boca… Cierra la boca…*

Cuarta parte

Reconstrucción post-Tocapelotas

Terry se ha visto catapultado a un nuevo universo, a un espacio gélido y brutal en el que las incursiones hostiles de los demás quedan al desnudo. Conduce por las calles ennegrecidas por la lluvia de Edimburgo, deseando desentenderse de todo lo que no sean los movimientos automatizados de conducir el taxi. Las señales de tráfico, las luces de freno del coche de delante, los que cambian de carril… Le presta a todo la agotadora atención de un conductor principiante. Intenta no pensar en el sexo ni en su estado, pero aquellos dos temas contradictorios surgen de modo intermitente en su cerebro febril. Lucha contra la intrusión conduciendo por la ciudad, ignorando las instrucciones de la centralita y los mensajes sexuales de Big Liz, y haciendo caso omiso de la amenaza de dejarlo sin carreras, mientras pasa de largo de clientes que le hacen señas con los brazos, cuando normalmente los habría guipado a calles de distancia. Y cuando Connor lo llama para hacer negocios, no muestra demasiado entusiasmo.

A veces se le olvida cuándo va ocupado el taxi. Solo al ver por el retrovisor su pequeña figura apoyada en el respaldo, se acuerda Terry de que está llevando de nuevo a Alice al hospital. Lamenta amargamente que los gandules como Henry siempre estuvieran camelándose a mujeres como su madre. Se queda abajo, sentado en la cafetería del Royal Infirmary, y le llega el ronroneo de una llamada. Es un número largo que evoca exóticas imágenes de folleteo con mujeres extranjeras en pasados festivales de Edimburgo. A pesar de sus problemas médicos y de las pastillas que ha empezado a tomar, Terry, por instinto, pulsa el verde. Para aflicción suya, es el Marica. «Vic, no había reconocido tu número, compadre.»

«Sí, me he pillado un móvil español porque igual me quedo un poco más por aquí. ¿No hay maderos rondando por la sauna?»

«No que yo sepa, Vic», responde Terry al levantarse y dirigirse a la puerta principal, «pero sé que algunos frecuentan el local. Le preguntaré a las chavalas… Con sutileza, digamos.»

«Buen tío, Terry», dice el Marica con una voz ronca que luego baja. «No puedo pedírselo a Kelvin, porque las chavalas no le cuentan nada. No les cae bien.»

Terry se queda en silencio, pero piensa: *Y tú tampoco, capullo*.

El Marica le pregunta a Terry por la sauna. Terry le informa de que todo va bien, pero que Jinty sigue desaparecida. «Es como si se hubiera desvanecido de la faz de la tierra.»

«Putas de mierda». El tono del Marica se fractura ligeramente antes de añadir con un timbre más comedido: «Era una buena empleada. Por la cuenta que le trae, espero que no se haya ido al local de Power. Búscala, Terry.»

«Estoy en ello, sí», contesta Terry mientras mira el aparcamiento azotado por la lluvia. Da un paso hacia el lado, y las puertas automáticas se abren. Otro paso hacia atrás las cierra.

«Búscala», repite el Marica, añadiendo el ingrediente de la exasperación. «Tendrá que aprender que no se me puede dejar tirado sin darme ni una explicación. Yo no trabajo así.»

A lo mejor ya había llegado el momento, reflexiona Terry, de dejar de pensar en Vic como «el Marica». «Vale, Vic, haré lo que pueda.»

«No esperaba menos de ti, compadre, y, conociéndote, sé que no me vas a fallar», dice el Marica ominosamente, y luego cuelga.

Dejarse intimidar con facilidad no forma parte del carácter de Terry. En su época se enfrentó a muchos maridos y novios celosos, y se cruzó con hombres cuyas pasiones destructivas los habían llevado al punto de enloquecer. Pero el Marica, la figura que antaño solo inspiraba un abyecto desprecio, le da ahora escalofríos, y se permite un estremecimiento culpable.

Permite que su pie se mueva hacia un lado y la puerta vuelve a abrirse. Entonces, con el rabillo del ojo, se da cuenta de que alguien lo está mirando. Es un hombre menudo y delgado con el pelo ralo por la parte de arriba, pero prominentemente abultado por los lados. Es el novio de Jinty; el hermanastro que vio en el Pub Sin Nombre. Seguro que ha venido a ver al viejo cabrón de arriba, piensa Terry.

Jonty se acerca a Terry. Da un paso hacia delante y hace que las puertas correderas se abran. Luego, que se cierren. Luego que se abran. Luego levanta la vista hacia Terry. «Pones el pie de una manera y se abren. Lo pones de la otra y se cierran. Sí señor.»

«Ya», asiente Terry.

Jonty hace que las puertas vuelvan a abrirse y a cerrarse de nuevo. A cierta distancia, en el vestíbulo, un hombre que lleva uniforma de guardia de seguridad frunce el ceño. Se dirige a ellos.

«Abierto. Cerrado», dice Jonty.

«Será mejor que lo dejes, colega. Viene el tío ese.»

«Ay», dice Jonty. «¿Las dejo abiertas o cerradas?»

«Cerradas», dice Terry al tiempo que coge a Jonty por el brazo y tira de él para acercarlo a sí. El guardia de seguridad se para a unos pocos metros, con los pulgares apoyados en la pretina del cinturón de sus pantalones de franela. Los contempla durante un segundo, luego se vuelve y pone rumbo de nuevo a su escritorio. Terry esboza una fina sonrisa. «Tú eres el hermano pequeño de Hank, ¿no?»

«¡Sí señor, Jonty MacKay! Ese soy yo. Sí señor. Ya lo creo.»

«Yo soy Terry. Terry Lawson. Soy el hermano mayor de Hank, bueno, el hermanastro mayor.»

Jonty mira a Terry expectante. «¿Eso significa que eres mi hermano?»

«Hermanastro, sí. Pero no te emociones, no es precisamente un club exclusivo.»

Jonty parece desanimarse ante tal pensamiento. «Ya me habían dicho que había otros, sí señor. Mi madre y tal. Sí señor, sí sí. Otros.»

«Muchos, compadre. ¿Y te apellidas MacKay?»

«Sí, porque lo cambié, como Hank y Karen, mis hermanos, cuando mi madre se fue con Billy MacKay. Sí señor, con Billy MacKay. Penicuik. Sí señor. Pero en realidad soy John Lawson.»

«Perfecto», dice Terry. «¿Vas a subir a verlo?»

«Sí señor, ya lo creo. ¿Tú vas a verlo?»

«A lo mejor más tarde, compadre.»

Jonty asiente y se prepara para marcharse. «¡Nos vemos, Terry! ¡Nos vemos, amigo!»

«Vale, colega», sonríe Terry mientras lo ve irse.

Y Terry espera a Alice mientras se fuma un cigarrillo del paquete que cogió del club de golf la noche anterior, después de que Ronnie derrotase a ese golfista profesional sudoroso en el último agujero. Había dejado de fumar hacía ocho años. Menos mal que el puto médico no dijo nada de tabaco y drogas; aunque probablemente es razonable suponer que, en el gravísimo estado en que se encuentra su corazón, la farla en particular no sea una idea maravillosa. Por si acaso, al darse cuenta de su debilidad, y notando la mirada ávida del guardia de seguridad, apaga el cigarrillo por la mitad y, pensando en Jonty, abre las puertas para tirarlo a la calle. No le quita ojo a la máquina expendedora durante casi diez minutos, resistiéndose a una barrita Dairy Milk de Cadbury, hasta que aparece su madre. Alice tiene aspecto frágil; es como si Terry la estuviese viendo por primera vez, y se ve impelido a cogerla del brazo, pero ella lo aparta de una sacudida.

Las puertas se abren y dos chicas entran en el hospital. A pesar de las píldoras de bromuro que le han dado para sofocar las erecciones, Terry siente que se insinúa un amago. Para sorpresa de Alice, se vuelve cara a la pared.

«Había un muchacho muy raro ahí arriba», dice Alice, con la boca fruncida en señal de desaprobación. «Estaba fuera mirando por el cristal, pero no se decidía a entrar.»

Terry asiente mientras atraviesan el aparcamiento en medio de un monótono calabobos. «Sí, nos hemos visto antes. Se llama Jonty. Otro de los bastardos que engendró ese viejo cabrón después de dejarte.»

Alice se encoge visiblemente mientras Terry le abre la puerta del taxi. Ella entra y él se dirige a su asiento; pone en marcha el motor y arranca. Se encuentra inmerso en un único pensamiento: NUNCA VOLVERÉ A ECHAR UN POLVO EN CONDICIONES. Pasa un rato antes de que oiga siquiera la voz de su madre. «¡Terry! ¡Que te estoy hablando! ¿Ni siquiera vas a preguntar cómo está?»

«Ya me has dicho que el cabrón se está muriendo, así que doy por hecho que de puta pena.»

Esto provoca el efecto deseado: detener a Alice en el acto, pero el abatimiento con que se deja caer sobre la despiadada tapicería del taxi provoca un espasmo de culpa en Terry. Su madre afirma en tono triste y pensativo: «No parece que vaya a tardar mucho.»

Terry no puede permitirse ni un solo latido de empatía ni de arrepentimiento por Henry. La extensión del odio que experimenta hacia ese hombre todavía lo asusta. Se siente más que feliz de dejar a Alice de nuevo en Sighthill. Al salir del taxi, ha dejado de llover, pero el cielo sigue cubierto de nubes negras y Alice le dice avergonzada: «Donna quiere entrar a verlo. Para enseñarle a Kasey Linn.»

«¿Qué?» Terry estira el cuello hacia delante. «Pero ¡si ni siquiera conoce a ese cabrón! ¿Y ahora va a llevar a la criatura a verlo?»

«Apenas conoce a su padre, así que tampoco se le puede afear que quiera conocer a su abuelo», dice Alice con voz queda, con tono más desanimado que beligerante, así que Terry se traga un suspiro y pone el taxi en marcha, arrancando sin decir adiós para dirigirse de nuevo al centro.

La lluvia ha vuelto, pero ahora cae en cortinas, y Terry enciende el limpiaparabrisas mientras atraviesa sin alegría el cansado tráfico del centro. Tras haber compaginado multitud de relaciones durante años, tras haber soportado una miríada de problemas, creía que la vida sin coitos al menos resultaría más clara. Sin embargo, parece estar volviéndose más compleja que nunca, pero sin ninguna recompensa. Decide regresar a Leith y a la sauna.

Cuando llega, Kelvin está en el mostrador. A Terry le resulta imposible mirar esos ojos achinados como de musaraña sin que le vengan las palabras FRAUDE FISCAL al cerebro. Aunque Kelvin nunca lo había llamado, habían intercambiado los números de teléfono a modo de desganado protocolo profesional, y lo había guardado en su teléfono con ese nombre. «¿Ni rastro de Jinty?» inquiere Terry mecánicamente.

«Ni rastro, y a Vic no le hace ni pizca de gracia», trina Kelvin con malicia. «Tenía ganas de ponerse en plan vudú con esa zorra», informa, mientras Terry mantiene la mirada clavada en él, «pero, por si acaso, también podías comprobar ese garito de George Street, ese al que iba los sábados por la noche. El Business Bar.»

«Vale», asiente Terry. «Conozco al dueño.»

De inmediato se da cuenta de que no debería haber revelado tal información, pues desencadena una serie de chanchullos acrobáticos en los ojos de Kelvin que podrían distinguirse desde el espacio exterior.

Luego llama Sara-Ann, y Terry lo coge para encontrarse en medio de una tormenta de acusaciones. «¿Dónde estás? ¿Dónde te has metido?»

Va al otro lado de la zona de recepción, fuera del alcance acústico de Kelvin. «Estaba liado, ¿vale?»

«¡Sí, seguro!», ruge Sara-Ann. «¡Nunca piensas en nadie más que en ti!»

Terry está a punto de desvelar su estado médico, pero se controla. Hay un par de chicas por allí, sentadas en los sofás, charlando y tomando café. Además, regla

número uno: que les den por culo a todos. «He llevado a mi madre a visitar a mi padre al hospital, luego he estado ayudando a un colega a buscar a una chavala del curro», y alza la voz para desvelar sus motivos: «Ha desaparecido.»

Sigue un corto silencio al otro lado de la línea, que Terry considera indicación de cierto arrepentimiento. A continuación llega un acercamiento. «¿Cuándo puedo verte?»

«Te llamaré por la mañana. No es por darte largas, pero es que estoy hasta el cuello ahora mismo.»

«¡Pues llámame de verdad! ¡Necesito verte!»

Hace un par de días, Terry pensaba en Sara-Ann como en una mujer hermosa, y se sentía exaltado en su compañía. Pero ahora que no se la puede tirar, lo único que ve son problemas y necesidades.

El silencio inusual en el trayecto hasta Musselburgh —roto solo por la leve respiración de Terry y los crujidos del motor— está empezando a tocarme las narices. Vuelvo al teléfono, recorro los correos electrónicos mientras miro por la ventana para ver los destellos de sol entre los árboles desaliñados. Quizá es solo una pequeña señal de que Dios aún no ha abandonado por completo este lugar.

Terry debe de ser el único capullo al que nunca he querido despedir. Por qué, esa es la pregunta que me carcome durante todo el trayecto. Llevo un negocio, y lo primero que quiero comprobar es el currículum de cualquier empleado. Soy la estrella (la puta, la jodida ESTRELLA) de un programa de televisión en el que siempre estoy repitiendo lo mismo. Así que ¿por qué contraté a Terry, un golfo de barrio, si no sé nada de él? Supongo que porque no quiere nada de mí. Supongo que porque dijo que no. Pero es mi puto chófer, ¡y es él quien me mangonea! A este mamonazo le aguanto mierdas que no le he aguantado a nadie.

Dios, dame poder para resistirme a este capullo lleno de tirabuzones y extraño carisma y a sus drogas mierdosas de barrio…

Pero coño, tengo que admitir que odio verlo así de abatido. Debe de haber algo que pueda hacer para animarlo. Me llega una inspiración súbita. «¿Sabes, Terry? Cuando concluya este negocio y consiga la segunda y la tercera botella de la Trinidad Bowcullen, tú y yo vamos a abrir una y nos vamos a echar un buen trago.»

«Claro», dice Terry con pesadez, como si le hubiese sugerido que se tirase el resto de su vida comiendo de la beneficencia, «pero tú dijiste que la inversión eran las tres botellas juntas. Que el valor residía en la Trinidad, y las otras dos solas no valían un colín.»

Me pregunto qué será un colín; seguramente algún nombre escocés para las libras o alguna fracción.

«¡Pues sí, pero hay que vivir la vida! Si consigo dos, pues esa será la inversión. Entonces haré saber que la tercera se ha consumido. Y así la demanda por las dos existentes crecerá aún más, una vez que nos inventemos una buena trola para los medios de comunicación que explique por qué nos vimos obligados a bebernos la tercera. ¡Vamos! ¡Vamos a vencer a ese hijoputa para celebrarlo!»

Terry no parece entusiasmado. «Estás vendiendo la piel del oso antes de cazarlo, Ronnie; tal y como están las cosas, solo tienes una botella. No deberías dar nada por sentado.»

«Deja de hablar como un fracasado, Terry. Piensa en positivo y disfruta al máximo de la vida. Está cantadísimo. Yo juego con un *handicap* del cinco, él del siete; por si fuese poco, ya he jugado seis veces cara a cara contra ese mamón holandés, y he ganado cinco. Vamos, colega, piénsalo, una botella de whisky de cien

mil dólares, el más caro que ha habido nunca en el mundo, ¿y quién se la va a beber? ¡Los mendas! Te hace ilusión, ¿no?»

«Estoy impaciente.»

Estoy intentando ver de qué va este puto cambio de humor. «La monada esa con la que andas te ha estado tocando las pelotas, ¿no? ¿La antisistema? ¡No te preocupes por ella, coño! ¿Qué dijiste tú de los autobuses y los coños?»

Terry se mordisquea el labio superior, como si estuviese a punto de decir algo, pero al final decide dejarlo correr. Paramos en el aparcamiento y vamos a tomar una copa a la casa club. Nos hemos decidido por Musselburgh, ya que Muirfield es demasiado famoso. El pasillo que conduce al bar es oscuro y estrecho. Al final hay un resplandor que sugiere luz sin prometerla necesariamente. Los escoceses parecen haber incorporado la oscuridad exterior a la arquitectura y el diseño, lo cual proyecta sombríos rincones que recuerdan cavidades ocultas; también la han introducido en el carácter de sus gentes, que está plagado de cámaras recónditas y tenebrosas. El *broker*, Milroy, se une a nosotros. Es un tío con cara de preocupación, pinta de director de funeraria, el pelo bien corto con entradas y unos ojos nerviosos y grises de traumatizado que espera que el dolor le meta otra patada en el culo. Pero el hijoputa que se merece una buena agonía es el cabrón de Mortimer, que todavía no ha aparecido con el whisky.

Lo llamo y me dice que acaba de salir del aeropuerto de Edimburgo porque su vuelo de Londres se ha retrasado. Mierda tercermundista.

Llamo a Lars para contárselo y no le hace ni pizca de gracia, pero se siente mejor cuando le propongo un partido de golf. Él y su secuaz, que estrecha la mano de Terry, llegan un poco más tarde. Lars dice que ha estado perfeccionando su juego y que quiere sorprenderme cuando nos disputemos el whisky, así que prefiere irse con su colega, el ceporro rubio nazi con ojos azules que, como rayos láser, parecen estar perpetuamente buscando algo que destruir. Dejamos que se adelanten, mientras que Milroy y yo decidimos jugar uno contra el otro. Terry nos hace de *caddie*, es decir, que se pone a hablar furtivamente por el móvil, seguramente con algún chochito, a lo mejor con la monada antisistema, mientras el juego avanza.

Mortimer acaba por llegar, con una gabardina y unos guantes de piel; lleva el whisky en una bolsa de viaje, tal y como le indiqué. Hace un amago de abrir la boca, pero decido que la penitencia de ese capullo será seguirme por el campo. ¡Que le den al puto estirado abolicionista! Al final acepta, pero pone cara de cordero degollado.

El *broker*, Milroy, no juega nada mal para tener un *handicap* de diez, pero hay un par de gilipollas detrás de nosotros, y en cada punto de salida se ponen a comentar lo lentos que somos. Uno tiene el pelo oscuro y grasiento, la cara demacrada y no deja de guiñar los ojos, como si fuese una criatura subterránea poco habituada a la claridad, incluso a esta luz macilenta. El otro caraculo, más achaparrado y de pelo castaño, permanece casi inmóvil, pero los ojos se le mueven maliciosamente. Ambos apestan a escoria y a problemas. Al llegar al hoyo noveno, una calle estrecha y

rodeada de gruesos árboles, justo cuando estoy a punto de dar el primer golpe, el tío de la cara flaca me dice a gritos que quieren pasar ellos primero.

«¿Qué?» No doy crédito.

«Tendréis que esperar vuestro turno», dice Mortimer.

El muy cretino ignora a Mortimer y me mira a mí. «Sois demasiado lentos. Vais tan lento que dais pena.»

«¡Os esperáis a vuestro puto turno! ¿Quién cojones os creéis que sois, mamones?»

«¡Que te den por culo, puto yanqui!», dice el de los rizos grasientos, y salta hacia delante y pone su cara contra la mía. Ha habido un contacto mínimo, pero ha habido contacto, así que, pensando en la denuncia, me echo hacia atrás trastabillando, doblado y cogiéndome la nariz, como hacen esos maricones de los jugadores de fútbol en la tele.

«¡Capullo! ¿Has visto lo que ha hecho? ¿Lo habéis visto todos?»

«Se ha metido usted en un buen aprieto legal», ladra Mortimer al tiempo que viene a rescatarme; me ayuda a enderezarme. También Milroy, que me pregunta si tengo la nariz rota.

«Pero ¡si apenas lo he tocado!», grita el maleante. «¡Si no ha habido contacto!»

Entonces Terry se abalanza sobre él. «Ya te enseñaré yo lo que es el contacto, soplapollas», y coge el hierro del minigolf y se lo estampa en la espinilla al camorrista de pelo grasiento.

El muy ceporro suelta un chillido y cae al suelo. «Cabronazo…, me has roto la puta pierna», grita, levantando la vista hacia nosotros.

«Pues la próxima vez te rompo el cráneo, so mamón», dice Terry mirando hacia abajo. El compañero del malhechor, más fornido, está de pie, abriendo y cerrando los puños. «¿No querrás esto enroscado en el careto?», pregunta Terry.

«No», dice el capullo castaño, y empieza a retroceder.

Me libro de las atenciones de Mortimer y, señalando al maleante, cuyo amigo lo ayuda a marcharse, les grito: «¡Nos has atacado, y voy a meteros un paquete!»

«¡Él le ha pegado a mi amigo!» El colega del agresor señala a Terry.

«Eso ha sido en defensa propia, gilipollas barriobajeros de mierda.»

«¡Eso, putos peleles, al carajo!», grita Terry, blandiendo el palo. Así que los tíos cogen sus cosas y se largan; el capullo cojo se apoya en su amigo.

«Gracias, Terry.» Le hago un gesto con la cabeza a Mortimer. «Tenemos que llamar a la policía…»

«Bah, déjalo», dice Terry. «Acuérdate: hay que dejar a la poli siempre al margen. Joder, Ronnie, se supone que tienes que ser un rebelde, un puto fuera de la ley, no un capullo privilegiado de la Ivy League», añade mirando a Mortimer, al que se la acaba de meter doblada.

Terry me ha hecho pensar con eso. «Supongo, pero…»

«Tú estás bien, ese tío solo estaba presumiendo y tratando de intimidarte. Si de veras hubiese querido meterte un cabezazo lo habría hecho. Ha quedado en condiciones mucho peores que tú.»

«Me fastidia tener que reconocerlo, pero tiene razón», dice Mortimer. «Ya has tenido tu ración de mala prensa con la policía local, Ron. No queremos que nada más pueda comprometer el trato de East Lothian.»

Contemplo cómo el muy soplapollas se aleja cojeando con su colega. Luego le suelto a Terry una sonrisa enorme. «Los has jodido pero bien. ¡Coño, Terry, menudo salvaje estás hecho!»

«Se me da mejor el amor que la guerra, Ronnie, o al menos así era. Pero siempre he creído en un único golpe decisivo. Pueden pasar dos cosas: que se vayan a tomar por culo o que se pongan serios.»

«Joder…» Veo a esos barriobajeros inútiles detrás de los árboles; se dirigen a la casa club y al aparcamiento. «¿Y si llegan a ponerse serios?»

«Entonces hay que llamar a la ambulancia», ríe Terry, «probablemente para mí. En mi época tenía reputación de ser duro de pelar, ya ves. ¿Sabes por qué?»

«Supongo que por no dejar pasar ni una.»

«No. Un mito.»

«¿Por tener aliados chungos?»

«Por ahí van los tiros. Lo importante es saber de quién hay que hacerse amigo. Pero sobre todo, fue por elegir con cuidado a mis oponentes.» Terry levanta la vista hacia la casa club. Ya no se ve a los capullos. «Esos tíos no iban a hacer nada: se notaba solo con verlos.»

«Elegir las batallas siempre es un buen consejo.» Le lanzo una mirada fulminante a Mortimer mientras Lars y su colega, que han presenciado el revuelo a distancia, desde el hoyo once, se dirigen hacia nosotros.

Lars está bastante nervioso. «¿Qué ha pasado? ¿Ha habido una pelea? Jens podía…»

«Terry lo ha arreglado todo, y de qué manera», les digo.

«¿Dónde está el whisky?», pregunta Lars.

«Aquí.» Milroy mira a Mortimer, que coge la bolsa de viaje y la abre.

Me doy cuenta al instante, por la cara de Mortimer, de que algo va mal, horriblemente mal. Es como una mano que me aprieta los putos intestinos. Miro hacia el cielo, aspirando, intentando que me llegue alguna inspiración divina.

Por favor, Dios…

«¡No está!», chilla Mortimer. «No puede ser, si lleva todo el rato aquí a mi lado…»

¡POR FAVOR, DIOS TODOPODEROSO, SEÑOR INFINITO DE TODAS LAS COSAS, NO DEJES QUE ME OCURRA ESTO!

«¿Has…?» Miro hacia la casa club.

Por favor, Dios…

No hay ni rastro de los cabrones…

«Cuando hostié al tipo, o antes, ¿os fijasteis en si alguno de ellos sacaba la botella de la bolsa?», pregunta Terry, mirándome con urgencia a mí y luego a Mortimer.

«No… No creo.» Mortimer chilla como un maricón vestido de cuero paseando por el distrito de los Mataderos de Nueva York.

«No… No sé…» No puedo pensar con claridad… «Tenía la cara cubierta cuando me ha pegado, no sé…»

«¡¿Qué es esto?!», estalla Lars.

«De lo que sí estoy seguro es de que tenían una bolsa… parecida…, a lo mejor se han equivocado.» La nuez de Mortimer sube y baja.

«Oye», grita Terry, mirándome, «no me gusta mezclar a la poli en nada, nunca. Pero estoy empezando a pensar que a lo mejor tendría que callarme la boca…»

«¡Yo los llamo!», aúlla Milroy, el *broker*.

«¡Has…! ¡Has perdido nuestro whisky!», dice Lars con voz entrecortada acercando su cara a la mía.

Pero yo estoy mirando a Mortimer. «Puto cabrón… ¡Capullo inepto, incompetente! ¡Eres historia, chaval! ¡Considérate despedido!»

Mortimer mira a Milroy y luego a mí. «Pero si yo no… Yo no… ¿Qué pasa con el trato de East Lothian?»

«¡¡¡QUE LE DEN POR CULO A ESA MIERDA!!! ¡ESOS HIJOS DE PUTA TIENEN MI WHISKY! ¿NO TE ENTERAS O QUÉ? ¡ME LA SUDAN LAS TIERRAS Y LOS ACUERDOS DE CONSTRUCCIÓN! ¡¡¡SOLO ME IMPORTA MI WHISKY!!! ¡DESPEDIDO! ¡DESPEDIDO! ¡DESPEDIDO! ¡FUERA DE MI VISTA YA!»

Mortimer retrocede unos cuantos pasos, parpadeando y tragando saliva, pero no se va. Lars avanza hasta plantarse justo delante de mí.

«Es nuestro whisky, y, si no está, tendrás que vender tu propia botella», gimotea, «¡porque la mitad es mía!»

«Si has sido tú quien…», suelto, mirándole a los ojos.

Me devuelve una mirada de pistolero. «¡Yo no he hecho nada! ¡O la has cagado o me la estás jugando!»

«Nadie te la está jugando», le respondo a gritos, mientras veo que Mortimer sigue temblando, y Milroy habla con los polis, describiéndoles frenético los detalles del robo.

«Oye, seguro que la poli los trinca», dice Terry. «A lo mejor alguien tiene una descripción del coche. Vayamos al bar a ver qué dicen.»

Buena idea. Me vuelvo hacia Mortimer.

«¡MORTIMER! ¡ENCUENTRA EL PUTO WHISKY!»

«Pero… Pero si has dicho que estoy despedido…»

«Todavía no», replico con el ceño fruncido. «Cuando decida despedirte seré frío, conciso y cruel; cruel al modo forense, como en una entrevista de salida. Te voy a destripar, te voy a sacar todos los millones de fallos que has cometido para que los

analices mientras intentas reordenar los escombros de tu vida. ¡Parecerá la escena de un crimen psíquico! Pero hasta que me haya recompuesto lo bastante para hacerlo, sigues en nómina», le explico. «¡Y ahora encuentra mi whisky!»

«Pero, Ron, tengo una reunión en la ciudad con los constructores de Haddington.»

«¡CANCÉLALA! ¡NI SE TE OCURRA OCUPARTE DE NADA MÁS HASTA QUE RECUPERE MI WHISKY!»

Voy a los aseos, me arrodillo en el suelo y rezo porque mi botella de la Trinidad Bowcullen vuelva sana y salva, y porque arresten a todos los gusanos retorcidos, traicioneros e incompetentes que han contribuido a la pérdida de la segunda botella de tan preciada creación.

Dios querido, ¿debo inferir que no me consideras un digno guardián de la Trinidad Bowcullen? ¿He sido demasiado egoísta y vano? Esto era una cuestión personal, Padre. No te he pedido ayuda para crear empleo del sector terciario para los trabajadores locales ni oportunidades para la comunidad de inversores. Esta cosa, esta cosita mínima, era para Ron. ¿Acaso he pedido demasiado? Dame una señal, oh, Padre.

Cuando regreso, hay un poli presente. Nos dice que han detenido a los cabrones, pero que no hay ni rastro del whisky. «No lo tienen en su posesión. Afirman no saber nada del asunto.»

«¿Y qué cojones vais a hacer al respecto?»

«Quédese tranquilo, lo estamos buscando.»

Quédese tranquilo. No me quedo tranquilo, joder. Me hace falta toda la paciencia y la fuerza con las que me ha bendecido el Señor para mantener la boca cerrada. Terry, Milroy el *broker*, y yo nos dirigimos al taxi. No me hace gracia perder de vista a Mortimer, pero no quiero que esa criatura despreciable venga en el coche con nosotros.

Regresamos a la ciudad en medio de un tenso silencio que Terry rompe. «Oye, compadre», dice, mirándonos a Milroy y a mí por el espejo, «no me gusta andar señalando, no es mi estilo, pero ¿qué sabes del cabrón ese de Mortimer?»

«¡Todo! ¡Es directivo en la empresa! Sé mucho más de él de lo que sé de ti», le grito, «aparte de que eres un puto traficante y pornógrafo.»

«Pues ahí voy.» Terry guarda la calma. «Conmigo las cosas están claras. Se ve lo que hay. Pero ese cabrón de Mortimer… Es un iceberg: la mayor parte de él flota por debajo de la superficie.» Levanta una mano para imitar la acción. «¿Estuvo contigo en la facultad de Económicas de Harvard?»

«No, es de Yale, pero ¿qué más da?»

«Universidades rivales, o eso dicen, ¿no?», reflexiona Terry con ambas manos puestas de nuevo en el volante.

«Sí, pero…» Intento buscar una explicación mientras Milroy traga saliva y dice suavemente, para sí: «Algo va mal.»

«Eres del Sur, ¿no? Y seguro que él es del Norte, ¿a que sí?»

«Sí…»

«Así que tenemos la rivalidad histórica de las escuelas y la división Norte-Sur; y seguro que es de buena familia y todo.»

Dios, es como si viera la cara de sosaina de Mortimer y sus ridículas camisas abotonadas, y oliera esa nauseabunda loción para después del afeitado que usa para cubrir la peste a traidor. «¡Ese mamón servil! Nunca pensé que pudiese caer tan bajo…»

«A mí me parece que es él», dice Terry encogiéndose de hombros. «Tiene acceso a tu cuenta personal de correo electrónico, ¿no? Yo se lo quitaría, compadre, más que nada por precaución, vaya.»

«No me puedo creer que…»

«Alguien tiene que decirlo: ese cabrón ha quedado desplazado por la entrada en escena de Juice Terry.»

¡Y Terry ha dado en el clavo! «¿Sabes que está obsesionado contigo? ¡No ha dejado de soltar indirectas sobre tu poca fiabilidad!»

«Sí, ¿eh? Qué oportuno», dice Terry mirando a su alrededor. «A mí me parece que es un interesado al que le falta tu visión, Ronnie. Todo el rato pensando en la tajada que iba a sacar del trato con los de Haddington. Seguro que iba a ser un pastón.»

«La comisión es buena, y hay un extra por gestión, porque fue él quien encontró al imbécil este a través de unos contactos que hizo cuando estuvimos aquí para la obra de Nairn…»

«No le gustan las correrías estas del whisky, compadre.» Terry me mira por el retrovisor, echando hacia atrás la fregona que tiene por melena. «Cree que te descentran. Así que no me sorprendería que estuviese intentando hundirte la operación whisky por su propio interés, además de por puro rencor, claro.»

Terry será un barriobajero en muchos aspectos, pero está claro que tiene buen ojo para la condición humana. Me vuelve a sonar el teléfono y es Lars. Me dice que su *broker* va a llamar a Milroy para que contrate a una agencia de recuperación que busque el whisky. Me alegro; a los inútiles de los maderos se la suda.

Mortimer.

Si ese traidor tiene las manos manchadas, me cargo al puto Judas, así que ayúdame, Señor.

«Vivir en Penicuik me gusta cantidad, vivo con mamá y tengo amigos de verdad.» Escribí este poema hace mucho, en el colegio. Pero no era cierto: no tenía tantos amigos en Penicuik porque todos se burlaban de mí. Ya te digo, así era. Y Gorgie se está volviendo igual. Incluso peor que Penicuik, la verdad. En Penicuik no hay un sitio tan horrible como el Pub Sin Nombre. No señor, no lo hay.

Porque por lo menos allí están mi madre y mi hermana. Mientras que en Gorgie está solo Hank, pero ahora él tiene su propia familia. Ya sé que no tiene críos, pero hay que contar a Morag. Sí señor, su propia familia, eso le digo a Hank, le digo: «Ahora tienes tu propia familia.» Sí, yo tengo a Karen y a mamá, aunque las dos estén engordando muchísimo.

Así que he vuelto a mi casa de siempre, estoy en la sala de estar, y Karen está sentada en una silla comiendo galletas. Ha puesto dos hojaldres de salchicha en el microondas, ya te digo. Hay un olor característico en la casa, ese olor que yo llamo de lavado y enjabonado. «Bueno, pues será que te ha dejado definitivamente, Jonty. Iba a ocurrir antes o después, con una tipa como Jinty. Una caprichosa. Estaba cantado.»

«Cantado», repito.

«Una caprichosa, eso era Jinty. Te mereces algo mejor, querido.»

Sigo llevando su teléfono siempre encima. Algunas veces suena, y veo que sale un nombre, como por ejemplo ANGIE, pero no le hago ni caso. Esta vez es el mío el que suena en el bolsillo, no el de Jinty. Es Raymond Gittings, sé que es él porque sale su nombre. Sí, es chachi que aparezca el nombre, así sabes quién es, sí señor, lo sabes. Nunca le hago caso al teléfono de Jinty. Maggie, April, Fiona B, Fiona C, Angie, sencillamente espero a que salte el contestador para que dejen un mensaje. Después pongo los mensajes y le pego el teléfono a la oreja fría de Jinty, y así Dios ve desde el cielo que no estoy escuchando sus cosas.

Pero esta vez suena mi teléfono, y es Raymond.

«Raymond, sabía que eras tú, sales en el identificador de llamadas, anda que no. He visto tu nombre y he dicho: es Raymond.»

«Sí, Jonty, el identificador de llamadas está muy bien.»

«¿Verdad que sí, Raymond? ¡Identificador de llamadas!»

«Escucha, tengo un trabajito para ti. Un par de pisos de una asociación de viviendas en Inch. Hay daños por humo, Jonty. Yo ya estoy aquí, coleguita. He traído las escaleras, un mono extra y todo lo demás. Pero necesito que me eches una mano, Jonty. Sé que tú te mueves a pie o en transporte público, pero ¿cuánto crees que podrías tardar en bajar hasta aquí?»

«Podría estar allí dentro de una hora, señor. ¡Sí señor, una hora!»

«Sabía que podía contar contigo, Jonty. Te veo dentro de una hora en el 61 de Inchview Gardens.»

«Verás, es que no estoy en Gorgie, estoy en casa de mi madre en Penicuik. Sí señor, ya te digo. Tengo que coger un autobús, solo un autobús.»

«Pues te veo dentro de una hora, Jonty», insiste Raymond y cuelga el teléfono.

No tendría que pasarme, pero a veces siento en el pecho mucho estrés cuando hablo, sí señor, estrés en el pecho, como si las arañas se pusieran a corretear ahí dentro. Sí. Ya sé que tengo que pintar el Pub Sin Nombre, pero tengo que ser fiel a Raymond, incluso si eso significa trabajar en el Pub Sin Nombre por las noches. «Tengo que irme ya», le digo a Karen, «sí, sí.»

A Karen no le hace gracia, porque ha ido a la cocina, ha traído los hojaldres de salchicha y unas galletas con pepitas de chocolate en un plato, de las que parecen americanas. Comer tanta comida yanqui la está engordando un montón. «Pero ¡si acabas de llegar!»

«Me ha salido un trabajo, sí, un trabajo, y no puedo decir que no, Karen, no si solo tengo que coger un autobús, claro que no, porque normalmente tengo que coger dos autobuses hasta Inch, sí señor, dos autobuses. Uno hasta The Bridges desde Gorgie y otro para ir hasta Inch. Es la misma carretera de Penicuik, sí señor, pero no tan lejos como Penicuik, no señor, de eso nada.»

«Ya lo sé, Jonty. Ya sé que para ir a Inch solo tienes que coger un autobús.» Tiene un diente muerto, casi negro. No sé si tiene arreglo. Pero peor es comer comida yanqui. Está bien para los americanos, pueden engordar lo que quieran porque viven en casas grandes y tienen coches grandes, como los de Film Station 4. Sí señor, ahí salen todo el tiempo.

Entonces pienso que tengo suficiente para el billete de bus y me pongo de pie. «Me voy.»

«¿No te quedas a tomar un hojaldre?» Karen tiene la boca abierta pero los ojos entrecerrados.

«No. Me voy pitando. Sí señor.»

Karen está disgustada, porque ha tenido que salir por la ciudad antes a por los hojaldres de salchicha, y cuando digo ciudad me refiero a Penicuik, no a Edimburgo, porque está demasiado lejos para que Karen vaya andando. Aunque, bueno, si Karen fuera hasta allí, quemaría un poco de grasa. ¡Anda que no!

«Pero ¡si te los he traído especialmente del Greggs!»

«Nah, me voy pitando, salgo ya.»

«Pero ¡se echarán a perder!»

«Seguro que no, en esta casa no, y lo sabes. Cómete los dos.» Abro la puerta.

«¿Cómo voy a comerme los dos?», grita, pero seguro que se los come, sí señor, seguro.

«¡Pues dáselos a mamá!»

«Ya tiene dos», chilla Karen.

Pero salgo y me voy pitando a la parada de autobús. ¡No hay tiempo que perder! Genial, porque en ese momento veo llegar el bus, justo a tiempo, rumbo a la ciudad. Sí señor, directo a la ciudad, pero pasando por Inch, que es donde tengo que bajarme. Cuando llego al piso veo allí a Raymond Gittings. «Hola, Raymond. ¿Qué hay, amigo?»

«Pero ¡si es mi colega Jonty! ¡Un tío de fiar! Sabía que podía contar contigo», dice Raymond y me enseña el piso.

Pero el corazón se me pone fatal, porque Raymond acaba de decirme lo que Jinty siempre me decía. Que era más de fiar que los demás chicos, que nunca hacía daño a nadie, que siempre se podía contar conmigo.

Y mira cómo ha acabado todo. Jinty está fría, y yo no puedo decir esa palabra, la palabra esa significa que ya no vas a volver, la que empieza por «m», porque sigo esperando que Jinty se despierte, pero sé, sé en el fondo de mi mal corazón, que en realidad no va a despertarse, y ahora con ese olor, ese olor tan, tan horrible… Sí señor, sí señor, sí señor.

Y Raymond dice que en cuanto hayamos pintado los pisos, los alquilarán y sacarán dinero, así que hay que ponerse en marcha. Me lo va a poner difícil con el Pub Sin Nombre, pero al menos por la noche puede uno evitar las lenguas viperinas. Sí señor, no puedo estar trabajando con lenguas viperinas. No, no puedo.

Así que empiezo, y voy dando la pintura con brochazos suaves y regulares, y pienso que si consigo una pintura de un tono bonito, podría pintar a Jinty de un color distinto del azul que ha cogido. Había una chica en una película de James Bond que estaba cubierta de oro, y Jinty se merece eso mismo: que la pinte de oro, porque casi siempre, cuando no iba al Pub Sin Nombre ni se metía porquerías por la nariz, valía su peso en oro.

Y antes de que me dé cuenta, Raymond Gittings está debajo de mí, porque estoy subido muy alto en la escalera, y dice: «¡Hala! Es increíble, Jonty. No puedo creer que hayas hecho todo esto. Alucinante. Te has ganado otras cinco libras. ¿Todo bien ahí arriba, Jonty? ¡Hola! ¿No estarás llorando?»

Bajo de la escalera. «No señor, son los vapores», le digo, pero sí estoy llorando, porque lloro en secreto cuando alguien es tan bueno conmigo como Raymond. Recojo y voy a coger los autobuses, dos autobuses, de vuelta a Gorgie.

Dejo atrás mi casa, el Pub Sin Nombre, incluso el McDonald’s. Voy al taller y compro pintura dorada. Solo la tienen en aerosol. El chico me pregunta para qué la quiero, y le contesto que voy a pintar una estatua a tamaño real. El chico me explica que necesito media docena y que no me sale a cuenta, que sería mejor buscar un proveedor o encargar pintura dorada. Yo contesto que la necesito ahora. Me cuesta casi todo lo que he ganado, pero vale la pena.

Lo bueno es que todavía tengo suficiente para merendar unos McNuggets. Cuando pinto nunca hago una pausa para almorzar, así que comeré ahora. Cuento los McNuggets, y hay catorce. Entonces alzo la mirada y veo a mi primo Malky de pie

frente a mí. «¡Hola, Jonty! Pasaba por aquí y te he visto por la ventana.» Mira a su alrededor, bastante incómodo.

«¡Hola, Malky! ¿Vienes a merendar algo?»

«Esto… No, he quedado con un colega de los taxis para tomar una pinta rápida en el BMC Club. Claro que las cosas por allí se pueden complicar un poco, así que no nos quedaremos mucho tiempo. Y luego nos vamos a Magnum, en New Town. Sirven unos platazos de pollo empanando…», y mira mis McNuggets. «Pero pollo de verdad. Supongo que también pondrán unos buenos filetes de merluza.»

«Filetes de merluza.»

«Nos acompañará Derek Anstruther», y se toca la nariz, «un amigo que está, por así decirlo, al tanto de ciertos tejemanejes de por ahí», y señala hacia fuera con la cabeza.

«¿En el BMC?»

«¡No! En el estadio, en Tynecastle.»

«Ryan Stevenson lleva unos tatuajes chulísimos en el cuello.»

«Sí, bueno, son bastante coloridos, eso es cierto.»

«Sí, pero duele mucho hacérselos ahí; eso demuestra que Ryan Stevenson es un tipo duro. Si yo tuviera que elegir un centrocampista, elegiría a Ryan Stevenson, porque parece un tipo duro.»

«Tiene lógica, Jonty. ¿Qué llevas en la bolsa?» Levanta uno de los aerosoles. «Espero que no seas uno de esos grafiteros de los que habla la gente, ¿eh, Jonty? Un chavalote de barrio.»

«No señor, no señor, de eso nada», y nos echamos unas buenas risas Malky y yo, anda que no, y luego me pregunta por mamá y Karen y Hank, y después se marcha al BMC. ¡Sí, qué risa!

Pero para cuando llego al piso después de merendar y de andar por la calle, me siento frío y solo. Porque las risas ya han pasado. Eso es lo que suele ocurrir: te echas unas risas, luego se acaban y al final ya no tiene gracia. Porque hace frío.

Jinty.

Lo siento, Jinty, lo siento, cariño, pero tengo que sacarte ya de casa. No quiero ir a la cárcel, Jinty, por el olor, no señor, no señor, no señor, a la cárcel no. No, no, no, después de lo que le pasó a Maurice, a tu propio padre, que se echó a perder en la cárcel.

Tengo un poco de carne picada de Morrisons en la nevera, Jinty. Sí señor, carne picada, señor. Por la mañana le quitaré la grasa y la cocinaré con guisantes y haré puré de patatas. ¡Comida casera! No se puede comer siempre en el McDonald’s, Jinty, porque no querrás que piensen que te crees superior por tener trabajo. Además, es genial de vez en cuando comer patatas de verdad. Eso es algo que siempre me ha gustado de ti, Jinty: muchas chicas son muy perezosas en la cocina, pero tú siempre pelabas las patatas. Sí, no te importaba pelar patatas. Si alguien me preguntaba:

«¿Jinty es buena cocinera?», yo contestaba: «Claro, no le importa pelar patatas, ya te digo, no le importa.»

Sí, Jinty valía casi siempre su peso en oro, así que tiene que ser de oro. Pongo todos los periódicos viejos y las bolsas de plástico que me ha dado mamá en el suelo. Y luego levanto a Jinty de la cama y la pongo encima con cuidado. Salgo a buscar el gorro de baño que siempre se ponía, se lo coloco en la cabeza para no pintarle el pelo. Jinty siempre ha sido muy cuidadosa con el pelo. Después empiezo a rociarla con pintura. Primero la cabeza y el gorro de baño, luego la cara, el cuello, los brazos, las tetas, la tripa, luego otro bote, los muslos, las rodillas, las espinillas, los pies. Cubro todo lo que puedo por los costados. Traigo la estufa y la enciendo a tope para que se seque la pintura.

Pongo el DVD de *Escuela de jóvenes asesinos*, porque salen unas chicas muy chachis. Chicas chachis vestidas de negro. Pero he visto que una de ellas ahora está muy vieja, sale en otra película. Aunque sigue vistiendo de negro. Después pongo *Encuentros en la tercera fase*. Jinty y yo siempre decíamos di-di-di-di-di al final. Cuando vuelvo, Jinty está seca y tiene una pinta chachi. Le doy la vuelta y le pinto el otro lado. Veo *Nacido el 4 de julio* y después *Platoon*. Es bueno que la gente vea películas de guerra. Si todo el mundo viera películas de guerra, sabría que la guerra está mal y dejaría de luchar. Lo que sí está mal es que hay demasiadas películas de paz. Por eso la gente no puede ver con sus propios ojos que la guerra está mal. No señor, claro que no.

Cuando vuelvo al dormitorio, Jinty está seca. El dorado le ha quedado chachi. Como una estatua, pero sigue siendo Jinty. Aunque todavía es pronto, así que doy un repaso a todas mis películas de Bond. Como no encuentro la de la chica de oro, acabo viendo *Operación trueno*, que es muy vieja, aunque buena, a pesar de todo.

Cuando acaba, ya es tarde, y miro por la ventana. No hay nadie en la calle, y casi no se oyen coches. Así que envuelvo su cuerpo dorado en el edredón de los Hearts que compramos en la tienda del equipo las Navidades pasadas y la bajo por las escaleras. La agarro de los tobillos y la arrastro detrás de mí. Si alguien aparece ahora, estoy perdido. Aunque sean las cuatro de la mañana, seguro que hay gente haciendo turnos de noche y tal. Pero Jinty huele mal y tengo que librarme de ella. No puedo mirar atrás porque sé que se está dando golpes en la cabeza y no me gusta, no señor, no me gusta, pero tengo que sacarla de la casa y tengo que hacer que parezca que no volvió después del huracán Tocapelotas.

Llegamos al pie de la escalera y salgo al patio trasero a coger una carretilla que hay allí. Coloco a Jinty dentro y voy con ella calle abajo. La lluvia pincha como agujas. Empujo la carretilla mientras la lluvia fría, casi helada, me azota la cara y las manos y moja los mangos de la carretilla. El edredón de los Hearts está empapado y se distingue cada vez más la silueta del cuerpo de Jinty. No es que eso no me preocupe, pero me preocupan más mis manos; ojalá me hubiera puesto guantes, pienso. Hace mucho frío y la lluvia es casi aguanieve que muerde, sí señor, vaya

mordiscos me da. Las calles están vacías, después pasa un coche, y en ese momento siento arañas muy intensas en el pecho, pero al final el coche no se para.

Está todo desierto, pero por Haymarket seguro que hay gente. No puedo arriesgarme a que me vean, no señor, claro que no. Así que cojo otro camino, y Jinty sigue acurrucada dentro del edredón de los Hearts. Es un trabajo duro, pero llego a la parte de atrás de la estación, donde están las vías del tranvía. Hay una valla, pero tiene una apertura, así que paso yo primero y después arrastro a Jinty a través del hueco. Me cuesta un poco, pero es porque el edredón de los Hearts se ha enganchado a la valla. Voy buscando un buen sitio para dejarla, mientras la arrastro por este suelo lleno de baches, cemento y ladrillos.

Llegamos a la parte del puente y miro hacia abajo, precisamente al lugar adonde Jinty va a ir a parar. La tiro al enorme agujero forrado con tablones de madera y varas de acero por dentro. Mientras cae, se me para el corazón, hasta que veo que ha caído justo al fondo de la caja y no sobre las puntas de metal. Sí señor, me alegro mucho, porque habría sido espantoso, realmente espantoso que cayera en las puntas. Han debido de cavar bastante, porque es difícil verla ahí abajo, aunque su hombro dorado asoma ligeramente del edredón de los Hearts. Entonces bajo al fondo del puente y miro dentro del agujero del que salen las varas de acero. Empiezo a llenarlo con escombros, empujo con el pie montones de tierra que caen sobre ella y la cubren. Luego digo: «Chao, cariño», y me vuelvo hacia casa.

Espero que la cubran de cemento y nada más, pero sé que probablemente la encuentren.

Doy un rodeo para volver por otro camino, por la calle grande y ancha. Cuando llego a Haymarket se para un taxi.

Joder, esto de no poder echar un polvo me está volviendo loco. Pero loco de verdad: loco de escuchar voces en la cabeza, loco de tener pensamientos oscuros…, loquísimo de remate. Hago todos los turnos que puedo, bebo mariconadas como tés con cafeína para mantenerme despierto y distraerme. A estas horas y en esta época del año solo hay gente que curra de noche, casi ninguna titi con ropa ligera que pueda torturarme. Menos las empleadas del banco Standard Life: esas siempre están al pie del cañón.

Ayer fue un día bastante chungo, tuve que prestar declaración a la policía sobre el whisky. Luego me pidieron que fuese a la comisaría del South Side a darle más vueltas a lo mismo. «¿Cuándo fue la última vez que vio la botella de whisky, señor Lawson?»

Le dije al poli —un viejales con un cacho de carne colgándole bajo la barbilla, como si fuese un escroto enorme— que solo la había visto una vez, con Ronnie, en la vitrina de la destilería Bowcullen. Nunca llegué a ponerle los ojos encima en el campo de golf; solo vi a Morty con la bolsa. Que yo sepa, ese capullo podría haber llevado una botella del supermercado Tesco en la bolsa, o cualquier otra cosa. El tipo parece que se quedó satisfecho con lo que le dije, bueno, todo lo satisfecho que se puede quedar un poli.

Después me acerqué al Liberty Leisure. No saben nada de Jinty, y parece que ya han dejado de buscarla. Me tomé un café con Saskia, y luego me metí en el catre (solo, menuda tortura después de pasar tanto rato con una tía buena) e intenté dormir un poco antes de salir por la noche. Me llamaron por teléfono, de un número desconocido, probablemente de un teléfono público, pero reconocí la voz enseguida. «Todo listo», fueron sus únicas palabras antes de que se cortase la línea.

Voy por Balgreen Road y veo a un imbécil empujando una carretilla de aluminio en dirección a Gorgie Road. ¡Joder, si es el ceporro de Jonty! Me paro junto a él. Me mira, en principio como preocupado, y luego sonríe cuando me reconoce. «¡Jonty! ¿Qué haces con la carretilla, colega?»

«La estoy llevando, llevando a mi casa, sí señor, eso es.»

«¿Todo bien?», le pregunto. El muy gilipollas lleva una camiseta y una chaquetilla fina, está empapado y temblando. «Te estás congelando, colega. Sube, anda. El taxímetro está apagado. ¿Adónde vas?»

«Al final de la calle, Terry» y luego señala la carretilla. «¿No te importa meter una carretilla en el taxi?»

«La parte de atrás de este taxi ha visto de todo, colega», me río, pero el capullo no lo pilla. Se queda mirándome. «Venga, tío, que estás congelado. Yo que tú me iba a

casa», y le guiño un ojo, luego pienso en intentar sacarle algo sobre Jinty, «a acurrucarte con la parienta.»

El mamón se me queda mirando. Luego dice: «No está, no señor, no sé adónde ha ido, no señor…»

Pobre desgraciado. Desde luego es un tío de lo más simplón, se ve que no tiene dobleces. Fijo que ella ha cogido carretera y manta y ya está en la cama con otro. «Venga, colega, súbete.»

«Pero llevo una carretilla, Terry, una carretilla.»

«No importa, métela ahí dentro, colega.»

Le echo una mano, la metemos dentro y lo llevo a una cafetería abierta las veinticuatro horas del polígono industrial. Pido un café solo para él y té para mí. «Gracias, Terry», dice Jonty. «Eres muy bueno.»

«De nada, colega.»

«Terry, el taxista bueno», sigue diciendo el muy zoquete. «Terry el Bueno. Eres bueno, ¿verdad, Terry? ¿Eres bueno? No hay mucha gente buena en este mundo, Terry, pero tú sí. Terry el Bueno. ¿Verdad, Terry? ¿Eres bueno?»

Para ser sincero, ya estoy hasta los huevos del chalado este. Pero está claro que el muy ceporro debe de tener algo a su favor para andar con una pava como Jinty. Según los cabrones del Pub Sin Nombre, ese algo se encuentra de cintura para abajo, y sin problemas cardíacos que le jodan…

Me quedo pensando en qué más habrá heredado del viejo y en lo que le habrá pasado al pobre gilipollas para ser tan lerdo. Quiero decir, el viejo no es que sea un ingeniero espacial, pero la vieja de Jonty tiene que ser todo un regalito; eso, o cuando nació el bastardo se le cayó de cabeza al suelo. Lucy, mi primera ex, era muy lista, y nuestro Jason ahora es abogado. Viv, la madre de Donna, no es que fuese una lumbreras, y, de hecho, Donna es más como yo, tiene la inteligencia entre las piernas. El pequeño Guillaume no parece que sea tonto y, para ser justos, el Bastardo Pelirrojo tampoco. Suerte que mi vieja fue la mejor estudiante de su clase de niños conflictivos, como siempre me dice. No es que eso valga de mucho, la verdad, es un poco como ser el agresor sexual más guapo de la cárcel de Peterhead.

Sí, cuando cerraron ese colegio, toda la morralla de las viviendas sociales tuvo que irse a la Leith Academy con los pijos del barrio. Incluso siendo un chavalillo de Saughton Mains, recuerdo a la hermana pequeña de mi madre, la tía Florence, llorando y diciendo: «Dios mío… Esa escoria viene a por nosotros… Los niños conflictivos vienen a por nosotros…»

Por supuesto, mi viejo era también uno de ellos, así es como consiguió a mi madre. La dejó preñada de mí y se mudaron a una nueva casa en Saughton Mains. Se quedó lo suficiente para hacerle también a Yvonne, y luego el viejo hijoputa se largó. Después anduvo de polvo en polvo, sembrando críos por toda la ciudad. Antes del sida y de las Agencias de Manutención Infantil, ¡el muy cabrón se puso las botas!

Llevo a Jonty a su casa y lo veo arrastrar la carretilla hasta el portal. «Ahora a descansar, ¿no, Jonty?»

«Nah, Terry, voy a trabajar, pero en negro, sí señor. Estoy pintando el Pub Sin Nombre», y saca una llave grande. «Se supone que tengo que hacerlo por las mañanas, así que no se lo digas a nadie. Lo que pasa es que me ha salido otro trabajo con Raymond. Raymond Gittings. En Inch, sí señor, Inch.»

«Tranquilo, tu secreto está a salvo conmigo, colega. Te ayudo a poner los plásticos antes de pintar. De todos modos, no hay mucho curro», digo saliendo del taxi.

«Eh, no te puedo pedir que subas, Terry, porque me daría vergüenza, el piso está que da asco. Pero espera aquí, bajo enseguida, sí señor», y el capullo desaparece. Vuelvo al taxi y hay un mensaje de la centralita, obviamente, de Big Liz.

> LLEVAS MUCHO TIEMPO FUERA DEL SATÉLITE DEL AMOR, ¡CHICO MALO! CREO QUE NECESITAS UN POCO DE DISCIPLINA.

No soy capaz de responderle nada. Luego me llama Ronnie, este cabrón no me deja ni un segundo.

«Terry… Me imaginé que estarías de servicio, así que pensé: "Voy a intentarlo."»

«Ronnie, ¿cómo vas?»

«El puto whisky sigue sin aparecer. A la policía le importa una mierda, y Lars no deja de darme por culo. Oye… ¿Podríamos vernos en tu casa dentro de una hora?»

Esto hace que me salten las alarmas. «Sí, claro, colega», le digo, y le doy mi dirección.

Un par de minutos después, Jonty baja y nos dirigimos al pub en la acera de enfrente. Mete la llave en la cerradura y abre el bar.

Estamos poniendo plásticos detrás de la barra y de pronto veo que se me presenta una oportunidad perfecta. Miro los whiskies; Macallan es de lo mejorcito que tienen, también hay Highland Park, y Glenlivet y Glenmorangie, que es la mierda que acaban bebiendo los memos que se creen que saben de whisky pero que en realidad no tienen ni idea; luego están los habituales: Bell's, The Famous Grouse, Dewar's, Teacher's.

«¿Qué haces ahí, Terry?», se ríe Jonty. «Espero que no estés robando bebidas, porque me meterías en un lío, sí, en un lío.»

«Nah, colega, aquí no hay nada que merezca la pena, ahora soy un entendido.» Total, que ayudo un poco al mendrugo y luego me piro de vuelta al South Side.

Cuando llego a mi piso, Ronnie está abajo con Jens, Lars, el *broker* ese con pinta de buitre carroñero y dos putos pervertidos cachas con traje. Nada más verlos sabes que estos tíos van a dar problemas, aunque tampoco sería para tanto. Mucho músculo inflado que no sirve de nada a la hora de la verdad, no hay fuerza funcional en ellos.

«Oye, Terry…», dice Ronnie, llevándome a un lado y bajando la voz, «me resulta violento pedirte esto, pero la policía no actúa rápido, y los *brokers* y la compañía de seguros están investigando a todo el mundo que estaba conmigo cuando desapareció

el whisky. Ha sido el señor Simonsen quien lo ha sugerido.» Mira al capullo de Lars. «No puedo obligarte, solo pedírtelo. Pero necesitamos registrar tu apartamento. Ya han mirado donde Mortimer, y en el club de golf, después de convencer a los dos tíos para que cooperasen», explica Ronnie, y levanta las manos. «Hasta han buscado en mi habitación de hotel. De momento, nada de nada.»

«Entonces, ¿habéis encontrado a los tipos del campo de golf? ¿Cómo lo habéis conseguido?»

«Bueno, tenemos nuestros métodos.» Ronnie mira a los dos petados de esteroides con traje y botas. «Aunque no hemos conseguido nada, ni rastro de la botella Bowcullen. Pero ¿entiendes que tenemos que descartar todas las posibilidades?»

«Por supuesto, colega…», continúo, luego miro a los dos gilipollas con los huevos arrugados. «No quiero ningún trato especial. Con tal de que no me dejéis la casa hecha mierda.»

«Tienes mi palabra, y no sabes cuánto te lo agradezco», dice Ronnie. «Pero Lars tiene mucho dinero en juego y ha hecho una inversión emocional en ese whisky, por lo que necesita estar seguro.»

«No hay problema, chicos», grito y me acerco a ellos. «Lo único sospechoso que hay aquí es algo de porno, y no es ilegal.»

«También tenemos que mirar en el taxi», dice Lars.

«Vale», respondo, y le abro a Jens la puerta del taxi, luego saco las llaves de mi piso y se las doy a Ronnie.

No me encuentro bien. Me siento febril, sí señor, sí señor, sí señor, sí señor, sí señor, sí señor, sí señor, sí señor, sí señor, sí señor, sí señor, sí señor…, demasiado trabajo…

Febril.

Oigo ruidos en mi cabeza, como puertas que se abren y se cierran todo el tiempo. Y ese olor a quemado. No puedo quedarme aquí sin Jinty, no puedo volver a Penicuik a ver a Karen y no puedo bajar al Pub Sin Nombre. No puedo. Porque me echan la culpa de los vapores de la pintura, sí señor, sí señor, ya te digo.

Así que llamo a Terry el Bueno por teléfono y le digo que voy al hospital a ver a Henry, el padre verdadero, y dice que me lleva. Sí, anda que no, viene a recogerme en el taxi al pie de la escalera.

«Jonty, estás sudando. ¿Todo bien, colega?»

«Sí, Terry, claro que sí», y me subo al taxi. «¿No vas a subir a ver a Henry?»

«No, chaval, ese cabrón no me gusta.»

«A mí tampoco, pero es el padre verdadero de los dos, Terry.»

«Para mí no es un padre», dice Terry.

Pero yo voy a subir, porque sé que la gente buena puede hacer cosas malas, como quien mete la pata, y quizá a Henry, el padre verdadero, le pasó igual y simplemente metió la pata. Además, me salvó, me salvó la vida cuando me caí en el puerto. Siempre lo cuenta. Anda que no.

Así que Terry me deja allí, subo a la sala y me quedo mirándolo a través de la ventana de cristal. Está sentado en la cama. No sé si esta vez debería entrar y hablar con él o quedarme con la cara pegada al cristal. Igual que cuando vino la mujer que estaba con Terry. Veo la mancha enorme que forma mi aliento en la ventana, así que intento borrarla a lametazos. Henry, el padre verdadero, está muy viejo, parece uno de esos críos hambrientos de la tele, pero en viejo. Entonces gira esa cabeza huesuda y vieja y me mira directamente. «Jonty, ¿eres tú?», dice con voz suave. «Pasa, amiguito…, pasa…»

Así que entro y me siento en la silla junto a él.

«Querido Jonty…», continúa, «te he visto lamiendo esa ventana. Veo que sigues siendo un niño muy malo que se mete de todo en la boca», dice con maldad.

No me gusta cuando dice cosas malas, así que no contesto. Pero por su culpa siento todas las arañitas en el pecho. Después la sensación desaparece un poco y digo: «He conocido a Terry el Bueno, que también es tu hijo, ¿eh? Terry el Bueno. Está abajo en el taxi.»

Henry, el padre verdadero, está débil, pero al oír eso parece revivir un poco. «¿Terry? ¿Juice Terry? ¿Ese pedazo de idiota? ¿Ese bala perdida? ¡No tiene nada que ver conmigo!»

Y yo me enfado, porque Terry es bueno, y pienso en lo que Henry ha hecho. «¡Nadie tiene que ver contigo! ¡Ni siquiera tu propia familia! ¡No está bien! ¡Dios te va a castigar!»

Y él se ríe de mí. «Todavía sigues mal de la cabeza, ¿verdad, amiguito? A veces pienso que tenía que haber dejado que te ahogaras como un perrito o un gatito en el puerto… ¿Te acuerdas cuando te saqué del agua?»

Bajo la cabeza avergonzado, porque es verdad, me salvó, sí señor, sí señor. «Sí…, es decir, sí señor…»

«Pero eres bueno, Jonty, no eres tan malo como los otros, no como Hank…» Sus ojos se iluminan. «¿Cómo está Karen? ¿Qué tal mi ricitos de oro? No viene nunca a ver a su anciano padre. Mi ricitos de oro…, sí, a ella también le gustaba meterse cosas en la boca.»

Me siento fatal porque ha dicho que Karen era como de oro antes de ponerse tan gorda y me ha recordado a Jinty cubierta de oro cayendo en el agujero del puente. «No está bien lo que le hiciste. Le has hecho daño. Nos has hecho daño a todos.»

«Así que se ha ido de la lengua, ¿eh? Supongo que no tendrá nada mejor que hacer aparte de hablar y hablar con la gorda de vuestra madre. Sí, ya sabía yo que Karen iba a ponerse igual de gorda. Por eso tuve que forzarla, antes de que se ensanchara aún más. A nadie le gusta trincarse a una mujer que está demasiado gorda. No es por la gordura en sí, que ya es bastante malo, el problema es que las mujeres se deprimen cuando engordan. A nadie le gusta trincarse a una tía deprimida», dice meneando la cabeza. «Se convierte en algo mecánico.»

Oigo los ruidos en mi cabeza y pienso en Karen en el sofá y en su diente podrido, y en Jinty, primero azul, luego dorada, cayendo por el agujero, y en la mosca que salió de su boca… «Lo que…, lo que hiciste… ¡Lo que hiciste estuvo fatal!»

Su cara se arruga y aparece su vieja sonrisa. «¿Quién decide lo que está bien y lo que está mal, Jonty?», y señala al techo con la mano huesuda. «Él decide, ni tú ni nadie aquí abajo, eso es así.»

«¿Qué quieres decir?»

Mira directamente al pequeño televisor que tiene, uno de esos que sobresale sobre una pata metálica. Están emitiendo un programa de animales. Me gustaría verlo, pero dejo de mirar porque algunas veces te hacen llorar cuando a los animales les pasan cosas malas. Algunas personas son capaces de verlos, porque han aprendido a llorar por dentro. «¿Crees que está bien que la contaminación esté acabando a diario con varias especies?»

Está intentando engañarme con palabras otra vez. Me tapo los oídos con los dedos. «¡Tengo que irme!»

Salgo corriendo de la sala, pero, a pesar de que tengo todavía los dedos en los oídos, sigo oyendo su burlona voz y veo su sonrisa esquelética… Sí, lo sé, ya te digo, sí señor, sí señor, sí señor…

Porque estoy bien de la cabeza, claro que sí… Fue culpa de Jinty… Fue un accidente, sí señor… Pero nadie me creerá, dirán que no estoy bien de la cabeza y que tengo mal corazón.

Llamo a Terry el Bueno.

«¿Todo bien, Jonty?»

«Lo he visto, Terry, y ha sido tan malo como dijiste. Ha dicho cosas malas, sí, anda que no, señor, cosas malas que no están bien…, sí señor…, y estoy llorando, porque pienso en él y en Karen y en Jinty y en que está todo patas arriba.»

«¿Sigues en el hospital?»

«Sí…»

«Espera un poco, que voy a buscarte. No estoy lejos, llego dentro de cinco minutos.»

«Sí… Eres bueno, Terry, sí señor…, anda que no…»

«Jonty. Cinco minutos, colega», me dice, y se corta la línea.

Es muy bueno y me alegra que haya gente buena en el mundo, como Terry, que además es mi medio hermano, para compensar la maldad del hombre que se ha quedado ahí arriba. Así que avanzo para hacer que la puerta se vuelva a abrir y a cerrar. Pero el hombre del uniforme se me acerca y dice que pare o acabaré rompiendo la puerta.

«¿Cuántas veces se puede abrir y cerrar antes de que se rompa?»

«¡Yo qué sé!»

«Entonces, ¿cómo sabe que la voy a romper?»

«¿Vas de listo?»

«No, solo quiero saber cuántas veces se puede hacer antes de que se rompa, así sabré que no tengo que hacerlo tantas veces.»

«¡Y yo qué sé! ¡Para ya! Por tu culpa hay una corriente tremenda», protesta, y entonces paro. Iba a decir que estaba intentando que entrara algo de aire fresco, pero da igual, porque Terry ya ha llegado, y yo salgo, me subo con él al taxi, donde me siento seguro, y el taxímetro no está puesto. «Te llevo a casa, colega», dice Terry.

Después de un rato conduciendo, Terry el Bueno dice: «Dime, Jonty, ¿alguna vez oyes voces en tu cabeza?»

«¡Sí, ya te digo! Pero es como si yo me hablara a mí mismo. Sí señor. ¿Tú también las oyes, Terry?»

«Sí. Y solían decir solo una cosa: fóllatelas a todas. Ahora dicen todo tipo de gilipolleces, y no me gustan, colega. Por la noche, cuando intento dormir, son todavía peor.»

«Ya te digo, por la noche.»

«Dormir del tirón», dice Terry, «daría lo que fuera por dormir una noche del tirón.»

Terry me deja en casa y cuando entro en el portal veo la carretilla donde la dejé la noche anterior, y ahora Jinty se ha ido con los tranvías. Me preocupa muchísimo que

la policía llame a mi puerta. No estoy tranquilo en casa, así que antes de darme cuenta bajo al Pub Sin Nombre y ya he pintado la sección junto a la gramola. Lo único que quiero es fingir que estoy normal y seguir pintando. Así que estoy metido en la tarea, pasando de todos, concentrado en lo mío. Sí señor, concentrado en lo mío y ya está. Pintando.

«Estás haciendo un buen trabajo, Jonty», dice Jake.

Sí, pero un buen trabajo no hace que se calle la pandilla que tengo detrás de mí, de eso nada. Porque están todos, y están bebiendo. Sí, ya te digo. También se están metiendo el polvo del diablo, se nota por el modo en que van al baño de dos en dos, sí señor, de dos en dos. Tiene que ser el polvo, no me cabe duda. No señor.

«¿Dónde has estado, Jonty?», pregunta Tony.

Craig Barksie grita: «¿Has dado mi mensaje a Jinty, pedazo de guarro? ¡Jajajajaja!»

«Se le nota en la mirada, ¿eh? ¡Jajajajaja!», suelta Tony.

«¡Jajajajaja!»

No escuches sus voces, esas voces burlonas, tú sigue pintando…

«¡Jajajajaja!»

«¡Pedazo de guarro! ¡Jajajajaja!»

No está bien, no señor, de eso nada…

«¡Vaya suerte tiene el cabronazo! ¿Cuándo ha sido la última vez que has follado, cabrón? ¡Jijijijiji!»

Me quiero ir, no es bueno estar aquí…, sigue pintando…

«¡Qué jodío!»

No señor, no señor, no señor… Mete el rodillo en la bandeja, escurre los chorretones para no ensuciar, que ruede sobre la superficie de pintura vieja de la pared…, una vez…, dos veces…

«¡Jijijijiji!»

… como en aquella canción, One, twice, three times a lady, *la que cantaba el negrito que hizo aquella canción tan bonita en la que iba detrás de una mujer china, sí señor, esa misma, una canción muy bonita…*

Porque sigo con la pintura, perdido en la pintura, no estoy escuchando las voces malas, porque los veo en su mesa y no me gusta su mesa, no me gusta este pub. Y cuando digo que no me gusta esa mesa no me refiero a la mesa, me refiero a la gente que hay en la mesa. Es la gente la que está mal, la gente que ha hecho que mi Jinty y yo nos peleáramos. Ya te digo. Así que, cuando termino la parte donde está la gramola, le digo a Jake que he terminado por hoy.

«Has hecho un buen trabajo, amigo», me dice.

Asiento y voy hacia la puerta sin mirar a nadie. Como decía mi madre sobre los niños del colegio de Penicuik. Pasa de ellos. Sí. Sí. Sí.

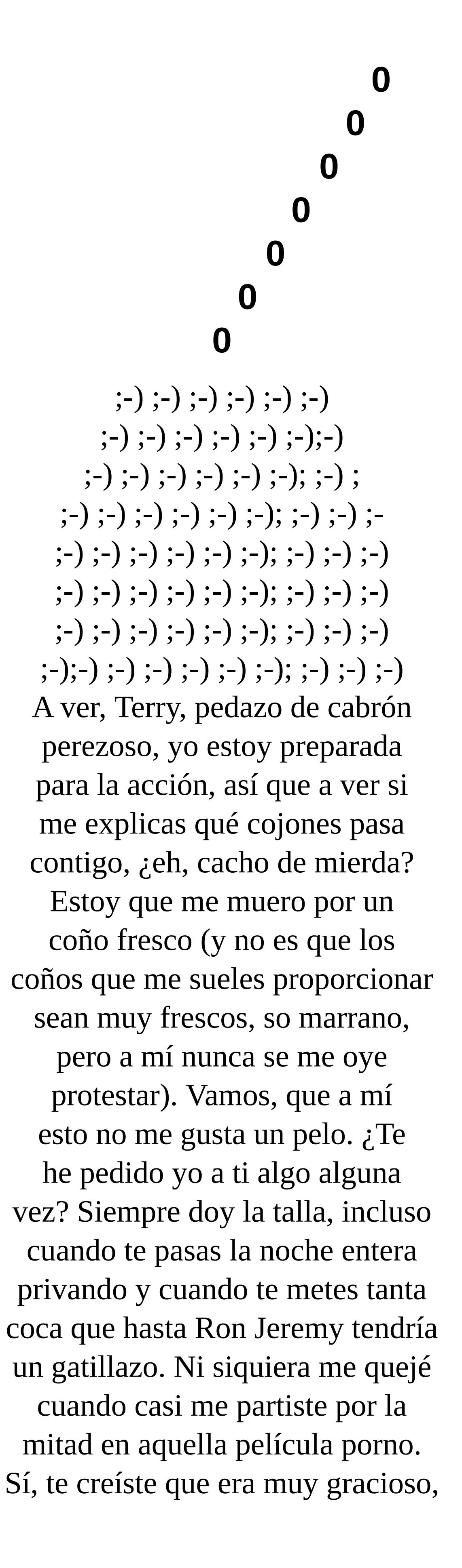
«¡Lo habéis espantado!»

«¡Oye, Jonty, tráete a Jinty! Tengo una raya para ella», suelta Evan Barksie con su voz burlona.

«¡Está con los tranvías!», grito, dándome la vuelta hacia ellos. Ojalá no hubiera dicho eso.

«¿Ahora se dice así?»

Y me largo largo largo largo largo de ahí, señor, ya te digo, sí señor, sí señor, sí señor.



0
0
0
0
0
0
0
;-) ;-) ;-) ;-) ;-) ;-)
;-) ;-) ;-) ;-) ;-) ;-);-)
;-) ;-) ;-) ;-) ;-) ;-); ;-) ;
;-) ;-) ;-) ;-) ;-) ;-); ;-) ;-) ;-
;-) ;-) ;-) ;-) ;-) ;-); ;-) ;-) ;-)
;-) ;-) ;-) ;-) ;-) ;-); ;-) ;-) ;-)
;-) ;-) ;-) ;-) ;-) ;-); ;-) ;-) ;-)
;-);-) ;-) ;-) ;-) ;-) ;-); ;-) ;-) ;-)
A ver, Terry, pedazo de cabrón
perezoso, yo estoy preparada
para la acción, así que a ver si
me explicas qué cojones pasa
contigo, ¿eh, cacho de mierda?
Estoy que me muero por un
coño fresco (y no es que los
coños que me sueles proporcionar
sean muy frescos, so marrano,
pero a mí nunca se me oye
protestar). Vamos, que a mí
esto no me gusta un pelo. ¿Te
he pedido yo a ti algo alguna
vez? Siempre doy la talla, incluso
cuando te pasas la noche entera
privando y cuando te metes tanta
coca que hasta Ron Jeremy tendría
un gatillazo. Ni siquiera me quejé
cuando casi me partiste por la
mitad en aquella película porno.
Sí, te creíste que era muy gracioso,

¿eh, cretino de mierda? ¿Sabes que te digo? Que te puedes ir a tomar por culo con la chorrada esa de la enfermedad del corazón. ¿Qué han hecho tu corazón y tu cerebro por ti que yo no haya hecho? ¡Nada de nada! Bueno, pues te puedes ir poniendo las pilas, inútil, porque yo pienso atiborrarme de coños sea como sea, y si te has creído que estoy aquí solo para evacuar las malolientes meadas que salen de tu inflamada vejiga vas apañado, capullo de mierda, porque tú y yo teníamos un trato. Así que te lo voy a decir una sola vez, Lawson, compórtate como un hombre, porque tú siempre has dicho que no tiene sentido vivir sin follar, y el antiguo Juice Terry Lawson, no este mariconazo obsesionado con la muerte, habría dicho: «¿Los médicos? ¿Qué cojones sabrán ellos?», y habría salido a cazar hasta el último coño entre Pilton y los montes Pentland, o más bien entre el Polo Norte y el Polo Sur, para asegurarse de que su Amiga Inseparable recibe su ración de polvos, ¿te enteras, cretino de pelo rizado? Mira, Lawson, tú ya no te vas a hacer más joven. Al ritmo que llevas con la bebida y la farlopa te vas a morir pronto, aunque no entra en mis competencias, así que a mí me trae al fresco. Lo que te estoy diciendo es que tú y yo vamos a tener un problema serio si no empiezas a darme los chochos que me merezco. Me da igual que sean jovencitas turgentes o

bebederos de patos, me meteré
donde haga falta, pero tú tienes
que cumplir con tu parte del trato.
Escúchame bien, Terry, porque
tengo una cosa que decirte: no te
conviene estar a malas con tu
Amiga Inseparable. ¡A ver si
te enteras de una vez, so cabrón!

Terry se despierta en medio de una luz fina como un junco; está sudando y siente una opresión en el pecho. La noche anterior se desplomó sobre la cama con los pantalones de chándal y la camiseta puestos. Había dejado la calefacción a todo trapo y el piso parecía una sauna. Mientras parpadea para acabar de despertarse, reflexiona sobre los sueños extraños y terribles que lo acosaban.

Tras levantarse, ducharse y vestirse, Terry contempla el contorno de su polla, colocada sobre el muslo derecho dentro del ajustado pantalón de chándal de nailon, y murmura una maldición tras decidir que se pondrá vaqueros para ir a trabajar. Los pantalones de chándal sexualizan demasiado.

Ya dentro del taxi, conducir se le hace cuesta arriba. Ni siquiera las pastillas consiguen extinguir por completo los calentones. Intenta evitar mirar a las transeúntes. Pero cada vez que aparta la vista de la carretera se encuentra con la hinchazón de la ingle. «Tú lo que quieres es matarme», le dice al bulto.

«¿Qué?», le llega una voz desde la parte trasera.

«Tú no, compadre», dice Terry, dirigiéndose al Pastoso. Está tan sumido en sus pensamientos que se le ha olvidado que ha recogido a su amigo para llevarlo al juzgado.

El Pastoso tiene los nervios de punta. Terry casi puede sentirlo vibrar contra la tapicería del taxi.

«¡A mí sí que me están matando! ¡Voy a perder la licencia, Terry! ¡Mi puta subsistencia! ¡Y todo por un poco de maría!»

«Podría ser peor, colega», declara Terry, tentado a mirarse de nuevo la entrepierna. Quizá el tratamiento del médico por fin esté surtiendo efecto. La Amiga Inseparable parece inerte ahora, pero lo único que consigue esa constatación es desencadenar un latido seco y ansioso en su pecho.

«¿Cómo? ¡¿Cómo podría ser peor?!», chilla el Pastoso.

«Al menos puedes arrimar la cebolleta, ya tienes suerte», musita pensativo Terry. «Deja de lloriquear.»

El Pastoso le clava unos ojos de maníaco en la parte trasera de la cabeza a Terry. «¡Tú traficando con montañas de farla y a mí me pillan por unos restillos de maría! ¿Dónde está la puta justicia?»

Terry decide no responder. El Pastoso está enfurecido, y, cuando lo expulsen, el servicio de centralita podría concertar una entrevista de salida. Quiere asegurarse de que el Pastoso está de su parte y que no tiene previsto delatarlo. Lo peor es no poder quedar con Big Liz. No se puede pasar de Big Liz; eso es como andar buscando problemas. Tendrá que explicarle su situación. Detiene el coche en Hunter Square. Él y el Pastoso salen y se dirigen en silencio a los juzgados. Terry decide quedarse para

ver el caso; toma asiento en la tribuna para el público, junto a la habitual asamblea de estudiantes y lirones en paro que acuden allí a pasar el rato.

El juez es un hombre de sesenta y tantos con rasgos indolentes que mira con fastidio al Pastoso. A Terry le resulta evidente que ese caso no es más que otra parte de su Día de la Marmota personal. «¿Por qué llevaba usted esa marihuana encima?»

El Pastoso le devuelve una mirada de tremendo asombro. «Tengo problemas de ansiedad, Su Señoría.»

«¿Lo ha visto algún médico?»

«Sí. Pero solo me dijo que dejara de meterme tanto por la tocha.»

Estallan unas risotadas procedentes de la tribuna del público. Al magistrado le hace menos gracia: el Pastoso acaba con una multa de mil libras y un año de retirada del carné.

Terry se encuentra fuera con su amigo; el Pastoso está hablando con su picapleitos. Oye que el abogado dice que «sería fútil» pensar en recurrir. A Terry le parece un resultado aceptable. «Al menos tú todavía puedes follar, compadre. Esta mierda del corazón me ha hecho reconsiderar mis prioridades», revela con tristeza.

«¿Qué? ¡Estarás de coña! ¿Y cómo me voy a ganar el pan?»

«Una vez tuve una mala racha y lo único que hacía era quedarme encerrado en el dormitorio, en casa de mi madre», murmura Terry, inmerso en la congoja de su propia narración. «Estuve un poco deprimido después de que un colega mío se suicidase y la pava con la que salía me dejase tirado. Obviamente, me aseguré de que un par de guarras se pasasen por allí a ver porno conmigo y a sentarse en mi careto.»

«¿Y eso? ¿Qué quieres decir con eso?»

«Al menos eres un hombre libre y puedes meterla en caliente», lamenta Terry contrito. «Ya estás mejor que yo.» Se da una palmada en el pecho. «Mejor que tener un corazón poco fiable. Un poquito de emoción, y hala, bum: finito, se acabó lo que se daba, adiós muy buenas. A veces pienso que no merece la pena, que sería mejor pasar de todo.»

Se meten de nuevo en el taxi y ponen rumbo al Taxi Club de Powderhall. Están todos: Bladesey, Jack Muñón y Eric Staples, un antiguo forofo del Hibernian que se hizo evangélico, y piden a gritos una ronda para expresarle al Pastoso sus condolencias.

«Al menos te quitas de encima a los de la centralita», le dice Eric al taxista caído en desgracia.

«¡Tú, Terry, siempre tienes a los de la centralita encima!», dice Jack Muñón con superioridad. «¡Sobre todo a Big Liz!»

Al oír eso se ríen todos menos el Pastoso y el propio Terry.

«¿Dónde te has dejado a la chavala, Terry?», pregunta Jack.

«¿A cuál de todas?», se carcajea Bladesey. «¡Entre el taxi y las actividades cinematográficas parece que tiene un buen puñado!»

El Pastoso se anima por primera vez al escrutar la expresión poco corriente de Terry, que ha puesto cara de que se acerca el fin del mundo, mientras Jack narra la historia de cómo intentó impedir que dos jovencitas se metiesen en un taxi privado. «¿Chóferes privados? Menudos pervertidos de mierda. ¡Yo no dejaría que ninguna pava que conozco se metiese en un taxi con uno de esos talegueros malolientes!»

Eric informa de que ha conocido a una chica de su grupo bíblico. Sus estrictas creencias religiosas implican que el chocho queda fuera de su alcance hasta que no le presente un anillo de compromiso, pero si se le da coba acaba haciéndolo por detrás. Eric no da la impresión de tener prisa por pedirle matrimonio. «Es mejor esperar», dice guiñando un ojo, «hasta que nos llegue un mensaje del de arriba», y mira hacia el techo.

La conversación irrita a Terry, que en su fuero interno está bullendo y agitándose de autocompasión. Presenta sus excusas y se marcha, ante las miradas extrañadas que intercambian sus amigos.

Fuera hace mucho frío. Cuando Terry se mete en el coche, siente que de repente lo invade la rebeldía.

QUE LE DEN POR CULO.

Así que conduce hasta Portobello, hasta la casa de Sal, que está encantada de verlo y lo arrastra escaleras arriba, al dormitorio, intuyendo ligeramente la leve reticencia que desprenden los movimientos de Terry mientras ella le cuenta que su madre ha salido a tomarse un café de media tarde a los almacenes Jenners; se arranca las bragas, le quita el cinturón a Terry y le baja los vaqueros. Le echa una mano para sacarse la polla, que sale hacia ella como un resorte; a pesar de la medicación, se está poniendo dura, y Sal se echa encima.

Terry se tumba en la cama, mirando la lámpara color pastel, que arroja una luz monótona sobre la habitación.

Joder, me está matando…

Que le den, de algo hay que morir…

¡Ay, joder!

Entonces Terry cobra conciencia de que su corazón se acelera y oye cómo estalla una voz: «¡PARA!»

Se queda tan descolocado como Sal. Parece haber venido de otro sitio y no de su garganta.

«¿Qué? ¿Qué pasa?» Sal levanta la vista hacia él, con un hilo de prelefa colgando del labio inferior hasta el glande de Terry.

«No es nada», dice con urgencia, desesperado porque continúe.

Entonces la puerta se abre de golpe y la madre de Sara-Ann, Evelyn, se planta ante ellos. Se detiene un par de segundos, luego alza una ceja imperiosa y se aleja, cerrando la puerta tras ella.

«¡JODER!», grita Sara-Ann Lamont. «Puta vieja cotilla.»

Terry lo interpreta como una señal. Esa mujer le ha salvado la vida. Sin su intervención, no habría sido capaz de impedir que la sesión se completase y habría reventado su frágil corazón. Se levanta de un salto y comienza a vestirse a toda prisa.

«Ay, Dios.» Sara-Ann se exaspera. «¿Qué…? ¿Adónde vas?»

«Me largo de aquí», responde Terry, y baja las escaleras seguido de Sara-Ann, que va poniéndose la ropa.

«Espera, Terry», suplica.

Evelyn acecha al final de la escalera. Se planta ante ellos de un salto, con una sonrisita misteriosa en la cara. «¿No se queda tu amigo a tomar el té?»

«¡No, qué va! Tengo prisa.» Terry asiente, y luego se vuelve hacia Sara-Ann. «Nos vemos», dice, y abre la puerta para salir al aire helado.

Sara-Ann sale pitando tras él. «¿Qué pasa? ¿Qué es lo que te ocurre? ¡Que no somos niños! Hago lo que quiero, y esa zorra venenosa no puede impedir que follemos…»

«Mira, es que no estoy bien», suelta Terry. «Es mejor que no nos veamos durante un tiempo. Lo siento.»

«Vale, pues que te den por culo», grita Sara-Ann, y se vuelve para ver a su madre de pie, con los brazos cruzados, en la entrada. Pasa junto a ella como un huracán para entrar en casa mientras Terry se mete en el taxi y arranca.

Está al lado del estadio Meadowbank cuando lo llama Ronnie. Sus desgracias lo tienen tan alterado que Terry le confía al estadounidense todas sus tribulaciones. Ronnie le sugiere que se encuentren en el Balmoral.

Al llegar al hotel ve a Ronnie en el vestíbulo, sentado en un enorme sillón de cuero junto a la chimenea. Tiene la cresta aplastada y lleva un jersey Pringle. Junto a él hay una bolsa de golf. Terry acerca un sillón idéntico y se sienta a su lado. «Esto es un mal trago, Terry», suspira Ronnie, «especialmente para un tío como tú, que no puede dejar de pensar en coños.»

«Me está volviendo loco», admite Terry, deseoso, por otro lado, de alejar sus pensamientos de la cuestión. «¿Qué tal tú? ¿No se sabe nada de la poli ni de los investigadores del whisky?»

«Esos cabrones… ¿Sabes? Desde que la cagué con ellos, dudo mucho que se lo estén tomando en serio. El *broker* todavía tiene a los tíos esos de la agencia investigando, pero es como si se hubiese desvanecido.»

Una mujer glamurosa atraviesa el vestíbulo como si fuese una pasarela, y un montón de empleados se lanzan tras ella haciéndole alharacas. Ronnie capta el largo gruñido de profunda futilidad de Terry. «Tienes que hacer algo para no pensar en las mujeres.»

«¡No hay nada que me pueda sacar a las tías de la cabeza! ¡Ese es el puto problema!»

«Deberías venir a echar unas bolas conmigo la próxima vez que vaya a North Berwick a practicar con el entrenador ese del club.»

«Nunca he jugado al golf, compadre», se mofa Terry. «No es lo mío.»

«Esa afirmación carece de puta lógica, Terry. ¿Cómo cojones sabe todo el mundo que no es lo suyo si no ha jugado?» Ronnie sacude la bolsa de golf y luego baja la voz. «Además, es el mejor sustituto del sexo conocido por el hombre. Cuando mi segunda mujer me dejó y empezó a tirarse a su entrenador de raquetbol —ojo, no a su entrenador de tenis ni a su entrenador de gimnasio, a su puto entrenador de raquetbol; ¿existe algo más castrante?—, bueno, yo me pasaba el día en el campo. Era lo único que me distraía de lo que estaban haciendo.»

Terry es todo oídos. «¿Ah, sí?»

«El golf es zen, Terry. Una vez que te metes en el campo, pasas a otro mundo donde todas las frustraciones y triunfos de la vida se vuelven totalmente irrelevantes, a menos que estén ocurriendo allí mismo.»

«Cuenta conmigo», dice Terry con fúnebre resignación.

«¡Genial! ¡Podemos alquilarte allí un juego de palos! Recógeme aquí mañana a las nueve.»

«¿Puede ser más tarde? Tengo cita con el médico a esa hora.»

«Claro…», responde Ronnie advirtiendo el nerviosismo de Terry. «Llámame cuando termines. Y, por cierto…» Sonríe lleno de esperanza. «No me gustaría que pareciese que me aprovecho de la situación, Terry, pero me preguntaba si no podrías pasarme el número de la antisistema, ¿eh? Bueno, supongo que tú ya no puedes seguir con la historia, y debo confesarte que no he podido quitarme a la chavala de la cabeza.»

«Un caballero nunca pasa el número de una dama.» Los rizos de Terry se balancean a modo de reprimenda, aunque le proporciona un tremendo alivio la oportunidad que se le presenta. «Pero le pasaré el tuyo a ella si quieres, y así podrá darte un toque.»

«Por supuesto… Gracias, Terry.»

«Un consejito.» Terry baja la voz. «A lo mejor tienes suerte si te interesas por su trabajo. En plan decirle que te has empeñado en patrocinar una de sus obras para el festival. Cuesta un pastón conseguir ahí un espacio. Es decir, para ti no es nada, pero para ella su arte lo es todo.»

«¡Qué buena idea!», dice Ronnie guiñando el ojo. «¡Eres un hacha!»

«Psicología, compadre.» Terry se da unos golpecitos en la cabeza y se levanta. «Te veo por la mañana, y gracias por la charla. Me ha ayudado.»

«¡Cuando quieras, colega!», canturrea Ronnie. «Y, Terry… Eso de registrarte el apartamento la otra noche, en fin, sabes que fue idea de Lars, ¿verdad? Yo confío en ti, hermano. Eres una de las pocas personas en las que puedo confiar.»

«No te preocupes», farfulla Terry mientras se marcha, pensando *que lo folle un pez espada, o mejor, que él y Sal la Suicida se follen el uno al otro*. Sale, se mete en el taxi y conduce hasta Broomhouse.

Han renovado el barrio desde la época en que iba por allí para vender refrescos en la parte trasera de una camioneta. Sigue siendo una zona pobre, pero ahora los jardines están divididos en discretas parcelas cerradas con verjas metálicas de calidad. Encuentra la casa de Donna, pensando que seguro que el Ayuntamiento le dio el bajo cuando tuvo a la niña. Al entrar en el portal, dos jóvenes flacuchos, uno avergonzado y el otro beligerante, están a punto de abandonar la casa. Donna ve a Terry y se queda sorprendida. «Ter… Papá», dice, aparentemente más en dirección a los chavales que se marchan que en la suya. «Adiós, Drew, Pogo», añade mientras se escabullen seguidos por la mirada de Terry, que entra en el piso. Apesta a pañales. El ánimo de Terry decae al entrar en el salón y encontrarse con los detritos de una fiesta, o algo peor, un estilo de vida nada apropiado para una criatura. Latas vacías, ceniceros llenos, pipas y envoltorios yacen desperdigados sobre una mesa de café sucia.

«¿Qué tal?», pregunta Donna.

Su cara redondita y sus ojos grandes y ovalados le recuerdan tanto a su madre, Vivian, el segundo amor verdadero de Terry, que por un segundo siente como si sus pulmones se vaciaran de aire. «No va mal. Se me ha ocurrido pasar un rato por aquí», dice, súbitamente avergonzado. «A ver a la niña y eso.»

«Ajá», asiente Donna, y le ofrece un té, que él rechaza. Entra en otra habitación y vuelve con la niña en brazos. «Acabo de cambiarla», dice con movimientos tensos y bruscos.

La niña es una criatura feliz y balbuceante que se aferra al dedo que extiende Terry con cierta fuerza. «Así que esta es la famosa Kasey», dice él, lamentando de inmediato lo insípido de su reacción.

«Sí, Kasey Linn», responde Donna. Tiene la televisión puesta; dan un torneo local de golf. Terry ve a Iain Renwick compitiendo y durante un instante le entra la curiosidad por verlo, pero evidentemente Donna no es fan del golf y lo apaga en un acceso de mal humor.

Intercambian los mínimos de la conversación de rigor; a ambos los abruma el peso de la tonelada de palabras que hay que atravesar. Ambos están demasiado exhaustos para empezar a despejar la pila de escombros emocionales que hay entre ellos. Antes de marcharse, Terry le da doscientas libras. «Cómprale algo a la niña», dice. Siente un leve apretón en los billetes.

Al llegar al centro desde la parte oeste de la ciudad, Terry se pregunta en qué se gastará realmente Donna el dinero. Se halla tan absorto en los coches que hay frente a él, evitando mirar a la acera, no vaya a haber mujeres, que no advierte el paso arrastrado del pobre Jonty MacKay, otro hombre abstraído en sus pensamientos.

Jonty está pensando que lo correcto sería que lo metiesen en la cárcel, que Dios lo castigase de esa manera. Pero cuando dobla la esquina por detrás de la estación y se

dirige al puente, ve que no hay ningún despliegue policial ni ninguna evidencia de que hayan recuperado el cuerpo dorado: solo obreros atareados. La zona sigue vallada pero Jonty ve el hueco conocido y desliza su fibrosa complexión por él. Unos cuantos obreros lo miran mientras transita hasta el final del puente a medio construir para mirar la base del esqueleto de hierro del obelisco donde tiró a Jinty. Sin embargo, ya han cubierto esa parte de la estructura con cemento; la han rodeado con cajas de madera para secarla y colocarla después dentro de otro segmento de la columna de soporte. Los currelas deben de haber echado ahora mismo el cemento en el agujero, justo encima de Jinty, cubierta por el edredón. La cabeza de gorrión de Jonty gira hacia delante y hacia atrás con fuerza. En lugar de alegría, siente un pánico aplastante. *Ay Dios mío, que han enterrado a mi pobre Jinty en la columna esa enorme. No es justo.*

Pero entonces se le ocurre que podrá coger un tranvía, cuando lleguen por fin, para ver allí a Jinty. Será como ir a visitar una tumba, pero muy rápido, y sin que hable ningún sacerdote. Esa idea lo emociona, y recorre el espacio con los ojos para intentar averiguar dónde estará la estación y cuánto tiempo tendrá para hablar con la columna.

Se le acerca un capataz con casco y mono amarillo. «No puede quedarse aquí, amigo. Hay que tener autorización.»

«¿Cuándo estarán listos los tranvías?»

«Eh… Nadie lo sabe con seguridad, amigo», dice el capataz, cogiendo a Jonty del brazo y llevándolo a la puerta de salida. Tras abrirla y acompañar a Jonty fuera, se da un golpecito en el casco de metal y señala un cartel colocado en el hueco de la valla. «No se permite la entrada sin uno de estos, y para tener uno de estos hay que trabajar aquí.»

Jonty mira a su alrededor, algo confuso, luego asiente con lentitud y baja la calle destrozada por las obras. El capataz contempla su partida. Otro hombre de la obra, que ha observado el intercambio, levanta una ceja. «A lo mejor al chaval le falta un hervor. Qué pena.»

Jonty sigue caminando por Balgreen Road. Hace frío, pero no le importa. Le gusta meterse el aire congelado en los pulmones, guardarlo y luego soltarlo con fuerza, para ver si consigue que el aliento de dragón crezca cada vez más. Se mete por Gorgie Road y saluda a unas personas que cree conocer en la parte trasera de la dársena del autobús 22. Se alejan. Cuando llega, la casa huele mejor sin Jinty, pero no es lo mismo. Pronto Jonty se siente muy solo. Cuando de repente suena el timbre, le invaden al mismo tiempo la emoción y el susto.

Por la mirilla: una gran mancha amarillo pollo. Es Maurice, el padre de Jinty. Temblando, Jonty sopesa la posibilidad de fingir que no hay nadie en casa, pero se da cuenta de que tarde o temprano tendrá que enfrentarse a la gente. Inspira con fuerza y abre la puerta para que pase Maurice. «Sabía que eras tú, Maurice. Por el forro polar amarillo pollo. Sí señor.»

Maurice parece muy disgustado y prescinde de las cortesías de rigor. «¿Dónde está? No ha llamado, no responde al teléfono… Ocurre algo… ¡Esto ya pasa de castaño oscuro, Jonty!»

«Yo pensaba que estaba contigo, Maurice, sí señor, contigo…», dice Jonty, y va hacia el salón.

Maurice le pisa los talones, ansioso; sus gruesas lentes le magnifican la mirada hasta adquirir proporciones psicóticas. «¿Cómo iba a estar conmigo?»

Jonty se siente en ese momento más cerca que nunca de la cárcel. Se da la vuelta para enfrentarse a la cara demacrada y gafotas de Maurice mientras se imagina de repente compartiendo celda con el viejo expresidiario. De la boca le sale una media verdad, o una media mentira: «La verdad es que nos peleamos, Maurice, sí, tuvimos una pelea… Sí señor, pensaba que estaba contigo, la verdad, porque salió y no ha vuelto. Pensé que estaba contigo, Maurice, sí señor, ya lo creo.»

«¿Por qué os peleasteis?», pregunta Maurice, mientras agita la nariz bajo el ataque del aroma fétido y oscuro del aire.

«La pillé en el Pub Sin Nombre, la noche del Tocapelotas. Estaba en los lavabos con otro. Metiéndose porquería por la nariz. Sí señor, porquería por la nariz.»

«¿Drogas?» Maurice abre unos ojos como platos y a Jonty le recuerda a la serpiente de *El libro de la selva*. «Por Dios.» Se deja caer en el sofá para verse inmediatamente obligado a arrepentirse de tan caballeresco abandono, cuando un muelle roto se le clava en la nalga. Desplaza irritado su peso. «Pues de eso no me había dicho nunca nada. ¡Nunca! Sabía que era rarita con los hombres, pero nunca sospeché lo de las drogas. Pensaba que la habíamos educado con más cabeza.»

«Sí señor, porquería por la napia, ya te digo, sí, eso hizo…», confiesa Jonty con un peso en el pecho, sintiéndose como si estuviese traicionando a Jinty al revelarlo. Se pone cómodo en el sofá, junto a Maurice.

«Mi Veronica, que Dios la tenga en su gloria, nunca fue así», alega Maurice, mientras sus ojos húmedos añaden otra capa vidriosa tras las gafas. «Ni con las drogas ni con los hombres.» Fija una mirada desafiante en Jonty. «Fue pura hasta nuestra noche de bodas, ¿sabes?»

«¿Como Jesús?»

«¡Mejor que Jesús!» Maurice frunce el ceño. «¡Como la puta madre de Jesús! ¡Como la Virgen María, que no había conocido hombre!»

Tal idea deja completamente cautivado a Jonty. «¿Y eso no te hizo sentirte como si fueses Dios en tu noche de bodas, Maurice? ¡Seguro que sí!»

Maurice reacciona conteniendo su furia y mirando con severidad a Jonty. Después decide que es demasiado inocente para estar de coña. «Eres un caso…» Y pone la mano sobre el hombro de Jonty. «Sí, supongo que sí.»

«Eso debió de ser muy chachi.»

Maurice asiente y saca un cigarrillo de la pitillera de oro. La pitillera es un distintivo personal y reviste gran importancia para Maurice. Él opina que los

fumadores de Escocia son culpables de boicotearse a sí mismos, ya que atraen la prohibición con la pinta de vagabundos que llevan y esos paquetes de tabaco de tres al cuarto aplastados en los bolsillos. ¿Tanto tiempo y esfuerzo cuesta llenar una pitillera? En la vida lo que cuenta son las impresiones. Enciende un Marlboro al tiempo que se aparta el largo y grasiento pelo canoso de las gafas. La manera en que los rizos vuelven a caer hacia delante le recuerda a Jonty a una vaca de las Highlands, o aún más, piensa, a un poni de las islas Shetland, con esos dientes grandes y amarillos. Maurice vuelve a peinarse el flequillo. «¿Has hablado con ella? ¿Con mi Jinty?»

«No, he intentado llamarla pero no me lo coge. Voy a ser sincero contigo, Maurice: creo que lo mismo ve que soy yo y no responde, no lo coge, no señor, no lo coge. No señor.»

Maurice sacude la cabeza. «No, no es eso, porque a mí tampoco me lo coge.» Blande su propio teléfono. Jonty siente el móvil de Jinty en el bolsillo del pantalón del chándal, frotándose contra el suyo. «¿Y por qué más discutisteis?» Maurice mira a Jonty con ojos inquisitivos. «Aparte de la cocaína y del tío del Pub Sin Nombre.»

«Pues por dinero, Maurice», dice Jonty, inspirado.

«Claro, cómo no. ¿Por qué iba a ser si no?»

«Tienes razón, Maurice, ¿por qué si no?»

Entonces empieza a sonar el teléfono que lleva en el bolsillo del pantalón del chándal. Solo que tiene dos, el suyo y el de Jinty, y la melodía de ambos es el himno de los Hearts.

«¿No vas a responder al puto teléfono?»

Jonty se pone en pie y coge el aparato. Está seguro de haber puesto el de Jinty en modo vibración, pero es el que saca; lo distingue de su aparato por su funda rosa con los colores del conde de Rosebery. Traga sonoramente y lo deja sonar.

«¡Contesta el puto teléfono! ¡A lo mejor es ella desde una cabina o algo!» Los ojos de Maurice refulgen.

Así que Jonty contesta al teléfono, mientras avanza cuidadosamente hacia el otro lado de la habitación, junto a la ventana. Lo presiona contra la oreja. «¿Eres tú, Jinty? ¡Soy Angie! ¿Dónde te has metido, Jinty? ¿Eres tú?» Jonty permanece en silencio y luego lo apaga.

«¿Quién era?», pregunta Maurice mientras mira la lista de contactos de su teléfono.

«Se han equivocado», responde Jonty, «bueno, no, no es que se hayan equivocado. Era esa gente, ¿sabes? De esos que intentan venderte seguros.»

«Menudo puto coñazo», refunfuña Maurice, aún enredando con el teléfono, pero ahora más distraído. Levanta la vista hacia el amante de su hija. «No tengo dinero, Jonty. Pero tú ya lo sabes, y Jinty también. Echaría una mano si pudiese, pero yo también trabajo como un burro. Y las putas facturas. Pagas a uno, te lo quitas de encima, y enseguida viene otro capullo a pedir más.» Maurice sacude la cabeza.

Jonty también, porque cree que a Maurice no le falta razón. «No te falta razón, Maurice, no señor, la verdad es que no, no te falta razón.»

«Mujeres.» Maurice pone cara de exasperación y, durante unos segundos, bajo las gafas y la luz, a Jonty le recuerda tanto a su hija muerta, a la que ha metido en un hoyo, que tiene que sofocar una exclamación. «No digo que Jinty sea fácil, Jonty.» Maurice no advierte la aflicción de Jonty. «No fue una muchacha fácil de criar», dice, y su rostro se arruga para dar paso a una triste sonrisa. «En realidad me sorprende que haya pasado tanto tiempo contigo. Pensé que solo iba a aprovecharse de ti, como hacía con los demás. Ah, sí, hubo otros, y no pocos, Jonty.» Maurice clava las diversas capas de su mirada en Jonty. «Nada que tú no sepas, ¿no, Jonty? ¡Tú sabes lo que hay! ¡Lo has dicho tú mismo! ¡La pelea! ¡El otro tío! ¡El Pub Sin Nombre!»

Pero Jonty no quiere oír aquello, no, no quiere. «No, Maurice, tienes razón al decir lo que piensas, sí señor, sí señor, lo que piensas, sí señor…», dice distraído, y vuelve a sentarse en el sofá junto a Maurice.

«¿Hay otro tío? No estoy hablando de un matao con algo de cocaína en los bolsillos. ¿Eso es lo que no me estás contando?» Los ojos de piruleta en espiral de Maurice tienen hipnotizado a Jonty. «Seguro que ya se ha liado con otro. ¡Se cachondea de ellos! ¿Tengo razón?»

A Jonty le da vueltas la cabeza, pero lo único que consigue soltar es un oscuro murmullo. «El Pub Sin Nombre… no es un buen sitio. No señor, no lo es.»

«Tú lo has dicho, Jonty. Ese Jake empezó a decirle a todo el mundo que prefería ir a la cárcel antes que aplicar la prohibición de fumar en su pub. Pero ¡si hasta se apuntó al PREFE, el muy imbécil! ¡Su foto salió en el puto *News* y todo! Y luego, en cuanto la aprueban, me echa a la calle por dar una calada, y me sale con el rollo de "Con esto me gano el pan".» La cara de Maurice centellea de rabia. «¡Ese cabrón le ha dado una puñalada trapera a los fumadores de Escocia!»

«Puñalada…»

«Sí, yo entro allí a veces, y no digo nada. Me siento en mi esquina, lo miro, y lo juzgo en silencio, Jonty. Lo juzgo en nombre de todos los consumidores de tabaco de Escocia. ¡Puto hipócrita!»

«Juzgas…»

«Pero tú nunca has juzgado a mi pequeña Jinty, y eso me gusta. Sí, le eres leal, y eso me gusta, Jonty», repite Maurice, que parece que se va a levantar del sillón, pero solo para acercarse más a Jonty y colocarle la mano en el hombro. «No sé qué te habrá contado de sí misma, a puerta cerrada y todo eso, pero supongo que su pasado es asunto suyo.»

«Asunto suyo», boquea Jonty suavemente, acariciándose el mentón con la mano mientras deja la mirada perdida en el espacio.

«Sí, hubo muchos antes que tú.» Las cejas de Maurice asoman por detrás de la montura de las gafas y le suben por la frente.

Jonty siente que debería responder algo pero no sabe qué. Piensa en Jinty, primero rosa, luego azul, luego dorada.

Maurice le aprieta de repente el hombro. La parálisis artrítica de la mano le da el aspecto y la sensación de que lo ha agarrado un ave rapaz con las garras. «Y tenían la cabeza mucho mejor amueblada que tú.» Echa una breve mirada al suelo y sacude la cabeza. «Yo tengo la culpa de eso. Yo siempre le decía: “Búscate a un tío con cabeza.” Pero los tíos con cabeza la calaban rápido…» Levanta la mirada hacia Jonty y luego estalla en llanto. «¿Dónde está mi princesita, Jonty? ¿Dónde está mi pequeña Jinty?»

Ahora Jonty rodea con el brazo a Maurice. «Ya… Maurice… Tranquilo… Eso… Tranquilo…»

Maurice enrosca el brazo en la cintura de Jonty por la espalda y dice: «Es que estoy tan solo, Jonty… Sin Veronica… Y ahora mi pequeña Jinty… Me entiendes, ¿no?»

«Sí…»

«Y tú también vas a estar solo, Jonty, muchacho. La vas a echar de menos y eso», gime en voz queda, pero tiene los ojos ocupados buscando una reacción. Jonty, helado y confuso, no reacciona cuando siente que el pulgar de Maurice se desliza por el interior de la parte trasera de sus pantalones de chándal y se frota contra él.

«Sí…» Jonty mira el perfil de Maurice, el interior de su nariz, lleno de venitas que parecen patas de araña. Tiene la impresión de que algo malo va a pasar, pero siente que se lo merece.

«Tenemos que apoyarnos el uno al otro, ¡eh, muchacho!»

«Sí…, apoyarnos…»

Entonces Maurice se da la vuelta y besa a Jonty en la boca. Jonty ni responde ni se resiste. Tiene la boca tan rígida como la ranura de un buzón. Maurice se echa hacia atrás, pero aún juguetón y envalentonado, y empieza a desatar el cordón de los pantalones de chándal de Jonty. A Jonty eso no le parece tan devastadoramente violador como lo que acaba de hacer. «Vamos, Jonty, amigo, qué diablos, deja que te quite esto… Vamos, amigo…»

Jonty se pregunta si Maurice se va a quitar el forro polar amarillo pollo. Pues sí, se lo quita, y Maurice se levanta y lo conduce al dormitorio. Luego están los dos desnudos, aunque Jonty no le mira la polla a Maurice; huele a Jinty cuando se meten bajo el edredón. No a la Jinty en la que le gusta pensar, sino en cómo estaba al final. Aun con las ventanas abiertas, el olor a putrefacción ha permanecido y ha impregnado las sábanas. Jonty se da cuenta, con desazón, de que tendría que haber ido a la lavandería. Maurice, en cambio, no parece reparar en nada. A su cara ha asomado una expresión de gato de Cheshire, y durante un segundo que resulta a la vez grotesco y hermoso, Jonty contempla la vívida imagen de la hija a la que amaba en la expresión de su padre.

Y lo único que puede pensar es que se merece esto, venga lo que venga, porque la hija de Maurice está muerta y todo es culpa de Jonty. *Lo mínimo que puedo hacer es dejarle que me eche un polvo en condiciones*.

Oye un violento escupitajo y siente que le corre una humedad por la raja del culo. Le sigue un contacto, más suave de lo esperado, y una sensación de invasión que, supone Jonty, será un dedo trabajándole el ano. Se ríe con nerviosismo. «Ja, ja, ja… Maurice…»

Entonces llega un apretón de torno en el hombro, seguido por un violento empujón y una penetración más intensa; punzante, implacable y ardientemente dolorosa. «Intenta relajarte», le murmura en un arrullo Maurice al oído, «te dolerá menos…»

Jonty quiere decirle a Maurice que hay lubricante en la mesilla de noche porque a veces a Jinty se le irritaban las partes y le gustaba que él lo usase. Pero Maurice gruñe y empuja de nuevo, y Jonty aprieta los dientes con un dolor abrasador que percibe como un deber. «Sí…, Maurice…, sí…», jadea.

Maurice suelta una ristra de instrucciones y ánimos, ninguna de las cuales hace mella alguna en Jonty, que no piensa en el padre, a pesar de su perforadora insistencia, sino en la hija y en los extraños acontecimientos que lo han llevado a esta insólita situación. Entonces Maurice suelta un murmullo amargo y, en otro sonido triunfante, un «Recuerda la batalla de El Álamo», y de repente todo se acaba. Casi de inmediato, Maurice está fuera de la cama, vistiéndose a toda prisa.

Jonty también se levanta y se dirige al salón, recogiendo el rastro de ropa y accesorios desechados en su camino. Le pica y le duele el culo, y tiene las hemorroides irritadas, como cuando caga un mojón dentado. Solo que, como le explicó el doctor Spiers, que le recetó la crema para las hemorroides, no era que el mojón fuese cortante, sino que tenía las hemorroides hinchadas. Así que Jonty se queda de pie junto a la ventana, mirando enfrente, al Pub Sin Nombre, deseando que Maurice se largue del piso.

Pero no parece que Maurice tenga prisa por marcharse. «No quiero que te formes una idea equivocada de mí, Jonty», dice, entrando en el salón y subiéndose la cremallera de los pantalones mientras Jonty contempla cómo pasa un autobús. «Porque eso no lo aprendí en la cárcel. Fue en las obras, las obras de edificios grandes», parece empeñado en enfatizar. «Ya te digo, entonces había mujeres y todo, a veces un montón de ellas. Pero en caso de emergencia, Jonty… ¡Uno necesita saber estas cosas, por si hay una emergencia!»

Maurice parece experimentar culpabilidad por primera vez, mientras Jonty permanece en silencio, con la mirada perdida, pero centrada en las contraventanas de madera del edificio de enfrente. El versado convicto y veterano de la construcción se siente impelido a dejar el forro polar amarillo pollo por el que Jonty ha expresado admiración. «Quédatelo, hijo, yo puedo conseguir otro», asiente Maurice sombrío, pensando que quizá haya distinguido una chispa de ignición en los ojos de Jonty

como respuesta a su regalo. «Conozco a un chaval en Ingliston. Tiene uno igual, pero con el símbolo de los Detroit Tigers.»

Jonty lo ve irse, nervioso hasta que Maurice se marcha, por temor a que cambie de opinión y vuelva a reclamar el forro polar. Cuando oye el portazo deja escapar el aliento que había contenido de un modo inconsciente. Oye a Maurice silbando la melodía de «Camptown Races», y el golpeteo de sus zapatos en los escalones al alejarse. Pero entonces Jonty empieza a llorar por Jinty; va hacia la ducha y se arranca la ropa. Quiere lavarse para borrarlo todo, pero no hay agua caliente y parece que la ducha está rota, así que en lugar de eso se limpia el culo con papel higiénico. Luego calienta el hervidor y echa agua caliente en una palangana antes de agacharse sobre ella.

Jonty y Jinty… Creo que tú puedes ir primero, Jinty: Jinty y Jonty, Jinty y Jonty, Jinty y Jonty, Jinty y Jonty…

Se queda allí sentado un rato hasta que el agua se templa y las pelotas se le arrugan. Tras un escalofrío, decide levantarse y salir, encantado de saber que le queda lo suficiente para ir a un McDonald's.

Esta ciudad es un puto hervidero de coños. Ahí van todos borrachos, entrando y saliendo de mi puto taxi, yendo y viniendo de fiestas de empresa. Y aquí estoy yo, totalmente jodido y sin poder hacer nada al respecto. Solo conducir, sin que me importe si el taxímetro está puesto o no. Si viene otro desgraciado y me propone ir al puente de madrugada, cojo y me tiro yo con él. Porque no puedo vivir sin echar un puto polvo.

Sigo algo tocado después de lo que me ha dicho el puto especialista, el doctor Stuart Moir en el hospital, después del resultado de las últimas pruebas.

«Señor Lawson, me temo que no tengo muy buenas noticias. Su corazón no está en buen estado y por desgracia no hay ninguna solución quirúrgica viable. Lo que significa que tendrá que tomar esta medicación el resto de su vida.»

«¿Qué…? Pero si me encuentro mucho mejor», miento.

«Bueno, eso está bien. Pero lamentablemente su corazón es un órgano frágil y no puede soportar muchos sobresaltos. Si mira aquí…»

Y el capullo del doctor Stuart Moir me enseña un diagrama del corazón, y se pone a hablar de conductos y ventrículos y de suministro de sangre, y le digo, «Entonces, ¿no puedo follar? ¿No puedo follar nunca más?»

«La situación no va a mejorar, señor Lawson. Está literalmente luchando por su vida.»

«¡Mis muertos…! ¿Quiere decir que puedo palmarla en cualquier momento?»

«No si sigue tomando la medicación y evita el estrés, el sobresfuerzo… y la excitación sexual.»

«¿Quiere decir que no puedo echar un puto polvo? ¿Nunca más? ¿En mi puta vida?»

El capullo está ahí sentado como si le estuviera contando que necesito cambiar el aceite del taxi. «Entiendo que existen numerosas cuestiones psicológicas en el proceso de adaptación…»

«No, usted no entiende una mierda de…»

«Por ello, voy a derivarle al doctor Mikel Christenson, que es un excelente psicoterapeuta», prosigue el muy grosero sin dejarme ni terminar, «y le recomiendo fervientemente que vaya a verlo», y me da una tarjeta de visita.

«¿Un loquero? ¿Para qué coño quiero un loquero? ¡Lo que necesito es un médico que sepa del corazón!»

El puto doctor Stuart Moir se quita las gafas, las limpia con un paño, y me mira con las marcas de la montura a ambos lados de la tocha. «Lamentablemente, ahora es más importante gestionar el problema que curarlo.»

Salgo de la consulta y del edificio para dirigirme al aparcamiento. Empiezo a conducir sin rumbo, ignorando los mensajes de Big Liz, y no me atrevo ni a mirar por la ventana, de la de coños que hay por ahí sueltos…

Me llama Sal la Suicida. Ha dejado un montón de mensajes y no va a parar, así que le respondo. «Terry, ¿dónde has estado? ¿Por qué me evitas?»

Lo único que se me ocurre decirle es «Mira, Ronnie quiere tu número.»

«¿Qué? ¡No te atrevas a darle mi número a ese loco asqueroso! ¡Odio todo lo que representa!»

«Igual te puede venir bien», le digo, y paro en un carril de Thistle Street. «Me ha dicho que ha leído una de tus obras y que le ha gustado. Mencionó la posibilidad de patrocinarla. Suele hacer cosas así en Estados Unidos, sí.»

Un breve silencio y a continuación: «¡Me estás tomando el pelo!»

«No.»

Sigue otro silencio. Empiezo a pensar que se ha cortado y entonces oigo: «Bueno, supongo que por hablar con él no me va a pasar nada, ¿no?»

«Claro», y le doy el número, «llámalo. Puede que valga la pena. Nos vemos», digo y cuelgo. Un problema menos.

Arranco el motor y trato de hacer alguna carrera antes de recoger a Ronnie. Lo último que me apetece es jugar al golf con un puto yanqui, pero cualquier cosa es mejor que estar dándole vueltas al corazón y al sexo. Dejo atrás a dos buenorras que me hacen señas con los brazos, medio borrachas y con ganas de fiesta y zorreo. Les pueden ir dando por el culo. Veo a un tipo en The Bridges haciéndome señas. «Muy bien, compadre, ¿adónde vamos?»

«A la Cámara del Consejo», exclama el capullo con voz de pijo.

Se va a enterar este cabrón. Giro en la Milla Real hacia el palacio de Hollyrood.

«¿Por qué estamos yendo por aquí?»

«Los tranvías…, un solo sentido…, los desvíos…, el Ayuntamiento…», le digo y miro la cara del capullo en el espejo. «¿A qué se dedica, colega?»

«Trabajo para el Ayuntamiento de Edimburgo. Departamento de desarrollo económico.»

Vale, con este la he cagado. Pero la mejor defensa es el ataque. «¿Sí? Pues a ver si arregláis lo de los tranvías. A los taxistas nos estáis haciendo la puñeta. Debería demandaros por daños y perjuicios. Aunque ¿qué se puede esperar de un Ayuntamiento que apoya a los putos Hearts? Y el barrio de Leith lo tenéis hecho una mierda, pero Gorgie sí que lo habéis puesto de puta madre. Curioso, ¿eh? Total, poco más se puede hacer para joder ese barrio de mierda, colega.»

«Soy economista de transportes y no veo…»

«Seguramente ha tenido en sus manos documentación oficial del Ayuntamiento. Un pequeño consejo: pase de la documentación oficial. Menuda sarta de mentiras. Mejor hable con la gente de barrio, con un servidor, por ejemplo. Yo lucho a diario contra el poder, contra esos cabrones de centralita», le digo al cabrón mientras

pasamos por Queen's Park en dirección al South Side. «Toda mi vida ha sido una lucha contra el sistema, contra las fuerzas oscuras. Un combate durante treinta y cinco años con el Ayuntamiento. Cuando pueda poner eso en su currículum, vuelva aquí y me lo cuenta. Hasta entonces, compadre, o va en mi taxi o a patita, la elección es suya.»

El tío se queda callado.

Suena el teléfono de nuevo, es Sick Boy. «Terry, voy a ir al grano. Te necesito en Londres en una semana para rodar *Fornicator 3*».

«Pensaba que esa la iba a hacer Curtis.»

«La hemos cambiado. He reescrito tu papel como el hermano mayor de Fornicator. Un empotrador sudoroso cuando se excita, pero un intelectual con gafas en la vida real. Piensa en Hulk y Banner.»

«¿Qué ha pasado con Curtis?»

En la pausa que sigue oigo el aire saliendo de sus pulmones. «Se ha subido al carro del Valle de San Fernando y ha firmado con una importante productora de porno. Traidor hijo de puta. Sí, sé que tiene que aprovechar sus oportunidades, pero me ha dejado tirado.»

«No puedo hacerlo.»

«¿Qué? ¿Por qué?»

«No puedo. Tengo movidas ahora mismo. Ya te contaré.»

«Ya veo», suelta el capullo. «No me llames; yo sí sé que no pienso llamarte. Mucha suerte, "compadre"», sisea como una serpiente y cuelga.

Paro en el patio empedrado frente a la Cámara. El mamonazo que llevo atrás sale y paga la carrera. «Ha sido un trayecto con muchos rodeos. Su propina está en el taxímetro», dice el listo. Encima de que le hago un favor. Hay capullos a los que no se les puede echar una mano, sencillamente no lo valoran. Entonces otro tipo se monta en el taxi, un tío de color.

«A la Biblioteca Nacional», dice con acento inglés, como el capullo que sale en la serie británica *Rising Damp*. «¿Está lejos?»

No le quiero decir que está a la vuelta de la esquina, así que decido regresar a The Bridges, después tirar por Chambers Street y acortar por el puente George IV.

«En teoría, no, pero con la historia de los tranvías… En fin, mejor cambio de tema. A la Biblioteca Nacional… Un hombre de letras, ¿no, colega?»

El tío se encoge de hombros. «Bueno, voy a hacer una presentación para el Hogmanay de Edimburgo. Estuve aquí el verano pasado en la Feria del Libro de Charlotte Square.»

«Debe de ser un escritor importante entonces, ¿no?»

«Tampoco diría eso, pero he publicado tres novelas.»

«¿Es posible que yo conozca alguna?»

«No estoy seguro. ¿Le gusta leer?»

«Antes no mucho, colega, pero últimamente estoy leyendo bastantes libros», le digo y me deprimo un huevo al pensar en ello. «Siempre que no salgan cosas indecentes. Pero libros en condiciones, sí. ¿Y de dónde es?»

«Bueno, vivo en Cambridge, pero mi familia es de Sierra Leona.»

«Humphrey Bogart, guapa la peli, eh.»

«No…, está…»

«¡Estaba bromeando, colega, sé dónde está! En África. Seguro que le gustaría estar ahora allí, colega, con el tiempo de mierda que está haciendo. ¿A que sí?»

«Bueno, no sabría qué decir…»

«Entonces, ¿estuvo en la Feria del Libro de Charlotte Square el verano pasado?»

«Sí.»

«Seguro que hubo folleteo por todos lados, ¿verdad? Con todos los escritores que venían de fuera y las tías babeando por ellos. Joder, tendría que escribir la puta historia de mi vida. Polvos, robos y pedos, con pequeños episodios de trabajo aquí y allá para romper la monotonía. Pero todo eso ya ha terminado, colega. Así soy yo», le digo. «Y usted, compadre, seguro que se ha puesto allí las botas. Con tías de estas artistas, que son viciosas a más no poder.»

«Bueno, los escritores solemos tener fama de ser estirados», sonríe, «pero algunos de nosotros nos lo montamos bien.»

Qué suerte tiene el cabrón. «Seguro que sí. ¡A darle caña, colega!»

«Eso haré.»

Siendo oscurito, el chaval debe de tener un buen cipote. No tan grande como el mío, pero total, el mío ya no vale para nada. Aunque mejor no hacer suposiciones racistas: a lo mejor el tío tiene la polla como la uñita de un tejón. «No soy racista, ¿eh, colega?»

«No recuerdo haber sugerido que lo fuese.»

«No, solo lo digo porque, bueno, algunos capullos sí lo son. Yo siempre he defendido a los Panteras Negras. El mejor polvo que he tenido en mi puta vida fue con una negrita, aquí en el festival hace algunos años. Nigeriana. No sé a qué se dedicaba, creo que era bailarina, pero tenía un coño de vicio. Se ceñía a la Amiga Inseparable como una loncha de beicon a una salchicha alemana extragrande.»

El colega empieza a reírse. «Debería escribir un libro, en serio.»

«Tal vez debería», continúo, «pero solo serviría para deprimirme más, o peor, para ponerme cachondo. ¿Sabe qué? ¡Yo le dicto y usted escribe el libro!»

El chaval se ríe y tal pero se nota que no le interesa una mierda.

«Sí, la tipa esta tenía un coño tan apretado que ni siquiera me molestó que no le gustase por el culo… Así soy yo, colega, me gustaba meterla por todos lados, ya se sabe, en la variedad está el gusto…»

«La sal de la vida.»

«Exactamente, jefe, ha dado en el clavo. Mire, si necesita algo, cualquier cosa, yo soy su hombre. Aquí tiene mi tarjeta», se la paso por la ventanilla de la mampara de

seguridad y aparco frente a la biblioteca. «Ya estamos aquí…, eh…, sí, le estaba contando sobre la pava nigeriana. Pues…»

«Mire, no me importaría pillar un gramo de coca», interrumpe el tipo.

«Hecho.» Bajo la voz y empiezo a susurrar, aunque solo estamos los dos en el taxi. Es como una costumbre hablar bajito de estos asuntos. «Llámeme dentro de una hora y se la traigo. Nunca llevo en el taxi después de que pillaran a mi compadre el Pastoso; mucha poli y mucho chivato por ahí suelto, y con todas las putas cámaras…»

«Vale.»

El colega sale del taxi y yo me dirijo a Inverleith a visitar a Rehab Connor para pillarle al colega. Lo peor de todo esto es tener que dar explicaciones a la gente.

«Ya me parecía a mí que estabas muy tranquilo», dice Connor después de contarle lo de mi estado de salud.

«Ya ves, no puedo ir por estos barrios con el corazón así. Siempre hay alguna pava con ganas de cachondeo.»

«Tu reputación te precede, Juice Terry.»

«Sí, pero ahora es una maldición en vez de una bendición», le digo. Luego vuelvo a la ciudad, le paso la coca al negrito y recojo a Ronnie en el hotel. Lleva los palos y nos vamos al campo de golf.

Me hago dos rayas de farla. «Vamos a animarnos un poco.»

Ronnie no parece nada contento. «¿Para que la poli nos pille otra vez? No deberías hacer estas cosas en tu estado. Es una idea pésima. Necesitas un tempo constante y relajado para el golf, y la coca es probablemente lo peor que te puedes tomar.»

«Métete una, solo una rayita para el camino. Se nos habrá pasado para cuando lleguemos allí. ¡Acuérdate del Tocapelotas!»

Ronnie no parece convencido, pero aun así se la mete. A veces no se trata de lo que necesitas, sino de lo que quieres. «Coño…, joder…», dice. «Tengo buenas noticias. El puto lord de Glencarrock, el que tiene la tercera botella de whisky y no me devolvía las llamadas, al final está dando su brazo a torcer. Lars y su gente han hecho una oferta conjunta. Por supuesto, los mamones de McFauntleroy no lo están poniendo fácil, pero al parecer cerraremos el trato.»

«¿Aún no se sabe nada de la segunda botella?»

«No…», dice Ronnie, y de pronto parece apesadumbrado de nuevo. «Es como si se hubiese esfumado. Tengo un detective privado vigilando a Mortimer todo el día, pero de momento nada apunta a que él la tenga.»

Sé cómo animar al capullo. «Le he dado a Sal tu número.»

«¡Toma ya! ¿Crees que llamará?»

«Cualquiera sabe con las tías, colega. Pero mira, tienes la fama y el dinero a tu favor, y ese es mejor afrodisíaco que el tamaño, no sé si me entiendes.»

Ronnie no dice nada, pero dudo que tenga más de doce centímetros.

Vamos por la M8 sin apenas tráfico. En algo más de una hora llegamos. Es un campo de golf grande, abierto, sin muchos árboles ni arbustos, por lo que hay que tener en cuenta el factor viento. Estamos en una de las calles y Ronnie mira entre los palos y saca uno bien gordo. «El golf mola, Terry. Cuando te acercas a los cuarenta, créeme, es mejor que el sexo. Siempre.» Sonríe y me enseña la posición básica para lanzar. Lanzo un par de *swings* y luego me entrega el palo. «Este es un par tres corto.»

Alzo la mirada y pienso en la cara de perro de Kelvin concentrada en la pequeña pelota de golf. Luego miro a la calle. Vuelvo a mirar a la pelota y lanzo un *swing*. La pelota casi vuela: largo y recto. Rebota en el *green* y rueda hasta quedarse cerca del hoyo.

Ronnie suelta un suspiro y los ojos se le salen de las órbitas. «¡Joder! ¡Qué buen golpe, Terry! No sé si es la puta suerte del principiante o es que has nacido para esto.»

Caminamos y me sitúo cerca del hoyo, mucho más cerca que Ronnie. Pero la cago con el *putt*, y necesito cuatro en vez de dos. Ronnie lo consigue en el par.

Lo mismo pasa con los dos hoyos siguientes. El primer lanzamiento se me da bien pero el *putt* me da por culo. Entonces siento como si me diesen un ladrillazo en la cabeza y lo veo claro de pronto: todas las frustraciones de la vida vienen por no meterla en el agujero. De eso se trata el golf, de eso y de superar todos los obstáculos del camino. Cuando terminamos el partido se lo comento a Ronnie y dice: «Lo has hecho muy bien, Terry, tienes talento natural en el *swing* y eso es lo más importante que debe tener un golfista. Solo tienes que concentrarte más en el *putt*.»

Vamos a la casa club a tomar algo. Llega Lars con Jens y el *broker*. Lars tiene cara de serio y dice: «Quieren ciento ochenta mil por la tercera botella.»

«¡Deberíamos arrancarles las manos!»

«Libras, no dólares.»

«¡Hijos de puta! ¿Les has dicho que solo hay dos botellas de la colección Trinity, y que el precio sería menor?»

«No vale menos para nosotros. Vale más, y él lo sabe.»

Ronnie se encoge de hombros. «Vale, hagamos el trato. Llamaré a mi gente —no al puto Mortimer— para que haga una transferencia a tu cuenta.»

Lars asiente, meneando lentamente la cabeza como un villano de James Bond. «Obviamente, cuando el trato esté cerrado, esta botella se quedará en mi posesión hasta que juguemos el partido de golf», dice mirando al tontaina del *broker*. «Es lo justo, dada tu pésima custodia de la otra botella.»

Ronnie se infla, como si fuese a responderle, pero se lo piensa mejor y se desploma en la silla. «Supongo que no puedo rebatir eso», dice. Le he cogido cariño a Ronnie, pero la verdad es que el capullo habría sido un puto funcionario de mierda de no ser por la pasta de su viejo y sus contactos de la Ivy League.

«No creo que tú tengas la botella, pero desapareció estando bajo tu custodia», prosigue Lars. «Por tanto, debe haber un elemento punitivo en nuestro desafío. Mi asistente, Jens, es un jugador decente de golf», y entonces me mira a mí. «Le buscaremos un rival en el partido por la nueva botella. Tu socio es el elegido», y vuelve a mirarme.

«Yo no sé jugar al golf, colega», le digo.

«¡Hoy es el primer día que Terry ha cogido un palo de golf!», protesta Ronnie.

«No he sido del todo transparente contigo», sonríe Lars. «Ya me he hecho con la botella número tres con mi propio capital. Ahora cada uno tiene una botella.»

«Acordamos que compraríamos a medias las otras dos botellas y nos las jugaríamos…»

«Eso fue antes de que perdieras una. Ahora cada uno tiene una.» Hace un gesto a Jens; este abre la caja, y ahí está la botella con forma del edificio Gherkin. «Jugaremos por las dos botellas, la tuya y la mía, y jugaremos con acompañantes, es decir, ellos dos.»

Bueno, Ronnie se queda sin palabras y dice que se lo pensará. Lars le dice que no se lo piense mucho.

Así que volvemos a Edimburgo en el taxi. «¿Qué vas a hacer?»

«Él sabe lo mucho que quiero esas botellas. Es un riesgo alto, el ganador se queda con todo. Dos botellas o nada.»

«¿No estarás pensando…?»

«Creo que podemos ganar a esos cabrones, Terry.»

«Ni de coña… No puedes confiar en mí para ganar esa botella de whisky. Ronnie, sé lo mucho que significa para ti», le digo, porque no me puedo creer lo que está pasando. Este capullo de la tele, un multimillonario que se ha codeado con todos los pijos de la Ivy League en *El pródigo*, ¡este gilipollas cree en mí! Normal. Pero es el mamón el que necesita que yo, Juice Terry, crea en él.

«Las quiero todas», insiste, «y ese gilipollas me ha puesto entre la espada y la pared. No me extrañaría que él fuese culpable de la desaparición de la botella número dos, tal vez con Mortimer…»

«Yo juego si quieres, Ronnie, pero necesito tiempo para practicar.»

«Lo tendrás. Saldremos a jugar todos los días, Terry, y cuando me vaya de la ciudad, seguirás practicando con el entrenador ese de los cojones.»

Y la verdad es que empiezo a pensar que podría funcionar, joder. Ronnie es mejor que Lars, e incluso si Jens es mejor que yo, aún tendríamos una oportunidad.

Así que al final el día no resulta tan malo. Por la tarde me quedo en casa leyendo *Moby Dick* y llaman a la puerta. Me alegro de no haber abierto, porque es Sal la Suicida. Joder, espero que sus obras sean igual de buenas que sus polvos y así endiñársela a Ronnie de una vez. La observo andar por la calle tras las cortinas. Cuando no hay peligro, salgo a por una pinta de leche al Hamilton’s. Al volver,

llaman de nuevo a la puerta, y me cago en todo lo que se menea. Luego recibo un mensaje de Jason: *Venga, Terry, déjame entrar. Estoy fuera*.

Le abro. Es genial verlo y le doy un abrazo. Él parece rígido y tenso, y me da unas palmaditas en la espalda. Cuando lo suelto me dice: «¿Qué tal?»

Parece más fuerte, con más músculos, como si hubiese estado haciendo pesas. Lleva el pelo rapado al uno. Se parece más a Lucy, su madre, que a mí, sobre todo en los ojos. «¡Me alegro mucho de verte!»

«Yo también me alegro. He venido a ver a mamá y he pensado…»

«Estoy orgulloso de ti, lo sabes», suelto sin pensar.

«Terry, esto no es normal en ti…»

«Llámame papá, hijo.»

«Ahora sí que me estás dando miedo. ¿Va todo bien?»

Así que le cuento toda la historia.

Cuando acabo, Jason me mira y dice: «Lo siento mucho. Sé que siempre has sido sexualmente activo, que es una parte importante de tu vida, y que te gusta hacer… tus películas y eso.»

Por algún motivo noto que estoy temblando. Como si el mundo entero estuviese pendiente de mí. Normalmente esas cosas me dan igual, pero ahora no. Apenas puedo mirarlo a los ojos. «Seguro que te he avergonzado por hacer porno y eso, cuando estabas en la universidad.»

Jason simplemente dibuja esa media sonrisa suya. Siempre fue un chico feliz, nada parecía molestarlo. Pero profundo… Enigmático, como diría Rab Birrell en una de sus páginas web para intelectuales. Según el capullo, partirle la boca a un tío de un puñetazo era una especie de alegato posmoderno en el siglo pasado, pero ahora al parecer se considera reaccionario. «Siempre he tratado de respetar tu decisión de hacer porno.»

«Cierto», le digo. «Siempre has sido una gran persona y me has hecho sentirme orgulloso.»

«Bueno, gracias…», dice Jason, «aunque nunca te has abierto así antes…»

«Tal vez tendría que haberlo hecho. Quizá ese ha sido mi error. ¿Qué clase de padre he sido?»

Jason mueve la cabeza y se encoge de hombros. «No hace falta que entremos en eso. Quiero decir, eres quien eres, y te quiero. ¿Lo sabes, verdad?»

Siento como una pelota de tenis atascada en la garganta y empiezo a llorar. Acabo de entender que de verdad me quiere. Me quiere, a pesar de…, en fin. Siempre le gustó salir conmigo. Ojalá le hubiese dado más. «Te quiero…, hijo. Lo sabes, ¿no?»

«Claro que sí. Siempre lo he sabido.»

«Pero nunca me he comportado como un padre, ¿verdad?»

«Hay padres para todos los gustos. Tampoco te voy a venir con cuentos, Terry…, papá. El abuelo fue mi padre tradicional. Mamá también. Entre los dos me dieron

todo lo que necesitaba de niño», dice Jason, y al mirarlo veo lo preocupado que está de verme tan deprimido y cabizbajo. «Pero…»

Me obligo a alzar la mirada.

«Fuiste lo mejor que me pudo pasar cuando llegué a la adolescencia. Eras mi mejor amigo y el mejor hermano mayor que podría haber tenido. Y, créeme, eso es exactamente lo que necesitaba entonces.»

Nos sentamos con un par de cervezas y nos ponemos a arreglar el mundo. Me doy cuenta de que es genial estar con él. Echa un vistazo a los libros de la estantería y hace un gesto con la cabeza.

«¿Qué?», pregunto.

Entonces nos miramos el uno al otro y empezamos a reír de forma incontrolada.

Cuando Jason se marcha, no puedo relajarme y pienso en meterme una rayita, pero recuerdo que no debería ni tocar la coca. La dejo caer en la taza del váter y tiro de la cadena para que no me tiente. Me doy cuenta de que tengo tres hijos estupendos y una hija genial, y que eso es lo único que podrá echarme en cara la Agencia de Manutención Infantil, así que tengo mucho por lo que vivir. Se puede vivir sin un polvo. Cojo el ejemplar de Rab Birrell de *Moby Dick*.

Estoy leyendo el libro y me acuerdo del entrenamiento de golf que tengo mañana con Ronnie; la verdad es que me apetece mucho. Así que sigo leyendo hasta caer rendido; luego me arrastro hasta la cama y me quedo profundamente dormido.

Me levanto y me siento más descansado de lo que he estado en años, y con ganas de ver a Ronnie en el campo de golf. Esta vez vamos al Club de Campo y Golf Macdonald Cardrona, en Peebles. Las pastillas me tienen mucho más calmado y disfruto el camino hasta la región de Borders bajo el débil sol de la mañana.

Lo bueno de los clubs de golf es que solo hay tíos de mediana edad y vejestorios. Los coños que hay por allí son exclusivamente material prehistórico, así que tengo menos tentaciones. Un poco de aire fresco, unas copichuelas después…, ¿qué más puedo pedir?

Ronnie está contento con mis progresos, pero la sigo cagando con el *putt*. Estoy bastante relajado, pero aún fallo golpes de cerca que parecen fáciles. «Concéntrate, Terry», me dice cuando llegamos al séptimo intento. «Intenta vaciar la mente de todo excepto el hoyo…»

Comprendo que, en efecto, hay que concentrarse. Poner toda la atención en el hoyo. En meterla en el puto hoyo. El puto agujero negro. Olvídate de todo lo demás. Solo un golpecito suave y fácil… La pelota rueda por el *green*, da un pequeño giro y… ¡bingo! En el puto hoyo. «¡Así se hace!»

«¡Joder, qué buen *putt*, Terry! ¡Ya lo tienes! ¡Tienes talento natural para esto!»

Creo que ya le he pillado el punto a la mierda esta del golf. Estoy mejorando mi juego. Todo gracias a ver y a escuchar a Ronnie, la voz de la experiencia. Es como

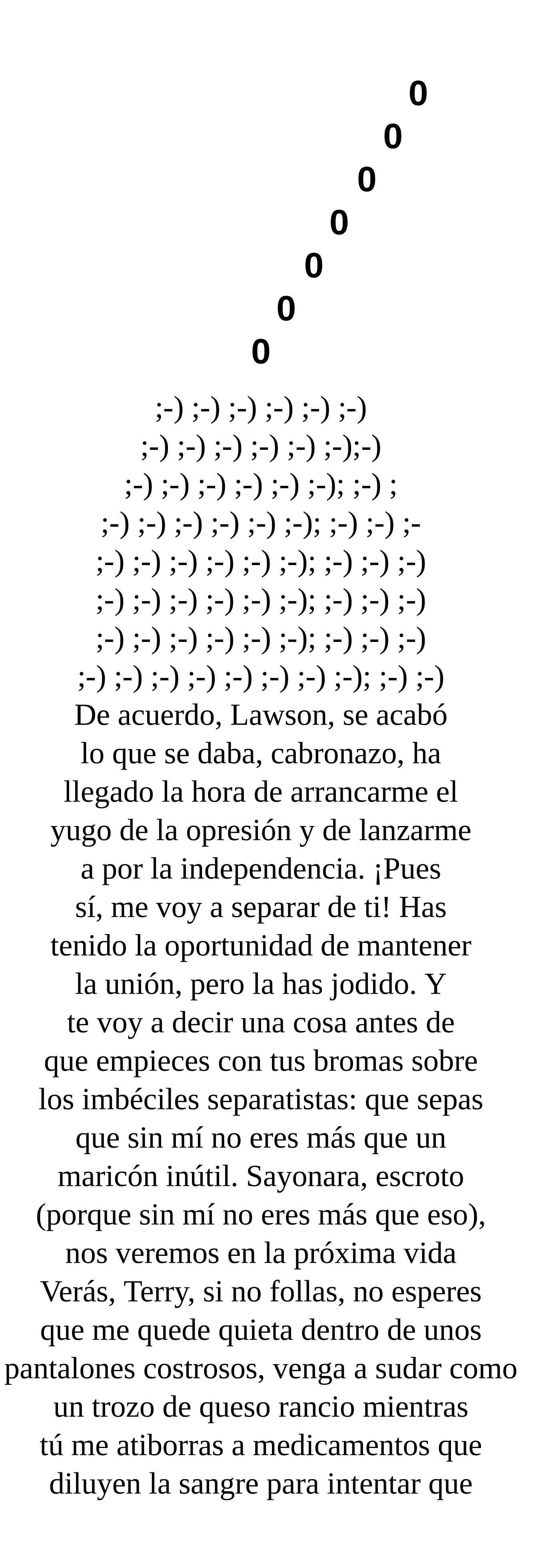
cuando empecé a salir por el Tivoli Bingo House para entrarle a las maduritas. De las colegialas se aprende lo justo; hay que ir a por sus madres. Cuando era adolescente y empecé a zumbarme a las chavalas, solían preguntarme: «¿Quién te ha enseñado a hacer eso?», y yo siempre pensaba: probablemente tu madre. O eso o lo había visto en el Classic, el cine X de Nicolson Street. ¡Fijo! Pues el golf es lo mismo, si lo llevas dentro es que lo llevas dentro, solo necesitas una mano experimentada que te ayude a sacarlo. Pero hay algo más también, tienes que estar ahí en el momento, centrado en lo que tienes entre manos, pero también fuera del momento, para que el resto del mundo no te distraiga. Y entonces caigo en que el golf es exactamente lo mismo que el porno en ese sentido. Tienes que menear el puto palo y no dejar que nada te distraiga del hoyo.

Las cosas van bien, y Ronnie está muy contento después en el bar de la casa club de Spikes. Las copitas nos están sentando de lujo. Entonces me mira un poco avergonzado y dice: «He quedado con una chica esta noche. Vamos a cenar. La mujer del club de citas exprés al que me llevaste.»

«Genial. Bien por ti.»

Así que volvemos al hotel. Algo de lo que me ha dicho no me cuadra, así que cuando lo pierdo de vista, me quedo merodeando un poco por el Balmoral. La veo venir andando por la carretera. Por supuesto, no es la tipa de las citas exprés, es Sal. Cuando entra en el hotel parece distinta, más pija, más sofisticada, muy maqueada. Me voy y regreso a mi puto piso solitario.

Llego a casa y me quedo dormido leyendo *Moby Dick* con el capullo que persigue a la ballena. Y pienso: *¿Qué coño me importa a mí esta puta ballena? ¡Yo sí que necesito clavar el arpón!*



0
0
0
0
0
0
0

;-) ;-) ;-) ;-) ;-) ;-)
;-) ;-) ;-) ;-) ;-) ;-);-)
;-) ;-) ;-) ;-) ;-) ;-); ;-) ;
;-) ;-) ;-) ;-) ;-) ;-); ;-) ;-) ;-
;-) ;-) ;-) ;-) ;-) ;-); ;-) ;-) ;-)
;-) ;-) ;-) ;-) ;-) ;-); ;-) ;-) ;-)
;-) ;-) ;-) ;-) ;-) ;-); ;-) ;-) ;-)
;-) ;-) ;-) ;-) ;-) ;-) ;-) ;-); ;-) ;-)
De acuerdo, Lawson, se acabó
lo que se daba, cabronazo, ha
llegado la hora de arrancarme el
yugo de la opresión y de lanzarme
a por la independencia. ¡Pues
sí, me voy a separar de ti! Has
tenido la oportunidad de mantener
la unión, pero la has jodido. Y
te voy a decir una cosa antes de
que empieces con tus bromas sobre
los imbéciles separatistas: que sepas
que sin mí no eres más que un
maricón inútil. Sayonara, escroto
(porque sin mí no eres más que eso),
nos veremos en la próxima vida
Verás, Terry, si no follas, no esperes
que me quede quieta dentro de unos
pantalones costrosos, venga a sudar como
un trozo de queso rancio mientras
tú me atiborras a medicamentos que
diluyen la sangre para intentar que

no me cuadre cada vez que veo
a una señorita. Porque eso no va a
pasar, amigo, ni de coña. Acuérdate
de todos los túneles del amor en
los que me has metido a lo largo de
los años. Hemos dado muchas vueltas
desde aquel coñito de la pequeña
Rachel Muir, que solo tenía trece años.
Pero tú me tenías que meter ahí dentro
a la fuerza, y yo solo tenía once años,
capullo asqueroso, y aun así, ¿me oíste
quejarme? ¡Y una mierda! ¡Claro que
me la follé! Nada de chiquillerías,
me embutiste en ella a empujones en
un portal asqueroso y tú allí, bombeando
en estado de éxtasis. Ahora, avanza
a cámara rápida por todos los polvos
que has echado hasta el presente y
dime si Sara-Ann la Suicida va a ser
el último agujero que este viejo nabo va
a catar. ¡No te lo crees ni tú! Te
has cargado el contrato, amigo, así
que todo apunta claramente a…
la independencia… independencia…
libertad… libertad… libertad…
libertad… libertad… libertad…
libertad… libertad… libertad…
libertad… libertad… libertad…
libertad… libertad… libertad…
libertad… libertad… libertad…
libertad… libertad… libertad…
libertad… libertad… libertad…
libertad… libertad… libertad…
libertad… libertad… libertad…
libertad… libertad… libertad…

No estoy nada contento, porque no soy una mujer y no me gusta que me traten como a una mujer o a un marica. Que Maurice hiciera eso no ha estado bien, no señor, no señor, no señor, nada bien. Porque se supone que por ahí sale la porquería, no es un lugar para que entren cosas malas. Quizá algunas veces lo puedan hacer un chico y una chica, por cambiar un poco, pero no dos hombres. No señor, no está bien. Y además Maurice es protestante, no un cura católico ni un político conservador de colegio privado que sale en la BBC. Eso no hace más que empeorarlo todo. Ya te digo, anda que no.

Daba una sensación muy rara en el culo, como si se me asqueara y revolviera la tripa. Maurice gemía y decía «No pasa nada, Jonty, solo es un polvo, no hay que darle más vueltas», y luego gritó aquello de El Álamo, pero no señor, no estaba bien. Otra cosa mala que me ronda la cabeza.

Luego pienso en la pobre de Jinty, helada en ese pilar de hormigón bajo el puente nuevo del tranvía, y sé que he hecho cosas muy malas. Empiezo a pensar en Dios y en cómo me va a castigar por todo. Y el sacerdote ese…, ¡ojalá ese feniano de mierda me hubiera confesado! No deberían de existir unas normas para unos y otras normas para otros. No está bien, no señor.

En internet se pueden ver muchas tonterías. Te dicen lo que puedes hacer con una botella, un trapo y un poco de trementina. Después enciendes el trapo, lanzas la botella y ya tienes una bomba. Pan comido. Eso mismo voy a hacer. Voy a hacer bombas. Porque no se pueden salir con la suya, no señor, de eso nada. Hacer un cóctel molotov es pan comido, no hay más que buscarlo en internet. Jinty siempre me regañaba porque me pasaba demasiado tiempo delante de la pantalla. «Se te van a poner los ojos cuadrados, Jonty MacKay», me decía. Y yo contestaba: «De eso nada, porque he oído que los chinos usan internet más que nadie y nunca verás a un chino con los ojos cuadrados, claro que no.» Y Jinty contestaba: «Ahí me has pillado, Jonty, qué te voy a decir.»

Pero para hacer un molotov basta con conseguir una botella y llenarla hasta la mitad de gasolina. Gasolina normal y corriente, ya te digo. Se le puede añadir un poco de aceite de motor, por ejemplo, Castrol GTX. Ingeniería líquida. Sí señor, sí señor, sí señor. Mojas un trapo, lo metes por el cuello de la botella y lo sujetas con un tapón de goma, dejando que sobresalga un poco por fuera. Después lo prendes y lo lanzas, pero con fuerza, como para que se rompa contra la pared o el suelo.

¡Bang!

¡Qué fácil!

Así que bajo al taller a comprar el material, pero para conseguir tapones de goma tengo que ir a una bodega muy pija en el centro.

«Tapones de goma», le digo a la chica, que lleva una blusa bonita.

«Tenemos de varios tipos.»

«Ese paquete de cuatro», digo a la chica, «solo el de cuatro.»

«¿Desea algo más? Tenemos tintos chilenos excelentes, Cabernets, acaban de llegar hoy…»

«Solo quiero los cuatro tapones de goma, sí, sí, sí.»

Coge el dinero y lo pasa por caja. Los tapones de goma son muy caros, pero es que la tienda es muy pija. ¡Sí señor, anda que no!

Cuando llego a casa, preparo las bombas. Después salgo con el forro polar amarillo pollo y un pasamontañas. Todavía hace frío, ha empezado a oscurecer y avanzo por debajo del puente. Pasan varios coches, después un autobús de la línea 22. Bueno, pues voy a la parte trasera, donde a veces salen a fumar. Los oigo a todos dentro del pub. Voy a la puerta lateral y la cierro con la copia de la llave que hice. A veces a Jake se le olvida abrirla, lo sé porque los chicos siempre se quejan cuando quieren salir a fumar. Luego voy por el callejón hasta la entrada principal, enciendo dos bombas, abro de golpe la puerta, tiro dentro los dos cócteles molotov y cierro la puerta. Veo a un chico que no reconozco mirándome antes de que estallen el cristal y las llamas y las voces y los gritos. Doy media vuelta y corro a casa.

¡Se van a llevar un buen susto!

Cuando llego a las escaleras se me ocurre que quizá me he pasado, sí, me he pasado, quizá he perdido el control. Oigo ruidos que vienen de fuera de la escalera, como gritos y tal. Subo y veo a la mujer pakistaní, la señora Iqbal y a su hijo marrón, que salen al descansillo, y les digo: «No salgáis, hay fuego en el pub de enfrente. Ha sido culpa mía. No tenía que haberlo hecho, pero es que dentro hay gente mala.»

«Sí, sí, muy mala. Todos los días paso con el bebé y me dicen cosas horribles. ¡Me dan mucho miedo! Rápido, ven», dice, y me agarra del brazo y me arrastra a su casa con su hijo.

Echo un vistazo por la ventana a través de las cortinas. Suenan las sirenas de los camiones de los bomberos.

«Voy a ir a la cárcel…» Miro a la señora Iqbal, hoy lleva la cara solo tapada a medias, y tiene unos ojos muy amables. Se asoma conmigo. Las puertas principales del pub se han abierto, la gente sale sofocada y tosiendo, y estoy muy asustado. «¡Debería irme de aquí, señora Iqbal, vendrán a buscarme!»

«Hay gente mala allí, pero tú eres un buen hombre.»

«Sí, pero me van a pescar», le explico, «anda que no. Sabrán que he sido yo, sí señor, anda que no.»

«Sí, tienes que irte. ¡Date prisa! Pero no te puedes ir vestido así.»

Me lleva a otro cuarto y me hace ponerme uno de los vestidos que lleva ella cuando sale. Dice que es un burka. Estoy a punto de decir que no me gusta, que servían para patrocinar a los Hibs, porque he visto una foto antigua de George Best

con una camiseta de los Hibs y uno de estos encima. Pero ahora todo ha cambiado, y ya nadie verá a George Best con esto, si es que sigue vivo. Así que me lo pongo.

Sí, tiene una rejilla chachi. Casi ni se oye ni ve ni nada de nada. Así que me quito el forro polar amarillo pollo por debajo del vestido, porque es de Maurice y yo no soy una mala persona que hace cosas así por dinero o por ropa. No señor. Resulta raro bajar las escaleras, pero le digo adiós a la señora Iqbal, salgo a la calle y paso junto a los camiones de bomberos.

Bueno, no se ve casi nada, está todavía más borroso por el humo que sale del pub.

Veo a Evan Barksie mientras lo meten en una ambulancia. Tiene un lado de la cara achicharrado. Su hermano Craig Barksie me mira directamente a los ojos, como si supiera que soy yo, y cuando le devuelvo la mirada dice: «¿Qué coño estás mirando, zorra pakistaní? ¡Es mi hermano!» La policía está mirando, y me entran ganas de decir: «He sido yo, lo he hecho para ajustar cuentas por lo de Jinty», pero sigo andando. Se ha reunido una multitud, y es curioso que haya venido tanta gente, porque no están retransmitiendo ningún partido, ni Ryan Stevenson ni nada, y la policía intenta que se vaya, pero siguen sacando cuerpos del pub, así que continúo andando.

Esto no me gusta nada, no señor, nada de nada. Tengo que irme de aquí, sí señor, sí, sí…

«¡Zorra pakistaní!»

No señor…, no…, no…

«¡No me gustáis un pelo!»

Continúo andando, sí, sí, ya te digo, señor…

«¡Creía que no te dejaban salir sola! ¡Seguro que ha sido ella! ¡Seguro que la muy puta lleva una bomba terrorista debajo de la ropa!»

«Déjala en paz… Ha sido un cabrón con un forro polar amarillo pollo, lo hemos visto en la cámara.»

Nada de esto está bien, ya te digo, está fatal. Continúo andando hasta que llego al portal de Maurice. Entro, porque el telefonillo y la cerradura están rotos, y subo de puntillas a su piso. Hay un olor muy desagradable a pis de gato, sí señor. Saco el forro polar amarillo pollo y lo cuelgo del pomo de su puerta. Oigo que alguien viene, así que bajo pitando las escaleras, subiéndome el faldón para poder darme prisa. Fuera todavía hay mucho follón, llega otra ambulancia y más policía.

Después me meto por una calle lateral y voy pitando hacia Polwarth. Voy andando, sí señor, voy andando hasta el final de la calle. Y continúo andando, y me resulta raro llevar el burka, pero no digo nada porque la señora Iqbal ha sido muy buena al ayudarme y estoy pensando que el paseo hasta Penicuik va a ser muy largo, sí señor, sí señor, sí señor, sí señor, sí señor, sí señor, sí señor, sí señor…

¡El golf es la leche! Ronnie y yo salimos temprano para ir al club de pijos de Saint Andrews antes de que lo deje en el aeropuerto. Me ha comprado un nuevo juego de palos que está de puta madre y además le he dado un buen uso: he ganado al capullo por dos golpes, ¡75 a 77! El cabrón no se lo podía creer, al principio se puso fanfarrón y todo, dijo que no era posible, que él era un jugador de *handicap* cinco. Le dije que a mí a hándicaps no me ganaba nadie, porque el peor *handicap* posible es no poder echar un polvo. Va a estar en Nueva York un tiempo por negocios y voy a echar de menos al cabroncete, así que tengo que buscarme un nuevo compañero de golf cuanto antes. El golf es prácticamente lo único que frena mi obsesión por los coños. ¡El puto *swing* ese! Parece un golpe sencillo, pero hay mucho detrás: la postura, la caída, el retroceso… Es como estar en un rodaje intentando metérsela a una pava por el culo y los huevos te empiezan a chocar con los de Curtis porque él se la está follando por el coño, y Sick Boy encima de ti, gritándote, intentando grabarlo todo con la cámara.

Ronnie parece contento y, aunque no diga nada, sé por qué es. Es porque está follando, y además sé que se está cepillando a la dramaturga de Portobello, la practicante de *puenting* frustrada. Me gustaría que no anduviesen a mis espaldas como críos: me da igual quién folle con quién. Nunca he tenido celos de nadie en ese aspecto, aunque supongo que ahora estoy celoso de todos los putos tíos. Estamos en la terminal de salidas y dice: «Quiero que practiques todos los días. Tenemos que estar en lo más alto de nuestro juego para derrotar a esos gilipollas suecos.»

«Daneses.»

«Lo que sea, escoria vikinga en cualquier caso. Acuérdate de llamar al gordo perezoso de Iain Renwick, y que haga todo lo que le pidas, que para eso le estoy pagando una pasta, para que te entrene.»

«Perfecto», le digo y continúo: «La verdad es que el golf me está ayudando a quitarme las almejitas de la cabeza.»

«Almejitas…, otra forma tuya de llamar a los coños, ¿verdad? Al final voy a hablar igual que tú, cabrón.»

«No vas por mal camino, colega.»

Ronnie se ríe al pensarlo. «Bueno, yo a cambio te he dado el golf, no es mal trato. Lo necesitaba tanto después de que Sapphire me dejase», dice. «Fue una etapa desquiciante. Con los *paparazzi*, luego la sentencia de divorcio… En fin, creo que ya sabes la historia.»

«Qué me vas a contar. Hasta que no tienes a la puta Agencia de Manutención Infantil encima no sabes ni la mitad de la movida, colega», digo, y le pregunto: «¿Y Sal la Suicida no te ha llamado?»

Ronnie se encoge de hombros y dice: «No, supongo que al final no va a pasar nada entre la antisistema y yo», sonríe. No se le da mal poner cara de póquer y mantener la mirada, pero el jodío se está poniendo rojo, y eso lo delata. Como si me importase una mierda que se estén liando, si fui yo el que los junté a los cabrones. Es curioso cómo el sexo puede hacer que quien menos te esperas se comporte como un colegial.

«Bueno, Terry, cuídate, y recuerda: piensa en golf, no en coñ…, almejitas.» Ronnie me golpea el hombro y se vuelve para coger el avión.

¡Qué fácil es decir eso cuando se está zumbando a mi pava! Pero me siento solo mientras lo veo irse. ¡Quién me iba a decir a mí que un gilipollas yanqui que sale en la tele iba a ser el único compadre que me entiende de verdad!

Está empezando a oscurecer cuando voy al aparcamiento y me marcho, no sin antes saludar a Jack Muñón, que acaba de dejar a un cliente y se queda esperando a ver si pilla otro de la terminal de llegadas. Está que echa chispas viendo los taxis privados de su fila. La rotonda de Maybury está a tope, y esta vez sí es por las putas obras del tranvía. Necesito un nuevo compañero de golf, joder. Así que llamo al gilipollas de Iain Renwick, pero sale el buzón de voz. No dejo mensaje, tampoco tengo tanto interés en el subnormal ese.

Corstorphine está imposible porque al parecer un vehículo pesado se ha averiado en Saint John’s Road, así que atajo por Broomhouse y Saughton Mains, mi antiguo barrio. Es triste pensar que no conozco a casi nadie por las calles donde crecí, todos se han largado. Al llegar a Gorgie el tráfico también está fatal, obviamente algo ha pasado. Estamos parados, así que decido llamar a Jason, a ver si quiere jugar conmigo al golf. «¿Tú? ¡Al golf! Ja, ja, ja… ¿Tú jugando al golf? ¡Hay que joderse!»

«Sí, y además me encanta. Es lo único que me mantiene centrado últimamente.»

«Lo siento, Ter…, papá, pero tú me hiciste odiar el golf. No pienso coger un palo de golf en mi vida. Llama a Donna, seguro que se apunta.»

«¿Donna? ¡Estás de broma!»

«Estuvo con un tío que era profesional del golf en algún club de North Berwick. La cosa no funcionó porque él estaba casado. Un tipo más mayor que la estuvo mareando un tiempo.»

Coño, no me digas que…

«De acuerdo…»

«Ese que ganó el British Open un año. Renwick.»

Puto viejo, no puede dar más asco…

Casi me quedo sin respiración. «No será el padre…»

«No, las fechas no cuadran…»

Qué puto alivio, joder.

«Igual le pego un toque a Donna», grazno al teléfono. «Pues gracias por nada, qué cabrón ese Renwick… Al menos este tenía pasta, porque la Agencia de Manutención

Infantil no va a sacar nada de un puto imbécil de barrio… Joder, quién me ha visto y quién me ve, de ladrón a policía, menudo cambio…»

«Le hará ilusión. Dale recuerdos míos.»

«Vale. Hasta luego, Jase.»

Caigo en la cuenta de que Jason, que es solo su hermanastro, ha estado más pendiente de Donna que yo. El taxi avanza a paso de caracol. Han puesto una barrera y han dejado solo un carril. Veo que hay nubes de humo en el aire.

Puto infierno…

Voy conduciendo despacio frente al Pub Sin Nombre y veo mucho alboroto. Sale humo por las ventanas y la poli está desviando el tráfico, intentando redirigir a todo quisque. Se trata de la Policía de Edimburgo, así que por supuesto no tienen ni puta idea de qué hacer. Todo el mundo está gritando y hay un grupo de tíos —a algunos los conozco del bar— que han tirado al suelo a un tipo de pelo gris y lo están pateando en mitad de la calle… El pobre desgraciado está hecho mierda y la poli se abre paso para intentar salvarlo… Detienen a dos tíos del pub y el resto se disuelve.

Me acerco un poco más, paro y bajo la ventana. Los capullos que tengo atrás empiezan a pitarme, así que me subo a la acera. Llega un poli y me grita: «¡No puede parar aquí!»

Le replico: «Señor agente, su colega, el sargento, me ha dicho que pare aquí donde pueda, es posible que me necesiten para llevar a gente al hospital.»

El cabrón abre la boca como si fuese a cazar moscas, y entonces un enorme coche de bomberos con la sirena puesta atraviesa la multitud y casi me raya el taxi. El poli se esfuma. Veo algo dorado brillando en el suelo y salgo a toda prisa para recogerlo. Es una pitillera muy guapa, así que me la meto en el bolsillo trasero. Un tío me pilla con las manos en la masa y me mira con ojos acusadores. Me suena su cara del bar, es el colega de Barksie; creo que se llama Tony. Decido que lo mejor es que sea yo el que haga las preguntas. «¿Qué pasa, colega? Eres Tony, ¿verdad?»

El tipo está sin aliento y me mira con ojos de loco. «Sí… ¡El capullo del forro polar amarillo pollo ha bombardeado el pub! Pensábamos que había sido una terrorista pakistaní, pero alguien ha visto al tío del forro amarillo pollo tirar las bombas. Lo han reventado a porrazos.»

¡No lo dudo! Una ambulancia ha logrado abrirse paso entre el caos, y los paramédicos por poco tienen que rascarlo con espátula para levantarlo del suelo. El tipo tiene las gafas rotas y sangra tanto por todos lados que se le está calando el forro polar.

Tony se larga, pero veo a Craig, el gemelo de Evan Barksie, ocho minutos menor que Evan. Ve el taxi y se acerca.

«¿Qué pasa, Craigy?»

«¡Ese capullo del forro polar amarillo pollo es un puto tarado! Ha lanzado un par de cócteles molotov al bar. ¡Le ha quemado la cara a mi hermano! ¡Y a más gente! ¡Lo habríamos matado pero ha llegado la pasma antes!»

«Joder… ¿Y el pub está muy mal o qué?»

«¡Mi hermano tiene la cara totalmente quemada por un lado! ¡Que le den al puto pub!», grita y vuelve con el resto de los tíos. Y ahí están llevándose a Evan a una segunda ambulancia con una toalla en el lado izquierdo de la cara. Parece que está bien jodido. Veo a Jake, con la cara un poco negra, y tosiendo, así que le digo: «Jakey, ¿estás bien?»

«Terry…, sí…, he visto las dos botellas, como cócteles molotov, volar por la puerta de entrada. Nunca había visto nada así. Intentamos salir por la puerta de atrás, pero se me olvidaría abrirla. Hemos tenido que atravesar las llamas para salir.»

«¿El pub ha quedado muy mal?»

«El fuego ha subido por las paredes, ha jodido la gramola y la mesa de billar.»

«¿Y la barra? ¿Todas las bebidas de detrás de la barra?»

«Creo que están bien, Terry. Los bomberos están dentro ahora», dice, mirándolos en la entrada a manguerazo limpio con el pub. «El cabrón del poli ya me ha preguntado por el seguro, menudo hijoputa. ¡Es mi medio de vida, Terry!»

«Procedimiento habitual de la poli, Jakey, tienen que hacer el paripé», le digo, y pienso que no tiene ningún sentido quedarme por aquí, puesto que han bloqueado Gorgie Road. Así que me meto en el taxi, arranco a toda leche y al final salgo por Polwarth para volver al centro. Estoy pasando por el pub Vietnam y me hace señas una de esas tías que van tapadas de arriba abajo porque sus maridos son unos putos reprimidos follacamellos y les obligan a llevar esos vestidos para que no se les pueda ver ni la cara. Mejor, que estén tapaditas. Bueno, en condiciones normales no diría eso ni de coña, pero ahora mismo es el único tipo de tía que puedo meter en el taxi sin que me destroce la puta salud.

Así que paro, se sube y arranco. Pero no es una tía, se quita el vestido y joder…

«¡Terry, Terry el Bueno, sabía que eras tú! ¡Gracias a Dios!»

¡Si es Jonty! «¡Jonty! ¿Qué coño haces vestido así, pedazo de capullo? No, no me lo digas, no quiero saberlo. Solo dime adónde quieres ir.»

«Penicuik, señor, sí señor, a Cuik… Pero no tengo dinero…»

«No te preocupes, esa es la menor de nuestras preocupaciones. ¡Hay que sacarte de aquí!»

«Gracias, Terry, Terry el Bueno, eres un verdadero amigo, Terry, sí señor, sí, un verdadero amigo.»

«Jonty, te vas a callar la puta boca un ratito, ¿vale?», digo y piso el acelerador.

Terry suelta a Jonty en la carretera principal de Penicuik, tras negarse a llevarlo a casa de su madre, que está a la vuelta de la esquina. Jonty está perplejo, porque ya se ha quitado el burka. Lo ha embutido en una de las bolsas de plástico del Lidl que le dio Marjory, las que usó para Jinty. Al salir del taxi vuelve a exhortar a su medio hermano recién descubierto: «Entra a tomar una taza de té, Terry, y así conoces a mi madre y a Karen. Es hermana mía y de Hank, o sea, que también es tu medio hermana.»

«No, qué va, colega», dice desanimado, pensando: *Seguro que a esa también me la he follado*.

«Pero ¿cómo que no, Terry? ¿Cómo que no?»

«Mira, la verdad es que no quiero saber dónde vives, Jonty.» Se peina la lustrosa melena de tirabuzones con las dos manos y la echa hacia atrás. «Igual que no quiero saber qué te traías entre manos con ese vestido de mujer árabe, alejándote de las llamaradas del pub.»

Jonty baja la cabeza. Luego levanta la mirada y gimotea: «Pero si somos casi hermanos, Terry, y ambos intentamos ser buenos.»

A Terry le conmueve la aguda súplica de Jonty, y el remolino de *pathos* que yace en los oscuros estanques de sus ojos. Se siente incómodo de nuevo. Los acontecimientos y las circunstancias han acabado por arrancarle el caparazón, y ahora todo parece perturbarlo. «Lo sé, compadre, pero tenemos vidas separadas y nunca hemos sabido mucho el uno del otro. Yo sabía que el cabrón del viejo había ido engendrando por ahí un montón de tipejos y tipejas», empieza a recordar Terry. «Una vez conocí a una chavala y resultó… Bueno, vamos a dejarlo.» Mira al boquiabierto Jonty. «Pero sé que estás desesperadillo, colega, y que ha pasado algo en el Pub Sin Nombre.»

«Pero ¿cómo no…?»

Terry levanta una mano para zanjar la cuestión. «Así que no quiero saber dónde vives ni detalles ni zarandajas.»

«Pero eso era por…»

«Que no, compadre.» Terry sacude la cabeza con vigor y los tirabuzones azotan el marco de una ventana; a Jonty le recuerda a un león. «No me cuentes nada más. Te dejo aquí», dice melancólicamente, mirando la expresión de abandono de Jonty, que está haciendo pucheros.

Las lágrimas surcan las mejillas de Jonty, que empieza a sollozar con fuerza; el espectáculo aflige a Terry, que sale del coche y le da un torpe abrazo. «No te preocupes, hombre, creo que no hubo heridos graves en el fuego.»

«No hubo heridos graves…» Jonty solloza contra el pecho de Terry.

«Evan Barksdale», dice Terry, y Jonty, irritado ante la mera mención del nombre, se aparta un paso, «se quemó un lado del careto.»

«Eso no me importa, Terry, no señor», responde Jonty, «y ya sé que parece que tengo mal corazón», y ahora es Terry quien se achanta, «pero es un matón. Sí señor, un pedazo de matón. Y Craig también, sí señor.»

Dos madres jóvenes pasan a su lado empujando carricoches. Una, que va mascando chicle, tiene los ojos clavados en el paquete de Terry. Él ni la mira. «Bueno, al menos ahora, con el careto quemado, será más fácil diferenciar a esos cabrones, sí», le dice a Jonty.

«Sí, diferenciarlos…»

«Sí, así que tampoco es para echarse a llorar.»

Jonty levanta la vista con unos ojos violentamente apretados, llenos de dolor y frustración. «Pero mi pintura, Terry, con lo bonita que estaba quedando…»

Terry respira hondo y luego mira a Jonty con tristeza. «Lo bueno es que a lo mejor te sale más trabajo después de esto.»

«Más trabajo…», lloriquea Jonty.

Terry, llevado por una súbita inspiración, le dice: «Te llamaré mañana por la mañana para que vayamos a dar una vuelta.»

Eso basta para llenar de alegría a Jonty. «¡Eso sería chachi piruli, Terry! ¡Ya te digo, sí señor!»

Terry está conmovido. Ni Guillaume ni el Bastardo Pelirrojo, ni Jason ni Donna cuando eran más pequeños habían mostrado nunca tanto entusiasmo ante la perspectiva de dar una vuelta con él. «¿Has jugado alguna vez al golf, Jonty?»

«No señor, no, claro que no he jugado, no, no, no, eso no es para la gente como yo», y a Jonty parece asustarle tal posibilidad, «si yo solo soy un chaval de campo, de Penicuik. Sí señor.»

«Está tirado, lo vas a pillar rápido», declara Terry lleno de énfasis. «Y no es como en Inglaterra, donde solo es para pijos, esto es Escocia, Jonty, estamos luchando por convertirnos en un país de verdad, no en un puto Cuarto Reich de ricos, como han hecho allí en el sur.» Terry parece engullir sus propias palabras y la extraña embriaguez que le provocan. Hasta ese momento nunca le había interesado mucho la política; quizá en eso también sea cuestión de meterla en el agujero. «¡Te llamo y vamos a echar un partidito de golf!»

«Golf…» Jonty acepta con una actitud algo confusa. Pero solo sirve para intensificar el naciente amor fraternal que le inspira Terry, y su fe en la bondad del taxista, además de la creencia de que solo mira por el interés de Jonty. Así que se despide de Terry con la mano y se escabulle calle abajo, saltando su propia valla trasera para que los vecinos no lo vean entrar.

Karen, que está mirando ociosamente por la ventana mientras lava la vajilla, lo ve y abre los ojos como platos al reconocerlo. «¡Jonty!»

Lo deja entrar y pasan al salón. Jonty se lo cuenta todo, lo de Jinty y su entierro en la columna de cemento bajo el nuevo puente del tranvía.

Al principio Karen se queda helada; sus ojos azules parecen alcanzar el tamaño de pelotas de tenis mientras Jonty narra su tétrica historia, y solo mete baza con unos ocasionales «Ay, Jonty» llenos de desaliento. Pero Jonty sigue hablando, como hubiera querido hacer con Terry el Bueno, aunque haya tenido que respetar de mala gana que Terry no quisiera prestarle oídos.

Pero Karen sí. Está fascinada hasta la última fibra de su ser. «Se habrá muerto de lo mismo que su madre, de aneurisma cerebral. Debían de llevarlo en los genes. Y el hartón de cocaína, bueno, seguro que no venía precisamente bien. Pero deberías habérselo contado a la policía, Jonty. Se habrían dado cuenta de que tú no le harías daño ni a una mosca.»

«Sí, pero me puse nervioso y me dio vergüenza; habrían pensado que estaba chalado, que no estaba bien de la cabeza, habrían dicho que fui yo y me habrían metido en la cárcel. Sí señor, eso habrían hecho.»

Karen delibera. Sigue las investigaciones policiales famosas de las revistas, y se ha obsesionado con los arrestos de inocentes. Le viene a la cabeza el caso de Colin Stagg y los extremos a los que llegó la policía para convertir a un excéntrico inofensivo en asesino. Dado lo complicado del asunto, Karen concluye que posiblemente su hermano ha tomado la decisión correcta y racional, por muy aterradora que resulte. Quizá los vecinos los oyeran discutir por la cocaína después de que Jinty pasase la noche fuera durante el Tocapelotas. Por supuesto, la autopsia revelaría la verdad, pero Jonty, bueno, en fin… Karen comprende por qué ha actuado de ese modo. «Bueno, ahora está enterrada en cemento», dice Karen, no sin un viso de satisfacción que Jonty alcanza a advertir. «¡Si alguna vez alguien se entera, irás a la cárcel por eso y por retrasar aún más las obras del tranvía, porque tendrían que quitar la columna!»

«Quitar la columna.»

«Claro. Y ya sabes lo que dirían después: ¡Jonty MacKay, el hombre que hizo que las obras del tranvía de Edimburgo se retrasasen aún más!»

La flecha del miedo hace diana en el pecho de Jonty. La gente estaba molestísima con lo de los tranvías. Si encima él retrasaba las obras… Imagina una multitud, encabezada por un Evan Barksie desfigurado, que lo persigue para lincharlo blandiendo antorchas por la parte urbanizada, estrecha y oscura de Gorgie Road. «Me odiarían…»

«Sí, así que tendremos que mantenerlo en secreto», resalta Karen, con el rostro iluminado; «será nuestro secreto: tuyo, mío y de mamá. De Hank no, porque no tiene ya relación con la casa. Sí, lo mantendremos en secreto, solo nosotros, entre estas cuatro paredes.»

«Cuatro paredes…» Jonty pasea la mirada por la vieja casa.

Durante este intercambio, su madre no ha dado señal alguna de vida desde la planta superior. Las visitas suelen desencadenar un montón de gritos alborotados, pero esta vez solo hay silencio. Cuando Jonty y Karen llegan arriba, se encuentran a Marjory con una mascarilla de oxígeno puesta. A Jonty le da la impresión de detectar el mismo tufillo que exhalaba Jinty después del Tocapelotas. Karen lo apremia, y Jonty le cuenta a la exhausta moribunda su historia.

«Aquí estarás a salvo, al menos hasta que yo me muera», jadea su madre, con los ojos amarillos y la mirada desenfocada, mirando aparentemente a algo más allá de ellos, quizá a la próxima vida. «El doctor Turnbull dice que no me queda mucho. ¡Al menos tengo a mi Jonty con nosotros en mis últimos días!»

«Últimos días…»

«No te preocupes por Jonty», dice Karen. «Yo lo cuidaré.»

Los ojos de Marjory MacKay resplandecen un instante en señal de algo parecido a la ira. Parece que va a hablar, pero se nota que un pensamiento importante la deja muda, mientras su mirada queda vidriosa y una mano de dedos púrpura se alza despacio para ajustarse la mascarilla.

Así que Karen aparta a Jonty y lo acompaña fuera de la habitación.

«Verás, cuando mamá muera, no podrás ir al funeral, Jonty. No puedes salir para nada de esta casa. Ni siquiera puedes mirar por las ventanas. ¡Si llaman a la policía, estás acabado!»

A Jonty se le va poniendo cara larga a medida que baja tras ella las escaleras.

Karen se detiene bruscamente en el escalón central, haciendo que Jonty tropiece con ella.

«Pero ¡solo será un tiempito!»

«Un tiempito…»

«Es mejor estar aquí prisionero unos meses que pasarte el resto de la vida en la cárcel de Saughton», aclara Karen. «Cuando haya ahorrado bastante dinero nos iremos de aquí, cuando mamá ya no esté.»

«Sí… Cuando mamá ya no esté, sí señor, sí señor…»

Karen se toca el pelo, se lo ahueca un poco. «Puedo perder peso, Jonty. Eso haré; yo adelgazaré y tú engordarás un poco.» Vuelve la vista hacia el dormitorio y le da la mano para acabar de bajar las escaleras. «Cuando mamá ya no esté, no tendré tanta presión y comeré menos. Lo he leído, Jonty; mamá potencia mis problemas de peso. Cuando muera, adelgazaré.»

Jonty la mira y luego esboza una gran sonrisa. Al final de la escalera le da un cachete en el culo, como les hacía Hank a ellos cuando eran pequeños. «Pero no vayas a perder demasiado», y Jonty se palmea la entrepierna, «si es que sigues queriendo algo de esto, ¡porque a mí me gusta tener donde agarrar, sí señor, sí que me gusta!»

«¡No te preocupes por eso, Jonty!», responde Karen, resplandeciente.

Quinta parte

Sociedad post-Tocapelotas (Cuatro meses después)

Es una bonita mañana de primavera, de esas que de vez en cuando ofrece Edimburgo para mofarse de sus ciudadanos con la promesa de un largo y cálido verano antes de volver a instalarse en su ritmo usual de cielos grises, lluvia continua e incisivos vientos fríos. Terry está decidido a disfrutarla y aparca, por costumbre, en su antiguo hueco de Nicolson Square, frente al Surgeons' Hall.

Ronnie ha ido a verlo un par de veces, y han jugado juntos al golf. Nunca menciona a Sara-Ann, aunque Terry cree que siguen viéndose, ya que una vez los siguió mientras iban al Traverse Theatre juntos. Más tarde cogió un programa del festival y se enteró de que su nueva obra, *Un polvo en condiciones*, se iba a estrenar en el Fringe en agosto. La describían como «una hilarante comedia negra que trata los sempiternos temas del sexo y la muerte, pero con un enfoque completamente original y revitalizante». Un vistazo somero a la parte trasera del folleto informaba de que en la lista de los principales patrocinadores figuraba la empresa de Ronnie, Casas de Verdad.

Terry va con frecuencia a Penicuik a recoger a Jonty. Se sintió aliviado cuando conoció a Karen y vio que no recordaba habérsela follado nunca, aunque dada su transformación con la escalada de peso, no había ninguna garantía real de que estuviese en lo cierto. Se ha convenido que lo mejor es que no conozca a su madre, que sufre postrada en la cama en la planta superior. Cabe destacar que, a pesar del calamitoso diagnóstico de Henry, este sigue vivito y coleando, y Alice no ha abandonado sus tristes desvelos por él.

Terry anda tan ensimismado con el golf que apenas se ha dado cuenta, a diferencia del entusiasmado Jonty, de que los Hibs y los Hearts son los inesperados vencedores de las semifinales de la Copa de Escocia contra el Aberdeen y el Celtic respectivamente, y se enfrentarán el uno al otro en la final. Terry también ha jugado en ocasiones con Iain Renwick, tras lo cual una vez se llevó al profesional al «hoyo diecinueve», donde la bebida le arrancó confesiones cada vez más escabrosas sobre sus infidelidades, una de las cuales resultó especialmente difícil de escuchar para Terry, ya que implicaban a una tal Donna Lawson. Terry solo consiguió contener su rabia pensando en la pequeña cámara digital que había ocultado en una repisa cercana, detrás de una planta, para grabar subrepticiamente las confidencias de Renwick.

Volver a la parada de taxi que tantas veces había ocupado resulta ser un error. Siempre le había gustado quedarse en la parada de Nicolson Square en los días de calor, no para coger ninguna carrera, sino para observar a las estudiantes que merodeaban por allí mientras esperaba que alguien que quisiera coca le hiciese alguna visita. Pero ahora las circunstancias han cambiado y rondar por allí no trae

más que dolor, pues la Amiga Inseparable se altera y el ritmo cardíaco comienza a subirle. Luego llega lo peor.

«¿Tú eres el que hace las películas?», dice una bonita joven de pelo corto y oscuro con acento inglés ligeramente refinado. Lleva un top verde ajustado y parece estar ofreciéndole abiertamente su exuberante pecho.

«¿Qué…?», pregunta Terry, pensando al principio no en el porno casero, sino en la cinta de confesiones de Iain Renwick, sendas copias de la cual se han enviado a la esposa del entrenador y a la secretaria de su club de North Berwick. Como consecuencia, a Renwick lo habían echado de casa, había perdido el trabajo en el club y vivía en una caravana alquilada en Coldstream.

«Tengo una amiga en tercero que dice que hay dos tíos, Simon y Terry, que hacen unas películas muy divertidas…», explica la chica, arqueando las cejas, «y Terry a veces conduce un taxi.»

«No… Quiero decir, sí, las hacía. Pero lo he dejado.» Terry le tiende con fastidio la tarjeta de Sick Boy. «Pero mi colega Simon sigue en el ajo.»

«Qué pena… Dicen que eres un animal…» Le guiña un ojo y se aleja con paso de modelo.

Terry lamenta que antes hubiese que trabajar tan duro para convencer a las pavas para hacer porno casero. Ahora muchas estudiantes lo ven solo como otro modo de complementar sus ingresos. Prácticamente se ofrecen a hacer audiciones. Decide que no puede quedarse por allí, así que conduce hacia Leith y la sauna. Sigue pasando a echarles un ojo a Kelvin y las chicas, ya que el Marica ha decidido quedarse en España indefinidamente. No estaba tan mal, sobre todo porque la policía se había interesado al fin por la desaparición de Jinty y se había pasado por la sauna a hacer preguntas, lo cual había llevado a Kelvin a portarse mejor con las chicas; claro que no duró demasiado cuando la atención de la policía volvió a decaer. A Terry le habían hecho más preguntas acerca de la botella perdida de la Trinidad Bowcullen, que aún no habían encontrado. El informativo de la televisión escocesa había dado un reportaje sobre el whisky perdido en el que se aludía a «un comprador anónimo del otro lado del charco». Un detective con cara de palo describía el latrocinio como «un importante robo de antigüedades, perpetrado posiblemente por una banda organizada de criminales internacionales sin escrúpulos. Esto no es como lo de robar una botella de Teacher’s de un local sin licencia».

Las últimas noticias de Estados Unidos son que Mortimer le ha puesto una demanda por difamación y acoso a Ronnie, su antiguo jefe. También está planeando escribir una biografía poco favorecedora de su él y Ronnie está intentando bloquearla.

Al entrar en la sauna, a Terry le da un vuelco el corazón al poner la vista en el ojo de Saskia. Está hinchado y amoratado; el maquillaje apenas puede ocultar los daños. La mira a ella y después a Kelvin; este sacude la cabeza en un gesto culpable que desaparece casi de inmediato para dar paso a su habitual expresión beligerante.

Terry guarda silencio, pero se queda por allí hasta que Saskia termina el turno para abordarla fuera. «¿Qué ha pasado?»

«Una puerta, es que soy muy torpe…», murmura de modo poco convincente, intentando dejarlo atrás por las escaleras.

«Ha sido él, ¿no? ¿Kelvin?»

Saskia asiente temerosa. «Quiero irme de aquí, Terry, largarme. Casi tengo el dinero que necesito para marcharme.»

«Escucha, yo te doy el dinero. Pírate.»

«Pero necesito doscientas libras más…»

Terry se rebusca en los bolsillos y saca trescientas libras en billetes de cincuenta de un fajo atado con una gargantilla. «Toma esto. No vuelvas a ese sitio. Nunca. ¿Tienes cosas personales ahí dentro, algo de valor?»

«No.»

«Entonces vete.»

«Pero… No puedo devolverte el dinero.»

«No hace falta. Luego te llamo. Pero tú no vuelvas a pisar este sitio», dice Terry, saltando de nuevo escaleras abajo hacia el sótano. Abre la puerta de un golpe y se planta ante Kelvin, empujándolo contra la pared y apretándole la garganta con el antebrazo. «Puto mamón», murmura mientras observa cómo Kelvin abre unos ojos como platos.

«Vic se va a enterar de esto», gimotea Kelvin en un tono ronco y estrangulado.

Cuando la mano libre de Terry le estruja como un cepo los genitales, Kelvin suelta un chillido rabioso. Consciente de que se le aceleran las pulsaciones, dice con desprecio: «Considéralo tarjeta amarilla por faltas repetidas. La próxima vez te arranco los huevos», y bebe del miedo que asoma a los ojos de Kelvin. Se enfrenta a ese miedo, pero sabe que Kelvin es demasiado hijoputa para darse cuenta. Cuando lo suelta, Kelvin está cagado; se ha asustado tanto que ni siquiera murmura la típica amenaza hueca de desafío. Terry sale de nuevo y pone en marcha el taxi para dirigirse hacia el Royal Infirmary.

Las cosas se han complicado mucho. Ahora el Marica empezará a incordiarlo. ¿Por qué cojones, se pregunta Terry, me pongo en la línea de fuego por un puñado de fulanas?

Vuelve a pensar en toda la gente a la que ha hecho daño. El primero, Andrew Galloway: su colega de la niñez, que se suicidó. Lo hizo por un montón de razones, pero Terry sabe que el hecho de cepillarse a la mujer de Gally no fue de mucha ayuda. Gally es una terrible cicatriz interna en el centro de Terry, que nunca se ha llegado a curar. Y sabe que nunca podrá hacerlo. Pero lo que la hace infinitamente más llevadera, especialmente a medida que se hace mayor, es intentar al menos hacer algo bueno por la gente que se encuentra en situación vulnerable, en lugar de aprovecharse de esas circunstancias.

Sin embargo, para cuando llega al hospital, el cielo está oscuro y ha empezado a llover de nuevo.

Terry camina por el aséptico pasillo con su iluminación típica de hospital, apartando los ojos de las enfermeras que pasan. A pesar de apañárselas para estar en el campo de golf cinco o seis veces a la semana, aún tiene días malos y está viendo a un psicólogo danés que le recuerda a Lars. La barriga le rebosa por encima del pantalón, y se nota cansado. Muy muy cansado. Siempre.

Nunca ha pasado tanto tiempo sin algún tipo de liberación sexual desde que tenía unos seis años. Ni siquiera un accidente durante el rodaje de una peli porno, hace años, pudo incapacitarlo durante tanto tiempo. Ahora está condenado a una vida de celibato. Nunca volverá a disfrutar de un polvo en condiciones, y un fantasma oscuro y lúgubre parece acompañarlo en cada uno de sus pasos.

Un poco más adelante, con la espalda apoyada en la pared, está Jonty MacKay. Tiene los ojos cerrados y las palmas de las manos extendidas para tocar la superficie fría y pintada. Parece estar meditando. Hace bastante que Terry no ve a Jonty allí arriba.

«Jonty, ¿qué haces?»

Los párpados de Jonty se abren de golpe. «¡Hola, Terry! ¿Qué pasa, amigo? ¡Me estaba imaginando que me iba a disparar un pelotón de fusilamiento, Terry! ¡Ya te digo, un pelotón de fusilamiento! Y que iban a apretar el gatillo en cualquier momento. Porque es una pena que la gente muera fusilada, y quería ver cómo era; sí señor, ver cómo era.»

«Pues no muy guay, me imagino.» Terry bosteza y se estira. Luego ve otro rostro familiar acercándose hacia ellos. Realiza las presentaciones formales entre Jonty y Alice, aunque ya han intercambiado alguna que otra palabra en anteriores visitas a Henry. Dejan que la señora Ulrich, como Alice se llama a sí misma, vaya hacia la habitación.

Jonty cree que no está bien que tanto la madre de Terry como la suya propia hayan estado casadas con Henry. Si fuera por él, habría solo un hombre y una mujer, como pasaba con él y Jinty. Sin embargo, si así fuese, reflexiona, él no estaría en este mundo. Pero Henry Lawson era un mal hombre. Era su padre, sí, pero no era un hombre bueno como Billy MacKay, el mejor padre. Aun así, Billy también había huido de su madre cuando se puso tan gorda que no podía salir de casa. Luego volvió Henry, haciendo todo tipo de promesas, pero Jonty sabía que era solo porque no tenía adónde ir.

«¿Cómo era crecer con él…, con Henry?» A Terry no le sale llamarlo padre. *¿Por qué coño sigue vivito y coleando?*

«Apenas lo veía. Billy MacKay fue más como un padre, sí señor, Billy MacKay. Por eso me llamaron Jonty MacKay, por Billy MacKay, sí señor, sí señor, por Billy MacKay.»

«Ya lo pillo, compadre, Billy MacKay», dice Terry con impaciencia.

«Sí señor, Billy MacKay. Sí», insiste Jonty.

Terry se pone a hablar del tiempo para cambiar de tema. Su vida postsexual lo ha acostumbrado a hablar de esas banalidades. Y con la fiebre por la final de la Copa alcanzando el culmen en Edimburgo, hasta le ha pillado el punto a pontificar sobre fútbol. «¿Te acuerdas del Tocapelotas? No fue para tanto…» Se detiene, pensando otra vez, de repente, en sus genitales.

El recuerdo del huracán altera a Jonty, que se sume en un silencio turbio, con una enorme vena azul hinchada en la frente. Terry se da cuenta de que fue por entonces cuando desapareció Jinty. Ambos hombres se sienten aliviados cuando Alice sale de la habitación. «Está durmiendo mucho. En paz. Pero se ha despertado un momentito. ¿Vas a ir a verlo?» Mira a Jonty, luego contempla esperanzada a Terry.

«Sí señor, ya te digo, sí», contesta Jonty.

«Eso está genial», replica Terry, provocando que Alice se encoja.

Al advertir cierta tensión en el ambiente entre Terry y Alice, Jonty suelta sus malas noticias. «Mi madre murió la semana pasada. El miércoles pasado. Sí. Se murió. En la cama. El funeral será mañana. Sí señor. Mañana.»

«Ay, hijo, cuánto lo siento.» Alice se sorprende dándole a Jonty un abrazo, con un ojo estratégicamente colocado para observar la reacción de Terry ante tal muestra de afecto.

«Lo siento, compadre», dice Terry, apretando el delgado hombro de Jonty. Las emociones que desencadena el gesto le traen el recuerdo de ver a Henry en la ciudad con un joven Hank. De Henry parándose a regañadientes para preguntarle cómo estaba. Una vez le dijo al joven Hank: «Este es tu hermano mayor.» Terry, que entonces era un adolescente, se daba cuenta de que el chaval estaba tan incómodo como él mismo. Más tarde, cuando Hank llegó a la adolescencia, comenzó a ir al Dickens Bar de Dalry Road; Terry solía pasarse por allí y se tomaban la última juntos. Crearon cierto vínculo, ya que ambos le hacían el vacío a Henry.

«Yo estaba allí cuando pasó y fue como dijo el doctor, apacible… Sí señor, apacible. Pero lloré cuando se marchó, Terry, señora Ulrich; sí, lloré como un niño. Sí señor, un niño. Y Hank. Hank también lloró. Ya lo creo, sí que lloró.»

«Bueno, cómo no, hijo, con Hen…, con tu padre muriéndose también, debe de ser terrible.» Alice posa una mano en el antebrazo de Jonty.

«Si le digo la verdad, aunque ya sé que pensará mal de mí», se atrevió a responder Jonty con los ojos puestos en la arruga que surcaba el rostro de Alice, «lo de él no me importa mucho. Yo solo estoy aquí porque a mi madre sí que le importaba, aun después de lo que le hizo pasar. Sí señor.»

«Así de claro», dice Terry, mirando a la estupefacta Alice.

«Es usted buena, señora Ulrich, igual que mi madre. Terry normalmente es bueno también, pero no con Henry, el padre verdadero. Pero normalmente eres bueno, ¿verdad, Terry?»

De nuevo Terry siente la poco usual sensación de vergüenza. Comienza a decir algo, pero lo salva Alice sin darse cuenta, quien, conmovida por tanta sinceridad, admite con una tos mientras aprieta con sus dedos huesudos el brazo flacucho de Jonty: «Sí, a veces no era un hombre fácil.»

«No era fácil», repite Jonty, mirando a una mujer gorda que pasa junto a ellos bamboleándose.

«Bueno, me tengo que ir», dice Alice mirando a Terry, que no parece tener prisa por moverse; mientras, Jonty sigue con lo suyo.

«El ataúd que elegimos es enorme, y nos costó todo su seguro y los ahorros de su vida. Sí señor, ¡todo todito! El más grande de la ciudad», exclama Jonty con orgullo, y luego intenta contener su emoción. «Estoy preocupado porque los del crematorio dicen que el horno es demasiado pequeño, que mi madre no cabe.»

«Ese rollo del ataúd es un timo, ¡si no lo queman!» Terry se golpea la coronilla contra la pared al ver pasar a una enfermera con medias negras que le ha desencadenado una descarga eléctrica por las terminaciones nerviosas, las cuales, a pesar de estar atontadas por la química, activan cierto recuerdo en algún lugar detrás de los testículos. «Lo único que hacen es cargar el cuerpo en el horno», dice a boqueadas, con los dientes apretados, asustado por el súbito repunte de sus pulsaciones.

«Qué va, Terry, qué va, eso será en América o en Europa», insiste Jonty. «Aquí lo queman todo, están obligados por ley, me lo ha dicho el tipo de asesoramiento al ciudadano. Sí señor, por ley.»

«Es verdad; Jonty tiene razón», le informa Alice a Terry, cortante.

«Vale, vale, lo que vosotros digáis», dice Terry encogiéndose de hombros para ceder. Se vuelve hacia Jonty: «Oye, compadre, yo te recojo y te llevo al funeral por la mañana.»

«¡Hala, Terry!» Los ojos de Jonty se iluminan. «Chachi, porque no teníamos dinero para alquilar un coche. Ya sabes, para la familia; para mí, Karen y Hank. Sí señor, teníamos que ir en autobús. Dos autobuses. Sí señor, dos autobuses.»

«No hace falta.» Terry deja escapar un suspiro. «Yo os recojo.»

«¡Hala, Terry, eso es un puntazo!» Se vuelve hacia Alice. «Sí, Terry es bueno, señora Ulrich. Por eso yo siempre lo llamo Terry el Bueno. ¡Sí señor, Terry el Bueno!»

Alice mira dubitativa a su hijo y se obliga a sonreír a Jonty. «Supongo que tiene sus momentos.»

Terry lucha con otro sudario de culpa al recordar que se tiró a Jinty. Está claro que Jonty la adora. Sin embargo, en ese tema había gato encerrado; maldice su reflexiva imaginación postsexual y las perturbadoras intuiciones que le acarrea. Hay algo en Jonty que le recuerda a su antiguo amigo, Andy Galloway.

Jonty es lento y algo simple en comparación con Gally, un tío listo, un lince de mente aguda y réplicas vivaces. Aunque su ingenuidad lo volvía en algunos aspectos

más vulnerable, ya que parecía atraer a los matones como un imán; sin embargo, Jonty es más resistente que el sensiblón amigo de la infancia de Terry. «Pues venga, te llevo a casa», le dice Terry a Alice, sobre todo para obligarse a salir de sus cavilaciones. Después se vuelve hacia Jonty. «¿A qué hora es el funeral?»

«A las doce del mediodía. Sí señor, a las doce. Del mediodía. Sí señor.»

«¿Qué te parece si te recojo temprano, a las ocho, y echamos un partidito en el campo de tu zona, para relajarte?»

«¡El campo, sí señor, el campo!», murmura entusiasmado Jonty. «Chachi.»

Así que Jonty sube a ver a Henry. Echa una mirada furtiva por la ventana, reacio a sufrir la lengua maliciosa del viejo. Pero para alivio de Jonty, Henry está tumbado en la cama, perlado de sudor y profundamente inconsciente. Así pues, se le ofrece la posibilidad de obsequiar al resto de los tres pacientes terminales de la habitación con un soliloquio sobre Penicuik, antes de que llegue una enfermera y sugiera que a lo mejor ha llegado la hora de que termine su visita. Jonty se marcha a regañadientes a coger el autobús para volver a casa y tragarse otro rapapolvo de Karen sobre lo de salir a la calle cuando ya están tan cerca. ¿Tan cerca de qué?, se pregunta él.

Después de dejar a Alice en Sighthill, Terry se va a casa, al South Side, para echarse una siestecita tardía. Le resulta más fácil dormir durante el día que durante la noche, sus sueños son menos tormentosos. Se levanta a las ocho de la tarde y cena un poco de pescado; después sale con el taxi y hace unos cuantos trabajitos; hace una entrega de perico para Connor, y se recoge sobre las cuatro.

Tras un par de horas de sueño feo y fracturado, conduce hasta Penicuik para buscar a Jonty, con quien juega un frustrante partido de golf en el campo local. Ha descubierto que Jonty es, como él mismo, un principiante pasable, pero que se distrae con demasiada facilidad. El *putt* se le va a la mierda cuando ve un labrador negro junto a un coche rojo al otro lado de la calle, en el borde del campo, y no vuelve a recobrarse hasta que ambos se pierden de vista.

Regresan al antiguo pueblo minero para recoger a Karen y a dos parientes ancianos para el funeral. «Le dije que se moriría si seguía comiendo», dice la mujer al hombre, que está sentado, rígido, con la mirada perdida y la boca entreabierta.

«Hank y los demás van delante, tenemos que seguirlos, sí señor», explica Jonty, señalando al otro lado de la carretera, a un camión de transporte en cuyo remolque va colocado un ataúd gigante. Terry mira al interior de la cabina y ve que Hank está con una mujer y un tipo fornido que parece el conductor del camión. Hank saluda a Terry con la mano, y este, tras devolverle el gesto, decide cruzar la calle para decir hola. Al verlo venir, Hank se siente impelido a bajar de la cabina de un salto, y se dan la mano. «Me alegro de verte, aunque siento que tenga que ser en estas circunstancias», dice Terry en tono de autómata.

«A todos nos llega la hora», responde Hank en el mismo tono. «Gracias por venir, y llevarlos y eso.»

«No hay de qué. Siento tu pérdida.»

«Sí, siempre se van antes los mejores.»

«Ya ves.» Terry suscribe con gusto la cáustica observación de Hank. Le viene a la memoria una de las primeras ocasiones en las que había visto a Hank. Terry debía de rondar los catorce o quizá los quince, y había subido al centro con unos colegas, Billy, Carl y Gally, al extremo este de Princes Street. Seguro que estaban de expedición mangui de sábado antes de bajar a Easter Road para ir al fútbol. Y allí estaba Henry, arrastrando a aquel chaval de seis años, sollozante e inconsolable, por la calle. Terry se puso a hiperventilar, le daba pena el chaval; en realidad lo que quería era apartarlo del puto viejo. Pero ¿para hacer qué? No había sabido qué hacer ni cuando su propio hijo, Jason, venía camino a este mundo; ni entonces ni después. En aquella ocasión se limitó a hacerle el vacío a Henry. Su amigo Carl lo vio; después lo había mirado y se había apartado de él, invadido por cierta vergüenza ajena. Carl, bien vestido, con aquel padre cariñoso, divertido, exuberante e interesante, que daba la sensación de tener bastante tiempo para todos ellos. Hasta Billy tenía un padre alegre y estoico, muy silencioso en comparación con su dicharachera esposa, pero de una presencia tan sólida como una roca. Recuerda cómo les envidiaba aquellas figuras protectoras e influyentes a sus amigos; hombres que creaban refugios en sus hogares, en lugar de sembrar el caos y la destrucción. Piensa en su propia descendencia. Jason ha florecido, a pesar de, o quizá gracias a, su relativa ausencia. A Guillaume y el Bastardo Pelirrojo no parece que les vaya mal. Donna es otra historia. A Terry se le ocurre de repente que ella no solo habría necesitado que él hubiese estado allí, sino también que hubiese sido diferente. Y él no había estado a la altura en ninguno de los dos aspectos.

«Esta es Morag», informa Hank señalando a la mujer de la cabina.

Morag asiente débilmente, y Terry le devuelve una sonrisa de coquetería reflexiva, antes de que un toquecillo en el pecho le relaje la expresión.

Es imposible que aquel ataúd extragrande quepa en la parte trasera de un coche fúnebre tradicional, así que llevan a Marjory MacKay al crematorio en un camión de transporte, lo cual le recuerda a Terry los camiones de refrescos con los que trabajaba de joven. El vehículo entra en la ciudad tambaleándose lentamente, exasperando a Terry, que se pasa la mayor parte del camino detrás de él. Por culpa de las obras del tranvía, atravesar Princes Street se ha convertido en una experiencia frustrante y aparatosa que despierta todas sus fibras de taxista fullero.

La comitiva acaba llegando, un poco tarde, eso sí, al crematorio. En efecto, el funeral había arrasado las escasas finanzas familiares. Además del descomunal ataúd, había sido necesario contratar a más portadores para que acarreasen la monstruosa caja a la capilla ardiente. Los hombres parecen muy aliviados al dejarla en la cinta transportadora. «Eso no entra por el hueco ni en un millón de años, Jonty», señala Karen desde el banco de la primera fila.

«Que sí, Karen, que sí que entra, ya te digo», responde Jonty asintiendo. Él y Hank han hablado con los de la funeraria. Le hace a Hank un gesto con la cabeza.

«¿A que sí, Hank? ¡Ya te digo! Lo han medido y todo, ¿a que sí, Hank?»

«Y tanto, joder», le dice Hank bruscamente a Karen.

La misa se desarrolla con bastante normalidad, a pesar de que algunos familiares nerviosos intercambian angustiadas miradas mientras el peso del ataúd desciende entre crujidos hacia el incinerador. Terry observa el Libro de los Salmos, intentando que no lo distraigan las mujeres presentes. No se esperaba a mucha gente, ya que Marjory llevaba años aislada, pero han aparecido algunos fieles habitantes de Penicuik con buena memoria. También Billy MacKay, al que Jonty, Hank y Karen apenas reconocen debido al pelo cano y su corpulencia, hace acto de presencia.

Si bien Jonty se siente algo incómodo ante la presencia de Billy, pega un buen bote al ver a Maurice, en una silla de ruedas eléctrica, con una chaqueta de pana negra que luce una mancha de baba en la solapa. «Vi la eshquela… la eshquela del piriódico…, quería preshentar mis reshpetos…»

«Respetos», dice Jonty.

Terry se acerca. «¿Quién es el capullo este?», le pregunta a Jonty, reconociendo vagamente la desmoronada figura sobre la silla.

«El padre de Jinty, sí señor.»

«Ah… Qué amable por su parte haber venido.»

«Tú…, tú…, fuishte tú…, el del forro polar…» De repente, Maurice tira de la manga de Jonty, mientras la saliva le surca un lado de la cara, «el del forro…, forro…».

Jonty se aparta. «Venga ya… Venga ya… Para, Maurice, hombre», protesta.

Terry se enfurece, coge la silla de Maurice por los reposabrazos y empuja al personaje protestón y afligido hacia la salida. «¡A escupir a la calle, Stephen Hawkins! ¡El pobre chavalín acaba de perder a la madre que lo parió!»

«Y yo he perdido…, he perdido…», gruñe Maurice mientras Terry le da una vuelta completa y lo baja a trompicones por un tramo de escaleras para dejarlo a la intemperie antes de dar un salto y refugiarse bajo la cornisa para echarse un cigarrillo rápido. Cuando saca un cigarrillo de la pitillera, Maurice ve el destello del oro y se agita aún más. «Piti… Piti…»

«Hay que joderse», murmura Terry mientras saca un cigarrillo. Las manos temblorosas de Maurice buscan a tientas la pitillera, pero Terry la aparta de un golpe. «Mira, capullo», suelta echándose hacia atrás; enciende un cigarrillo y se lo planta a Maurice entre los labios antes de dirigirse de nuevo al interior. «El chaval será un poco simple, pero no se puede molestar a los afligidos», anuncia ante varios gestos de asentimiento.

En el sótano, bajo la pequeña capilla, Craig Barksdale y sus compañeros, Jim Bannerman y Vicky Hislop, contemplan cómo la enorme caja desciende hacia ellos. «Qué cojones», dice Vicky con nerviosismo, volviéndose para mirar el incinerador. «¡Eso no entra en el horno ni de coña!»

«Que sí», refuta Jim, «que lo he medido yo mismo. No hay mucho margen, pero funcionará. El problema va a ser meterlo en el carrito que lo lleva hasta el horno. No estoy seguro de que aguante el peso.»

«Solo hay una manera de saberlo», dice Craig contrito, mientras observan cómo la grúa baja el ataúd entre crujidos para colocarlo sobre unas ruedas. Luego cada uno de ellos se coloca en una esquina para deslizar el cuerpo sobre el carrito, que Vicky ha asegurado a un extremo de la mesa. Empuja la parte delantera del ataúd, que empieza a resbalar hacia el carrito. «Vamos a tener que moverlo rápido, no vaya a ser que las patas cedan», dice Jim; Craig y Vicky asienten en señal de acuerdo.

Está claro que las patas del carrito crujen y se curvan cuando Vicky quita la cinta y el carrito se escora cual borracho hacia el horno rugiente; los tres operarios luchan a brazo partido por mantenerlo recto. Craig se adelanta y coloca el extremo del ataúd en la parte inferior de la boca del horno. El calor los ahuyenta, primero a él y luego a los demás, hasta llevarlos a la parte trasera de la sala. El peso del ataúd les impide empujarlo dentro del incinerador usando las enormes «palas de pizza», como las llama Jim. Los tres necesitan apoyar todo su peso sobre una de las palas antes de poder meterlo a la fuerza, centímetro a centímetro, en el horno, mientras el calor les chamusca la piel sudorosa de la cara. Con el mismo esfuerzo logran cerrar las puertas de hierro forjado del incinerador.

Sudando, jadeando y bastante aliviado, Jim le hace una señal a Craig, que manipula los controles estoicamente para poner el horno humeante a su máxima temperatura. Después el trío se dirige agradecido al enorme frigorífico a procurarse unas botellas de agua helada, y dejan la puerta abierta para disfrutar el lujo del aire fresco. Tras un par de minutos, Craig comprueba el indicador. La aguja que marca la temperatura del horno está al final de la zona roja. «Jefe», le grita a Jim, «mira esto…»

«Joder…», comienza Jim, mirando el indicador. Nunca la ha visto tan alta. Está a punto de apagar el incinerador cuando un BANG imponente le explota en los oídos. Las puertas de hierro forjado se abren de golpe escupiendo llamaradas, mientras pedazos de grasa ardiendo brotan del horno como granadas de mano. Un coágulo chisporroteante aterriza en la cara de Craig Barksdale, que suelta un chillido.

Arriba, en la capilla ardiente, acaba de terminar la misa y los parientes han empezado a salir cuando la intensa explosión retumba bajo sus pies. El espacio que hay bajo el púlpito, donde había estado el ataúd, eructa una nube de humo que inunda la capilla.

Los parientes, aterrados, abandonan a toda prisa el edificio para reunirse fuera, bajo la lluvia. Unos jadeos quedan suspendidos en el aire al ver cómo Vicky y Jim, vestidos con monos, ayudan a Craig, con la parte izquierda de la cara horriblemente quemada, a salir del sótano. Tras ellos sale humo negro. Alguien ha llamado a los servicios de emergencia y las lejanas sirenas ya llenan el aire de camino al crematorio.

«¡Era demasiado grande, joder, gilipollas!», le grita ásperamente Vicky entre toses al director de la funeraria, que se queda mirando con ojos traumatizados, y al encargado del crematorio, que desplaza su peso de un pie a otro.

Unos bomberos con máscaras y ropa protectora parecen haber aparecido casi de inmediato, y algunos vehículos abandonan el aparcamiento para dejarles paso. Lo que más los retrasa es el camión que ha traído a Marjory. Al poco, los bomberos desenrollan las mangueras y atacan las llamas tras abrirse paso hasta la sala de operaciones del sótano; vuelven a salir con los uniformes cubiertos de una gruesa capa de grasa negra.

Cuando meten a Craig en la ambulancia y a Vicky en un segundo vehículo para tratarla por inhalación de humo, Jim le explica al bombero jefe que el cuerpo tenía tanta grasa que es probable que el horno se sobrecalentase. Lo más posible era que la masa descomunal de Marjory hubiese bloqueado alguno de los conductos de ventilación; el drástico incremento de temperatura habría causado una explosión enorme y, como consecuencia, a Craig le cayó un chaparrón de grasa corporal ardiendo.

Durante la confusión, Jonty MacKay resplandece de orgullo. «Esa era mi madre», dice repetidamente mientras Karen solloza histérica y Hank parece consternado, «¡todo esto solo por ella!»

«Seguro que a mí me pasa lo mismo», se lamenta su hermana, mientras Hank sacude la cabeza e intercambia una mirada con Morag, reconociendo su deseo conjunto de encontrarse en cualquier otro lugar.

«Pero ahora mamá ya no está, Karen, ya no puede potenciarte la gordura», dice Jonty para consolarla. «No señor, no puede.»

«Quizá…», gimotea Karen afligida, mientras los bomberos siguen luchando y la ambulancia se lleva a Craig, con un trozo de Marjory MacKay estampado en un lateral de la cara quemada. Terry se queda de pie, sombrío, junto a las puertas del crematorio para contemplar la escena. Sabe que esta noche le esperan más pesadillas.

0
0
0
0
0
0
0

;-) ;-) ;-) ;-) ;-) ;-)
;-) ;-) ;-) ;-) ;-) ;-);-)
;-) ;-) ;-) ;-) ;-) ;-); ;-) ;
;-) ;-) ;-) ;-) ;-) ;-); ;-) ;-) ;-
;-) ;-) ;-) ;-) ;-) ;-); ;-) ;-) ;-)
;-) ;-) ;-) ;-) ;-) ;-); ;-) ;-) ;-)
;-) ;-) ;-) ;-) ;-) ;-); ;-) ;-) ;-)
;-);-) ;-) ;-) ;-) ;-) ;-); ;-) ;-) ;-)
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad

libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad
libertad… libertad… libertad… liber…
libertad… libertad… libertad… liber…
libertad… libertad… libertad… liber… li…
libertadlibertadlibertadlibertadlibertadlibertad
libertadlibertadlibertadlibertadlibertadlibertadliberta
libetadlibertadlibertadlibertadlibertadlibertadlibertadlibert
adlibertadlibertadlibertadlibertadlibertadlibertadlibertadliberta
bertadlibertadlibertadlibertadlibertadlibertadlibertadlibertadlibe
libertadlibertadlibertadlibertadlibertadlibertadlibertadliber
libertadlibertadlibertadlibertadlibertadlibertadlibertadl
ibetadlibertadlibertadlibertadlibertadlibertadlibertad
bertadlibertadlibertadlibertadlibetadlibertadliberta
libert lib tad libertadliber lib 0
liber ib ad bertadlib lib 0
libe i a rtadli li 0
libe i a tadli li 0
lib i a tad li 0
0 0 0 0 0 0
0 0 0 0 0 0
0 0 0 0 0 0

¡LIBRE!

«¡Ha sido la peor pesadilla de mi vida! Mi polla…, ejem, el pene, me miraba, me gritaba, se separaba de mi cuerpo y se ponía a volar por la habitación. Luego empezaba a trazar círculos detrás de mí como un misil guiado por calor hasta que se me metió directo en el culo.»

«Interesante…», dice el psicoterapeuta. Tiene acento extranjero: danés, como Lars y Jens. Es un tío robusto, con escaso pelo rubio, canas a los lados y ojos verdes y fríos, como si se los hubiesen puesto. No me extraña que esté teniendo estos sueños tan raros después de toda la mierda de ayer en el funeral. Yo no quería ir a ningún puto loquero, pero no me quedó otra. Porque esto no puede estar pasando: lo de no poder follar, digo. Me estoy volviendo loco, literalmente estoy perdiendo la puta cabeza.

Y este capullo ahí sentado, tan tranquilo. «Este es el típico sueño generado por la ansiedad que provoca la desexualización, y es muy común en personas en sus mismas circunstancias. No tiene de qué preocuparse, es bastante habitual; la supresión del pene, la invasión del ano por el pene; el ano, por supuesto, también es un componente muy sexual.»

«Qué me va a contar. Yo he petado unos cuantos ojetes en mis tiempos… Solo de tías, que conste.»

«Señor Lawson, tiene que parar esto…»

«¿Parar el qué? ¿No dice que tengo que hablar de mis sentimientos?»

«Sí, pero estas sesiones se han convertido en un relato constante de detalles sobre su vida sexual.»

«Sobre mi vida sexual pasada, ¡ese es el puto problema, colega! Y esos son mis sentimientos.» Muevo la cabeza y miro al techo. «¿De qué cojones me sirve todo esto?», me pregunto en voz alta, y luego lo miro directo a los ojos. «Lo único que me valdría es echar un polvo en condiciones, y usted no puede ayudarme en eso. Lo único que hacen ustedes es decirme que tome las pastillas. Y yo me las tomo, pero mi vida es una puta mierda y cada día que pasa es peor.»

Así que le sigo contando, pero el tipo se las sabe todas. Tendrá mi edad, con cara de haber vivido ya lo suyo, vaya, que no es un pringado recién salido de la universidad. Es exactamente igual que yo con el taxi, como todos los putos autónomos del sector servicios. Está ahí sentado, viendo pasar el tiempo, escuchando las mierdas de unos y otros. «Parece obsesionado con su pene y con su vida sexual.»

No hay nada que decir a eso. No puedo rebatirle lo más mínimo. «Y en realidad, ¿quién no lo está?», respondo.

El capullo parece estar reflexionando y levanta las cejas.

«La sexualidad ocupa una parte enorme de nuestra humanidad. Y usted parece haber llevado una vida sexual muy activa. Pero no lo es todo, de ninguna manera. La gente consigue adaptarse a una vida sin sexo.»

«Yo no soy “la gente”.»

El tipo se encoge de hombros. Seguro que el cabrón se echa sus buenos polvos. Igual hasta es un follador. Con putas de alto *standing* y tarjeta de crédito en esos congresos de medicina. El capullo no sabe que yo hice una vez de psiquiatra en *Cita con el doctor Pichabrava*. Sí, yo era el catedrático Edmund Pichabrava. Y las tías se sentaban en el diván y yo siempre les decía: «Según mi opinión profesional, la raíz de su problema es sexual.» En fin, es fácil hablar cuando tus polvos están servidos. El tío me mira como si me hubiese leído el pensamiento. «Pero seguro que la medicación le está surtiendo algún efecto, ¿no?»

«¡No! En absoluto. Sigo queriendo follar. Sigo teniendo punzadas ahí abajo a todas horas y la Amiga Inseparable está siempre llamándome la atención.»

El tipo niega severamente con la cabeza. «Señor Lawson, eso no es posible. La dosis suministrada es tan alta que equivale a una castración química. Y en cuanto a esas punzadas sexuales de las que habla… Bueno, no debería sentir absolutamente nada.»

«¿En serio? Pues no es el caso. Sobre todo por la noche.»

«Mi única hipótesis es que está sufriendo también algún tipo de trastorno de ansiedad que de algún modo canaliza hacia su desafortunado problema sexual.»

Esto es la pescadilla que se muerde la cola: el cabrón no se entera de una mierda. «Sí, pero el motivo de mi ansiedad es… ¡que no puedo echar un puto polvo!»

El tío sacude la cabeza. «Tiene que haber algo que le ayude.»

«Sí, lo hay, de hecho voy allí ahora», le digo al cabrón. Y salgo de la consulta antes de tiempo, me monto en el taxi y me dirijo al club de golf de Silverknowes. Llego allí y el tío de la ventanilla de entrada dice: «Hoy no se puede jugar al golf, el campo está inundado. Y también los demás campos locales.»

¡ME CAGO EN TODO!

En el taxi no puedo evitar pensar en mi puta suerte. Me estoy volviendo loco, estoy viviendo en una especie de limbo. Ahí están todas las pavas dándome la brasa en el móvil, mandando mensajes, y no me creen cuando les digo que no puedo quedar. Solo sirve para que insistan más, se creen que me estoy haciendo de rogar. ¡Yo! ¡Sería lo último, vaya! No me he hecho de rogar en mi puta vida. Intento explicarles que estoy jodido de salud, pero lo único que piensan es que estoy muy solicitado. Sobre todo Big Liz, de la centralita, que ha pasado de querer darme unos azotes en el culo a amenazarme con meterme los huevos para dentro de una patada.

Lo único que me tiene realmente ocupado es la cantidad de putos lerdos de mi vida.

Me paso por el Southern Bar a pillar wifi, pero llega el Pastoso con cara de atolondrado. Después de perder la licencia le dieron un trabajo en la centralita.

Menuda mentalidad de capullo: pasar de presa a depredador. «¿Todo bien?», le digo. Me pregunto qué querrá este ahora.

«Terry, he venido a avisarte. Malas noticias.» Pone cara de serio. «Te lo digo porque somos colegas y sé que tú y Big Liz… Bueno, aunque ahora mismo no es que tengáis mucha relación.»

«Cierto.» Enciendo el portátil. «¿Qué pasa?»

«Las cámaras de la poli te han grabado en el taxi pasándole un par de papelas a un tío. Me lo ha dicho la chavala de Rab Ness, Eleanor, que trabaja para ellos de administrativa. Solo quería avisarte, colega.»

VAYA MIERDA…

Lo que me faltaba. «Joder… Me tienen cogido por los huevos…»

«No necesariamente, Terry.» El Pastoso pone una sonrisa traviesa. «Ellie dice que no se ve la matrícula. Solo se te ve a ti, y han hecho una descripción.» Me pasa una foto.

¡Cierto! Solo se me ve el pelazo, la napia y las gafas en plan Ian Hunter del grupo Mott the Hoople. «No se puede saber que soy yo, solo se ve el pelo.»

«Ya, pero ¿qué otro taxista de Edimburgo tiene una cabeza de tirabuzones como la tuya?»

«Ya…»

«Mi consejo es que vayas a la peluquería, Terry», el Pastoso se encoge de hombros. «Nadie te va a delatar, pero es mejor que te deshagas de esos tirabuzones o vas a ir a la cárcel. En serio.»

Apago el portátil y dejo al Pastoso en el bar, y me quedo sin saber qué hacer. De vuelta en el taxi empiezo a darle vueltas. El capullo tiene razón. Llamo a Rab Birrell. «Rab, tú tenías una maquinilla de esas que rapan al uno, ¿no? ¿La sigues teniendo?»

«Sí.»

Así que voy a la casa de Rab en Colinton y le cuento la movida entre latas frías de Guinness. «No sé qué hacer. Mi pelo es Juice Terry. Incluso más que mi polla. Me quitaría cinco centímetros de rabo solo para conservar el pelo intacto. Sobre todo ahora. Es lo único que me queda después de tantas pastillas y la historia del corazón.»

Rab se pasa la mano por las canas. «Parece una elección entre eso o la cárcel, Terry.»

«No lo pillas, joder. Es parte de lo que soy. Las tías se sienten atraídas por los rizos antes siquiera de ver a la Amiga Inseparable.» Me cojo un buen mechón. «Son como los tentáculos de Medusa, las atrae, como cantos de sirena», le digo al capullo, y luego me doy un golpecito en los huevos. «Y estas son las rocas contra las que se estrellan…, o solían estrellarse.»

«¿Quieres que lo haga o no, Terry?»

«Sí, vale… Pero lo más probable es que me salgan canas. Voy a parecer un viejales…, sin ofender», le digo, porque Rab viste ya unas cuantas.

«¡Si soy más joven que tú, mamón! ¡Cinco años!»

«Lo sé, colega, pero tú nunca has sido un follador», le digo, y Rab se pone furioso. «Es decir, que tú tienes a tu parienta, una familia y eso; lo que quiero decir es que eres un tío asentado. Pero yo me follo todo lo que se menea…», siento como si me diesen un puñetazo en las entrañas, «o, más bien, me follaba. La cuestión es ¿adónde voy yo con canas? Aparte del tema porno, me limita el folleteo a una determinada horquilla de edad, digamos de treinta y cinco para arriba. Yo quiero de veinticinco para arriba.»

«Si tienes el corazón tan mal como dicen, igual no está mal limitar tus opciones, Terry.»

HIJO DE LA GRAN PUTA…

Estoy sentado con las manos en la cabeza sin saber qué hacer. «Lo peor que hay es que te metan en el trullo», solía decir Post Alec, que en paz descanse su alma de borrachuzo. Miro a Rab. «Venga, vamos al lío.»

Rab empieza a esquilarme con su máquina. Juro que noto como si el rabo se me acortase un centímetro cada vez que cae al suelo un mechón grande de pelo. Como el puto Sansón de la Biblia. Rab tiene razón, ya no me hace falta.

Después de llevarme prestado otro de sus libros, *Cien años de soledad* —mi nueva biografía—, vuelvo al taxi. Cada vez que paro en un semáforo me miro el rastrojo gris que me ha quedado en la cabeza. Entonces me llaman de un número al que tengo que responder sí o sí. Estoy hasta los huevos del Marica y sus recaditos. ¡Se supone que tengo que evitar el estrés! Sigue en España, y todavía me tiene cuidándole la sauna. Kelvin —el perrito faldero del Marica— me odia a muerte porque ya le he advertido al muy hijoputa que deje de joder a las chavalas después de ver a Saskia con el ojo morado. Así que se lo cuento todo al Marica para que sepa mi versión de la historia antes que la de Kelvin. «Sé que es tu cuñado, Vic, pero me está tocando los cojones y le está poniendo la mano encima a las chavalas. Que lo sepas.»

Por supuesto, lo que sigue es un largo silencio mientras aparco en Hunter Square. Luego su extraña voz vuelve. «Así que está dañando la mercancía. Le pedí que no dejase marcas.» Parece que se ríe. «Pero tienes razón, es mi cuñado. Así que es mejor que te calmes, Charlie Bronson, a menos que quieras morir…», y el cabrón se echa a reír. «Ya me ocuparé de él. Y de Jinty no sabes nada, ¿verdad? ¿No ha vuelto la poli por allí?»

«No», le digo, si no, yo lo sabría, ahora que estoy quedando con Jonty para tomar café y jugar al golf. A veces creo que sabe más de lo que suelta, pero no, no es su estilo. De hecho, el cabrón suele decir más de lo que sabe.

«Han pasado ya meses. No sé por qué me tomo tantas molestias por una fulana costrosa. Llevaré la justicia a flor de piel, supongo. Es curioso que algunas tías hagan cosas así y se queden tan panchas.»

«Sí», respondo. No quiero hablar con este capullo de tías; de hecho, no quiero hablar de nada con él, y me alegro cuando cuelga.

Un mensaje de la centralita aparece en pantalla. Es el Pastoso.

ESPERO QUE NO HAYAS HECHO NADA DRÁSTICO CON EL PELO. ESTABA DE COÑA. LA POLI NO HA VISTO LA FOTO, LA HICE YO. SERVICIO EN EL 18 DE BRANDON TERRACE.

Me miro la cabeza rapada en el retrovisor. Y golpeo el salpicadero: PUTO CABRÓN. Me lo quieren quitar todo, joder, que me quiten el taxi también. Y la carrera esa la va a coger su puta madre.

Estoy conduciendo sin rumbo, incapaz de mirarme la cabeza en el espejo, y lo único que se me ocurre es ir a la sauna. Kelvin está allí y me mira con su sonrisa repugnante. Seguro que el Marica le ha llamado la atención, pero no dice nada porque hay cosas más urgentes. «La policía ha estado aquí otra vez», dice con asco, «preguntando por Jinty.»

«¿Sí? ¿Y qué dicen?»

«La misma mierda de siempre. Oficialmente está desaparecida, así que tienen que investigar. Yo no estaba aquí, acabo de llegar.» Mira a algunas de las chicas. Está Andrea y la jovencita nueva, Kim, que parece agobiada. «Le han dicho todo lo que sabía, que básicamente es nada.»

«He hablado con Vic hace un rato por teléfono.»

El labio inferior de Kelvin tiembla. «¿Qué intentas decirme?»

«Más vale que te relajes con las chavalas.»

Se pone muy tenso. «Y tú ¿por qué no te ocupas de tus asuntos?»

«Vic me ha pedido que me ocupe de ese asunto», le digo al capullo. «Te estoy vigilando. Es un aviso.»

Va a decir algo, luego se calla y vuelve a poner esa sonrisa despreciable. «Bonito corte de pelo. ¿Nuevo *look*?»

Me alejo de él conteniendo la rabia. El cabrón mira a Kim, le hace un gesto y se la lleva a una de las habitaciones. Cuando se van, Andrea me mira como rogándome que lo detenga. Pero ¿qué coño puedo hacer? Me quedo un rato más, pero es un suplicio ver a todas las chavalas y a todos los puteros de mierda y saber lo que hacen en las habitaciones. Ha llegado el final de mi función. Ahora, con el rollo del folleteo, entiendo lo que quería decir Sal la Suicida sobre su arte: si te quitan algo que para ti es importante, ¿qué sentido tiene seguir adelante? Es lo que te hace ser quien eres. A saber lo que puedo vivir sin echar un polvo. Pero ya está bien de pensar en el suicidio; si me hundo, pienso asegurarme de que Kelvin y el Marica se hundan conmigo también. No tengo una mierda que perder.

Salgo de la sauna y mientras subo los escalones que van del sótano a la calle veo a dos capullos grandotes saliendo de un Volvo. Por un segundo pienso que igual son mafiosos rivales, igual los tíos de Power, porque tienen esa pinta. Intento no establecer contacto visual, pero no consigo evitarlos. Entonces me doy cuenta de que son polis. Uno me enseña su identificación. «Estamos buscando a Kelvin Whiteford.»

«Está ahí dentro», le digo y señalo a la puerta. Decido quedarme un poco mientras los policías entran corriendo y en apenas nada salen arrastrando a Kelvin y

lo meten en el coche. Kelvin lleva un pantalón de chándal y una camiseta interior, lo han pillado en plena faena. Me mira como si yo le hubiese delatado. Estoy a punto de irme cagando leches cuando uno de los detectives me dice: «¿Y usted es…?»

«Terry Lawson.»

«Le agradeceríamos que esperase dentro, señor Lawson. Necesitamos hablar con usted.»

«Realmente no trabajo aquí, solo vengo ocasionalmente. Soy una especie de supervisor, no un putero. Nunca he pagado por eso en mi…»

«Da igual, si no le importa», dice el tío con voz insistente, mientras Kelvin me mira boquiabierto y la poli se lo lleva.

Bueno, siempre tienta salir por piernas cuando la policía entra en escena, pero en este caso me parece mejor cooperar y saber qué coño está pasando. «Estupendo», le digo; vuelvo dentro y me siento en la zona de espera para comprobar el correo en el golfomóvil. No me atrevo a entrar en Facebook, hace meses que no lo hago, porque los enlaces que tengo a pelis porno siempre traen polvos nuevos y muy viciosos.

Los polis hablan primero con algunas de las chicas, montan una especie de sala de interrogatorios en una de las habitaciones. Cuando me toca, les digo que lo único que puedo hacer es repetir lo que ya han dicho las chicas, que Kelvin es agresivo y que no se trae nada bueno entre manos con algunas. Los tíos están haciendo la versión escocesa de poli bueno, poli malo, es decir: Poli Mierda y Poli Peor. Pero como diría Ronnie: «Este no es mi primer rodeo.»

«¿Le molestaba su comportamiento con las mujeres?», pregunta el capullo con cara de súplica. Poli Mierda.

«Sí, le llamé la atención sobre eso, y también se lo hice saber al M…, a Victor.»

«Victor Syme, el propietario de tan digno establecimiento», se burla Poli Peor. «¿Y cómo se pone en contacto con él?»

«Es él quien se pone en contacto conmigo.»

Poli Mierda asiente con la cabeza. «¿Le importa si miro la lista de contactos de su teléfono?»

«Faltaría más.» Se lo doy y empieza a mirar todos los contactos. Por supuesto, entre todas las tías, literalmente miles, no hay ningún Vic Syme.

Se lo da a Poli Peor, que mueve la cabeza y luego dice, el muy caraculo: «Tiene un currículum interesante, señor Lawson: perturbación del orden público, allanamiento de morada, pornografía… y ahora proxenetismo.»

Levanto las manos en señal de rendición. «De proxenetismo nada. Supervisión de empleados y nada más. Y debo enfatizar que Vic no es mi jefe, solo un compañero del colegio al que le estoy echando una mano. No se fiaba de Kelvin y quería que lo tuviese vigilado. Yo soy autónomo. Taxista.»

Poli Peor resopla como un toro, echa la cabeza hacia atrás y se le dibuja una arruga dubitativa en la cara, como si estuviese tatuada. Sé que las chavalas habrán confirmado mi versión, pero hay que estar alerta con estos cabrones. La mayoría de

los polis no tiene un concepto real de inocencia. Algunos creen que todo el que habla con ellos es culpable, si no del delito en cuestión que estén investigando, de cualquier otra cosa. Es simplemente una cuestión de actitud o de entrenamiento. Si te han entrenado para detectar delitos, te conviertes en un absoluto inútil para percibir su ausencia. «Sinceramente, dudo que vuelva a ver a ninguno de ellos en un tiempo», dice Poli Malo con un suspiro, en una especie de concesión reticente.

Respondo con un seco gesto de asentimiento; supongo que esto significa que a Kelvin podrían acusarlo del asesinato de Jinty.

«Su novio, el chavalillo este, John MacKay…» Poli Peor levanta las cejas y pone cara de póquer.

«Inofensivo», le digo y veo como la cara de Poli Peor intenta hacer un torpe gesto de avenencia. «Dudo mucho que supiese nada de lo que hacía ella. Ni siquiera a qué se dedicaba. Si me pregunta, diría que él es la verdadera víctima de todo esto.»

Ahora igual me lo estoy imaginando, pero veo un atisbo de compasión en los ojos grises y cansados de Poli Peor, como diciendo: «Ya te digo.» Pero cierra el bloc, lo que indica que el interrogatorio ha terminado.

Así que estoy fuera y a punto de meterme en el taxi cuando el mayor de los Birrell me llama; es decir, Billy, no Rab, que es el hermano menor. En un principio decido no contestar, pero Billy tiene conexiones con Davie Power y la verdad es que me podría venir muy bien su ayuda si empiezan a ir detrás del Marica. «Billy…»

«¿A que no sabes lo que tengo para ti, Terry?»

«¿Qué, Billy?»

«¡Entradas VIP para la final! Rab, tú y yo. Ewart viene de Australia, pero él va a la grada de los Hearts con Topsy y compañía.»

«Vale…»

«¡No pareces muy contento, Terry!»

«Tampoco es para tanto, Billy.»

«¡Estás loco, Lawson! ¡Es la final de la Copa, todo Edimburgo estará allí, por primera vez en nuestra vida!»

No me apetece contarle que mi vida ya está acabada. «Sí, supongo que nos echaremos unas risas», digo.

«Joder, Terry, no hace falta que me des las gracias.»

Me obligo a sonar algo más animado: «Lo siento, Billy, es que llevo un tiempo de bajón. Mi vieja no anda muy bien», miento.

«Lo siento, colega, y siento también que tu viejo esté enfermo. Sé que nunca habéis podido miraros a la cara, aunque supongo que eso no hace más que empeorar las cosas.»

«Venga, Billy, intentaré pasarme luego por el bar.»

«Perfecto», dice Birrell, y luego empieza la cantinela de mierda habitual. «Pero, Terry, ¡no traigas coca, ni a ningún tarado, y nada de aparecer hecho un pintas!»

«De acuerdo, colega», le digo. Puto pelele. Estoy a punto de meterme en el taxi cuando me llama Saskia. «¿Qué tal, polaquita? ¿Cómo va? ¿Tienes ya vuelo para volver a casa?»

«Sí, me voy mañana. ¿Puedes quedar para un café?»

«Sí, claro», le digo.

Así que tiro para un garito de Junction Street y la veo allí sentada, más buenorra que un queso. Al menos hasta que se vuelve y se le ve el moratón inflamado en el ojo que le ha dejado el capullo. Espero que lo manden a Peterhead y que tengan mano dura con él. Luego pienso, joder, Saskia es más joven que Donna. Antes no me habría importado, de hecho, habría sido un punto a favor. Me mira con tristeza y dice: «¿Qué has hecho con tus preciosos rizos?»

«Mejor no preguntes», suspiro, «es una larga historia.»

Pone las manos sobre la mesa y sujeta las mías. «Eres una de las personas más buenas que he conocido. Antes, cuando la gente hacía algo por mí, siempre querían… Lo que intento decirte es que me siento segura contigo. No eres un canalla. Nunca has intentado follarme, como los demás.»

¡Toma ya! ¿Cómo te quedas ahora? ¿Se siente segura? ¿Conmigo? ¡¿¡¿Con Juice Terry!?!? «Bueno, no me gusta que la gente lo pase mal», me oigo murmurar.

«Tengo algo para ti. Cuando Jinty desapareció, pensé que habría pasado algo malo. Fui a su taquilla. Solo había cosméticos, tampones y otras cosas, pero también estaba esto.»

Me entrega un cuaderno. Es un diario, y está escrito hasta la última página. Pero apenas se entiende nada; la letra es como si una gitana se hubiese lavado el coño en una bañera y lo hubiese dejado todo lleno de pelos.

«Mi intención es dárselo a la policía, pero estoy muy asustada. Sé que puedo confiar en ti.»

«Gracias.»

«Eres lo único que voy a echar de menos de este lugar, Terry», dice y añade: «Mañana por la mañana vuelo a Gdansk con Ryanair. ¡No pienso volver jamás!»

Me quedo aliviado, joder, es una buena chavala y se merece algo mejor que los golpes de esos dos putos maltratadores. Ninguna de ellas se merece algo así: les daría dinero a todas para que pudiesen volver a sus casas, aunque si están en el Liberty Leisure, supongo que igual volver a casa no es lo que todas querrían. Pienso en Jinty y en que quizá la cosa fuese más allá de los golpes. «Lo mejor que puedes hacer es irte de aquí cagando leches. No sé lo que ganarías con esa mierda, pero lo mejor es que lo dejes.»

«Mi plan era estar un tiempo corto y volver. Ahora iré a la universidad», dice toda contenta. «Me gustaría ser experta contable.»

«Muy bien, guapa», le digo y pienso: *Mejor andar liada con números que con puteros de mierda. Un cambio cojonudo, claro que sí.*

Dejo a Saskia en el centro. Es una gran tía, espero que le vaya bien. Luego me quedo pensando en Jinty y en lo que le ha podido pasar. Follaba de puta madre y le gustaba la carne en barra. Y nunca lo habría pensado de Jonty, pero el cabrón tiene rabo de buey. Y entonces me acuerdo de Sick Boy; igual podría hacerles un favor a los dos, así que lo llamo.

«Terry…», canturrea. «Pensaba que te habías retirado.»

«Sí, pero no te llamo por mí. Sé que pensarás que soy un pringado por llamarte…»

«Terry, a estas alturas de nuestra amistad no hay nada que puedas hacer o decir para rebajar aún más mi estimación de tu intelecto, así que, por favor, continúa.»

Esto me pasa por llamar a un capullo sarcástico. «Nah, es por lo del actor porno de tu peli. Conozco a un chaval que parece sacado del mismo molde que Curtis. Un poco lento, pero bien despachado y me ha dicho que se empalma a voluntad.»

«Interesante…»

«Tendrías que hacerle una prueba, porque lo sé solo de palabra, aunque me lo creo. Y el chaval no es que sea muy agraciado…»

«Irrelevante si cuenta con las demás cualidades. A los consumidores masculinos de porno les encantar ver a tíos feos. Piensan: podría ser yo. ¡Mándamelo!»

Sin saber lo que estoy haciendo me dirijo en el taxi al hospital. Ha empezado a llover otra vez y las calles estás oscuras y mojadas. Debería vivir en el puto sur de Francia o en Miami Beach o donde sea…, pero no, porque todo estaría lleno de pavas en bikini. Este corazón explotaría en dos minutos. Eso si los huevos no me reventasen antes y ahogasen a toda la vecindad en un tsunami de lefa.

Y lo único en lo que puedo pensar es en el viejo, Henry Lawson, muriéndose en la cama del Royal Infirmary, sin que le importe una mierda. ¿Quién es ese capullo? Nunca hizo nada por mí, nunca. Esa mirada maliciosa que tiene, como de «sé algo que tú no sabes». Toda mi vida aguantando la misma puta mirada. El cabrón asqueroso está ocultando algo, y voy a averiguar qué es. Así que aparco en el hospital y salgo del taxi.

Miro por la ventana de cristal y lo veo ahí mustio en su habitación, con la boca abierta, pero con una sonrisita tonta, como si estuviese follando en sueños con alguna tía, qué suerte tiene el cabrón. En el cabecero de la cama hay una puta bufanda de los Hearts granate y blanca colgada. Eso mismo está esperando el viejo cabrón: ¡la final de la Copa! Si ganan, se muere tranquilo, si pierden se va a tomar por culo y se libra de todas las burlas. Pase lo que pase, el hijoputa sale ganando.

Me dan ganas de despertar a ese saco grasiento de huesos, pero entonces caigo en la tentación de levantar la áspera sábana y echar un vistazo a lo único decente que el cabrón nos dio en su vida: esa verga con la que se ha follado a tantas pavas…

Qué coño…

Joder, pero si es…, ¡es un puto cacahuete! Prácticamente no hay polla. Solo un capullito costroso con el tubo del meado saliendo de él.

¡Este cabrón no es mi padre ni de coña! El corazón se me dispara con los nervios, lo tapo con la sábana y respiro profundamente. Mantén la calma, no quiero que el corazón me explote aquí y que el viejo bastardo viva más que yo, al menos no hasta que les metamos una buena en la final.

En el pasillo empiezo a pensar. La cantidad de veces que he oído a tías hablar de la agradable sorpresa que a veces se llevan cuando desnudan a un tío y parece que tiene una pichilla diminuta. Y luego, la siguiente vez que la miran, tienen la puta espada láser de Darth Vader apuntándoles a la cara. Como un caballo: una polla telescópica. Es posible que al viejo le pase lo mismo. Igual al estar muriéndose y con un tubo enganchado a la polla, le cuesta tener pensamientos viciosos y no puede sacar todo su arsenal.

No pienso tocar esa cosa costrosa. Ni siquiera quiero volver a verla. Así que llamo a Saskia. Está en el centro comprando para su vuelo de mañana, pero le pido que venga al bar; tengo un último trabajo para ella en Edimburgo. La estoy esperando fuera cuando aparece el taxi, lo conduce Jack Muñón. Me mira irónicamente como diciendo «en qué andarás metido», mientras ella sale vestida con un abrigo negro y botas rojas. Se ha puesto mechas rubias, está para mojar pan y no parar.

Aunque después de explicarle el trabajo no parece tan contenta. La llevo a la habitación, corremos las cortinas y se queda mirando al viejo dormido. «Lo único que tienes que hacer es pajearle un poco, a ver si se le pone dura.»

«Pero está enfermo… Parece que se está muriendo… No puedo…»

«Es un zorro viejo, seguro que le encanta. Igual no puede decirlo porque está frito y hasta arriba de medicación, pero se enterará, te aseguro que sí.»

«Si sirve de algo…»

«¡De verdad, necesito que lo hagas! Y date prisa», miro por las cortinas, «que se supone que tengo que evitar el estrés.»

Se pone manos a la obra; yo estoy con medio cuerpo fuera de las cortinas, vigilando que no venga nadie, y vuelvo a mirar hacia la cama pero no está pasando nada. Quiero decir, se le ha puesto más grande, pero seguro que eso no es todo lo que mide… «Más caña», le digo, y oigo quejidos de las otras tres camas.

De pronto el cabrón abre los ojos. Saskia le quita la mano de encima mientras él se echa hacia atrás e incluso intenta incorporarse apoyándose en sus codos huesudos. Me mira, la mira, me vuelve a mirar.

«¡Tú! ¿Qué haces aquí? ¿Qué intentas hacer? ¡Quieres quitarme el tubo! ¡Voy a llamar a la enfermera!»

«Nah, tranquilo, solo quería ayudarte. Mi amiga Saskia es enfermera, está fuera de servicio. Se te había levantado la sábana y no estabas decente…»

El cabrón hasta parece un poco avergonzado.

«Así que te la estaba poniendo bien. Saskia ha visto que el tubo estaba un poco suelto y lo estaba poniendo en su sitio.»

La mira a ella, luego a mí. Parece como si por un segundo el cabrón se lo tragase, luego se le encienden los repugnantes ojos. «¡No te creo! No dices más que gilipolleces, como siempre. ¿Qué pretendes, cabrón?»

No parece que el cabrón se esté muriendo. «¡Me importa un carajo si no me crees!» Me vuelvo hacia Saskia, que está avergonzada.

«Intentas hacer un puto favor y así es como te lo agradecen.»

«¿Un favor? ¿De ti? Sí, claro, lo que me faltaba a mí por ver», dice el viejo.

«Como si tú hubieses hecho mucho por mí, ¿no?»

«¡Te traje a este mundo!»

Sonrío al viejo y le señalo entre las piernas. «¿Con esa salchichilla de mierda? ¡Ja! ¡Tú nunca has sido mi padre!», y le doy un golpecito a la Amiga Inseparable a modo de confirmación.

«Esta ha estado en más mujeres de las que tú llegarás a estar, chaval», se burla, pero se nota que está alterado.

«¡De memoria tampoco andas muy bien!, ¿no, picha-oruga?»

Dos a cero para el apuesto Lawson contra el viejo cabrón reventado. Entonces me dice con ese tono irónico suyo: «Tu madre me ha contado lo del problemilla que tienes. Mucha polla que no vale para nada, más fofa que la lechuga de una tienda de pakistaníes. ¿Cuántos años tienes? ¿Cuarenta y seis, cuarenta y siete? Yo tengo sesenta y cinco y estuve con Mary Ellis aquí la semana pasada. Me la chupó muy bien, hijo.»

Me estoy poniendo hecho una furia. La cara se le arruga como si fuese de piel de ante.

«Pero tú ya has echado el último polvo de tu vida y ni siquiera tienes cincuenta. Espero que fuese bueno. O quizá no, no quieres recordarlo con mucho detalle, no sea que te excites más de la cuenta y, entonces, ¡catapún!…» El cabrón intenta chasquear esos dedos huesudos que tiene, pero ya ni suenan. Conserva la sonrisa maligna y una mirada de ya-sabes-lo-que-quiero-decir. «Por cierto, casi no te reconozco sin tus rizos de Shirley Temple.»

Salgo de allí para no taparle la cabeza con la almohada.

Saskia sale después de mí. «Terry, ¿qué ocurre?»

«Pues que ha vuelto a ganar, el muy cabrón.»

«Terry, por favor, intenta calmarte.»

Ahora que lo pienso, seguro que lo que he heredado del cabronazo este ha sido el corazón. Saskia sigue intentando tranquilizarme: me da una palmadita en un lateral de la cabeza rapada y dice: «Está bien.» Pero no está bien, y le aparto la mano y nos metemos en el taxi. Volvemos a su casa en Montgomery Street, prepara té y empieza a hablar de su familia. Luego me mira y dice: «Tienes mucha fama, pero nunca te acuestas con chicas de la sauna», dice. «Pero ¿con Jinty sí?»

«Sí, pero nunca pagué por ello. Eso fue fuera del trabajo.»

«Esto también podría ser fuera del trabajo», me dice con una sonrisa angelical de la leche. Me acaricia el muslo con la mano. La Amiga Inseparable da una punzada a pesar de la medicación. «Me gustaría divertirme contigo antes de irme de Escocia.»

Se me pone cara de triste y me siento como todos los capullos inútiles del mundo. «No puedo…»

«¿Es que no te parezco atractiva?», dice como ofendida.

«No es eso…, lo que dijo mi viejo antes, sobre mi estado del corazón…, no es porque quisiera ser cruel, bueno, también por eso, pero fue cruel porque es verdad.»

Así que cambiamos el plan folleteo por una pizza en el Pizza Express, el que está en Stockbridge, en el edificio ese tan guapo junto al río. Que, para ser justos, es una pena que sea para un Pizza Express. Me gusta la chavala, me gusta cuando se ríe, su costumbre de golpearse el pecho cada vez que dice algo gracioso. Cuando me toca el dorso de la mano. Me gusta demasiado, pero la cosa no va a ninguna parte, así que pongo las excusas pertinentes y me voy. Intercambiamos una miradita de decepción… Así es como viven los capullos que nunca follan. Una vida entera de impotencia, resentimiento, angustia y frustración; ningún momento de euforia, condenados a convertirse en ratas de internet o en borrachos miserables.

Vuelvo a casa e intento sentarme a ver pelis. Es curioso, cuando estás loco por ver alguna teta o algún coño es como encontrar una aguja en un pajar, rebobinando y pasando para adelante. Y luego, cuando no quieres verlos, aparecen en todos los putos fotogramas. Esto me deprime, así que apago la tele. También tengo los libros de Rab Birrell. Ya me he leído *Moby Dick*, *El gran Gatsby, El almuerzo desnudo* (menos mal que solo había sexo gay, mantuvo a la Amiga Inseparable a raya), pero tuve que dejar de leer *Cumbres borrascosas* porque no paraba de pensar en la canción de Kate Bush, que desencadenaba una avalancha cachonda en mi cerebro.

A la mañana siguiente dejo a Saskia en el aeropuerto para su vuelo a Gdansk con Ryanair. La voy a echar de menos, pero me alegro mucho ver que está fuera del alcance del Marica y de Kelvin; uno de ellos, o los dos, le hicieron algo terrible a Jinty. Lo sé. No es que yo sepa mucho; en realidad, no sé una mierda. Como diría Rab Birrell: ahora mismo me las veo cara a cara con la extensión de mi ignorancia.

Así que voy a casa de mi madre a buscar respuestas. Mi madre tiene un hermano mayor, Tommy, que está encerrado en un psiquiátrico. Pero no tengo ganas de pasarme por allí y mirarle la polla para ver si he salido a los hombres de la familia por parte de Alice; no después de toda la mierda con el viejo. Pero tampoco le puedo preguntar por las buenas: «¿Tu hermano tiene un pollón?» A lo mejor se lo toma a mal.

Mi madre saca el hervidor del té y las galletas Jacob’s Club, y escudriño su reacción cuando le digo «He ido a verlo.»

«¿A tu padre?», dice con una gran sonrisa.

«A Henry. Sé que él no es mi verdadero padre», le digo. «Verás, hemos hablado un poco.»

La cara se le descompone. Como si estuviese teniendo un derrame.

«¿Él sabía…? ¿Qué te ha dicho…?», dice con una voz tan baja que casi no oigo una mierda.

No sé qué está pasando aquí, pero sé exactamente cómo jugar esta carta. «Todo», le digo. «Ahora quiero escucharlo de nuevo, de tu boca. Me lo debes», le reprocho.

Parece resignada; se sienta a la mesa de formica y yo con ella. Parece más mayor, un poco cansada.

«Es verdad», y deja escapar un largo y agotado suspiro. «Creo que por eso siempre ha estado resentido contigo, Terry. Y conmigo. Creo que por eso nos dejó y empezó a irse con otras mujeres: para vengarse. ¡Por un error! ¡Un maldito error!»

Siento que estoy agarrando con las manos los lados de la silla. «¿Y qué pasa con Yvonne?»

«Es de él.»

«Y entonces ¿qué coño pasó, mamá? ¡Venga!»

Parece totalmente aterrada, se muerde el labio inferior. «Me vas a odiar cuando te cuente esto…»

«Mira, estoy aliviado de que ese hijo de puta no tenga nada que ver conmigo», bajo la voz. «Eres mi madre. Y siempre te querré. Tú nos criaste, nos lo diste todo.» Me acerco, le sujeto la delgada mano y le doy un apretoncito. Luego me reclino en la silla. «Así que cuéntame lo que pasó.»

Mi madre tiene la cara blanca como la tiza. Luego sus delgados y arrugados labios forman una pequeña sonrisa. «Yo tenía quince años cuando Henry Lawson me echó el ojo, Terry. En el colegio, cuando estábamos en Leith. En el David Kilpatrick's.»

«Sí, el colegio de niños conflictivos», le digo.

La cara se le arruga, pero sigue. «Sí, era un encanto y empezamos a salir. Como sabes, Henry tenía un piquito de oro…»

Me entran ganas de decirle que sigue teniéndolo, pero simplemente asiento con la cabeza para que siga.

Inclina la cabeza un poco y mira hacia el suelo. «Todo el mundo pensaba, o asumía, que lo habíamos hecho, pero yo aún era virgen»; alza la mirada y ve que levanto las cejas. No puedo evitar que el pensamiento salga a la superficie: ¡el viejo capullo no era el gran follador que nos hizo creer!

«No me malinterpretes, habíamos hecho todo lo demás…»

Las entrañas se me revuelven, pero intento mantener la boca cerrada. Tarea jodida.

«Pero no lo habíamos hecho», dice como con tristeza. «Entonces, una mañana, cerca de las Navidades, hubo una tormenta de nieve terrible. El colegio cerró un par de días. Mi padre y Tommy se habían ido al astillero de Robb, y mi madre se había ido a trabajar a la fábrica de whisky. La pequeña Florence estaba en casa de su amiga

Jenny, se pasaba allí todo el día jugando. Entonces vino un joven que trabajaba de cartero, traía postales navideñas y eso. Estaba empapado por la lluvia.»

Trabajaba de cartero… Una puta daga me atraviesa el pecho. La miro y siento como si la sangre dejase de circularme por la cara.

«No es que fuese muy guapo, pero tenía unos ojos azules penetrantes, los más increíbles que había visto», sonríe y luego parece muy preocupada. Porque me mira y ve la cara que se me ha puesto. Asiente lentamente con la cabeza, como para confirmarlo. «Lo trajiste a casa una vez. Era amigo tuyo.»

«Joder…»

«Él no me reconoció, por supuesto, aquello fue hace muchísimo… Además iba hecho polvo. Yo no dije nada, claro, me quedé helada al verlo en mi casa, y encima mi Walter aún estaba allí. Solo estuvisteis un minuto, los dos borrachos como cubas, de vuestras bocas no salía nada con sentido. Sí, parecía un desastre de hombre, pero nunca olvidaría esos ojos azules. Los reconocería en cualquier sitio», y el labio inferior le tiembla, como si la estuviese visitando un orgasmo fantasmagórico de hace medio siglo.

«No…, no puede ser, Post Alec. Mi compadre… No…»

«Sí, hijo. Me di cuenta de que estabais muy unidos, y él era un borracho sin remedio, así que pensé: lo pasado, pasado está.»

«¡No puede ser, joder! ¡Dejaste que ese viejo borrachuzo te echase un polvo! ¡A una colegiala! Puto viejo…, siempre decía que mi padre, el cabrón de Henry, era mayor que él…, cabrón… ¡Puto borracho mentiroso!»

«No seas grosero, hijo, no hay necesidad. Él era un chavalillo que estaba empapado. Me pidió una taza de té. Y que le secara la ropa junto a la chimenea. En fin, empezamos a hablar y una cosa llevó a la otra…»

«Vaya… puta… jodienda… Esto es una jodienda enorme», le digo, y el móvil empieza a arder en el bolsillo, las fotos que le hice a Alec en su casa, con la cara roja metida en un bloque de hielo…

«Después, cuando se levantó de la cama, pensé que iba al baño. Luego supuse que se había ido a hurtadillas de la casa. Así que me levanté y lo pillé rebuscando en el dormitorio de mis padres. Me dio miedo, a ver si me iba a meter en problemas, y empecé a gritarle para que se fuese. ¡Hasta le tiré la saca de correos por las escaleras!»

«Muy propio de ese chorizo cabrón.»

La cara de mi madre parece hundirse en el cuello, como si alguien le acabase de arrancar la mandíbula inferior. «Puedes imaginarte cómo fue cuando me enteré de que estaba embarazada. Lo supe enseguida, o al menos pensé que existía la posibilidad», dice con fuerza, desafiante, echando los hombros atrás y enderezando la columna, como si la confesión le hubiese quitado de pronto años de encima. «Era mi primera vez. Bueno, pensé, tengo que darle su ración a Henry, y lo hice esa misma noche. Seguramente él le dijo a todo el mundo que llevábamos haciéndolo desde hace

tiempo, así que cuando le conté que estaba embarazada, nadie tuvo ningún motivo para sospechar. Y no había necesidad de poner la vida de todo el mundo patas arriba. Para mí habría significado sacar un crío adelante yo sola.»

«En vez de dos, porque el cabrón te hizo a Yvonne y luego se largó.»

Parece muy triste. «Pero al menos encontré a Walter. Él fue más hombre que todos esos vagos juntos», dice con melancolía. Luego se vuelve hacia mí, sigue parloteando, pero no entiendo nada porque la cabeza me da vueltas… Eso quiere decir que Stevie y yo…, que Maggie y yo…

«Pero creo que una parte de Henry siempre sospechó en el fondo que tú no eras suyo. Siempre solía meterse contigo, con el pelo y eso, que de todos modos es herencia de mi familia. Nunca te trató como a un primogénito.»

«¡Esto es una puta locura! ¡Zorra mentirosa!», grito, me levanto y salgo echando chispas, ignorando sus súplicas para que vuelva.

Me monto en el taxi y me pongo a conducir; las manos me tiemblan en el volante, y no sé qué cojones estoy haciendo. Al final, solo pienso en ir a ver a Maggie. Tengo que asegurarme. Así que me dirijo a su casa, a Ravy Dykes. No voy a contarle nada, solo le pregunto: «¿Tienes alguna cosa antigua de Alec?», digo pensando en el ADN.

«Sí», responde. «¿Quieres entrar y tomar una taza de té? Mi hija ha vuelto a la uni…»

«No, gracias», le digo. La miro y siento las lágrimas agolpándose en mis ojos, así que la abrazo. «Mira, Maggie, no está bien que nosotros hagamos esas cosas. Alec era como… un tío, tanto para mí como para ti. Seamos solo amigos.»

«¿Ahora somos amigos?» Arquea las cejas y se aparta. «Esa es buena, sí.»

¡Madre mía, es mi puta prima hermana! Luego empieza a contarme lo sola que está y lo difícil que es todo.

«Lo entiendo», le digo, «pero necesito un favorcillo. ¿Tienes alguna foto de Alec?»

«Curiosamente he escaneado y digitalizado algunas fotografías. Te mandaré algunas por *e-mail*.»

Con eso voy sobrado y la dejo decepcionada, como suelo hacer con todo el mundo, solo que ahora lo hago de una forma distinta. Pero me alegro de volver al taxi. Hoy no ha hecho mal día, pero de pronto empieza a llover que te cagas y me paro a recoger a dos chavalillos. Se montan en la parte de atrás. «A Wester Hailes, colega.»

Empiezan a hablar, muy alto, y yo estoy con la oreja puesta. «Esa es una guarrona, se la mete por todos lados. Mark se la folló.»

«El cabrón del diazepam. Las droga y se las folla.»

«¡Ya te digo, las deja grogui y se las folla!»

Estoy a punto de apagar el altavoz cuando se me hiela la sangre.

«Pero ya te digo que no es tan zorra como Donna Lawson, la de los rizos, ¿la conoces?»

«Claro que la conozco, todos nos la hemos pasado por la piedra.»

Me cago en…

«Esa sí que es guarra, una zorra de mucho cuidado. Estaba con seis tíos a la vez y les dijo que tenían que follársela dos veces cada uno para que fuese como un equipo de fútbol… Tela…»

Me acuerdo de cuando Vivian me entregó a esa criatura, y la tomé en mis brazos y le besé la cabecita…, lo que dije acerca de en qué se convertiría, de lo mucho que la íbamos a querer y a proteger… Putas palabras vacías…

Pego un frenazo, los cabrones salen disparados hacia delante, empiezo a acelerar y giro por Sighthill en dirección al polígono industrial desierto.

«Pero ¿qué coño haces, tío?»

«¡Eh, taxista! ¿Adónde cojones vas?»

«Los tranvías. La construcción de una estación. Desvíos», les digo sin mirarlos.

«Y una mierda… La estación está en Maybury…, ¿de qué coño va todo esto?»

Saco el bate de béisbol de debajo del asiento. Y saco el bate por no sacar el cuchillo que guardo ahí también. Lo sujeto fuerte y lo agito. «De esto, va de esto. Habéis insultado a la persona equivocada en el taxi equivocado.»

«¿Qué? Colega, mira…»

«No soy tu puto colega.»

Piso el acelerador. Avanzo cincuenta metros y freno. Una vez. Y otra. Y oigo a los chavales gritar, los oigo golpear el taxi como locos. Luego me bajo, bate en mano, abro la puerta de atrás y cojo a uno de ellos. Lo saco a la fuerza y le pego en la muñeca cuando intenta levantar el brazo para defenderse. Pega un grito, como el chillido de un animal, y le golpeo de nuevo, en la cara, y cae al asfalto como un saco de patatas. No se mueve. Me cago por un segundo, luego gimotea cuando la sangre le empieza a brotar de la cabeza, pero me siento aliviado de que esté vivo.

El otro chaval está gritando. «¡No, tío, lo siento, por favor!»

Le digo que salga y que no le voy a hacer nada. Me mira y sale lentamente, temblando, con la cara pálida. En cuanto sale, le meto con el bate en la rótula y se desploma en el suelo con un chillido. Me mira con cara de sentirse traicionado. «Se llama mentir, joder», le digo. Luego miro a su colega, que sigue gimoteando e intenta levantarse. «¡SE SUPONE QUE TENGO QUE EVITAR EL ESTRÉS!»

Vuelvo al taxi, doy marcha atrás para no atropellar a los cabrones y doy un giro completo. Al alejarme del polígono, veo que el primer chaval ha ido cojeando a ayudar a su colega. Intento regular mi respiración y bajar las pulsaciones, paro en un área de descanso de la circunvalación y me pongo a mirar el diario que Saskia me dejó.

El diario de Jinty.

Casi todo son listas de tonterías, pero también hay comentarios sobre clientes, de los que me reiría si no estuviese tan tenso y amargado. Supongo que le daba sensación de control, una forma de venganza. Hay un par de páginas bastante

desagradables. Desde luego, el Marica y Kelvin no salen muy bien parados. Podría ser de interés para alguno que yo me sé.

Para los polis que vinieron, Poli Mierda y Poli Peor; pero, si se lo enviara, empezarían a preguntar a todo dios y al final sabrían que fui yo el que se lo dio. Entonces me acuerdo de que una vez a Alec lo interrogaron por allanamiento de morada. Realmente no habíamos sido nosotros, no sabíamos nada. Estaba cagadísimo, como siempre pasa cuando eres totalmente inocente. Como si por culpa del karma, o algo similar, fueran a detenerte justo por algo que no has hecho.

Era verano y hacía un calor de cojones. El poli nos estaba preguntado dónde habíamos estado y qué habíamos estado haciendo. Alec estaba relajado, tenía una coartada y estaba allí de cháchara con el tío. Entonces yo miré con el rabillo del ojo a una tía poli que estaba sentada en su mesa. Pelo corto, castaña y con flequillo, no para volverse loco, pero su blusa blanca y su falda azul ajustada llamaron la atención de la Amiga Inseparable. Aquello era un asador de pollos, el aire acondicionado no funcionaba o algo, y la tía sacó un pañuelo y se secó su frente sudorosa. Me sentí como el Increíble Hulk pero a la inversa. Hulk siempre rompe las chaquetas y las camisetas, pero los putos pantalones se quedan como si nada. Bueno, pues la Amiga Inseparable me apretaba tanto que en mi caso habría sido al revés, los putos pantalones me iban a estallar. Miré su placa dorada: SARGENTO DETECTIVE AMANDA DRUMMOND. Desde entonces he visto su foto en las noticias un montón de veces, trabaja mucho con mujeres, víctimas de abusos domésticos y cosas así. No tiene ninguna conexión conmigo, así que le voy a dar el puto diario de Jinty a ella.

Me acerco a la oficina de correos y se lo envío, aunque antes arranco un par de páginas comprometidas, lo cual debería ser otro clavo en el ataúd del puto Kelvin. La poli esta seguro que tiene más empatía con las tías que Poli Mierda y Poli Peor, no se va a molestar en buscar quién hizo el envío anónimo, y, de todas formas, para entonces Saskia estará ya lejos.

Creo que habrá que celebrarlo, así que voy al Pub Sin Nombre. Los daños por el fuego los ha cubierto la compañía de seguros; hay una nueva mesa de billar y una gramola. Los gemelos Barksdale están con Tony, y vuelven a parecer gemelos, porque tienen las mismas quemaduras en el lado izquierdo de la cara. Le pido una pinta a Jake, que está detrás de la barra, y me alegro de ver lo que veo en el estante de licores.

«Hace tiempo que no vienes por aquí, forastero», dice el capullo de Evan Barksie de modo acusador.

Como si me importara este puto agujero de mierda. «Me he pasado un par de veces.»

«Bueno, me alegro de que estés ahora», dice, «porque tenemos un gran pedido. Queremos veinte gramos.»

«Ni de coña. Con eso te meten en la cárcel.»

«Venga, Terry, que nos vamos a Magaluf, o Follaluf, como debería llamarse, un mes a finales de esta semana. Me ha llegado la indemnización», y se da un golpecito en la horrible mejilla.

«Vale, eso me da algo de tiempo. Ya me ocupo, veré que puedo hacer.»

«Perfecto.»

Me termino la Beck's y vuelvo a la barra. Jake está haciendo el crucigrama del *Sun*. «Oye, Jake, voy a una fiesta ahora a casa de un colega. Necesito comprar una botella de whisky y no estoy de buenas con el de la licorería. No le daría al cabrón ni el vaporcillo de mi meado. ¿Qué tienes?» Miro la estantería. Los whiskies habituales, Bell's, Teacher's, Grouse y Johnnie Walker, varias marcas de mierda, las que empiezan con Glen, y un par de whiskies decentes, Macallan y Highland Park. Y justo entre ellos, una botella inconfundible con la forma del edificio Gherkin.

Jake se está dejando los ojos repasando la lista.

«¿Ese de la botella rara cuál es?»

Jake la coge del estante y la pone a la luz.

«Bowcullen Trinity…, nunca lo había oído, yo no la he pedido. Los cabrones me la habrán enviado por error. Nadie pide esto, el sello no está ni roto. Probablemente no valga una mierda. Mira el color, no parece whisky. Debería devolverla.»

«Me la quedo yo», le digo, como quien no quiere la cosa, «a ver la cara que pone mi colega, en plan "qué coño es esto".»

Jake sonríe, luego dice. «No pone ningún precio, y en la lista no viene», y luego me mira optimista. «¿Qué tal cuarenta pavos?»

«¿Cuarenta? ¿Te estás riendo de mí o qué?»

«¿Treinta?»

«De acuerdo», le digo, le doy los billetes y meto el pequeño Gherkin en mi bolsa. Salgo del pub y me subo al taxi. A veces lo mejor es ocultar las cosas a simple vista.

Empiezo a pensar en Jinty de nuevo, ¿dónde se habrá metido? Miro una de las páginas que he arrancado.

Por lo general NADIE me da miedo, pero Vic y Kelvin me ponen los pelos de punta. A las demás chicas les pasa lo mismo. Sé que a Saskia le pasa igual. Odian cuando Vic, y sobre todo Kelvin, quieren acostarse con nosotras. Tienes que fingir que te encanta, porque si no, se vuelven crueles contigo. Kelvin le hizo marcas de cigarrillo en el brazo a Saskia. Conmigo no se ha atrevido, pero creo que es porque sabe que no estoy soltera. Aunque se le nota que está maquinando algo. Se ve en esos ojitos de hurón, se oye en esa boca de cerdo asquerosa que tiene.

Y el otro día Vic me metió todos los dedos. Con los anillos puestos. Estuve tan escocida que le tuve que decir a Jonty que me encontraba mal, que había cogido un virus en el trabajo. A veces miro a mi Jonty, dormidito, inocente, como un bebé, y me pregunto en qué nos hemos metido por mi culpa.

Porque Vic se cree que soy suya. Ayer me dijo que, si intentaba irme, me destrozaría la cara para que nadie quisiera volver a tocarme. Y me apretó la navaja contra la mejilla, por la parte plana. Estuve temblando todo el puto día, y de pensarlo no pude dormir por la noche.

Mi padre conoce a mucha gente. Se pasó toda mi infancia en la cárcel. Me gustaría decírselo, pero he oído muchas historias sobre Victor. Me da miedo. Y Kelvin es todavía peor. Al final va a resultar que es mucho más cabrón que Victor.

Terry el Bueno me ha llamado. Sí señor, ya te digo. Pensaba que íbamos a jugar otra vez al golf, y me apetecía bastante. Pero no, me ha dicho que necesita mi ayuda con algo esta noche, algo secreto, sí, eso ha dicho, señor. Estaba preparándome para salir y Karen me ha dicho que no salga de casa, pero yo le he dicho que es un trabajito de noche. Solo por la noche, Karen, le he dicho, con Terry el Bueno. Y es que a Karen le gusta Terry el Bueno, porque viene a buscarme para jugar al golf, y es la única persona a la que deja entrar en casa. Pero Terry no le hace ni caso.

El caso es que estoy en deuda con Terry el Bueno, ya te digo. Porque si alguien es bueno contigo, tienes que ser bueno con él. Y Terry nunca hace preguntas sobre Jinty; me dice todo el tiempo: «No me digas nada.» Aunque yo se lo diría todo si por mí fuera. Sí señor, anda que no.

Terry viene a recogerme. Veo que Karen lo está mirando. Él sube al baño y ella me susurra: «Me gusta el Terry este. ¿De verdad está saliendo con alguien?»

«Que sí», contesto.

Sé que está mal, pero Terry es mi colega, y ella ya se portó mal conmigo, no voy a dejar que se porte mal con él, no, porque los dos salieron de la misma leche, de los huevos de Henry, el padre verdadero, así que ni hablar. Además, se nota que Terry no está interesado, porque Terry es bueno. Ojalá yo fuera más como él.

Salimos y nos metemos en el coche, sí señor, el taxi grande y negro. Dentro hay dos palas enormes, todavía envueltas en el plástico de la sección de hogar de Sainsbury's. «Vamos a cavar», dice Terry.

Se nota que Terry no se encuentra bien, porque suele estar de broma, pero ahora no, parece serio y tiene la vista en la carretera.

No me lo puedo creer, ha aparcado fuera del viejo cementerio de Pilrig Street, el cementerio ese de Rosebank. Sí. Terry saca las palas y una bolsa de Adidas. Sí, es una bolsa de deporte. El muro junto a la entrada del cementerio es muy alto. Terry junta las manos para impulsarme y saltar al otro lado, pero le digo: «El muro no es tan alto a la vuelta de la esquina. No señor, no lo es.»

Terry me mira, echa a andar calle abajo y le sigo. No hay nadie, solo un coche que pasa. En Bonnington Road el muro es mucho más bajo que en Pilrig Street, y Terry asiente. Yo subo muy rápido, Terry tira las palas y luego se pone a escalar el muro. Tiene cuidado de que la bolsa de Adidas no se lleve ningún golpe. No le resulta fácil, pero ha visto que en una parte del muro, cerca de una parada de autobús, hay una especie de escalón de metal que le sirve para subir, y yo le ayudo cuando llega al otro lado. «Gracias, Jonty, buen sitio para saltar el muro», dice, al bajar junto a mí. «Que yo sepa, no hay cámaras de seguridad, ya me di una buena vuelta por dentro, pero no hay que hacer ruido.»

Así que, mientras avanzamos por el oscuro cementerio, susurro: «Es curioso que entierren a la gente hoy en día, Terry. Es curioso. Sí señor.»

«Es una parcela familiar. A este cabrón no se le podía quemar, habría volado por los aires el crematorio. Peor que tu madre», suelta Terry, y rápidamente añade: «Vaya, lo siento, colega.»

«Bueno, no te preocupes», le digo a Terry, porque hay que reírse de vez en cuando y no estar serio todo el tiempo. «Menos mal que hay luna, si no, no veríamos por dónde vamos», digo, pero a pesar de todo me tropiezo por el camino irregular, y Terry me sujeta.

«Cuidado, amigo.»

Terry saca una linterna de la bolsa de Adidas e ilumina el camino. Entonces miramos todas las tumbas, y luego Terry alumbra una lápida con el nombre de este tipo:

ALEC RANDOLPH CONNOLLY

21 de agosto de 1943 — 3 de diciembre de 2011

Amado esposo de Theresa May Connolly
y afectuoso padre de Stephen Alec Connolly

Por la fecha de la lápida, no hace mucho que ha muerto. Ya te digo, no hace mucho. «¿Has traído flores?», pregunto.

«Nah», contesta Terry, y luego me mira muy serio. «Escucha, Jonty, voy a ser claro contigo, y lo hago en total confidencia, porque no quiero que montes un numerito. Vamos a desenterrar y abrir el ataúd.»

No puedo creer lo que acabo de oír. Pero Terry no está de broma. «Pero, Terry, ¡eso no está bien! No señor…»

«Va a ser solo un minutito», dice Terry mientras asiente con la cabeza. «Ahí dentro hay algo que quiero ver. Solo quiero echar un vistazo.»

«Un vistazo», digo. «Pero no podemos hacer eso, está mal, señor, ya te digo…»

«Escucha, Jonty, tienes que confiar en mí, colega. No voy a hacer nada malo, no voy a hacerle nada al cuerpo. Es un viejo amigo… Lo que pasa es que hay algo ahí dentro que tengo que ver, y tengo algo que quiero dejarle.» Menea la bolsa de Adidas. «No pasa nada si no se toca nada, Jonty. No voy a tocar nada, no voy a robar nada. Solo tengo que ver algo. ¿Me vas a ayudar, colegui?»

Y yo asiento, porque Terry el Bueno es distinto. No se ríe de mí. No señor, de eso nada. «¿Es algo con lo que lo han enterrado?», digo, pensando en un reloj, o un anillo.

«Sí, eso es, amigo», contesta Terry.

«¿Y no lo vas a coger?»

«Ni de coña, te lo prometo.»

Terry el Bueno es amable conmigo. Así que sonrío y digo: «¡Chachi! ¡Empecemos!»

«Buen chico, Jonty. Eres un buen amigo», y me agarra del hombro. «Un hermano de verdad», añade, un poco disgustado y triste, pero alegre también, y yo sigo queriendo contarle lo de Jinty, pero no es buen momento. De eso nada.

Siento calor en el corazón, justo al revés de cuando tienes mal corazón. Y empezamos a trabajar, sí señor, anda que no. Primero quitamos el césped, con mucho cuidado, cortándolo en secciones precisas, luego los dos nos ponemos a cavar la tierra de debajo. Al principio sale rápido, pero luego se hace cada vez más difícil, y aunque hace frío, estamos sudando en la zanja esta. Terry se enciende un cigarrillo. «Tenía que haberme traído un termo de té», digo. «Si hubiera sabido que teníamos tanto trabajo, le habría pedido a Karen que nos preparara un termo de té. Sí señor, un termo de té.»

«Te estoy muy agradecido, Jonty», dice Terry. «Eres un amigo de verdad. Mi vida está patas arriba, colega. Tengo un problema de corazón… En realidad no tendría que estar haciendo este ejercicio… No puedo permitirme el lujo del estrés. No con este corazón…»

«Déjame a mí, Terry, ya termino yo…»

«Eres un amigo de verdad, chavalote…»

Y le voy dando, sí, venga a sacar tierra, venga a cavar, cavar, cavar…

Terry dice mientras me mira: «Eres un buen chico, Jonty… El mundo se ha vuelto loco, ¿sabes? Ya no sé ni quién soy. ¿Sabes lo que te digo?»

«Sí señor, sí señor», digo sin dejar de cavar, anda que no.

«Esto de no echar un polvo… te acaba volviendo loco… Sencillamente ya no soy el mismo, colega… No sé quién soy. Estoy teniendo una “crisis existencial”, como diría mi amigo Rab Birrell. Yo pensaba que eso eran mierdas de empollones pretenciosos, pero es que no hay mejores palabras para describir mi situación… Joder, ahora mismo sueno igual que él…»

«Suenas igual que él, sí señor, sí señor…», suelto, sin dejar de cavar, cavar y cavar…

«Hay un libro, Jonty, de un tipo que cree que todos somos materia en movimiento, en plan protones, neutrones y electrones, pero con conciencia.» Terry sigue hablando, ya te digo, pero entonces la pala golpea algo duro. Terry lo oye, salta dentro de la zanja a mi lado, y empezamos a quitar la tierra del ataúd. Mucho más pequeño que el de mamá, anda que no, señor, mucho más pequeño.

Terry tiene un destornillador en la mano y quita los tornillos del ataúd. No me gusta porque oigo un crujido. Es como el ruido que haces cuando pisas hojas secas de otoño, pero viene del ataúd, viene del interior. Peor aún, la tapa del ataúd está caliente… «Terry, tengo miedo…, es como si hubiera algo vivo ahí dentro…, está caliente…»

«Sí, noto el calor del ataúd», dice Terry, «pero no te preocupes, colega, eso pasa porque el tío este se está descomponiendo y sale la energía de la descomposición, nada de que preocuparse.»

«Nada de que preocuparse…»

«Espero que quede algo», prosigue, mientras fuerza los cierres de latón de los lados.

Se abren de golpe, Terry lo desliza un poco, y el olor… no señor, no me gusta nada…, peor que Jinty, mucho peor que mi querida Jinty… Me tapo la nariz, pero da igual, es como si te entrara por la boca y te envenenara por todas partes, sí señor…, ya te digo, esto no me gusta nada de nada. Terry se ha puesto una de esas mascarillas de gasa que llevan algunos ciclistas por la ciudad y me ofrece otra para que me la ponga. Eso hago, y me siento mejor. Pero todavía se oye ese murmullo constante que sale del ataúd. Terry levanta la tapa y sale volando un enjambre de moscas. Me lloran los ojos, y cuando se me aclara la vista veo que dentro hay un viejo con un traje y tiene la cara gris, roja y azul.

«Joder…», dice Terry, mirándolo a los ojos. «Los ojos azules… ya no están…»

Terry tiene razón… Los ojos no están. Es como si se los hubieran comido. Es como esas cosas que abríamos en el colegio. «Se los han comido las lavas…»

«Larvas…, larvas de mosca…», me corrige Terry. «Ilumina por aquí con la linterna», me ordena, y veo larvas blancas reptando donde estaban sus ojos, y le salen de todas partes, de la boca y las orejas. Sí señor, no me gusta esto, no señor, para nada.

Entonces Terry se inclina sobre él y ¡le baja la cremallera del pantalón! «¿Qué estás haciendo, Terry?», murmuro, y a pesar de la mascarilla me oye.

«Está todo bien, colega», suelta, y los ojos le brillan por encima de la mascarilla. Desabrocha el cinturón… y el olor me llega con la mascarilla y todo. Intento apartarme, lo intento, señor, pero vomito la pizza congelada que me ha hecho Karen. Me quito la mascarilla, pero me pongo perdido.

«Jonty, no seas marrano, joder, estás manchándole el traje», me grita Terry. «¡Un poco de respeto por los putos muertos, hombre!» Y le quita los pantalones al cadáver para sacarle el soldadito…, un soldadito muy grande…, y entonces dice muy contento: «¡Menudo pollón! ¡Es mi padre, Jonty! Este hombre era mi padre.» Se quita la máscara y me besa en la cabeza. Yo me encojo, porque veo cómo al tipo le salen del capullo más larvas de mosca retorciéndose…

«Mira…», digo.

«Sí… Mejor será que volvamos a cerrar la caja», dice Terry con una sonrisa.

«Pero ¿qué pasa con Henry Lawson?»

«Menudo farsante de mierda…, en realidad no es mi padre. Tuyo sí, Jonty, por eso no voy a decir nada contra él. Pero menudo peso me he quitado de encima… Ayúdame con la tapa…»

«¿No vas a taparle las partes?»

«Nah, deberían estar al aire libre, que no les falte comida a las larvas y a los gusanos hasta que atraviesen el ataúd. Mira que enterrar a la gente hoy en día…, qué pestazo… Pero fíjate, a tu madre la cremaron y tampoco fue muy allá…»

«Sí, este huele muy mal, Terry, sí señor.»

«Ya, pero Alec siempre ha olido mal. Es lo que tiene la priva. Recuerdo que cuando íbamos a mear siempre iba al cagadero. Yo pensaba que era un borracho pichacorta y que por eso no quería sacársela delante de mi garrote basculante, pero ahora me doy cuenta de que me equivocaba. Probablemente tuviera cagalera de borracho y fuera al retrete a soltar las tripas.»

Ponemos la tapa y Terry vuelve a asegurar los cierres. De pronto me siento muy triste. Terry me mira.

«Jonty, estás llorando. ¿Qué te pasa, colega?»

«Tú y yo ya no somos hermanos», le digo, pero en realidad estoy pensando en Jinty, seguro que las larvitas de las moscas no pueden llegar hasta ella a través del hormigón duro.

Me pone el brazo sobre los hombros. «Somos mejor que hermanos, Jonty. Somos amigos. Los mejores amigos. No lo olvides. A los hermanos no los puedes elegir, a los amigos sí, y tú eres el mejor, capullín. Y no te preocupes, tú también tienes un buen cipote, pero en tu caso es de herencia materna. ¡Fijo!»

«Pero mi madre no tenía cipote…»

«Me refiero a que te viene de su padre y sus hermanos, Jonty, por eso tienes ese pistolón ahí enfundado.»

«Sí… Jinty me lo decía…, pero, pero ¿cómo lo sabes, Terry? ¿Cómo sabes que tengo una manguerita grande?»

Terry parece incomodarse un poco, luego dice: «Veo la medida de un hombre a la legua. Aunque lleve armadura. No es por el paquete, que puede abultar por los huevos o por el corte del pantalón. Tampoco es por los pies, ni las manos, ni la nariz. Es por la forma de andar», prosigue, y luego se ríe. «Y también porque en el Pub Sin Nombre se habla del tema.»

«Se habla del tema», repito. «Seguro que se estaban burlando otra vez de mi manguerita. Se merecen que se les haya quemado la cara. ¡Anda que no!»

«¡Ya te digo! Venga, vamos a rellenar el agujero.»

Eso hacemos, sí señor, sin rechistar. Empujamos las montañas de tierra con los pies, luego le damos a la pala, le damos y le damos, y meterla es más fácil que sacarla. Se lo digo a Terry, le digo: «Es más fácil meterla que sacarla.»

Terry contesta: «Siempre es así, colega», y no se equivoca. No señor, para nada. Pero no se lo digo, porque sé que a veces me pongo un poco pesado, según Terry. Sí señor, un poco pesado. Sí. Sí.

Luego empiezo a pensar en Jinty y en todos los bichos que tiene Alec, el padre verdadero de Terry. Digo: «A ver, si Alec, tu padre verdadero, estuviese metido en

hormigón, los bichos no podrían comérselo así, es decir, metido en hormigón, ¿verdad, Terry?»

«Depende, si le hubieses metido inmediatamente, no pasaría nada, pero si lo hubieses dejado fuera, aunque fuera una hora o así, las moscas ya habrían puesto los huevos…»

Ahora estoy llorando, porque pienso en la mosca que iba y venía en la boca de Jinty y en Jinty sin ojos, ay señor, no señor, no señor…

«¿Qué te pasa, colega?»

Se lo quiero contar, pero no puedo, no puedo, porque no fue culpa mía, Jinty se desplomó. O, como dice Karen, fue lo mismo que le pasó a su madre, lo que contó Maurice cuando se encontraron a la madre de Jinty en la cama. La cosa esa que te da cuando tienes algo malo en la cabeza. Una hemorroide en el cerebro. Fue como si se le hubieran saltado los plomos, eso decía Maurice, y que no sufrió. Y a Jinty le pasó lo mismo. Pero no se lo puedo contar a nadie, porque todo el mundo sabrá que se metió la porquería esa y sé que todos me echarían la culpa a mí, sí señor, porque siempre es así, como en el colegio, cuando Henry, el padre verdadero, me pegaba. Pero no puedo explicarle a Terry por qué estoy llorando, así que le digo: «Es muy triste que los bichos le estén haciendo eso a tu padre, Terry…, no está bien…»

«Sí, la cremación es mucho mejor, amigo. Pero no son más que sus restos, Jonty. Él se ha ido ya, está en paz. No tienes que preocuparte.»

«¿Estará en el cielo?»

«Sí, supongo que sí», contesta Terry, pensativo, y luego añade: «Siempre que en el cielo haya ríos de alcohol y casoplones sin cámaras de seguridad», y suelta una especie de risita.

«¿Crees que Jinty estará en el cielo, Terry?»

«No lo sé, colega», responde Terry, y me mira directamente. «Si ha estirado la pata, sí. Pero no te preocupes, lo más seguro es que se haya pirado.»

«Sí…, sí…, sí…, sí… Se habrá ido de viajecito…», digo yo, pensando que se ha subido a un tranvía, pero uno que se parece al tren de *Harry Potter*. Aunque en vez de ir a un colegio pijo para magos, Jinty se habrá ido en ese tranvía directamente a las puertas del cielo. Y llevará un vestido blanco, creo que se merece un vestido blanco. Sí señor. Luego volvemos a saltar el muro, que resulta más fácil desde este lado, salimos del cementerio, ya te digo, y nos metemos en el taxi rumbo a Penicuik. Sigo pensando en Jinty, y digo: «La culpa es del Tocapelotas, Terry. El Tocapelotas se ha llevado a mi Jinty…»

Terry sigue conduciendo, ni siquiera se da la vuelta. «Sí, se fue después del huracán, es cierto…»

«El Tocapelotas y los tranvías… se la han llevado…»

«No puedes culpar a los tranvías de esto», protesta Terry. «Ya sé que todo el mundo les echa la culpa de todo, pero no puedes culpar a los tranvías de la desaparición de Jinty.»

«Pero se la llevarán, claro que sí, directamente al cielo», le digo.

«Sí, puede ser, coleguita. Quizá un tranvía mágico nos lleve a todos hasta allí.»

«¡El cielo será como el estadio de Hampden, Terry, cuando los Hearts ganaron la Copa!»

«Sí, en tus sueños, chavalote», ríe, mientras frena en la puerta de casa. Terry es un buen tipo, aunque sea *hibby*. Eso demuestra que no todos son pordioseros que viven en caravanas. Conocí a algunos de esos que no eran mala gente cuando mamá me dejaba ir al colegio. Sí señor, el colegio.

Así que entro en casa, pero mañana es el gran partido, sí señor, saldrá en la radio, en la tele y en todos los periódicos. Sí. Estoy tan nervioso que no puedo dormir, así que me pongo a hojear viejas revistas de los Hearts, y algunas del Hibernian. Tengo veintidós de ellas encuadernadas en un solo volumen, sí señor, los de la racha que no perdieron ni un partido. Gary MacKay. Hank encargó que lo hicieran y me lo dio por mi cumpleaños hace un montón. Pido a Dios con el libro en las manos que ganemos a esos sucios pordioseros, porque son unos intrusos, como dice Hank, no son realmente de aquí, y el partido tendría que ser entre los Hearts y los Spartans, es decir, dos equipos protestantes de Edimburgo, para que sea todo más escocés. Y no una panda de gitanos irlandeses… Pero está fatal decir cosas así, porque son cosas que diría Barksie. Porque Terry el Bueno y yo nos ayudamos. Y Jim, antes de que yo dejara de ir al colegio, era bueno conmigo. O sea, que algunos del Hibernian son buenos. Así que pido a Dios que cancele mi última oración y vuelvo a pedir que los Hearts ganen. Con estas dos oraciones ya van tres en total. Es un derroche, porque podría haberlo hecho todo en una oración, pero tendría que haber quitado las partes que muestran que tienes mal corazón.

Porque yo no tengo mal corazón. No señor, porque sé lo que hay en mi propio corazón. Ya te digo.

Estoy en casa, pero no me puedo quedar en casa, y se lo digo a Karen, le digo que no me puedo quedar en casa, porque es la final de la Copa. Ella dice que tengo que verla en la tele.

«Pero Hank me ha sacado una entrada y un asiento en el autobús de Penicuik», le digo. «Sí, en el autobús de Penicuik.»

«Me preocupa que te encierren. ¡Por culpa de ella! ¡Por Jinty!»

«Pero ya he salido otras veces, Karen, desde entonces he salido. Sí, varias veces, desde el funeral de mamá», le explico.

«Pero solo has ido a pintar, al hospital o a jugar al golf con Terry», contesta. «¡No a sitios públicos! ¡No es lo mismo ir a un sitio público, hay policía y cámaras! Ponlo en la tele, Jonty», Karen parece estar suplicando. «Tenemos mucho que perder.»

«Solo tú lo sabes, Karen», le digo. «Mira, Hank ha llamado y he contestado yo, así que sabe que he vuelto a casa, y ha dicho que tiene una entrada para mí. Sí, una entrada. Con Malky. Voy en el autobús de Penicuik, no con los del Pub Sin Nombre, a esa gente ni la veré.»

Karen tuerce la boca y se queda mirando a la chimenea. «De acuerdo, Jonty, por esta vez, pero ten mucho cuidado en el partido. No te mezcles con esos camorristas del Hibernian. El tal Juice Terry es muy simpático y tal, pero he oído rumores sobre él», suelta.

«No no no, de eso nada, no señor, no no no, Terry no es un camorrista del Hibernian. Es forofo, sí, pero no haría cosas malas como los camorristas esos.»

«He oído rumores», insiste, y luego se va hacia la cocina.

Estoy muy nervioso, pero al final duermo chachi piruli, y eso me sorprende. Ya te digo. Punto positivo para Karen: me prepara un sándwich de huevo y otro de beicon, pero ninguno de salchicha de sangre, como solía hacer Jinty, no señor, de eso nada. Pero estamos en Penicuik, y es muy diferente de la ciudad, sí señor, sí señor, sí señor, Penicuik, sí señor. Sí. Me bajo a la calle principal y me subo al autobús de Penicuik. Y es chachi piruli cuando pasamos junto al autobús del Hibernian al otro lado de la calle. Les hago un corte de mangas, pero veo a Jim McAllan en el autobús, así que al final convierto el corte de mangas en un saludo.

Él se ríe de mí. Sí. Jim McAllan. Penicuik. Sí señor.

Tardamos un montón en llegar, aunque hayamos salido pronto, sí señor, porque hay mucho tráfico, pero al final llegamos a un pub cerca del campo que está lleno. Sí, está llenísimo. Bebemos cerveza y cantamos «Hearts, Glorious Hearts»; «We'll Support You Even More»; «Hello, Hello, We are the Gorgie Boys» y «My Way», pero en versión de los Hearts, que es chachi, aunque no me sepa toda la letra, no señor. Y coreamos «Rudi Skacel es una máquina de goles», «Los hibbies son unos maricas» y «Na na na na na na na na na na na Paulo Sérgio, Sérgio, Paulo Sérgio». Sí, eso cantamos.

¡El partido es genial, es el mejor día de mi vida! Bueno, quizá la primera vez que fui a casa con Jinty por la noche y la partí por la mitad fue mejor, pero ¡los Hearts han marcado cinco goles! Los pordioseros solo han marcado una vez, y el árbitro ha echado a uno de ellos. ¡Incluso nos ha dado un penalti fuera del área! Hank me está abrazando, y estamos llorando de alegría cuando levantan la Copa, y todo está bien hasta que salimos y nos cruzamos con los tipos del Pub Sin Nombre. Evan Barksie me ve; tiene la cara quemada como su hermano Craig, y me mira directamente a los ojos, pero no dice nada. Sí, tiene la cara quemada por un lado, como el Action Man de plástico que una vez me dejé junto a la chimenea eléctrica. Henry, el padre verdadero, me dio con el cinturón, y dijo: «No te dejes los soldados de plástico junto al fuego. ¿No sabes cuánto cuestan?» Qué curioso que yo le haya quemado la cara a un gemelo Barksie y al otro se la haya quemado mi madre. ¡Sí señor, sí sí sí!

Un par de tipos que creo reconocer le dan un codazo a Evan Barksie, pero no me dan miedo porque estoy con los chicos de Penicuik. Aunque haya vivido un tiempo en Gorgie y eche de menos el McDonald's. ¡Que le den a Gorgie!

De todas formas, estamos todos demasiado contentos para empezar una pelea, no podríamos empezar a pelearnos ahora, quizá lo hiciesen los vagabundos esos, pero ya

se habrán vuelto a casa. Se lo digo a Hank, le digo: «¡Los pordioseros se habrán vuelto ya a casa, Hank!»

«Sí, seguro, Jonty», contesta. «Estarán en casita y se les caerán los ojos de tanto llorar.»

Nos echamos unas buenas risas de vuelta al autobús, luego pienso en Jinty y espero que no se le hayan caído los ojos por culpa de las larvas, porque entonces no podría mirar desde el cielo y ver que hemos ganado la Copa. Me echo a llorar en el autobús al pensarlo. Hank me pone el brazo sobre los hombros y dice: «Sí, es una ocasión muy emotiva, Jonty.»

Siempre que paseo por las antiguas callejuelas junto a la Milla Real y la plaza de Grassmarket, me invaden los secretos de su historia y todo eso. Pienso en las generaciones de folladores furtivos que habrán pasado por este laberinto. Hombres bravucones y muchachas gritando, sangre derramada y huesos rotos: todo el meado, la lefa, la flema y la mierda. Todo el ADN perdido, los nombres olvidados, borrados por la incesante lluvia fría que riega esta puta ciudad. Pero esos escalones, joder, siguen brillando como pezones empapados de esperma…, no, eso no, como…

He perdido la cabeza. Lo único que hago es leer. Hasta empecé a escribir un poema la otra noche. Sí, tío, me estoy convirtiendo en Rab Birrell. El tipo de tarado que diría cosas como «*Presence* es el mejor álbum de Led Zeppelin» —cuando sabe que no lo es ni de coña— solo para presumir de sus lamentables habilidades oratorias.

Pero bueno, este rollo me aleja de todos los pensamientos de fornicio. Había quedado con los Birrell y eso, pero no quería que nada me distrajese de la lectura así que anoche apagué el golfomóvil. Ahora tengo un montón de llamadas, la mayoría de Yvette, la madre del Bastardo Pelirrojo; está como loca insistiendo en que nos veamos por la mañana, cuanto antes.

Me hago gachas de avena, le echo menos sal a cuenta del corazón, y veo las noticias escocesas de la mañana. Reconozco el edificio que están enfocando las cámaras, así que subo el volumen y es una noticia sobre la botella perdida de la colección Bowcullen Trinity; dicen que hay una persona anónima que ofrece una recompensa de veinte de los grandes a cambio de información sobre la botella. Ronnie, está claro. En fin, supongo que cuando has soltado ya tanta pasta, un poco más no te importa una mierda. Bueno es saberlo; dinerito seguro. Pero tengo otras cosas en las que pensar, como hablar con Yvette por teléfono. «Tendrá que esperar, hoy voy a Hampden, a la final de la Copa.»

«Sé que es la final, Terry, pero tenemos que vernos», suena muy nerviosa.

Así que quedamos en el casco antiguo, en un bar de niñatos pijos en el puente de George IV, donde por lo visto la tipa de Harry Potter escribió los libros sentada en una esquina. Y sé que no me va a gustar la movida, porque Yvette tiene la misma mirada que el día que me dijo, hace años, que se había quedado preñada. Yo no me puse muy contento que digamos. Recuerdo decirle: «Que un poco de mi lefa te haya germinado dentro tal vez signifique para ti que puedo ser un buen padre. Lo que significa para mí es que no sabes tomarte las pastillas.»

Me cuenta lo que está pasando con el Bastardo Pelirrojo y no me lo puedo creer. «¿Cómo dices?»

«Lo pillaron metiéndole la mano a una niña por debajo de la falda.»

«¿Qué? ¿Cómo? Quiero decir, ¿dónde?»

«En el colegio.»

Me quedo pensando en él y digo, «Bueno…, podría ser peor…»

«¿Cómo que podría ser peor? ¡Tiene nueve años, joder!»

No puedo evitarlo, y aunque sé que está mal y que puede traer problemas, parte de mí piensa: *Nunca he estado tan orgulloso de nadie en mi puta vida como lo estoy del Bastardo Pelirr…, de Harry ahora mismo. Ni siquiera Jason cuando se licenció en derecho*.

Yvette está de todo menos contenta. «Ha estado acosando a varias chicas por teléfono y por Facebook, pidiéndoles que le manden fotos desnudas. Por lo visto ahora todos los chavales están haciendo lo mismo. Es uno de los avances más repugnantes de hoy día y hay que ponerle fin cuanto antes, y no pienso permitir que mi hijo, nuestro hijo…»

Esto hace que me salten las alarmas. «¿Por qué solo se habla de él? Yo veo aquí un poco de victimización.»

«¿Qué?»

«Los críos pelirrojos llaman la atención. Hay capullos por ahí que piensan que pueden discriminarlos porque son presa fácil, ¡y eso no está bien!»

«¡No tiene nada que ver con eso! ¡Resulta que es él quien habla con las niñas directamente!»

Ya, joder, fui yo el que le dijo que lo hiciese. «Sé un puto hombre y hazlo a la cara», le dije. Luego pienso en Donna, y en lo que decían de ella los cabrones a los que les zurré en el polígono. ¿Quién les enseñó a portarse de esa manera con las chavalas? La vida hoy día es muy complicada. «Los chicos son diferentes, lo he leído. Es cuestión de ciencia. Somos propensos a tener arrebatos hormonales desde pequeños. Explosiones de testosterona en la cabeza. Las tías os ponéis sensibles con las hormonas una vez al mes, pero nosotros lo sufrimos constantemente. Es normal que le cueste controlarse.»

«¡No uses tus propias excusas de pacotilla para defenderlo! ¿Y desde cuándo te interesa a ti la ciencia?»

«Te sorprendería», le digo. «Pero tienes razón, no se trata de mí, se trata del futuro de nuestro hijo. Hablaré con él: de padre a hijo.»

Parece completamente asombrada por mi respuesta. Joder, ¿tan inútil y tan egoísta soy? Luego recupera la compostura, tal y como enseñan a hacer a los pijos. «¿Y qué le vas a decir exactamente?»

«Le voy a decir que ese comportamiento no es adecuado.»

«¡Bien!»

En fin, todavía no está contenta del todo, pero nos acabamos el té en medio de un tenso civismo. En la otra mesa hay un par de pibones, y empiezo a notar que la Amiga Inseparable se pone un poco dura, con medicación y todo. Me alegro de irme, pero fuera la cosa está igual de mal. De hecho, ahora que ha llegado el buen tiempo, es una puta tortura. La ciudad está llena de coños. Tengo que pensar en tíos como el

Pastoso o Bladesey chupándome el rabo para evitar la erección; las putas pastillas no sirven de nada. Cuando me excitaba mucho con una tía y quería retrasar el momento, solía pensar en una mamada de Post Alec, pero ahora sería muy chungo si lo hiciese. Joder, Freud se podría retirar conmigo.

El pobre Alec, devorado por los gusanos, y el cabrón de Henry ahí aguantando como el capullo que es, hasta la puta final de la Copa. Bueno, me voy al Business Bar. Billy y Rab están allí ¡y Sick Boy también! «Iba a verlo por la tele pero al final me vine en un vuelo de última hora. No todos los días nos cepillamos a esos subnormales en la final de la Copa de Escocia.»

«No nos hemos cepillado a nadie en una final de la Copa de Escocia desde 1902», dice Billy.

«No seas tan pesimista», responde Sick Boy. «Están apostando con el dinero de otros y se van a ir al carajo, son historia. Es cosa del destino que apoyemos a un equipo de mierda que sobrevive solo con la cuarta parte de lo que los otros roban y que a pesar de todo les hagamos morder el polvo. ¿Verdad, Terry?»

«No he estado muy pendiente.»

Rab Birrell me mira como si yo fuese retrasado. «¿Dónde has estado? ¿En Marte?»

«Pues lo mismo sí», le digo.

«Por cierto», susurra Sick Boy, «¿cuándo me vas a mandar al tipo ese? Tengo que hacerle una prueba, milagrosamente parece que han aceptado el cheque que me ha mandado un socio de Ucrania. He rescrito el guión de *Fornicator 3*, ahora se va a llamar *Penetrator*, con un nuevo protagonista que es el hermano de Fornicator. No quería arruinar la franquicia y cerrarle la puerta a Curtis en caso de que al muy ingrato no le vaya bien en el Valle de San Fernando.»

«Ya hablaré con él. Pero ¿no prefieres verlo ahora que estás aquí?»

«Estoy de vacaciones», dice Sick Boy, todo pomposo. «Necesito pasar tiempo con mis seres queridos.»

En fin, seguimos charlando y llegamos finalmente al estadio de Hampden. Todo lleno de botellas de champán y coca, sin que nadie nos pueda ver con el cristal tintado. Es la única forma de hacerlo. Tengo una interesante discusión literaria sobre William Faulkner con Rab, que deja perplejo a Billy y boquiabierto a Sick Boy. Pero habría preferido quedarnos en la limusina porque el día empieza a ir cuesta abajo después de eso.

El Hibernian la ha cagado a tope; daba igual lo que pasara allí, estaba claro que íbamos a perder. Pero podría haber sido el clásico final de la Copa, un dos-tres o un tres-cuatro. En vez de eso, el árbitro lo ha jodido todo. Estamos hablando de eso en el coche al volver, la segunda parte lleva ya diez minutos.

Sick Boy está frenético. «Thompson ni siquiera ha amonestado al capullo de Black después de meterle un codazo en la cara a Griffiths, cuando tendría que haberlo expulsado. Los cabrones se ríen en nuestra cara. Ya se sabe, estos marrulleros sacan

el dinero del tráfico de drogas y la trata de personas, pagan a jugadores que no se pueden permitir y siempre se salen con la suya, dentro y fuera del campo.»

«Mira quién fue a hablar, el que se gana la vida con el porno», le digo.

«No tiene nada que ver con eso, Terry.» Niega con la cabeza. «Mira qué desastre: vamos dos a cero y jugando de pena. Justo antes del descanso metemos uno y la cosa se anima. Entonces el capullo del árbitro les regala un penalti claramente fuera del área y expulsa al atontado del defensa por una falta ridícula comparada con el codazo de Black, y encima los cabrones estaban echándose unas risas. Así que adiós al partido.»

«Sí, supongo», digo, mirando el tráfico de fuera.

Mientras los hermanos Birrell se ponen a discutir, Sick Boy me susurra con mucho misterio: «Parece que el nombre Lawson podría seguir honrando a Perversevere Films.»

«Ya te dije que no puedo hacer porno.»

«No, me llamó Donna, tu hija. Me envió algunas cosas. Impresionante. Sin duda merece la pena contratarla, de tal palo tal astilla…»

No puedo creerlo. Siento calor en la cara. Empiezo a hiperventilar. «Estás de broma, ¿verdad?»

«Eh…», dice Sick Boy. «¿Debo entender que este viraje profesional no cuenta con la aprobación paterna?»

Me vuelvo hacia él y le susurro al oído: «No va a hacer porno ni muerta.»

«La aprobación paterna es un lujo», Sick Boy pone su típica cara de engreído, «y el consentimiento paterno no es necesario en este caso, ya que es una adulta capaz de tomar sus propias decisiones. ¿A quién se le ocurre tener una hija?»

«No va a hacer porno», le digo agarrándole las solapas de la chaqueta, «porque si lo hace, será tu última peli, tú serás el protagonista, y te juro que va a acabar siendo una *snuff*».

«Terry, tranquilo, hombre», grita Billy, mientras a Sick Boy están a punto de saltársele los ojos.

Aflojo un poco y Billy me mira antes de retomar el palique con Rab. «Madre mía, vale…, vale…», dice Sick Boy alisándose la chaqueta. «No te pega ser tan estirado. Nunca pensé que diría esto, Terry, pero ¡necesitas echar un polvo!»

«Sí, muy bien, pero a Donna ni te acerques. ¿Estamos?»

«Entendido. Pero se lo dices tú.» Saca un dedo y me señala. «Yo no voy a herir la autoestima de la chavala diciéndole que no tiene lo que hay que tener para formar parte de la familia Perversevere.»

«Yo se lo digo», respondo y marco el número de Donna. Salta el buzón de voz y le digo que quiero verla.

Me siento aliviado cuando la conversación vuelve al puto partido de mierda. Pero ahora no me quito de la cabeza al cabrón de Henry y lo mucho que se estará riendo en su cama del hospital. Siempre me ha tratado como una mierda, toda la puta vida. Se

cree que no soy capaz de plantarle cara, de echarle cojones. Pero ya he tomado la decisión: ¡voy a enfrentarme a ese cabrón!

Esquivamos el tráfico porque el conductor le está pisando a base de bien a la limusina, y el partido aún no ha terminado cuando nos acercamos al centro. Quieren ir al Business Bar, pero yo les pido que me dejen en el hospital. «Pensaba que ese sería el último lugar al que querrías ir esta noche, Terry», dice Billy.

«Ya, bueno, la familia», dice Rab.

«Sí, eso es», le respondo.

Subo a la habitación pero la enfermera está allí, así que me inclino sobre el viejo cabrón como si le fuese a besar la cabeza (en plan puto hijo ejemplar) y le suelto un salivazo en la frente. Veo como le resbala por la cara, esquiva la nariz por el lado derecho y le cae en la boca abierta.

La enfermera se abrocha la parte de atrás del liguero. Antes, le habría vaciado un tanque de leche entero. Ahora, claro, ni de coña, y siento la lefa fresca bullendo en los huevos, inundándomelos.

«No esté triste, señor Lawson», dice acercándose.

«No es tan fácil. ¿Sabes quién tiene la culpa?»

«Sé lo que me va a decir», continúa la enfermera. «La gente siempre se culpa a sí misma. Siempre nos queda algo que decir a nuestros seres queridos», le ahueca la almohada y él parece que se mueve, pero no se despierta.

Me doy cuenta de que ella se cree que estoy hablando de Henry, pero estoy pensando en el fútbol y en el capullo del árbitro. Penalti, ¡tócate los huevos! Sick Boy tiene razón: el codazo de Black a Griffiths era para sacarle la roja. Y ahora este viejo cabrón aquí tumbado, con la puta bufanda granate en el cabecero de la cama. Un padrastro maltratador: eso es lo único que ha sido el cabrón. Ahí está con la tele giratoria de los cojones, como si el muy hijoputa estuviese en un vuelo de primera clase. Se despierta y me pilla mirando la tele.

«Ah…, eres tú…», dice sibilino y luego se le arruga la cara. «¿Has visto el partido?»

«Acabo de volver, sí.»

«Pues sí que has vuelto rápido», dice con una risita que le sacude toda la estructura esquelética. «Bueno, ninguna sorpresa, ¿no?»

«Bueno, ¿qué tal estás?»

«¡Ni se te ocurra hacer el paripé de que yo te importo!»

«Vale. Estoy encantando de que estés jodido, puto cabrón repulsivo.»

«Al menos me iré contento de ver a los Hearts ganar la Copa. Otra vez. Contra vosotros. Al menos puedo decir que he visto eso.»

«Sí, sí.»

«Cinco a uno encima.»

«Sí, sí.»

«Estarás triste, ¿no, hijo mío? Claro que lo estás. El derbi de Edimburgo…», saca sus débiles manos de debajo de las sábanas y extiende cinco dedos con una mano y un dedo con la otra. «Cinco a uno…»

«Sí.»

«1902 fue vuestro año… y tú te vas haciendo mayor, hijo. ¿Crees que verás alguna vez a tu equipo levantar la Copa?»

«No lo sé», le digo. Lo curioso es que en realidad no estoy tan molesto por el fútbol, todo está en su cabeza. Me doy cuenta de que funciona así: tú te crees que a los demás les jode más de lo que en realidad lo hace. Todos estos años que he desperdiciado dando por culo con el siete a cero de Año Nuevo, cuando a los cabrones seguramente les daba igual y lo mismo pensaban que yo era un poco simplón. Aun así, lo que cuenta es lo que te produce a ti. Mi lucha ahora es poder vivir sin echar un polvo, eso es lo realmente jodido, eso y que este padrastro de mierda que nos dejó tirados siga aquí dando el coñazo con la Copa de los Hearts…

«Nuestra defensa es dura como un castillo de piedra…», susurra y después se queda plácidamente dormido. Me quedo mirando las gotas de solución salina. Antes de saber realmente lo que estoy haciendo, echo las cortinas alrededor de la cama. Desengancho la bolsa, saco mi navaja y le hago un agujero por arriba. Luego tiro tres cuartos de la solución salina por el lavabo. Me saco la polla y meo en la bolsa, la lleno hasta arriba, siento la bolsa calentita en mis manos. Rebosa y me cae algo de meado por los dedos. Tengo que ir al lavabo para terminar de mear, y luego lo limpio todo con toallitas de papel.

Cojo un poco de cinta adhesiva de las tarjetas de «Recupérate pronto» que están en la pared y tapo el agujero de la bolsa. La cuelgo en el soporte. La parte amarilla sigue siendo mucho más oscura y se pueden ver restos de lefa gordos como huevos flotando por dentro.

Lo veo dormir y le quito el tubo de la morfina. Cojo el intercomunicador que tiene delante para llamar a la enfermera y lo escondo debajo de la cama. La boca le ha cambiado y el capullo está empezando a sudar a chorros, como una fulana del Liberty Leisure doblando turno. De pronto abre la boca y me mira. «¿Sigues aquí? ¡Para nada bueno, seguro!» Luego la cara se le arruga en una sonrisa. «Bueno, no hay nada que puedas hacerme. ¡He visto a mi equipo ganar la Copa!»

«¡Me meo contigo!», le digo, con una enorme sonrisa, mientras otra oleada de sudor espeso aflora por los poros del cabrón. Está fluyendo por su piel cerosa, que está tomando un tono amarillo ictericia ante mis ojos. Me empieza a llegar un olorcillo rancio, el tufo de mi meado unido al de su piel putrefacta. Pulsa el botón de la morfina. Pero no suena. Sus ojos agotados se horrorizan al ver la vena hinchada y la ausencia de vía.

Empieza a hacer sonidos estentóreos que se van volviendo tenues y roncos. «Me encuentro fatal… Me siento reseco, envenenado…, tráeme agua…» Busca el vaso de agua, el intercomunicador de la enfermera, el botón del dispensador de morfina.

Pero todo está un poco fuera de su alcance.

«Más bien me he meado en ti», le digo agitando el vaso de agua de la mesita de noche y lo pongo en el lavabo, lejos de sus marchitos y huesudos brazos.

«Terry…, ayúdame…, llama la enfermera…, soy tu padre, hijo…»

«Ni lo sueñes, cabrón», le digo y me inclino sobre él. «Post Alec se la cepilló antes que tú; en esos días en que había nevado tanto.» Le giro la cabeza huesuda y le miro directo a los ojos; no parecen tan sarcásticos ahora. «Sí, le abrió bien los labios del coño y le metió el paquete navideño hasta el fondo. Después ella te dejó que le echases un polvo, pero Alec se la había cepillado antes. ¿Sabes qué? Se la trincó estando de servicio, aunque seguro que lo sabes de sobra, cacho cabrón. Llevabas años intentado metérsela y ella te rechazaba una y otra vez. Tuviste que ser una decepción para ella después del manubrio de Alec.»

Me mira y ni siquiera es capaz de hacer un comentario malicioso.

«Aarrrgghh…»

«Post Alec. Yo era colega suyo. Alec Connolly. Él era mi verdadero padre. Se folló a tu pava, Alice, cuando era casi una niña. Yvonne es tuya, pobre chavala, pero yo no, gracias a Dios.» Arrugo la nariz. «¡Apestoso!»

Intenta decir algo, pero solo sale un resoplido, y sus ojos parecen salírsele de las órbitas mientras respira con dificultad. Me largo de allí, salgo de la habitación, recorro el pasillo y abandono el hospital. Mientras voy al aparcamiento, las barritas de cobertura del golfomóvil se llenan y llamo a Ronnie. Sé que volvía hoy. Responde el puto asistente personal. «Oficina de Ronald Checker.»

«Soy Terry. ¿Dónde está Ronnie?»

«El señor Checker no está disponible en este momento.»

«Pues localiza al cabrón, y rapidito», le digo. «Es urgente. Necesito jugar al golf o me voy a volver loco.»

«Para su información, el señor Checker ha tenido que quedarse en Nueva York por negocios urgentes. No volverá a Escocia hasta el próximo viernes.»

«Joder…» Cuelgo. Luego me acuerdo de lo que dijo Sick Boy y llamo a Donna. «¿Te parece si quedamos en el centro?»

«No puedo, tengo a Kasey Linn, y no puedo ir ahora allí, estará petado.»

Por supuesto, estará lleno de capullos. «Vale, voy yo.»

Es un coñazo no tener el taxi, pero si voy al centro a recogerlo, la cosa se puede poner chunga. Así que llamo a un par de colegas; por suerte Bladesey no está muy lejos y me recoge en Cameron Toll unos quince minutos después. Nos metemos por el desvío, pero aun así tardamos un montón en llegar a Broomhouse. Ahora me siento como una mierda. Yo no tendré ADN de ese cabrón, pero él tiene dentro una pinta entera del mío. Me podrían meter en la cárcel. Bladesey está hablando del partido, pero no consigo oír ni una palabra de lo que está diciendo el pobre, hasta que me deja y le pago. Curiosamente, cuando Donna sale a la puerta sin maquillaje parece mucho más joven de lo que es. Mi madre tenía razón, tendría que haber estado más pendiente

de ella. «Se acaba de dormir», dice. Al menos tiene mejor aspecto que la última vez que estuve. Tiene mejor color y parece más centrada. La casa está mucho más ordenada y no hay mierda de por medio ni gilipollas rondando su puerta.

Entro en el dormitorio, ella me sigue, y veo a la criatura dormida en la cuna. Para comérsela. Me pregunto quién será el padre, ahora me gustaría que fuese el cabrón de Renwick, así podría sacarle pasta. Pero no, será algún inútil donante de esperma, algún imbécil sin remedio como los que he visto por ahí antes: seguramente un follador como yo. Sé que no soy el más indicado para decir nada, pero tengo que hacerlo, al menos por esa criatura. «¿Crees que hacer porno con Sick Boy va a ser un buen ejemplo para esa pequeñaja?»

«Tú haces porno.»

«¿Y tu madre qué opina?»

«Lo mismo que tú, por lo visto. Pero necesito dinero.»

Si no lo digo, exploto: «¡Estás ganándote una reputación de pena en esta ciudad!»

«¿Como la tuya?», pregunta, apoyando el brazo sobre el marco de la puerta. «¿Crees que me gustaba oír hablar del tema cuando era pequeña?»

«Eso ha cambiado ahora. ¡He cambiado!»

«Ya, porque estás mal del corazón. La abuela me lo dijo», y pestañea cuando doy un paso hacia ella.

Me detengo y miro a la cría.

Se quita algunos mechones de pelo rizado de la cara, como solía hacer yo. «¿Me estás diciendo que habrías dejado toda tu vida de vicio y porno por ti mismo?»

«Tal vez…, mira…»

«No, y escucha bien lo que te digo», dice y se le está tensando la cara. «Lo único bueno de ti es que nunca fuiste un hipócrita. ¡Ahora ni siquiera puedo decir eso!»

«Has dicho que es por dinero. Te puedo dar dinero, para ti y para la cría.» Saco varios billetes. «¿Es porque quieres llamar mi atención? Bueno, pues la tienes», le suelto, luego me pongo de rodillas y me arrastro por el suelo hasta ella. La miro, como si fuese un niño y ella mi madre. «Por favor, no lo hagas.»

Está desconcertada, pero dice: «Quizá es un poco tarde para eso. Nunca te había importado una mierda.»

¿Qué puedo decir? ¿Que la ignoré de adolescente porque creía que era una chica fuerte y segura y que le iba bien? La puta y triste verdad es que no quería avergonzarla tirándole la caña a sus amigas. Lo único que puedo hacer es levantarme y cogerla en mis brazos. Parece muy pequeña, como una niña. Miro a la cría y pienso en la primera vez que vi a Donna en los brazos de Viv, en el hospital. ¿Adónde coño fueron a parar esos años? «Por favor, piensa en ello, cariño. Por favor, te quiero.»

Los dos estamos sollozando. Me frota la espalda. «Ay, papá…, ahora ya no entiendo nada.»

Yo sí que no entiendo nada. Me quedo con ella hasta tarde, tomamos té y le cuento un montón de cosas; ella a mí, también. Y cuando Jack Muñón me recoge para

irme, me dejo caer en el asiento, agotado, pero en cierto modo me he quitado un peso de encima. Es de noche y las calles están desiertas. Rebusco en el bolsillo para ver las páginas que arranqué del diario de Jinty. No quiero que la policía ni el pobre Jonty sepan que estoy metido en este asunto, así que cuando me deja en casa, le doy las buenas noches a Jack, cojo un mechero, lo enciendo y veo cómo se queman las hojas. Es lo mejor.

Subo las escaleras agotadísimo, con la esperanza de dormir algo. Quizá mañana vaya a ver a Jonty y echemos un partido de golf por la mañana.

Qué risa el día que vino Terry. Se gusta mucho a sí mismo, pero no es como Victor o Kelvin, trata muy bien a las chicas, le gusta bromear y contar chistes. Y NUNCA quiere un polvo gratis. ¡Creo que quiere que se lo ofrezcamos! Él no tiene ni idea, pero no tardará en ocurrir. ¡Juas juas!

Menuda nochecita en blanco, sí señor, menuda nochecita. Como si estuviera ardiendo en la cama. Venga a pensar en Jinty metida en el pilar bajo el puente del tranvía, y todo por hablar con la policía. Anda que no. Fui a jugar al golf con Terry, luego me acercó a casa con el taxi. Eso hizo. Ya te digo. Y, nada más irse, vino la policía.

Tenía pánico en el pecho, sí señor, anda que no. Pensé que me llevarían con ellos. Sí, dos policías, pero sin uniforme. Karen hizo té, sacó la vajilla buena y unos KitKat. De los grandes. Ella siempre hace la misma broma: «Si me caben cuatro dedos, me caben las cuatro barritas, Jonty.» No me gusta que las mujeres hablen así, no está bien. Pero había sacado los KitKat grandes y un policía estaba comiendo, el otro no. Y pensé: ese será el poli malo, como en la tele, el que te mete en la cárcel. Sí, nos volvió a preguntar por Jinty. «Todavía no se ha puesto en contacto conmigo», les dije.

«Con respecto a su padre», dijo el policía sin KitKat, mirándome directamente a los ojos como solían hacer los profesores malos en el colegio, como solía hacer Henry, el padre verdadero, «¿ella hablaba de él?»

«Maurice, sí», dije, pensando en el forro polar amarillo pollo. En una silla de ruedas en el funeral de mi madre. «Maurice es su padre. Lleva gafas. Toma pintas en el Campbell's. Sí señor.»

«¿Cree que tenían una relación estrecha?», preguntó el policía del KitKat, que era más amable.

«Bueno, sí, pero nunca venía a casa a vernos. Sí nos veíamos a veces en el Campbell's. Sí señor, el Campbell's. En realidad se llama Tynecastle Arms», les expliqué, «pero todo el mundo lo conoce como el Campbell's, sí. Anda que no. Los más jóvenes no, no lo llamarán Campbell's, pero seguro que lo acaban aprendiendo de los más mayores. Como si fuera pasando de unos a otros. Sí.»

El tipo del KitKat miró al otro poli, y luego me volvió a mirar con una sonrisita. Karen se había lucido con el té y los KitKat, los de cuatro barritas grandes, y con la vajilla de porcelana elegante. Ya te digo. «Por desgracia, tenemos que informarles de que el señor Maurice Magdalen ha fallecido esta noche.»

No podía creérmelo, y aunque sé lo que significa fallecer, no estaba pensando con claridad, así que le dije al tipo: «¿Está bien?»

«Está muerto, señor MacKay», soltó el poli del KitKat. «Murió de inhalación de humo por un incendio en su casa.»

El otro policía miró a su colega, y bajó la voz como si fuese a decir un secreto. «Es pronto para saber la causa del fuego, pero todo parece indicar que el señor Magdalen estaba fumando un cigarrillo en la cama y se quedó dormido.»

«Sí, a Maurice le gustaba fumar, sí señor, le gustaba mucho.»

«Claro que, al sufrir una parálisis parcial, al señor Magdalen le habría resultado difícil levantarse de la cama y controlar las llamas.»

Yo estaba pensando que sí sí sí sí y entonces el policía del KitKat dijo: «Maurice Magdalen, el padre de Jinty, estaba en una silla de ruedas después de sufrir el ataque de una pandilla que lo consideraba involucrado en el ataque con bombas incendiarias del establecimiento llamado el Pub Sin Nombre poco después de la desaparición de su hija. ¿Cree que podría haber alguna conexión entre aquel ataque y la desaparición de su hija, dado que, según sus propias declaraciones, la última vez que la vio fue en el Pub Sin Nombre?»

No sabía qué contestar. Así que me quedé quieto con la boca abierta.

«¿Señor MacKay?»

«¿Creen que Jinty volverá?»

«No hay datos nuevos sobre el caso», contestó el tipo del KitKat, luego miró de nuevo a su colega y cerró su cuaderno.

«Sí señor», repetí yo, «no hay datos nuevos.»

«Sigue en la lista de personas desaparecidas.»

«Personas desaparecidas, sí.»

El tipo del KitKat se levantó. Después su colega hizo lo mismo. «Lo mantendremos informado si tenemos alguna noticia. Imagino lo angustioso que debe de ser esto para usted, señor MacKay.»

«A veces me hace llorar que pudiera marcharse así», les dije a los señores policías. Luego les pregunté si sabían cuándo empezarían a funcionar los tranvías. El tipo del KitKat se me quedó mirando y dijo que no lo sabía. Entonces, cuando ya estaban a punto de irse, el otro poli me dijo: «Una cosa más, señor MacKay… El señor Magdalen era miembro de PREFE, un grupo político extremista. ¿Alguna vez lo oyó amenazar con violencia al señor Jake McColgan, el gerente del Pub Sin Nombre?»

«No señor, nada de eso, no no no», les digo, pero ya habían salido del salón.

Me quedé sentado mirando al perrito de porcelana de la repisa, mientras Karen los acompañaba fuera, pero estaba cerca de la puerta y oí lo que decían en el vestíbulo. «Mi hermano es un poco… lento, agente», dijo Karen. Sí señor, eso dijo. Ya te digo. Eso mismo. Sí señor. «No le haría daño ni a una mosca.»

Eso me enfada, porque sí le haría daño a una mosca. Mataría a la mosca que salió de la boca de Jinty y a la que le puso los viscosos huevecillos que acabarían comiéndosela desde dentro. Comiéndose sus ojos, sus oídos, su nariz, su boca, su culo y su chichi, como me pedía que le hiciera, pero de otra manera. Sí señor, de otra manera. Agárrame fuerte, Jonty, más fuerte, me decía. Pero yo estoy bien de la cabeza. El que no estaba bien de la cabeza era Maurice, al final estaba mal, después del accidente. O incluso antes, porque Dios castigó a Maurice por hacer cosas con chicos que se supone que solo se hacen con chicas. Y puede que Maurice no esté en el cielo con la madre de Jinty, puede que esté en el otro sitio, donde va a parar la

gente mala, y ahora están todos embistiéndole en el culo, con o sin silla de ruedas. Porque en el cielo Maurice podría volver a caminar, pero en el otro sitio le obligarían a quedarse en la silla de ruedas hasta que llegara el momento de embestirle el culo. Entonces le sacarían de la silla de ruedas.

Sí, todo esto pasó cuando vinieron los policías. Karen fue quien más habló. Sí señor. Los policías se fueron, y ahora le digo a Karen que me voy a la ciudad, y que no se hable más del tema, porque no voy a ser un prisionero en Penicuik el resto de mis días, saliendo solo a jugar al golf con Terry. No señor, de eso nada. No señor, no señor, no señor. Claro que no.

Karen está a punto de llorar. Se queja de que lo voy a estropear todo, de que ella lo tenía todo planeado. Le digo que no se preocupe, porque cuando vuelva podemos echar otro polvillo marrano. Desde que vi el soldadito lleno de gusanos de Alec, el padre verdadero de Terry, en el cementerio, se me han quitado las ganas, porque me imagino gusanitos en el chichi de Karen reptando y metiéndose en mi manguerita. Los mismos que estarán en la pobre Jinty. Ahora que lo pienso, se me podrían haber metido en la manguerita cuando se la metí en el chichi a Jinty. Nah. Porque les habría visto volver a salir al hacer pis. ¡No creo que eso les hubiera gustado! No señor, para nada. Ahora pienso que ojalá algunos gusanos hubieran reptado dentro de mi manguerita, porque se lo habrían merecido. Sí señor, se lo habrían merecido. Porque si el pis no los hubiera matado, se habrían ahogado en el retrete, y si aun así hubieran podido contener la respiración el tiempo suficiente, se habrían ahogado en el mar. Y se lo tendrían merecido, igual que el huracán Tocapelotas, que vino sin que nadie lo invitara.

Llamo a Terry y le digo que necesito hablar y que en mi cabeza están pasando cosas malas.

«De acuerdo, coleguita, nos vemos en el Starbucks de la estación de Haymarket a la una.»

«Sí señor, Starbucks. De acuerdo», digo, pensando que estamos subiendo como la espuma. ¡Sí señor, Starbucks! Nunca he entrado en uno, con esa gente tan bien vestida. Muy elegante todo. Sí señor.

Así que tengo que pillar dos autobuses, pero no pasa nada, porque subo y encuentro un sitio en la parte de delante en el trayecto más largo, para salir de Penicuik. Para cuando llego a Haymarket estoy muy asustado, porque estoy muy cerca de Gorgie. Entonces veo a Terry, le saludo con la mano y él devuelve el saludo. Voy hasta él y hay un tipo con el pelo raro sentado en el taxi. Pero están en la parada de taxis, es decir, esperando delante del Starbucks.

«Vamos de excursión al campo de golf de Haddington, ¿de acuerdo, Jonty?»

«Oh…», digo, porque caigo en que no vamos a entrar en el Starbucks y que no vamos a estar solos Terry y yo, así que será más difícil hablar del cementerio y de haber visto el pito lleno de gusanos de su padre verdadero y de los bichos que se habían comido sus ojos.

«Este es mi amigo Ronnie», dice, mirando al tipo de pelo extraño. «Lo acabo de recoger del aeropuerto. Venga, vamos a Haddington.»

«Jonty, Ronnie, sí señor», digo.

El tipo no dice nada y casi ni me mira. Ya te digo. No porque tenga mal corazón, como solía pasar con los Barksie y otros tipos del Pub Sin Nombre, sino como si yo fuera invisible. Sí señor. ¡Como el hombre invisible de la tele! Que no podías verlo, pero sabías que estaba allí porque tenía un sombrero y un abrigo. Su ropa no era invisible, pero, para este tipo, hasta mi ropa es invisible. Sí señor.

Así que voy sentado junto a él en la parte de atrás, Terry va conduciendo, y pienso «esta es mi ocasión de hablar con el tal Ronnie», pero él va hablando por teléfono casi todo el camino. Tiene una voz parecida a las de las películas, es decir, una voz no escocesa, eso le diría al tío este si apagara el móvil. Le diría: ¡estás en Escocia! Tienes que hablar con buen acento escocés. Pero eso estaría mal, porque él no puede cambiar su forma de hablar, igual que la señora y el niño del piso de abajo no pueden evitar ser morenos y hablar como alienígenas del espacio en las películas de Film Station 4. La que me prestó aquel vestido. Espero que su marido morenito salga pronto de la cárcel. Pero, si ha estado tirando bombas, no. No lo dejarán salir si ha hecho eso. A mí me encerrarán si descubren que he hecho lo mismo. Pero como Maurice se ha muerto por los cigarrillos, parece que la policía le va a culpar de las bombas, igual que hicieron todos los del Pub Sin Nombre cuando le dieron una paliza. No parecía muy contento en el funeral de mi madre, y además mencionó el forro polar amarillo pollo.

Nos paramos junto a una playa que está llena de piedras. Como cuando vas a la playa de pequeño y crees que todo va a estar lleno de arena y que podrás andar descalzo, pero luego resulta que está lleno de rocas. Hay algunas casitas a lo lejos. Me pongo triste, porque sería genial que Jinty y yo viviéramos en una, y tendríamos de vecina una ancianita como la señora Cuthbertson, y podríamos traerle cosas de las tiendas porque sería un paseo demasiado largo para sus viejas piernas. Y no habría cocaína, nada de eso, no junto al mar. Para nada.

El tal Ronnie nos presenta a otros tipos que están señalando y mostrándole dibujos en planos. Terry y yo nos apoyamos en el coche, y Terry se está fumando un cigarrillo. Tiene una pitillera muy bonita, igual que la de Maurice. Sí, Terry ha vuelto a fumar y ha engordado. Después de lo que le ha pasado a Maurice, me dan ganas de decirle que no debería. «¿Qué está haciendo tu colega, Terry? ¿Construyendo?»

«Sí, un campo de golf y pisos. La mitad de las veces no sé qué trama el mamón este.»

«Qué pena, porque la vista es genial, se ve el mar desde aquí.»

«¿Y a quién coño le importa?», suelta Terry, que se acaba el cigarrillo y lo tira. «Está todo bien jodido, colega.»

No me gusta ver a Terry hablando así, porque debería ser un Terry feliz, porque Terry suele estar feliz y sonreír de oreja a oreja. «¿Estás triste porque Alec, tu padre

verdadero, está en el cementerio con todos esos bichos asquerosos? Yo me pongo triste al pensar que mi madre explotó, y al pensar en Jinty…, que se ha ido», le digo, mientras imagino a Jinty con un vestido blanco subiéndose a un tranvía.

«Nah… Lo que pasa es que tengo mal el corazón, Jonty.»

«¡De eso nada, Terry! Tienes un buen corazón. Los tipos del Pub Sin Nombre sí que tienen mal corazón. Pero tú no.»

Terry fuerza una sonrisita alegre. «No, colega, no me entiendes. Es algo de salud, rollos médicos. Significa que hay algunas cosas que no puedo hacer. Como acostarme con chavalas.»

Estoy a punto de decir que ahora yo tampoco puedo, pero no estaría bien, por lo de Karen. «¿Es por las larvas que salían de la manguerita de Alec, tu padre verdadero? Porque a mí me persigue esa imagen, Terry, ya te digo.»

«No tiene nada que ver con eso», dice Terry. «Me preocuparé de larvas saliendo de la polla de algún fulano si ese fulano soy yo. Lo que falla es el motor», y se da una palmadita en el pecho. «Follar le supone un esfuerzo.» Mira la colilla del cigarrillo que ha tirado antes. «No debería fumar ni coger peso… Debería echar un polvo en condiciones, total, con la mala vida que llevo», y, con una mueca, le da un puñetazo muy fuerte al lateral del taxi.

«Vaya», digo.

«¿Sabes qué?», dice meneando la cabeza y mirando hacia el mar. «Pensaba que necesitaba sexo porque era un follador rampante con los huevos cargados de semen, o que era por ego puro y duro, para follarme a la mayor cantidad posible de tías», y se vuelve hacia mí con una sonrisita en la cara. «Pero he comprendido que nanay. Que era porque pienso que las mujeres son preciosas, y quiero hacerlas felices. Quiero complacerlas. Sí, lo mío es dar placer, pero no he sabido hacerlo de ningún otro modo, y ese es mi problema. Me encanta ver a una mujer pasándoselo en grande, que se vuelva loca y se encienda, que tenga un orgasmo genial, y que luego diga “lo necesitaba” o “ha sido increíble”. Ese tipo de comentarios me hace sentir por las nubes.»

Le miro sin entender realmente a qué se refiere, pero en cierto modo sí lo entiendo, porque pienso en cuando yo hacía feliz a Jinty.

«Verás», sigue Terry, «las mujeres no están aquí para satisfacerme, en realidad es justo al revés.»

No acabo de entender lo que dice, pero Terry se da cuenta sin que se lo diga. Sí señor, ya te digo.

«Yo he venido a la Tierra a satisfacerlas», explica. «Ese es mi objetivo, y ahora ya no puedo. ¡Ahora no soy nada! Ya ves, si no fuera por el golf…»

«Pero no digas que no eres nada, Terry, tenemos el golf… Y para mí eres un gran amigo, porque eres el único que no se burla de mí, sí señor, anda que no.»

Entonces Terry me lanza una mirada extraña. Me hace sentir mal por dentro. «¿Y cómo puedes saber eso, colega? ¿Cómo sabes lo que he hecho en el pasado?»

Empiezo a contestarle algo sobre su buen corazón, incluso si es un corazón enfermo, pero Terry me interrumpe: «Escucha, colega, voy a hacer algo por ti. Necesitas un descanso y alejarte de todo.»

«Sí, pero tengo que esperar a los tranvías…, a Jinty…»

«A los tranvías aún les quedan siglos, y Jinty…, en fin…, tienes que superarlo, colega.»

Pienso en eso y en que no me gusta que Karen venga a mí por las noches. «Sí, me vendría bien un descanso.»

«Te vas a ir a Londres con mi colega Simon. Vas a conocer a unas chicas muy majas. A algunas ya te las he enseñado en las pelis porno.»

Las chicas eran muy marranas con Terry y con otras chicas, pero parecían agradables, y no estaban gordísimas como Karen. «¿En serio? ¡Eso sería chachi piruli! Sí señor, sí señor, sí señor…»

«Te he comprado un billete para que vayas para allá», dice Terry. «Sé que tienes que largarte, colega», y me da un billete de tren. ¡A Londres!

«Nunca he ido a Londres», digo. «Pero sí he ido en tren. A Aberdeen y a Glasgow.»

«Te harán una prueba de cámara, colega. Para salir en los vídeos esos que te he enseñado, en los que salía yo con las chavalas. De antes de mi problema de corazón. Como las del espacio, *Invasión de Urano* y su secuela, *Asalto a Urano*. ¿Te acuerdas? Yo era el pirata espacial que se topaba con la colonia de científicas lesbianas en la estación de investigación en Urano.»

«Sí, me acuerdo, sí señor, me acuerdo… Era genial, Terry. ¿Crees que podría ser una estrella de películas guarras como tú?»

«Bueno, si las satisfaces, estás dentro, campeón», dice Terry justo cuando Ronnie se dispone a venir. Está dándoles la mano a los tipos, que se van en otro coche.

«¿Todo bien?», dice Terry mirando a Ronnie, que se ha metido en el taxi.

«Democracia local en acción», sonríe el tal Ronnie. «¡Qué bonito! ¡Venga, vamos a Muirfield a joder a los suecos esos!»

«Al final va a ser un buen día», digo.

El tal Ronnie me sonríe. «¿Sabes qué, Jonty? Algunas veces me miras de una manera que no sé si eres el cretino más tonto del planeta o si piensas que lo soy yo.»

«Quizá las dos cosas, Ronnie…»

«¡Quizá las dos cosas! ¡Qué tío!», dice Ronnie, y se ríe.

Terry se da la vuelta y dice: «No deberías hablarle así.»

«Tranqui, Terry. Sabe que estoy de broma.»

«Sí, claro…»

«¿Estás bien? Pareces tenso. Tienes que relajarte para el golf, Terry. Es un arte zen…»

«Ya lo sé, y para cuando lleguemos estaré bien.»

«Bueno, pues tranquilo. Recuerda que el que puede salir perdiendo soy yo. ¡La botella número tres de la Trinidad!»

«¿Vamos a un buen campo?», pregunto.

«¿Que si es bueno?», suelta Ronnie con los ojos como platos. «¡Es Muirfield! Es la Honorable Compañía de Golfistas de Edimburgo, uno de los clubs más importantes del mundo, fundado en Leith en 1744…»

«Sí…, un buen campo…»

«Y ha acogido el British Open, uno de los torneos mundiales más importantes, hasta quince veces.»

«¿Habré visto ese campo en la tele, Ronnie? ¿Eh, Terry?»

«Sí, claro.»

«Sí, ha estado en la tele millones de veces, colega», dice Terry. «Tiger Woods y tal. El negro. El que parece chino.»

«Sí, sí, sí, el chinito, me acuerdo del chinito…», digo, y Terry y Ronnie hablan de golf y whisky y de los tipos daneses. Finjo estar leyendo el periódico al principio, pero luego acabo leyéndolo de verdad. Habla de una de las Spice Girls, que dice que nunca ha encontrado la felicidad verdadera con un tipo. Yo me casaría con ella y la trataría muy bien y le metería la manguerita todas las noches, porque parece maja y amable. Pero puede que la foto sea vieja. Sí señor, puede ser. Y las chicas con las que Terry hace películas podrían ser igual de amables que cualquier chica Spice, y además les gusta meterse la manguerita. ¡Sí, se les nota! ¡Sí señor, se les nota!

«Pareces alterado, colega», dice Terry.

«¿Puedo alquilar unos palos allí, Terry?»

Terry parece un poco triste. «Nah, amigo, esta vez no puedes jugar porque Ronnie y los daneses tienen el partido planeado desde hace tiempo.»

«Vaya.»

«Puedes ser nuestro *caddie*, colega, eso sí. ¿Crees que podrías?»

«Sí señor, *caddie*, claro que puedo, sí sí sí…»

«Pero tendrás que estar muy callado, porque es un partido muy importante. No podemos tener a un *caddie* cualquiera en un partido tan importante, colega.»

«Sí señor, muy importante», digo. «Intentaré estar callado, anda que no.»

«Perfecto.»

Llegamos al campo de golf, y es el campo de golf más pijo que he visto nunca. ¡Sí, ya te digo! El aparcamiento está lleno de cochazos y gente muy esnob con chaqueta que te registra antes de que puedas entrar. Y hay un bar dentro que está mejor incluso que el de la sala VIP de Tynecastle. Ni siquiera sé si Ryan Stevenson podría entrar con tantos tatuajes en el cuello. Por suerte vamos con Ronnie y entramos sin problemas, ya te digo. Y es que el bar es pijísimo, todo con paneles de madera, pero de una madera viejísima, como de esa antigua, no como los paneles nuevos del Tyney. Hay cuadros de golfistas antiguos en las paredes, el más grande

sobre la chimenea, que representa a un tipo con una peluca ridícula y un abrigo rojo. «Terry, ¿cómo podían jugar bien con un abrigo rojo tan ridículo y una peluca?», digo.

«Lo hacían y punto, colega», contesta Terry.

No tenemos tiempo para tomar nada en el bar pijo, porque hay dos tipos daneses que Terry y Ronnie conocen. Y un tío con chaqueta. Así que vamos todos al campo, directamente al *tee* de salida. Así que estamos Terry, Ronnie y yo de *caddie* contra los tipos daneses que casi nunca hablan. Digo: «En vuestra tierra tenéis buen beicon, porque lo he visto en la tele, sí señor, anda que no, beicon danés, por aquí sale en la tele», pero los tipos no dicen nada, a lo mejor no saben inglés coloquial, lo mismo que los alemanes. Estamos en el primer hoyo y Terry lanza, directo por la calle. Un par cinco. Sí. Par cinco. Pero el segundo golpe no es tan bueno. «La he cagado pero bien, Ronnie», grita Terry.

El tercer golpe de Terry bota en el *green*, pero el tal Lars también llega al *green* en tres golpes. «Sí… A por ellos, Terry», digo, dándole ánimos, sí señor, ánimos.

Terry se pone el dedo en los labios y dice: «Shh, colega.»

Lo intento, porque no hay que desconcentrar a la gente, aunque no se estén jugando más que una botella de whisky. Pero Terry dice que es un whisky especial. El otro danés, el tal Jens, da un buen golpe, pero la bola se desvía a la izquierda y acaba en el búnker. Parece que se atasca con el borde del búnker, y le cuesta cinco golpes salir. Entonces suelto: «Sí, se ha atascado en el borde.»

Bueno, pero en los cinco siguientes hoyos, el tal Jens resulta ser muchísimo mejor. «El tal Jens es una puta máquina», le dice Terry a Ronnie.

«¡Lo sé, teníamos que haberle puesto más hándicaps al maldito sueco!»

«Es danés, Ronnie», dice Terry.

«Es la misma escoria», replica Ronnie, pero yo sé que no, porque a él no le gustaría oír que los estadounidenses y los mexicanos son lo mismo, porque son distintos, como dicen las películas Film Station 4. «¡Malditos vikingos, saqueadores, sanguinarios, violadores que se transforman en asesinos a sangre fría con lo civilizados que parecen, y encima tienen los huevos de decirnos que somos nosotros los que vamos buscando guerra!»

Pero Terry no le está escuchando, está concentrado en el golf y entorna los ojos para ver la bandera. Es el hoyo ocho. «La belleza del golf, Jonty», dice, «es que es una lucha contra la naturaleza y una lucha contra ti mismo. El campo de golf es la mujer que ha estado besuqueándote y magreándote toda la noche y de repente se da la vuelta y te da una bofetada en la cara porque sí.»

Intento pensar en todo lo que me está diciendo Terry, pero Ronnie me interrumpe. «Terry, todas esas observaciones serán muy interesantes, pero, por favor, concéntrate», dice, y mira en dirección a Lars. «Es un asunto muy serio.»

«Yo no sé nada de asuntos serios, Ronnie, eso es cosa tuya», dice Terry. «Yo he venido aquí a golpear y a jugar un poco al golf.»

«¡Maldita sea, Terry!», suelta Ronnie, mirando a los daneses. «¡Sabes perfectamente todo lo que está en juego!»

Terry sonríe y se coloca la gorra de béisbol para que el sol no le dé en los ojos. Sí, para que no le dé el sol. «La clave es estar relajado, ¿verdad, coleguita?», y me guiña un ojo.

«Sí señor, relajado, sí, sí sí…», y a Ronnie se le pone la cara roja, pero Terry alinea el *putt*, agachándose y sosteniendo el palo como hacen en la tele. Después golpea y lanza la pelota directo al hoyo.

«¡Pedazo de *putt*! ¡Yuju!», exclama Ronnie con el puño cerrado y echando mucho aire. «¡Volvemos a estar iguales!»

Terry hace un gesto con la cabeza a Lars y Jens, y bajamos al noveno *tee*. «He estado leyendo mucho sobre filosofía y el arte de la competición, Ronnie», dice Terry. «Los libros te forman.»

Ronnie asiente y saca un palo muy grande de la bolsa que sostengo para él. «¿Has leído alguno de mis libros? *Éxito: siga la estrategia Checker en los negocios*, o *Liderazgo: aproveche el momento con Ron Checker*».

«No, colega», dice Terry, mientras Jens llega al *tee* y golpea una bola que baja por la calle. «Estoy leyendo literatura de verdad. ¿Has leído *Moby Dick*?»

«Sí, pero en la universidad», dice Ronnie. «En realidad esos libros no te ayudan para la vida, Terry. En cambio, *Éxito* estuvo en la lista de *bestsellers* del *New York Times* durante…»

«Para el carro, Ronnie», le interrumpe Terry. «*Moby Dick* va de un capullo que persigue una ballena, ¿no? Yo me veo a mí mismo como el tipo ese, solo que en vez de estar obsesionado con la ballena, lo que me obsesiona es un buen coño, y el taxi es como mi barco. Voy surcando Edimburgo con el arpón preparado.»

«No lo pillo.»

«Humor escocés, Ronnie. Hay que ser de aquí para pillarlo, ¿eh, Jonty?»

«Sí…, sí…, escocés…», digo. «Sí, escocés de los buenos…», pero yo tampoco sé de qué está hablando. Ronnie no dice nada y se larga.

A ver, aunque no fuese *caddie*, me estaría tragando el partido, porque es chachi piruli. Terry y Ronnie van ganando. Después parece que van a empatar, o como se diga en términos de golf. Después los tipos daneses remontan. Después vuelven a empatar.

Me están empezando a doler bastante las piernas, anda que no, pero llegamos al último hoyo y empatamos. Todo el mundo está muy tenso. Y entonces digo: «A ver, Terry, si vamos a Londres, ¿quedaremos con las chicas?»

«Sí. Bueno, tú lo harás. Es todo cuestión de meterla en el hoyo.»

Y Terry golpea y la bola baja por la calle. ¡El golpe de Ronnie es todavía mejor! ¡Y el siguiente, no te digo! Los tipos daneses no son capaces de seguirles el ritmo. Me estoy poniendo nervioso mientras avanzan a golpes por el *green*. Casi no puedo ni mirar, aparto la vista cuando llega el momento del *putt*. Sí señor, me vuelvo, me

tapo los oídos y alzo la vista hacia el bosque enorme, pero pienso en Jinty, mi pobre Jinty en el pilar, en mi mamá que explotó, en el pobre Alec, el padre verdadero de Terry y su manguerita llena de larvas, en Maurice con sus enormes ojos a través de las gafotas… Están todos muertos, se han ido todos, estarán todos esperándome por encima de esos árboles, en el cielo azul. Y oigo una voz extraña y fantasmal a lo lejos.

«¡JONTY!»

Entonces me vuelvo y veo a Terry con la boca abierta. Me saco los dedos de los oídos y está gritando para que vaya.

Así que voy. Ronnie está temblando. La bola de Terry es la última que queda en el *green* y está a menos de dos metros del hoyo. Sí señor, menos de dos metros. Ronnie está temblando con las manos en el palo. Los daneses están pálidos y no dicen ni pío. Terry me mira. «¿Qué crees que le dijo Ian Black a Craig Thomson después del partido?»

Pienso un poco. Sé que la respuesta real sería «Gracias por ayudarnos a ganar a esos pordioseros», pero no puedo decirle eso a Terry porque es de su equipo. No le ayudaría con el *putt*. Así que susurro: «Que todos somos criaturas de Dios.»

«Gracias, coleguita», dice Terry con mirada sentimental.

«Terry, ¿qué diablos estás haciendo?», grita Ronnie. «Este *putt* decide el partido. ¡Piensa en la botella de Bowcullen, maldita sea!»

«Es que estoy preocupado, Ronnie», suelta Terry.

«Respira profundamente, puedes hacerlo.»

Terry mira a Ronnie, luego a Jens y a Lars, y después suelta una carcajada. «Lo que me preocupa es que estos dos pobres se suiciden cuando la meta.»

Y va hasta allí, relajado, tan tranquilo, echa el último *putt*… La bola parece ir demasiado rápido, luego se topa con una pequeña pendiente y se frena un poco…, va directa al hoyo, aunque da una vuelta alrededor de la boca y… luego…

¡CAE DENTRO! ¡SÍ SEÑOR, CAE DENTRO DEL HOYO! ¡SÍ SEÑOR, ANDA QUE NO! ¡SÍ SÍ SÍ SÍ SÍ! Ronnie lanza un rugido y me agarra. «¡¡¡¡¡SÍIIIII!!!!! ¡Lo hemos conseguido! ¡HEMOS GANADO EL WHISKY!» Ronnie tiene los ojos como platos y Terry viene muy relajado, y los tres nos damos un gran abrazo. «¡GRACIAS, DIOS!», grita Ronnie al cielo. «¡DIOS ES AMERICANO!», grita dirigiéndose a los pobres daneses, que tienen caras largas, sí señor, caras largas.

«A lo mejor es escocés, Ronnie, porque ha sido Terry quien ha embocado», digo.

«¡Pues lo mismo tienes razón, Jonty! ¡Toma ya!»

Nos separamos, y Ronnie le dice a Terry: «¿Qué cojones se te ha pasado por la cabeza cuando has dado el golpe?»

«Pues he pensado en todas las tías con las que me he cruzado desde la noticia de mi corazón, y me he concentrado en el agujero. Todo eso ha pasado por mi mente: ¡lo vas a conseguir! Es igual que con el porno, siempre me mandaban a mí a hacer las escenas difíciles, como las penetraciones triples, porque nunca me echo atrás. Lisette

tumbada con Curtis encima metiéndosela hasta dentro, y debajo Bum Bandit Jonno se la está follando por el culo. Una montaña de cuerpos además del cámara, y ni un hueco para meterla. Así que traen a Juice T. Y la clavo siempre, porque soy el George Clooney del porno. El golf es lo mismo. Hay que meterla en el agujero y que nada se ponga en tu camino.»

Ronnie se ríe y yo también y estamos muy contentos. «Sabes, Terry, siempre metes la bola igual. Tienes un *swing* un poco raro, parece que estás cagando, pero en realidad es belleza imperfecta. No es algo que pueda enseñarse. De verdad que le haces el amor al campo: entras a saco, le das bien dado y te vas con una caricia.»

«Sí, sí, sí…», digo, pero veo que Lars no está contento, y su amigo y él se marchan mientras el otro tipo le da a Ronnie la botella.

Volvemos al taxi y bebemos champán. Pensé que beberíamos un poco del whisky de la botella extraña, pero Terry dice que no, que esto es mejor, aunque sea en vasitos de papel.

Es genial porque sabe igual que una buena lager, una lager densa pero con una tonelada más de gas, y también un poco dulce, como una lager de primera.

Ronnie y yo brindamos como si fuera año nuevo o cuando los Hearts ganaron la Copa. «Deberíamos volver a mi hotel», dice, «y pedir más champán.»

«Primero tengo que hacer un recadito, pero nos pilla de camino», suelta Terry, un poco tenso.

«¡Terry, tío, que hemos cantado bingo! ¡No seas aguafiestas!», dice Ronnie, alzando la extraña botella de whisky que parece tener el mismo color que el vino tinto.

Terry mira todo el tiempo hacia atrás por el retrovisor. «Estaré más contento cuando haya despachado estos veinte gramos de farlopa al capullo del Taxi Club.»

«¡Un trapicheo de tres al cuarto! ¿Llevas encima veinte gramos de cocaína con todo lo que nos ha pasado?», grita Ronnie. «¡Venga ya! ¡Llévame al hotel ahora mismo!»

«Tardamos veinte minutos en llegar al Taxi Club y ver a esta gente», dice Terry. «¿Tú no tenías un buen par?»

«Pero ¡si estás traficando!»

Les miro discutir, primero a uno, luego al otro.

«¿Y? Siguen siendo negocios. ¿Qué hay que tener para hacer negocios? ¡Un buen par de cojones! Joder, un poquito de orgullo: se la vamos a meter doblada a los putos polis. Esos cabrones te han jodido. Te tocaron los huevos, Ronnie. Y dijeron que eras un cagao de mierda porque estuviste venga a llamarles durante la tormenta. Te han fichado por eso. Después te estuvieron jodiendo al buscar la segunda botella de whisky.» Terry vuelve la cabeza. «Seguro que esos cabrones están ahora mismo en algún club masónico bebiéndose la botella a chupitos.»

«¿De verdad crees que esos imbéciles tendrían la osadía de…?»

«Me espero cualquier cosa de esos hijos de puta. Devuélvesela, colega.»

«¡Venga! ¡A por ello!» Ronnie me da un puñetazo en el muslo. «Llévame a ese club de mariconazos donde has quedado. Y ponme un buen tiro de la mierda que llevas. ¡Les hemos dado por culo a los escandinavos!»

«¡Así me gusta! Jonty, ¿ves al capullo este?», dice Terry señalando a Ronnie. «Hay que tener un buen par para los negocios, y este los tiene de acero. Observa y aprende, coleguita», dice, y veo que Ronnie está que se sale en el asiento trasero. Terry le da una tarjeta y una bolsa de polvo del diablo. Me vuelvo, no vaya a ser que intenten ofrecerme. Sí señor, eso hago, porque con esa porquería te acuestas con las novias de otros. Ya te digo, eso es así. Eso ni tocarlo.

«¡YIIJA!», grita Ronnie, que parece encontrarse de maravilla.

Así que le pregunto: «Oye, ¿en Nueva York hay McDonald's?»

«Pues claro que sí. Hay McDonald's en todas partes. ¡Es una franquicia estadounidense!»

«Seguro que no son tan buenos como el de Gorgie. No, seguro que los de Nueva York son como los McDonald's pijos que hay en el centro. Sí señor, seguro que sí. Sí sí sí.»

«¿De qué diablos estás hablando, Jonty?»

«De McDonald's pijo, Ronnie, sí, McDonald's pijo», digo, y entonces se me escapa: «El pijo de Ronnie McDonald's…» Y empiezo a reírme de mi error, y Terry también se ríe. Me llevo la mano a la boca y espero que Ronnie no piense que le he llamado payaso, aunque sí lo parece, con esa especie de peluca de payaso al revés, abultado por arriba y pelado por los lados, porque Jinty habría dicho eso mismo… Pero no se puede decir, no señor, no se puede…

Pero Ronnie se ríe y menea la cabeza. «¿De qué diablos…? ¿Te has vuelto loco?»

«McDonald's… Solo digo que… Ronnie McDonald's, sí señor, sí señor…», y todos nos echamos unas buenas risas, pero les digo que no quiero ni tocar el polvo del diablo, no señor, no pienso hacerlo.

«Chico listo», dice Ronnie, mirando a Terry y riéndose. «Este hijo de puta va a acabar conmigo», y vuelven a echarse unas risas.

Así que ponemos rumbo a Edimburgo y vamos al Taxi Club de Powderhall. Terry me prometió que me llevaría: ponen las pintas más baratas de la ciudad. ¡Sí señor! Hank me dijo una vez: «No te dejarán entrar sin mi ayuda», pero sí que me dejarán. Ojalá esté dentro para verme entrar. ¡Chachi piruli!

Entramos y no parece que Ronnie esté en su salsa, pero Terry nos deja tomando algo y él se va al baño a meterse una raya del polvo maligno. Ronnie se queda mirándolo y dice: «Terry, ¿no crees que te estás metiendo demasiada cocaína con tu problema de corazón?»

«Sí, pero hemos ganado, colega.»

Ronnie choca los cinco con él. «¡Les hemos dado para el pelo!», y sigue a Terry al baño.

En cierto modo estoy de acuerdo con Ronnie el Americano, porque creo que ese mismo polvo fue lo que le apagó las luces a Jinty. Pero ojo, no digo que su madre, la mujer de Maurice, hiciera lo mismo, no señor, en absoluto, porque yo no soy quién para decir algo así. Y no creo que la cocaína estuviera inventada en aquella época en Edimburgo, en la época en la que ella vivía. Me gustaría preguntarle a Ronnie si la inventaron en Estados Unidos, en Nueva York y tal, pero no me gusta que Terry y él estén metiéndose esa porquería, porque es lo mismo que hace Barksie. Él se lo dio a Jinty, y si no se la hubiera dado, ella estaría aquí y no en los tranvías de fantasmas. El polvo del diablo, sí señor, así lo llamo. Sí señor: el polvo del diablo.

¡Acabo de ver a mi primo Malky y le saludo con la mano! ¡No puedo creer la suerte que tengo! ¡Le va a contar a Hank que me ha visto aquí dentro! Será mi testigo. «¡Malky!», grito. «¿Qué haces aquí?»

«¡Jonty!», y viene directo hacia mí al mismo tiempo que Ronnie y Terry salen del baño. «He venido a ver a un amigo, Colin Murdoch, que trabaja de taxista a tiempo parcial.» Y añade, bajando la voz: «Estamos pensando en montar una empresa privada de taxis en la zona, así que queremos ver si alguien se cambiaría de barco», y dice mirando a Ronnie por encima de mi hombro: «¿Sabes quién es ese?»

«Sí señor, esos son Terry y Ronnie», y agarro a Terry del brazo. «Este es mi primo Malky.»

«Qué hay», dice Terry dirigiéndose a Malky. «Nos vimos en el funeral de su madre», pero Ronnie se comporta como si no lo viera. Quizá sea tímido, quizá solo sea eso.

«Ah, sí, qué ocasión tan triste», dice Malky a Terry.

Ahora casi me muero, porque acaba de entrar un montón de gente del Pub Sin Nombre. Echan un vistazo como si el club fuera suyo. Entonces Evan Barksie me mira, yo me doy la vuelta, y él va directamente a Terry.

«¿Por qué nos has citado en el culo del mundo, Lawson?»

«¿Traes la pasta o no?», dice Terry.

«Sí.»

Terry señala a los baños y se meten dentro.

«¿Qué estás haciendo aquí, Jonty?», pregunta Tony Graham. «Tú no eres del sindicato.»

«Es de mi puto sindicato», dice Ronnie dando un paso al frente.

Entonces Malky le dice a Ronnie: «Perdone, espero que no le importe que le interrumpa, pero yo también soy un hombre de negocios y me encanta el programa *El pródigo*. No he podido evitar oír el rumor de que forma parte del sindicato.»

«No sé nada de sindicatos ni de leches.»

«Pero si acaba de decir…»

«Es una forma de hablar», le corta Ronnie.

Malky le guiña un ojo, después me lo guiña a mí también. «Entiendo.»

Craig Barksie me está echando una mirada de odio, ya te digo, señor. «¿Por qué tardan tanto?», suelta, mirando hacia el retrete al que se han ido Terry y Evan Barksie a trapichear con el polvo malo. «Saldemos la transacción y salgamos de este antro», y mira a su alrededor con la cara quemada justo donde los trozos de mi madre le cayeron tras la explosión.

Un tipo de una sola pierna que está sentado a la mesa ha oído esto y dice: «No deberíais estar aquí.» Después se vuelve hacia sus colegas. «Seguro que son taxistas privados que han venido a husmear.»

Malky parece nervioso y se vuelve para ocultarse del tipo. «Entiendo.» Se da un golpecito en la nariz mirando a Ronnie. «Estas cosas requieren discreción.»

El colega Ronnie lo mira, luego me mira a mí y luego a Terry, que acaba de salir de los baños con Evan Barksie. «¿De qué va toda esta mierda?»

«El primo Malky», digo. «Sí señor, el primo Malky, sí sí sí…»

Craig Barksie dice: «Este lugar me está taladrando la cabeza.»

Malky se inclina hacia Terry. «Escucha, no quiero parecer entrometido, pero ¿formas parte del sindicato?»

Evan Barksie le echa una mirada asesina a Malky y luego a mí.

«¿Tú qué eres, madero?», suelta Terry.

«No… Tampoco soy de la prensa», mira a Ronnie el yanqui y sigue en voz baja: «Me encantaría formar parte de…, ya saben, me encantaría tener trato con el sindicato. Jonty respondería por mí», y me mira con el corazón lleno de esperanza. ¡A mí!

«Si tú respondes por mí con Hank y le dices que he estado aquí, lo haré, ya te digo, señor.»

«Por supuesto, primo…»

«Vosotros podéis montaros vuestra propia mierda», dice Evan Barksie, «que nosotros nos vamos a Magaluf.»

«Terry, Ronnie, es el primo Malky», les digo, «el primo Malky de Penicuik, sí señor, Penicuik, sí, sí, sí, sí…»

«Hace mucho que salí de Penicuik, Jonty, ya deberías saberlo», dice Malky.

Así que digo: «En realidad nunca se sale de Penicuik.»

Evan Barksie se va a la esquina donde está su pandilla, muchos de ellos del Pub Sin Nombre. Ronnie se ha vuelto a meter la mano en el bolsillo. «Menudas miradas nos están echando esos capullos, Terry», dice, meneando la cabeza hacia Evan Barksie, que está en el rincón y nos mira. «Deberíamos irnos.»

«Este club es mío, joder», dice Terry. «No me voy a ninguna parte. El muy cabronazo dice que mi farlopa no vale una mierda, y con solo probarla va como una moto.»

Están por todas partes, nos rodean, se van acercando más y más hasta que se apiñan a nuestro alrededor. Esto no me gusta nada, nada de nada.

«Vaya espectáculo que das llevándote al retrasado de Jonty contigo, ¿eh Terry?», suelta Stuart Letal.

«Hoy hay más de un retrasado en el bar», dice Terry, «pero este chaval no es uno de ellos.»

«Tú eres el capullo del programa de televisión», le dice Evan Barksie a Ronnie.

«Venga a joder Escocia con tanto campo de golf», dice Tony.

«Despediste al bombón aquel, la tal Lisa, la que tenía las tetas grandes», dice Craig Barksie.

Punto positivo para Ronnie, porque se vuelve hacia ellos y dice:

«Era una incompetente, subnormal hijo de puta.»

«¿Qué…, qué acabas de decir?» Craig Barksie da un paso adelante.

«Tranqui», les dice Terry. Craig se queda donde está, sin dar un paso atrás, no señor. Esto no me gusta nada, no señor, nada de nada.

«¿Qué coño hacen aquí estos taxistas privados?», suelta el tipo cojo.

«A ver, que solo estoy tanteando», dice el primo Malky.

El tipo cojo parece disgustado. Se vuelve hacia los otros dos que están en su mesa y que hablan con un acento inglés extraño, y luego se dirige a Malky: «¿Así que lo admites? ¿Admites que eres un taxista privado?»

«Te la tenías que haber follado, tío…, en el programa…, yo me la habría follado», le dice Tony a Ronnie.

«Hay más cosas en la vida», dice Terry, y entonces da un paso hacia atrás, como si le sorprendieran sus propias palabras, anda que no, como si estuviera sorprendido.

«No te pongas chulo, amigo», le dice Evan Barksie a Ronnie, «esto no es un bareto de pijos neoyorquinos.»

«¿Este antro de mala muerte? Podría comprarlo, venderlo y reducirlo a escombros», grita Ronnie.

«¡Ni de coña!», le grita en la cara el cojo.

«¿Quién es el propietario?» Ronnie se está poniendo muy rojo, como si le estuviera dando un ataque al corazón. Seguro que es por los polvos del diablo, seguro que sí. «¡Le hago una oferta al contado ahora mismo!» Ronnie mira a su alrededor. «El edificio entero no vale ni una…»

«¿Cómo sabes tú lo que valgo, puto yanqui capitalista?», grita el cojo.

«Lo único que vale algo aquí es la tierra», dice Ronnie. «¡Te doy diez millones de dólares!»

«¿Cuánto es eso en dinero de verdad?», ríe Evan Barksie.

«¡Este tiene guita!», dice Tony. «La casa salió en la tele. Menudo casoplón guapo.»

Entonces un tipejo con gafas se levanta. Tiene acento inglés. «Según las normas sindicales y sus regulaciones, artículo 14, párrafo 22, el comité establece de modo categórico, y cito textualmente: “Que la adquisición de cualesquiera bienes por parte del club, así como de la disposición de dichos bienes (incluidos bienes inmuebles)

pertenecientes al club, requiere de una mayoría de dos tercios del comité, reunido en asamblea general ordinaria o en asamblea general extraordinaria, siendo en el segundo caso también necesaria la mayoría de dos tercios del comité para que se establezca…”»

«¿Cómo? ¿Así es como hacéis negocios?», le grita Ronnie a la cara. «¡Que le den por culo a estas tonterías soviéticas tercermundistas! ¡Sois todos unos gilipollas! ¡Todos! ¡Ya he visto a otros de vuestra especie! En nuestro país los llamamos perdedores de gueto. ¡Nueva Orleans!»

«Hay que ser agradable, Ronnie, hay que ser agradable…», digo.

«De hecho, te sorprenderá saber que Escocia se está transformando en una democracia madura», dice el tipo inglés.

«Sí…, sí…, Escocia», digo.

«¿Y tú qué coño dices, mongólico retrasado? ¿Te quieres llevar una patada en los cojones?», me dice Evan Barksie, poniéndose muy cerca de mí.

Miro la parte quemada de su cara, la parte que le quemé, la parte que no sabe que la tiene así por mi culpa…

«¡DEJA DE MIRARME LA CARA!»

«¡DÉJALO YA, BARKSDALE, TE LO ADVIERTO!», grita Terry. «Tienes lo que querías, así que vete a tomar por culo.»

Evan Barksie parpadea como si estuviera conmocionado, después avanza, pero sus colegas lo retienen. Tony le dice: «El tal Ronnie Checker ha venido a comprarle los Hearts a Vlad, imbécil, déjalo en paz.»

«Terry, creo que deberíamos irnos», suelta Ronnie.

Los del Pub Sin Nombre se han vuelto a su rincón, donde tienen las bebidas, y se las están tomando, pero le están haciendo señales de cinco a uno a Terry y le están llamando pordiosero.

«Que te jodan, Lawson», grita desde allí Evan Barksie. «Todos sabemos que estás pasando el rato con ese pelele retrasado porque te estabas tiran…»

Terry se levanta de un brinco y le arrea a Evan Barksie en la boca, anda que no, y Barksie cae hacia atrás, comiéndose de lleno el golpe, pero sin sangrar, a pesar de que el guantazo ha sido muy fuerte, ya te digo, y el bar entero se pone patas arriba. Todo el mundo se está peleando, está gritando o llevándose golpes, y alguien me da una patada en el culo porque sí. Sí señor, en todo el culo. Me doy la vuelta, pero del aire cae cerveza y luego un vaso que le da a Malky y le hace un corte en la mano, y una fila de tipos, como el cojo, aparecen y empujan a todos los demás hasta la puerta.

«¡Fuera de aquí!», nos dice el tipo con una sola pierna, y a Ronnie en especial. «Debería darte vergüenza.»

«¿VERGÜENZA? ¿A MÍ? ¡QUE DIOS TE MALDIGA!»

Terry nos dirige hacia la salida después de que se hayan pirado los del Pub Sin Nombre.

«Lo siento, Jack, Bladesey», les dice a los del club. «Los he traído yo. Pensé que se comportarían. Ahora los saco… Venga, chicos», nos dice.

Terry nos saca a empujones por la puerta y vamos al aparcamiento. Algunos del Pub Sin Nombre nos están esperando fuera.

«Mis abogados os van a meter un buen paquete», grita Ronnie.

Stuart Letal da un paso al frente y le da un cabezazo a Ronnie. Dios, oigo que su nariz cruje. Ay señor, eso duele mucho.

«Mierda», suelta Terry, y avanza mientras Stu corre junto a su pandilla.

Los demás también han salido, el cojo y el tipo inglés de las gafas. El cojo le dice a Terry: «Debería darte vergüenza, Lawson, mira que traer a los pervertidos esos del servicio privado a nuestro club para vender droga…»

Una botella sale volando, la ha lanzado Barksie, y Terry corre por la calle tras ellos, y yo también, pero retroceden. ¡Menudos matones, anda que no! No hacen más que gritar amenazas pero huyen calle abajo. Ojalá tuviera mis bombas de gasolina, sí señor, ojalá. ¡Ojalá las tuviera!

Luego veo a Malky salir con una toalla envuelta en la mano y mirando aquí y allá, y Terry está metiendo a Ronnie en el taxi. «Jonty, ven aquí, colega.» Me subo al taxi, y dejamos a Malky atrás con pinta de triste.

Terry lleva a Ronnie al hospital. Mientras le arreglan la nariz, nos quedamos en la sala de espera. Le susurro a Terry: «¿Te acuerdas de lo que dejaste en la tumba de Alec, tu padre verdadero?»

«Sí…»

«¿Es la botella perdida de whisky, la otra botella tan buena que quería Ronnie?»

Terry me mira, luego mira al resto de la gente que hay en la sala. «¿Por qué lo pusiste en su tumba, Terry?»

«No podía dejar que se desperdiciara, Jonty», me susurra Terry al oído acercándome a él, «aunque fuera un whisky estupendo. Y no quería que Ronnie se lo quedara y se lo llevara de Escocia.»

«Pero creía que era tu amigo, Terry», le digo.

«En cierto modo, lo es. Pero es un cabrón egoísta y a los cabrones egoístas les viene bien aprender a perder, no deben salirse siempre con la suya. Les viene bien ser como los demás.»

«¿Así que en el fondo le estás ayudando?»

«Sí, le estoy ayudando a formar parte de la humanidad. Pero en el fondo da igual, porque depende de él. Tiene dos de tres, y a mí me parece que eso es mucho para cualquiera. No podía venderla, porque a cualquier coleccionista le cantaría mucho. Pensé en dejarla en algún sitio donde Ronnie no pudiera llegar. Quería dársela a alguien que la disfrutaría de verdad. Alec cuidará de ella ahí abajo hasta que los alienígenas aterricen en la Tierra y la encuentren, o hasta que algún capullo como Ronnie la excave cuando construya más pisos cutres. Pero a ti te voy a sacar de aquí mañana, colega.»

«¿Y eso?»

«Porque mañana te vas a Londres, amigo. Dentro de nada estarás follando en nombre de Penicuik.»

«Sí…, sí…, follando en nombre de Penicuik, sí señor, sí señor, anda que no», digo.

Me sujeto la nariz con una mierda de pañuelo mientras me pregunto por qué en esta puta Nueva Orleans sin calor ni música, en esta antecámara del sida, todo barriobajero siente el impulso de meterle cabezazos en el careto a la gente. «Os voy a denunciar…» Es la segunda vez que me pasa lo mismo en este sitio…

Terry sale corriendo tras esos mamones, pero se han largado, y vuelve del otro lado de la calle sin resuello. «Ni denuncia ni leches, a esos cabrones hay que matarlos.» Se dobla por la cintura con las manos puestas en las rodillas, intentando recuperar el aliento mientras mira hacia arriba. «¡Se supone que tengo que evitar el estrés!»

El pañuelo está empapado y alguien me tiende una toalla; seguramente transmita más enfermedades que otra cosa, pero contiene el flujo de sangre y me meto en el taxi de Terry. El chavalín raro ese, el tal Jonty, está con nosotros. ¡Ya sabía yo que no tenía que meterme en las mierdas de Terry, con drogatas y barriobajeros! Nos vamos a un hospital que parece el típico campus universitario de los años setenta al que nadie querría ir. Estoy a punto de exigir que me lleven a un hospital de verdad, pero me dan un sedante y me colocan bien la nariz.

Intento pagar pero no me dejan.

Vuelvo a la calle; Terry está esperando con el chavalín. «¿Qué pasa, Ronnie?», pregunta Terry. «Te han dejado un pico bien guapo.»

El capullo ese de Jonty hace lo de siempre y repite lo que Terry acaba de decir. ¿Es que en este puto sitio no tienen colegios?

«Que no me cogen la tarjeta, la Platinum Amex… ¿Esto qué es, un hospital comunista?»

«¡Que es gratis, imbécil!»

«Gratis, sí señor, gratis», no hace más que repetir el chalado de mierda ese.

«¡No debería serlo! Es…» Entonces siento que algo me agarrota por dentro y me vuelvo hacia Terry. «No… Oh, Dios mío…»

Por favor, Dios Todopoderoso, no me hagas esto. ¡Soy tu siervo más leal y humilde!

«¿Qué pasa ahora?», me pregunta Terry.

«¡El whisky! ¡LA PUTA TERCERA BOTELLA DE WHISKY! ¿LA TIENES?»

«¿Cómo la iba a tener? ¡Si la llevabas tú!» Terry sacude la cabeza. «Has estado pegado a ella todo el rato. La tenías en el club… Mira en el taxi…»

«El club, sí sí sí, el club», sigue cotorreando el puto retrasado.

¡Que Dios los maldiga a todos!

Salgo corriendo hacia el coche, seguido de los demás. El frío me cosquillea la nariz. No se ve una puta mierda dentro. Y luego Terry abre y se confirma: no hay

nada. «¡DEBO DE HABÉRMELA DEJADO EN EL PUTO CLUB! ¡NO PUEDO PERDER DOS PUTAS BOTELLAS!»

Vamos de regreso al estercolero ese del Taxi Club. Tengo el corazón acelerado. Se puede perder una botella de la Trinidad por casualidad, pero perder dos… me convierte en un perdedor. Un puto perdedor cien por cien, de los buenos. ¡No puedo dejar que me ocurra esto! Se me debió de caer cuando me atacó el hijoputa ese. Necesito hablar con mis representantes legales; me pongo a marcar números en el teléfono…

Por favor, Dios… Que esté allí el whisky…

El *caddie* retrasado, el amigo de Terry, sigue diciendo las palabras «whisky» y «compadre» una y otra vez y me paso el camino hacia el puto estercolero con la lengua entre los dientes, controlando el mordisco, pero pronto empiezo a sentir un dolor curioso y el sabor de mi propia sangre. Ahora el muy gilipollas no hace más que mirarme señalándome la boca y diciendo algo que creo que sigue siendo «compadre», pero que pronto me doy cuenta de que es «sangre», porque me chorrea por la cara y la camisa. Los odio a todos, y a la loca de Sara-Ann con sus ridículas obras… Y justo entonces me entra en el móvil un puto correo suyo; primera línea: «¡APOYAR ES ALGO MÁS QUE EXTENDER UN CHEQUE!» No me extraña que Terry se empeñase tanto en endilgarme a esa zorra pirada.

¡DIOS, VEN A RESCATARME!

Llegamos al club, y los cabrones que montaron el liaco ya no están. Pero la panda de ablandabrevas sigue sentada a la mesa, con los dominós en la mano. El soplapollas ese que solo tiene una pierna…

Y mi whisky…

¡DIOS MÍO! ¡OH, DIOS MÍO! ¿QUÉ HE HECHO YO PARA MERECERME ESTO?

¡Está abierta! ¡Estos hijos de puta la han abierto! Quedan como unos dos tercios, pero eso es totalmente irrelevante. Han abierto mi puta botella de la Trinidad Bowcullen…

«Demasiado tarde», dice Terry, «las hienas han caído sobre ella.»

El cojo cabrón con cara de cuervo y ojos porcinos levanta la vista. «Conque os librasteis de los gilipollas esos, ¿eh? Mierda de chóferes privados, cabrones violadores…»

«Sí, siento esa movida, Jackie, esos ya no van a volver por aquí», dice Terry. «¿Qué tal el whisky, compadre?»

«No está mal», dice el viejo mamonazo.

Y Dios sacrificó a su único Hijo, Jesucristo, para que esta gente se salvase. ¿Esta es la salvación? ¿Acaso es esto salvación? ¿Vivir entre cretinos? ¿Por qué, Dios? ¿Por qué?

Otro inútil arrugado como una pasa dice: «Bah, yo me tomaba un chupito de The Famous Grouse antes que esta mierda sin pensármelo dos veces. ¡Esto ni es whisky ni

es nada! No vale un carajo, no, señor.»

«Bueno, yo he pensado que no estaba mal, aunque tengo que decir que un buen Highland Park de dieciocho años lo deja a la altura del betún», dice el gilipollas inglés de las gafas.

«¡HIJOS DE PUTA!»

Caigo de rodillas mientras les chillo a la cara, aporreando la moqueta fea y manchada de esta sala repugnante, maldiciendo a todos los cabrones de este sucio antro infernal. ¡Le pido por favor a Dios, le ruego para que venga un puto huracán de verdad y barra esta cloaca del planeta!

¡MÁTALOS, DIOS!

¡MÁTALOS, JESÚS!

¡VUELVE A SOLTAR EL MALDITO HURACÁN TOCAPELOTAS!

Terry Lawson va atravesando un Edimburgo que se le antoja chabacano y ramplón. Una ciudad aplastada por su propia falta de ambición, que refunfuña míseramente y se queja de su estatus de ciudad de provincias del norte de Gran Bretaña, y, sin embargo, no parece capaz de hacerse con un destino más amplio como capital europea. Conduce desanimado hacia Haymarket para encontrarse con el Poli Mierda. El agente lo ha llamado para decirle que habían hecho progresos en el caso de Jinty.

Su entrega anónima del diario había producido el efecto deseado. Kelvin, después de que los polis le apretaran las clavijas, se decidió a confesarlo todo menos el asesinato, del que, en cualquier caso, no podían acusarle porque no se había encontrado el cuerpo. La policía, a pesar de encontrar una braga empapada de ADN de Jinty en la taquilla de Kelvin (y una de cada chica de la Liberty), no pudieron acusarle de nada relacionado con su desaparición. Pero había pruebas contrastadas y declaraciones más que suficientes para echarle encima tres acusaciones por violación, dos por lesiones físicas graves y varias por agresión sexual.

El Marica decidió quedarse en España indefinidamente y que Kelvin se comiera el marrón. Al día siguiente de la detención llamó a Terry para decirle que ya podía Kelvin rezar por que le echasen una condena larga, porque como él le echase el guante a su cuñado sería peor.

Por bienvenidas que fuesen, Terry no podía alegrarse demasiado de las noticias. Su propia vida se ha convertido en una lucha continua. Lo único que le hace ilusión es el torneo de golf que Ronnie ha preparado en Nueva York. En el ínterin, las mujeres lo atormentan con llamadas y proposiciones obscenas. Las más tontas, forofas de los Hearts, le hacen señas de cinco a cero, pero es mucho peor cuando las listas despliegan en silencio una sonrisita cómplice cada vez que se cruzan sus caminos. Hasta lo alivió que su mejor amigo, Cal Ewart, volviese a Australia tras una prolongada estancia. Desde entonces le manda un correo electrónico al día a Terry con el asunto CINCO A UNO.

Quizá lo más humillante es la obra que ha escrito Sara-Ann, *Un polvo en condiciones,* cuya producción están coordinando el Festival de Edimburgo y el Traverse Theatre. «Está claro que se basa en gran parte en lo que vivimos juntos y a lo mejor alguna gente te toma por Tommy Caldera, pero es ficción, no lo olvides», le explicó en un farragoso mensaje que le dejó en el contestador. «Los escritores somos ladrones; es nuestro trabajo.»

Todo aquello no le irritaría lo más mínimo si no tuviese aquel problema sexual; pero, tal y como estaban las cosas, no hacían más que acentuar su desgracia, hasta el punto de haber empezado a sopesar la idea de marcharse de Edimburgo.

Pero ¿adónde podía ir? España y Florida quedaban descartadas; demasiado cálidas, y la cantidad de carne desnuda a la vista lo destrozaría. El norte de Europa era demasiado caro. Quizá podría ponerse a trabajar el taxi en Newcastle o en Manchester, y vivir una vida sencilla con sus libros.

Mientras un sol insípido sale de detrás de las nubes, Terry baja el visor y se pregunta cuáles serán los «progresos» en el caso de Jinty. ¿Es posible que esté incluso en el punto de mira por su asesinato? No es que le importe. Ir a la cárcel por cualquier cosa será posiblemente la mejor opción para él, cree. Nada de mujeres. Solo libros.

Los semáforos de Tollcross parecen tardar años, mientras Terry tirita a causa de la racha de frío que asalta la ciudad, destruyendo toda confianza en un verano en condiciones. Parece más febrero que finales de mayo; para colmo, el sol desaparece y una sombra negra cubre la ciudad.

Donde seguro que no habrá «progresos», reflexiona, será en la saga de la Trinidad Bowcullen perdida. Terry bebió con cierta culpabilidad cuando Ronnie los invitó a él y a Jonty a un par de chupitos de la botella de whisky abierta. Por supuesto, una vez roto el sello, la excelente mezcla de malta valía solo unos cuantos miles de libras. Pero Ronnie decidió disfrutarla en ocasiones especiales, y se llevó la botella medio vacía y las historias que contenía de vuelta a Estados Unidos. Al despedirse, afirmó con orgullo que poseía dos de los whiskies, aunque uno tuviese el sello roto, y por tanto seguía teniendo más que ningún otro hombre sobre la faz de la tierra; a Terry casi le dieron ganas de decirle dónde estaba el premio perdido.

En la rotonda de Saughton Mains, cerca de su antigua casa, piensa en el cadáver de Alec, que yace en el cementerio Rosebank con la segunda botella. Pobre Ronnie, allí en Atlanta o en Nueva York o donde fuese, aún preocupado por el destino de la botella desaparecida, sin saber que quienes montaron la pelea con ellos en el campo de golf eran Rehab Connor y Johnny Cattarh, que había aguantado el duro golpe que Terry le asestó con el palo gracias a unas rodilleras de futbolista colocadas bajo los pantalones. Aunque su caída resultó tan convincente que, durante un par de segundos, Terry se preguntó si se había acordado de ponérselas. La policía y Ronnie los persiguieron, ignorantes del hecho de que, aprovechando la confusión de la pelea, se habían llevado la botella y la habían escondido en el aparcamiento trasero del club justo antes de marcharse en coche. Terry volvió aquella noche a recuperarla.

Había sido de lo más tentador contarle a Ronnie que se la habían jugado, pero consumir la tercera botella torturaba constantemente a su amigo estadounidense, así que no se contemplaba la opción de desvelar nada. Además, la compañía de seguros y la policía seguían investigando, y el litigio de Ronnie con Mortimer seguía su curso.

Se encuentra con el Poli Mierda, que ahora lleva barba, en el Starbucks de Haymarket. Sigue luciendo por defecto una expresión de estudiada neutralidad, pero en los ojos subyace una pizca de fisgoneo que recuerda la típica astucia de poli cotilla, cualidad que su amigo Carl, el DJ, afirmaba que tenían en común con muchos periodistas. «Entonces, ¿qué ha pasado?», pregunta Terry, aparentando desinterés,

pero con la esperanza de que el Poli Mierda le revele alguna novedad sobre Jinty. El Poli Mierda juguetea con su expreso, luego le lanza a Terry una mirada escrutadora. «¿Te has enterado de que alguien nos mandó de modo anónimo el diario de Jeanette Magdalen?»

Terry se hace el sueco.

«Pues sí, y eso nos dio la oportunidad de obtener una orden de registro», explica, observando la reacción de Terry. Luego añade: «Pero había dos páginas arrancadas.»

Terry sabe cómo va la cosa. Se supone que le tiene que entrar el pánico; luego asumir que el diario a lo mejor lo incrimina, y acabar reconociendo que él arrancó las páginas. La única información que el documento ofrecía sobre él era la confirmación de Jinty de que era un máquina follando. O de que lo había sido. Pero no era bueno que el Poli Mierda se enterase. Pone cara de desolación. «¿Cree que otra de las chavalas se lo envió?»

«No lo sabemos. Parece una hipótesis razonable. Pero lo que no hemos mencionado es que en él aparecía su nombre.»

Aunque todo aquello no son más que chorradas, y solo se le mencionaba en las páginas arrancadas, Terry ha decidido que lo mejor es parecer culpable, lo cual no es difícil de conseguir. «Ay…»

«Nunca nos dijo que usted y Jeanette Magdalen fuesen amantes.»

Se queda estupefacto y se pregunta quién lo habrá delatado, pero fuerza una carcajada. «Lo de amantes es cargar las tintas un poco. Me la beneficié una vez en el taxi: antes del huracán Tocapelotas, claro. Fue la penúltima pasajera de la noche. Eso ya se lo conté en mi declaración. Admití que la había llevado al garito, pero bueno, lo del folleteo… Uno tiene que ser discreto.»

El Poli Mierda se encoge de hombros, como expresando algo que podría ser incluso conformidad. Después menciona los nombres de dos chicas —una de ellas Saskia— que se marcharon de la Liberty tras la desaparición de Jinty. «¿Sabe algo de ellas?»

«La chavala esa, Saskia, se volvió a Polonia. No estoy tan seguro de acordarme de la otra», dice Terry, en honor a la verdad.

El policía confirma que las chicas de la Liberty Leisure necesitaron algo de persuasión para decidirse a hablar de la intimidación y la violencia que sufrían a manos del Marica y de Kelvin. El Poli Mierda le pregunta luego si sabía si ocurría algo inapropiado en la Liberty Leisure.

Terry no puede resistirse. «¿Aparte de lo que suele pasar en un puticlub, quiere decir?»

El agente se muestra ofendido. La policía muestra connivencia hacia las extrañas pero pragmáticas prácticas de la prostitución en Edimburgo. Siempre que nadie hable demasiado del tema, la mayoría de la gente, consciente del terrible legado del tiempo en que fue la «capital europea del sida», está bastante satisfecha de dejar las cosas como están.

«El Ma… Victor… es un viejo compañero de colegio. Ya se lo he dicho, quería que le echase un ojo al establecimiento.» Terry traga saliva, a sabiendas de que aquello no podía decirlo en un juzgado, pero de que tiene que darle algo al Poli Mierda. «No confiaba en Kelvin.»

El Poli Mierda suelta una risita desdeñosa; Terry lo interpreta como un la-sartén-le-dice-al-cazo. «Se lo pregunto de nuevo: ¿sabe por qué está Victor Syme en España?»

«Por negocios. En plan, por su cuenta.» Terry mira al Poli Mierda con cara de estás loco o qué. «Yo no hago ese tipo de preguntas.»

«¿Qué preguntas?»

«Las que tienen respuestas que no quiero saber.»

El Poli Mierda asiente pensativo. «Si oye algo, infórmenos», dice, y se acaba la charla.

O casi. Cuando el Poli Mierda va a levantarse, Terry pregunta, en su tono más sincero: «¿Qué cree que le ha pasado a Jinty?»

El Poli Mierda sonríe, y reflexiona un segundo. Luego, casi como conmovido por la sinceridad de Terry, musita: «Bueno, solo se puede especular, pero el novio era un retrasado, también sufría abusos por parte de un par de psicópatas. Había un montón de tíos rondando a su alrededor en la sauna. No llevaba una vida increíble; quizá alguien le ofreció una mejor en otro sitio.»

Terry se queda pensativo y asiente mientras el Poli Mierda se vuelve para marcharse. Era una hipótesis tan válida como cualquier otra. Regresa al taxi, tras pensar en los repentinos vientos gélidos y los lúgubres rumores que traen consigo sobre un virus local que está destrozando a los ancianos de Edimburgo. El día anterior había puesto sin pensar el programa *Scotland Today* para dar con una vieja lloriqueando patéticamente sobre su soledad; se le había encogido el corazón. Por grave que fuese lo que había hecho Alice, no dejaba de ser su madre, y Terry no ha dejado de evitarla. Es hora de rectificar. Además, tiene una razón urgente para arreglar las cosas con Alice. Mañana por la mañana Terry tiene una cita en el hospital; el Servicio de Salud se la ha adelantado, sorprendentemente, y eso no auguraba nada bueno.

Se dirige a Sighthill, y resulta que Alice está estupendamente cuando llama al timbre, aunque es obvio que un poco molesta; Terry lo atribuye a que él le haya hecho el vacío. Lo conduce a la cocina, donde está preparando sopa con brío: el filo del cuchillo corta con fuerza las verduras. Terry había supuesto que sería una visita rutinaria. Sin embargo, Alice pronto revela la fuente de su disgusto, al informarlo de que Henry murió el fin de semana anterior.

La noticia no pilla desprevenido a Terry, que se encoge de hombros con tranquilidad. «¿Y se supone que me tiene que importar?»

«¡Pues a mí sí que me importa!»

Terry sacude la cabeza. No tenía previsto que la conversación tomase esos derroteros, pero se da cuenta de que no puede ir por otro lado. «Evidentemente, nunca te importó tanto.»

«¿Eh?», dice Alice con los ojos como platos. Terry se siente aliviado cuando baja de nuevo la cabeza hacia la tabla de cortar.

«Bueno, bien que te follaste al viejo borrachuzo de Post Alec y dejaste que te preñase…»

Alice hace amago de hablar, vacila, y luego se pone de nuevo en marcha. «¡Entonces no era un viejo borrachuzo! ¡Era un joven cartero de lo más guapo y presentable antes de darse a la bebida! ¡Y era tu puñetero amigo!»

Los ojos de Terry atraviesan la cocina buscando algo en que fijarse. Elige un viejo reloj de cuco de la pared cuyas figuras dejaron de aparecer hace por lo menos dos décadas. «Me has arruinado la vida», dice en tono ahogado de acusación.

«¿Qué?», chirría Alice a su vez, dando un paso hacia él. «¿De qué hablas?»

«¡Tú!» Terry se vuelve de nuevo hacia ella, con los ojos iluminados por un resplandor desdeñoso y demoníaco. «¡Siempre pensé que era culpa de Henry, ese puto cabrón de los Hearts, pero fuiste tú! ¡Tú!»

«¡Fuiste tú quien arruinó la mía!», ladra Alice. «Por tu culpa me quedé sin Walter y perdí cualquier posibilidad de ser feliz…» Alarga una mano huesuda con súbita celeridad y le intenta agarrar el pelo a Terry, pero le faltan los tirabuzones para lograrlo, mientras que la otra le impacta en la cara. Luego Alice se echa atrás, pero con los ojos incandescentes.

El golpe, aunque débil, reprimido y poco efectivo, deja a Terry estupefacto, pues es la primera vez, que él recuerde, que Alice le pone la mano encima desde los repetidos manotazos en las culeras de los pantalones cuando era un mocoso.

«¡Eres un inútil! ¡No has conseguido nada en tu vida! ¡No has hecho nada! ¡Solo películas guarras donde te pones en evidencia y avergüenzas a todo el mundo!»

Lo único en lo que puede pensar Terry es en calles, *rough*, *green*, banderas y, sobre todo, pelotas blancas y agujeros negros, negrísimos.

«¡No tienes ni idea! ¡He ganado un puto campeonato de golf!»

«Sí», dice Alice con una risa amarga. «¡Tu nueva obsesión! ¡Qué triste! ¿No pensarás que el golf va a salvarte? ¿Eh? ¿Es eso? ¡Contéstame!»

«¡Pues no lo sé! Pero es algo que se me da bien.»

«¿Que se te da bien? ¿Que se te da bien? ¿A ti? ¡Si apenas has tocado un palo!»

«Pero ¡si gané un campeonato internacional la semana pasada! ¡Con un premio importante! ¡Cien mil libras!»

«Ya, en tus sueños.»

«¡Que te digo que sí! ¡Y me hice un par de 69 en el Silverknowes el sábado! Vale que no es más que un *pitch and putt* de fama regional, pero ¿cuándo fue la última vez que hiciste tú un 69? ¡Seguro que con el puto viejo pellejo de Post Alec!» Y Terry sale de la casa furioso en dirección al taxi, mientras Alice cierra de un portazo tras él.

Arranca el motor para dirigirse a la ciudad, pero por alguna razón se detiene junto al parque donde iba de niño. Su pendiente impedía jugar a la pelota, o prácticamente cualquier otra cosa que no fuese soltar a los perros para que cagasen a su antojo; Terry observa a una mujer con dos niños pequeños en un carrito de cuyas asas cuelgan en precario equilibrio unas bolsas de la compra. Aún es joven, pero se la ve dejada, en baja forma, probablemente a causa de los embarazos consecutivos y de la mala alimentación. Empuja el carrito por el parque, pero las ruedas se han atascado en un barrizal, y sus súplicas para que el mayor de los niños salga y camine solo reciben violentos gritos por respuesta. No debía haber tomado el atajo. El profundo dolor que experimenta Terry por la mujer lo conmociona. Quiere tocar el claxon, hacer una señal y llevarla a casa. Pero es taxista. Seguro que ella pensaría que es un pervertido. Así que conduce hacia la ciudad.

Desconcertado, deprimido y aburrido, Terry opta por pasarse por el Taxi Club a tomar una cerveza. Jack Muñón está allí con Bladesey. «¿Los chóferes privados? Unos putos pervertidos. Los sacan directos de la cárcel de Peterhead, eso le dije yo al muy capullo», declara Jack, resoplando. «No, tío, confía en el servicio de taxis de la capital.»

«Parece que sí hay una mayor proporción de delincuentes en el sector de la conducción privada», aventura Bladesey, mientras Terry camina hacia la barra y se pide una pinta.

Terry mantiene la prudencia, ya que no ha hablado con sus compañeros de taxi desde la debacle de la semana anterior, con lo de las drogas y la cagada del whisky. Los mira avergonzado, y en ese momento entra el Pastoso, que ahora es el adalid de la centralita. «Ah, Terry… He visto que en realidad has estado cogiendo carreras en lugar de pasar el tiempo fuera de servicio.»

«Dejadme en paz», suelta Terry, cogiendo la pinta y dando un trago. «Primero me puteabais porque no cogía carreras y ahora al contrario.»

«La centralita no tiene nada contra ti, Terry», asegura el Pastoso. «Tu nombre no está marcado para nosotros. No lo creas.»

De repente, los demás taxistas forman una piña para apoyar a Terry. «¿Qué coño pintas tú aquí? Este es el Taxi Club, no el Centralita Club», grita Jack.

«Todos formamos parte del mismo equipo», responde el Pastoso a la defensiva.

«¡Y una mierda! A mí bien que me habéis intentado dar la patada», grita Jack. «Díselo tú, Terry. ¿Adónde se ha ido? ¿Terry?»

Pero Terry está saliendo por la puerta para volver al taxi. Tampoco le dan tregua en el Taxi Club; incluso la enérgica camaradería de antes ahora le parece vacía, solo un presagio de más follones. Jonty está en Londres: lo acompañó al aeropuerto la semana pasada. Ronnie ha vuelto a Estados Unidos. Terry se siente incapaz de serle útil a su propia familia. Así que se ve conduciendo sin rumbo fijo, saliendo por Newbridge y dirigiéndose a Fife. Ante él se halla el puente de Road Bridge, que está a punto de ser sustituido por otra construcción más allá, cerca del estuario. Está de

más, como yo, piensa cáusticamente Terry. Se da cuenta de que ha llegado el momento de terminar con todo, en aquel lugar, el más adecuado.

Aparca el taxi y camina por la acera pegada al puente, sufriendo el azote de las crecientes ráfagas de viento. Sí, ha llegado el momento. Terry se sube a la balaustrada y mira hacia el agua, que parece una fina lámina de metal negro; las extrañas grietas blancas y espumosas diseminadas le recuerdan a las larvas de Alec. ¿Le harían los peces a su cuerpo lo que las criaturas de la tierra le hicieron al de su padre, al de su gran amigo?

Mientras piensa en soltar las frías manos, suena el teléfono. Ve que es Donna. Aprieta el terminal contra la cabeza para contrarrestar los aullidos del viento. Aun así, apenas la oye. «La abuela está en el hospital. Se ha caído por las escaleras.»

«Vale», dice Terry. Se imagina a Alice, torpe e imprudente por la rabia de la pelea que han tenido, cayéndose al suelo, quebrándose los huesos.

«Tendrás que recogerla tú. Yo no puedo porque tengo a la niña y ha estado toda la noche despierta con diarrea.»

«Vale… ¿Está bien?»

«Sí, pero apesta mogollón y no para de cagar. Ya la he cambiado tres veces esta tarde.»

«Digo mi madre», dice Terry.

«No han dicho que sí, pero tampoco han dicho que no. Tendrás que ir porque yo no puedo dejar a Kasey Linn.»

«Vale…». Terry cuelga el teléfono. Mira de nuevo hacia abajo, y por primera vez queda petrificado. La mano… No siente la mano que tiene en la barandilla. La mira; tiene un color rosa azulado, y está tan fría como la cara de Alec en el bloque de hielo. El cansancio se extiende por su cuerpo como un veneno virulento y se da cuenta de que está demasiado débil para saltar de nuevo la barandilla. La otra mano desliza el teléfono en la chaqueta North Face. El frío lo atonta y le da la impresión de que se está cayendo…

Se está cayendo…

Pero es solo un metro. De algún modo ha conseguido saltar la barandilla hacia la acera. Suelta un grito y siente que el viento se le clava en los surcos salados que han dejado las lágrimas. La muerte lo ha asustado. Pero engañarla le ha resultado un tormento frustrante. Y para colmo, siente un calambre en los calzoncillos. «¿Cómo coño me pasa esto a mí? Lo único que quiero es… La única puta mierda que quiero es…», grita al viento implacable, por el estuario de aquel río negro, «LO ÚNICO QUE QUIERO ES UN PUTO POLVO EN CONDICIONES.»

De repente, sin tener conciencia de haber caminado puente abajo, su mano entumecida está abriendo la puerta del taxi. Del mismo modo, conduce con el piloto automático hacia el Royal Infirmary. Solo se da cuenta de que está allí cuando las puertas correderas se abren y le llega una ráfaga de calor.

A Alice le han hecho radiografías tras la caída, pero solo tiene hematomas e inflamación. La lleva a casa en silencio. Su madre, perdida en su propio mundo de dolor y tristeza, parece darse cuenta al final del trayecto de que a su hijo le pasa algo serio. «¿Tú estás bien?»

«Sí, estoy bien», dice en un tono derrotista que deja helada a Alice. Lo invita a entrar, pero Terry se niega y se marcha a casa; pasa la mayor parte de la noche sentado, mirando la lista de números de teléfono, preguntándose a quién llamar. Y entonces llama alguien. Se ríe al ver la pantalla: SAL LA SUICIDA. Podrían hacer una zambullida doble. ¡Qué romántico! Le da al botón rojo para ponerlo en silencio. Se va a la cama y se sume en un sueño intranquilo.

Se despierta más cansado que nunca con aquella luz anémica; la alarma de su móvil suena con una sintonía hostil que no recuerda haber configurado. No se puede decir que esté deseando ir al hospital. Es una mañana húmeda y macilenta, de esas en las que, a pesar de estar aún en mayo, Escocia ya ha abandonado prácticamente la esperanza de tener cualquier tipo de verano.

Lo primero que pone nervioso a Terry es la presencia de otro hombre en la consulta, sentado junto al doctor Moir. En contraste con la actitud tensa del especialista cardiovascular, es un tipo de mala pinta vestido con traje marrón; de la frente le cuelga un flequillo rubio y tiene la cara larga, picada de viruelas. Terry supone que será otro especialista. Sobre la sala se cierne una carga ominosa que hace que Terry se pregunte: ¿puede empeorar mucho esta puta mierda?

El doctor Moir carraspea. «Tengo una terrible noticia, señor Lawson.»

Terry se siente como si le estuvieran arrancando los últimos restos de su vida. Maldice la intervención de Donna en el puente. Está claro que era hora de pillar unos cuantos gramos de coca, reservar una bonita habitación de hotel, llamar a alguien y abrirse paso al otro mundo a base de rayas y polvos. «¿Sí? ¿Qué pasa?», pregunta con desidia, completamente derrotado.

«Esto nunca ha pasado antes, de verdad…, al menos con esta junta directiva», aventura Moir con cautela, como si estuviese preparándose para una explosión.

Terry mira al hombre trajeado, que, por el contrario, adelanta la barbilla en señal de desafío, mirando al vacilante Moir como exhortándolo a continuar. «Parece ser que hay dos Terence Lawson…»

A Terry se le desencaja la mandíbula. Es como si acabasen de desgarrársele todos los músculos de la cara. «¿Quiere decir…?»

«Sí», dice Moir, sin dejar de sonreír con cierta tensión, pero los ojos hinchados y agitados. «No padece usted del corazón.»

Terry se siente como si le estuviese dando un subidón del MDMA más puro, y al mismo tiempo lo estuviesen ensartando con un sable. Lo invaden olas contradictorias y turbulentas de estupefacción, placer y resentimiento.

«Goza usted de muy buena salud», continúa Moir. «Los índices del colesterol podrían ser un poco mejores, pero en líneas generales…»

«¡ESTOY BIEN, JODER!», declara Terry, para luego tragar saliva. «¡He estado bien todo el tiempo!»

Los ojos de Moir parpadean involuntariamente. «Así es. Parece que se produjo un pequeño error en nuestra base de datos y, como consecuencia, el sistema confundió a los dos Terence Lawson.»

Terry se apoya en el respaldo de la silla con la cabeza dándole vueltas. Luego los ojos se le achinan hasta convertirse en dos rendijas. «¡Qué paquete le voy a meter al Sistema de Salud! ¡Por daños emocionales! ¡Daños y perjuicios por pérdida de tiempo de folleteo! Mira la cantidad de kilos que he cogido», dice mientras se agarra un puñado de michelines. «¡Una carrera en el porno tirada por el puto váter! ¡POR POCO PIERDO LA CHAVETA, HE INTENTADO SUICIDARME!», ruge, y Moir se encoge en la silla. Todo lo que le ha ocurrido a Terry estalla a su alrededor. Recuerda la imagen de las cuencas vacías de Alec, infestadas de gusanos retorciéndose. «Joder…» A punto está de decir que se vio obligado a excavar la tumba de su padre para medirle el rabo, pero se detiene. Se aferra con las dos manos a la silla e intenta controlar la respiración. «¡Ronnie Checker es uno de mis mejores colegas! ¡Voy a conseguir a los mejores abogados que se puedan pagar y os voy a dejar sin blanca!»

Entonces me interrumpe el hombre del traje marrón. «Tiene usted todo el derecho a hacerlo, señor Lawson. Sin embargo, le aconsejaría que escuchase con mucha atención lo que tengo que decir antes de emprender ese tipo de acciones.»

«¿Quién cojones es este?» Terry mira al doctor Moir, señalando desdeñosamente con el pulgar al hombre que acaba de intervenir.

Moir se derrumba aún más en la silla, en silencio, mirando al hombre, que le dedica una gélida sonrisa a Terry. «Soy Alan Hartley, miembro de la junta directiva del hospital.»

«Nada de lo que pueda decir…»

«Su padre murió recientemente en el Royal Infirmary.»

Terry distingue una valla de desánimo, pero su rabia lo impulsa no tanto a saltarla como a llevársela por delante. Henry Lawson no tenía nada que ver con él. Pero no puede permitir que se enteren. «Sí. ¿Y?»

«Fue una muerte muy dolorosa. Sí, era un enfermo terminal, pero además lo envenenaron. Supongo que ya lo sabe, por supuesto…»

Terry está demasiado estupefacto y rabioso para poner su cara experta de mentiroso. Lo único que puede hacer es mantenerse en silencio.

«Sí», continúa Hartley, «alguien enredó con el gotero y su sistema se inundó de orina. ¿Tiene una idea de lo dolorosa que es esa muerte?»

Terry canaliza su rabia. «¡Pues no, pero eso también es culpa suya! Les voy a meter un paquete por eso también», exclama mientras el delicioso pensamiento *cinco a uno para ti, viejo cabrón* le bombea una ola de sangre por las venas. La Amiga Inseparable se estira bajo la medicación como un superhéroe a punto de hacer estallar sus cadenas.

«Sí… No dudo de que sería un caso interesante. Lo que ocurre es que hemos tomado muestras de todo el personal. Pero no conseguimos encontrar ninguna que encaje con la muestra de orina que encontramos en el gotero. Me atrevo a pensar que el siguiente paso será pasarle el caso a la policía para que lleve una investigación criminal», Hartley mira con suficiencia a Terry, que está intentando no desmoronarse. «Me imagino que nuestro personal queda descartado de la investigación y que procederán a continuación a tomar muestras de ADN de todos los que tuvieron contacto con el señor Henry Lawson antes de su muerte, incluyendo a sus visitantes. Tengo entendido que fue usted la última persona en visitar a su padre…»

En medio de un borboteo de emociones, Terry solo posee una vaga idea de por dónde va la cosa, pero pilla que ya no tiene las de ganar. Solo puede soltar con una tosecita: «¿Qué intenta decirme?»

Hartley le dedica una semisonrisa que recuerda a una placa funeraria: mínima, pero deslumbrante. «No creo que nos haga falta una investigación policial para la muerte de su padre, ni tampoco creo que necesite usted emprender acciones legales con respecto a nuestro lamentable error administrativo, ¿no cree, señor Lawson? Quiero decir que infligiría un daño irreparable a la reputación de la junta directiva. Si amenazase la moral del personal, entonces la atención a los pacientes se vería deteriorada, sin duda. Y eso no ayudaría a nadie, ¿no cree?»

Terry está listo para agarrarse al trato con las dos manos. Tras recuperar la luz verde para volver a follar, no quiere pasar ni un segundo en la cárcel ni de coña. «Sí, supongo que tiene razón, compadre», y sonríe maliciosamente, como una base de datos que estuviese recibiendo la información a cascadas en su mente agitada. «Además, ¿para qué vamos a seguir forrando a esos putos abogados, eh? ¿De qué sirve? Ya me dirá.»

«Así me gusta.» Hartley se levanta y extiende la mano. Terry da un paso adelante y la estrecha con gratitud.

Yendo hacia la salida, se escabulle inmediatamente en dirección a la antigua habitación de Henry y se acerca a la enfermera de guardia. «Oye, quería invitarte a salir. Por todo lo que hiciste por el viejo ca…», rectifica, «por mi viejo…, Henry Law…»

«Estoy casada», sonríe ella antes de que Terry termine de hablar.

«Mala suerte.»

La enfermera se encoge de hombros y se aleja pasillo abajo. Terry observa sus andares, el balanceo de sus nalgas y las medias con costura. Se va directo al baño a cascarse una. El hábil contacto de la mano en el prepucio y los tirones lentos y deliberados rompen el permafrost químico; se le levanta un nabo impresionante que rocía con gratitud las paredes del servicio, mientras él grita a todo pulmón en el cubículo «¡EL PUTO JUICE TERRYYYY HA VUELTOOOO!»

Terry examina el desastre con satisfacción, sintiéndose humano por primera vez desde hace meses. Ya ha roto una de sus reglas: nunca le des conversación a una pava

cuando tienes el tanque lleno. *¡Tengo que quitarme las telarañas, o mejor quitárselas a alguien!*

Al volver al taxi se pone a mirar los contactos de teléfono. Piensa en llamar a varias candidatas, pero decide que no. Por el contrario, se apresura a ir a un sitio determinado, pero le llega la inspiración y aparca en una callejuela donde se mete en internet con su *smartphone* y hace una reserva.

Luego le llega otro pensamiento y llama a Sick Boy. «Me apunto a lo de Roy Hudd. A la peli.»

«Lo siento, Terry, pero ya le he dado el papel a tu coleguita Jonty», le dice Sick Boy con voz alegre. «Está haciendo un trabajo genial, es un intérprete fantástico. Sí es verdad que durante un tiempo se negaba a hacer anal, hasta que le aseguré que no era su agujerito el que se llevaba la paliza. Y las chavalas le han cogido mucho cariño. Vive con Camilla y Lisette en Tufnell Park.»

Mi piso de Londres, piensa Terry con envidia. Pero no podría guardarle rencor a Jonty. «Me alegro de ver que la cosa funciona.»

«De hecho, está en la oficina conmigo. ¿Quieres hablar con él?»

«Sí, venga, pásamelo.»

«¡Hola, Terry! ¡Hola, colega! Londres es chachi, sí, Terry, es chachi. Al principio no me gustaba, demasiado grande para mí, un simple chaval de campo, de Penicuik, pero luego te acostumbras, sí señor, ya te digo.»

«¿Has encontrado un McDonald's por ahí?»

«Sí, pero Camilla y Lisette hacen comida casera, sana, y ya me dan igual los McDonald's. ¡Solo he comido una vez en toda la semana!»

«Genial. No puedo hablar mucho rato, colega, porque voy conduciendo, pero échales uno de mi parte a las chicas.»

«Sí, Terry, sí señor, son muy majas, Terry, ya te digo, sí señor…»

Terry apaga el teléfono y sigue conduciendo. Aparca delante del lugar al que tenía intención de ir y entonces entra otra llamada. Es Donna. «Simon me llamó la semana pasada. No me deja hacer la peli porno. Dice que tú le dijiste que no», le informa, pero sin hostilidad.

«A lo mejor me he apresurado; es tu vida, tú decides, sí», dice Terry, observando a una madre joven que va empujando un carrito por la acera. «No tengo derecho a interferir. No es lo más adecuado, pero vale.»

Qué buenorra…

«Bueno…»

Baja, colega…

«¿Cómo está Kasey…, Lucky…, Sífilis…?», pregunta Terry mientras la mujer se inclina hacia el niño del carrito, y se le vuelcan los pechos sobre el sujetador y la blusa.

«¡Kasey Linn! ¡Tu nieta se llama Kasey Linn!»

«Sí… Menudo nombre», reflexiona Terry, mientras pierde de vista a la mujer. «¿Te he contado alguna vez por qué te pusimos a ti tu nombre? Cuando tu madre estaba en el hospital dando a luz, y yo estaba cagado, porque cuando entré con Jason y su madre aquello parecía una carnicería. Se me quitaron las ganas de joder durante por lo menos tres minutos…»

«Papá…»

«Espera, ¿dónde estaba? ¡Ah, sí!», recuerda Terry. «Me ponía tan nervioso volver a entrar en una maternidad que fui y me cogí un pedo. Me desperté aún ciego en el sofá, con un kebab en el careto. Recibí un mensaje de que fuese rápido, porque tu madre se había puesto de parto. Miré el kebab y pensé: si es una chica, se va a llamar Donna, como el döner. Pero ya te lo he contado, ¿no?»

«Sí. Un montón de veces. Así que los médicos te han dado luz verde, ¿no?»

«¿Tanto se me nota? ¡Bueno, si sabes eso, sabrás también que tengo una buena reserva que despachar! ¡Antes de esa mierda del hospital estaba muy solicitado! Luego hablamos», canturrea Terry, y apaga el teléfono.

Vuelve a sonar de inmediato. Es Sara-Ann. Sabe que ha estado saliendo con Ronnie, pero ahora él lleva un tiempo en Estados Unidos. Le da al botón verde para cogerlo.

«Terry…» Oye su respiración desesperada seguida de un silencio asombrado.

«¿Cómo estás, guapa?»

«¡Las estoy pasando putas! De verdad, Terry… Tengo un estrés que te cagas con la obra. Los cabrones esos lo están cambiando todo… A Ronnie no le importa, está en Nueva York de los cojones, parece que su responsabilidad se limita a firmar cheques. Me tomo ese montón de pastillas como no…, como no… vengas a verme…»

Terry la ignora y llama con fuerza a la puerta que tiene delante. Oye un correteo.

La puerta se abre y Sara-Ann está ahí de pie, con el teléfono en la mano.

Terry apaga el teléfono. «¿A qué estás esperando? ¡Quítate la ropa!»

«Terry… Qué manera de correr…»

«Dentro de un momento», dice, y se adelanta para meterle la mano por debajo de las mallas y las bragas. «No me digas que no la quieres por los dos agujeros. Y correrte bien», le susurra Terry al oído; ella gira la cabeza y le mete una lengua como de lagarto en la boca. Sara-Ann cierra de un portazo, y empieza a quitarse la camiseta y a desabrochar el cinturón de Terry mientras ella misma se frota contra la mano de él. «Terry…, fóllame…»

Mientras lo arrastra al dormitorio, Terry disfruta un poco, resistiéndose para ceder después y decir: «Sí, señora. Te la vas a llevar pero bien…»

Cuando caen los pantalones y la Amiga Inseparable salta como un resorte de los calzoncillos, como el cañonazo que disparan desde la fortaleza de Edimburgo a la una en punto, complace con gusto la petición de la dramaturga: «Dámela…»

«Claro», dice Terry, poniéndose cómodo. Piensa que no tiene que ver ni con Henry Lawson ni con Post Alec: la única identidad que necesitaba de veras era

aquella, la de Juice Terry. Se le cae el teléfono de los vaqueros y se pone a sonar. Ve el nombre en la pantalla: RONNIE CHECKER. Será por lo de las reservas de vuelos a Nueva York y el campeonato de golf. Qué pena que acabe de hacer una reserva con Ryanair a Gdansk. Sí, seguro que hay una montaña de chochos en Nueva York, pero era un vuelo de siete horas. En solo tres, estará metido hasta el escroto en una polaca de lo más apetecible. No hay color.

Pero ahora hay que ocuparse de un asunto urgente, porque Sal jadea: «Ay, qué ganas tenía», mientras cierra las piernas a su alrededor para que entre más profundamente, arquea la espalda y se retuerce.

«Cómo no, mujer», dice Terry, sonriendo y abriéndose paso hacia el paraíso a empujones y giros, hombre y polla reunidos en una mujer, «¡si esto es la sal de la vida!»

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Jimmy Anderson, Katherine Fry, Maria GarbuttLucero, Trevor Engleson, John Niven y Elizabeth Quinn.

[1] Hibs: Hibernian F. C. Sus seguidores son *hibs, hibby, hibee, hibbies. (N. de los T.)*
<<



[2] *Jambos*: seguidores del Hearts of Midlothian, Hearts a lo largo de toda la novela. *(N. de los T.)* <<

[3] Personaje de *La plenitud de la señorita Brodie*, novela de Muriel Spark ambientada en la década de 1930 en Edimburgo. La señorita Brodie es una profesora de niñas con un concepto original de la educación. *(N. de los T.)* <<